La Beverly

Fuego de invierno

books4pocket

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/isbn_9788492801077

WITHDRAWN

Fuego de invierno

WITHDRAWN

WITHDRAWN

books4pocket

Jo Beverley

Fuego de invierno

Traducción de Amelia Brito

EDICIONES URANO

Argentina - Chile - Colombia - España
Estados Unidos - México - Uruguay - Venezuela

Título original: *Winter Fire*
Copyright © 2003 by Jo Beverley Publications, Inc.

© de la traducción: Amelia Brito
© 2006 by Ediciones Urano
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.edicionesurano.com
www.books4pocket.com

1ª edición en Books4pocket enero 2010

Diseño de la colección: Opalworks
Imagen de portada: Alan Ayers
Diseño de portada: Alejandro Colucci

Impreso por Novoprint, S.A.
Energía 53
Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

Fotocomposición: Books4pocket

ISBN: 978-84-92801-07-7
Depósito legal: B-43.939-2009

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Impreso en España – *Printed in Spain*

1

Surrey, camino a Rothgar Abbey
Diciembre de 1763

«Muchas personas desean gozar de tedio», solía decirle su madre a Genova cuando de niña se quejaba de aburrimiento. Eso no la convencía entonces, ni tampoco en ese preciso momento. Dos largos días en un coche lento, por lujoso que fuera, le habían puesto a prueba la tolerancia hasta el límite.

Sus acompañantes no eran en absoluto aburridas; las ancianas Trayce eran una excelente compañía. La rolliza lady Calliope era desabridamente perspicaz, y la delgada lady Thalia, encantadoramente excéntrica. Las dos disfrutaban jugando al whist entre tres y eran capaces de pasarse la vida en eso.

Claro que a sus edades, 84 y 77 años respectivamente, de tanto en tanto echaban sus cabezadas, como hacían en ese momento. Una en cada extremo del banco, con los hombros y cabezas apoyadas junto a las ventanillas, parecían sujetalibros mal hermanados, una bufando y la otra silbando.

Los libros ya habían perdido su atractivo para Genova, y no podía hacer labor de aguja con los saltos y zangoloteos del

coche. Y aunque nunca se lo habría imaginado, incluso el juego a las cartas le resultaba tedioso. «Dios mío, envía una diversión, te lo ruego. Aunque sea un bandolero.»

El coche se detuvo.

Miró hacia fuera, alarmada. Ninguna oración como ésa era para ser escuchada. Con el corazón acelerado, sacó su pistola del bolso. Tuvo que reconocer que los latidos más rápidos se debían más a entusiasmo que a miedo.

Acción, por fin.

Cuando ya había amartillado la pistola cayó en la cuenta de que los bandoleros tendrían que hacer algún ruido. ¿Acaso no gritaban «¡La bolsa o la vida!» o algo así?

Además, pensó, a ningún bandolero en su sano juicio se le ocurriría asaltar a un séquito formado por tres coches y escoltado por cuatro jinetes armados, ni siquiera tentados por el ostentoso lujo de ese vehículo dorado. El coche en que viajaban las damas Trayce era la berlina personal de viaje de su sobrino nieto, el marqués de Ashart.

Ella ya se había formado una mala opinión del marqués cuando vio un retrato suyo en una de las paredes de la casa de sus tías abuelas en Tunbridge Wells: un ser insípido, muy acicalado y empolvado. Ese coche le confirmaba su opinión; ningún hombre de verdad necesitaría ese revestimiento interior de seda acolchada ni esos ornamentados candelabros dorados, por no hablar de las núbiles ninfas pintadas en el cielo raso.

El coche seguía detenido. Ella estaba sentada dando la espalda a los caballos, por lo que no podía ver la causa. Se inclinó hacia la ventanilla y estiró el cuello.

Ah, un coche había derrapado y estaba encallado en la cuneta, y la dama viajera estaba hablando con Hockney, el jefe

de los jinetes de escolta. El cielo estaba nublado y los árboles se agitaban azotados por el fuerte viento. Con la temperatura que hacía allí fuera, la pobre dama se debía de estar congelando. Tendrían que llevarla a la posada más próxima.

Miró a las ancianas Trayce, pensando si estaría en su poder decidir eso. La habían invitado a hacer ese viaje con ellas en calidad de dama de compañía, «¡Porque has tenido tantas aventuras!», fue el motivo que dio Thalia entusiasmada, pero sus deberes concretos no se habían especificado.

Sabía muy bien que ese «empleo» era tanto un acto de caridad como uno de necesidad, porque las ancianas sabían que ella se sentía incómoda en la casa de su madrastra y desearon ofrecerle una escapatoria. Y muy lógicamente ella deseaba corresponderles el favor cuidando de ellas lo mejor posible. ¿Qué debía hacer, pues, en esa circunstancia?

El cuello empezó a protestarle por el ángulo en que lo tenía estirado, de modo que se enderezó; era posible que Hockney también estuviera dudoso respecto a su propia autoridad para resolver el asunto. Desdeñaba a los indecisos y, además, ¿qué otra cosa se podía hacer?, de modo que, encogiéndose de hombros, cogió su capa, que llevaba al lado en su asiento, abrió la portezuela y bajó.

Tuvo que ahogar una exclamación al sentir el azote del aire helado. Se apresuró a cerrar la puerta para impedir que escapara el calor del interior, se envolvió en la capa, se subió la capucha y se la ató. La gruesa capa azul era regalo de las damas Trayce, y la más lujosa que había poseído en toda su vida. Estaba forrada en piel, de conejo, seguro, pero piel de todos modos, y en esa ocasión, la agradeció. Ojalá se hubiera acordado de coger el manguito a juego.

Metiendo las manos debajo de la capa, echó a andar a toda prisa, sintiendo ya pasar el mordiente frío a través de las delgadas suelas de sus zapatos.

La mujer se giró hacia ella, enseñando una cara bonita pero dura, enmarcada por la capucha de exquisita piel oscura, y la miró de arriba abajo.

—¿Quién es usted?

¡Bueno! No era de extrañar que Hockney estuviera indeciso. Estaba el dicho «A caballo regalado no le mires el diente». No había duda de que la mujer envuelta en piel de marta cebellina sabía reconocer una piel de conejo cuando veía una.

—Es la señorita Smith, señora —contestó Hockney en tono áspero. El pobre tenía la cara agrietada por el frío y se le estaba formando un carámbano en la punta de la nariz—. Es la dama de compañía de lady Thalia y lady Calliope Trayce. Señorita Smith, ella es la señora Dash, cuyo coche ha sufrido un percance.

—¡Trayce! —exclamó la señora Dash, con la cara transformada—. ¡Qué amabilidad han tenido las señoras al parar! Me siento absolutamente abrumada por el honor.

¡Condenación! Una aduladora, y justo la del tipo para presumir de ese encuentro.

La radiante sonrisa de la mujer dio paso a una lastimosa expresión suplicante.

—Ay, ¿sería posible...? ¿Podría hacer el favor...?

¿Cómo demonios podía negarse?

—¿... de poner al abrigo a mi bebé?

Genova la miró boquiabierta. ¿Bebé?

—El pequeño está en el coche con la niñera. Hace un frío terrible. Si usted pudiera... —la señora Dash sacó las manos

enguantadas de su manguito para juntarlas en actitud de ruego—. Tengo que encontrarme con mi marido en la posada El León y el Unicornio en Hockham. Él se encargará de todo, se lo aseguro. No me importará esperar aquí si mi pobre bebé se encuentra seguro y abrigado.

No había otra cosa que hacer.

—Por supuesto, señora Dash. Sin duda estaremos felices de serle de ayuda.

La señora Dash corrió hasta el coche ladeado y gritó algo a alguien que estaba dentro. La persona lanzó fuera un bulto y luego pasó otro a la mujer, con sumo cuidado: el bebé.

Entonces el cochero de la señora Dash hizo bajar prácticamente de un tirón a una voluminosa criada. La madre le puso a su bebé en los brazos y la instó a caminar hacia Genova. Tuvo que insistir bastante; la cara redonda de la criada expresaba una hosca ansiedad.

La pobre debía de estarse congelando; llevaba una capa con capucha, pero no estaba forrada de piel, y Genova dudaba de que al coche de la señora Dash lo mantuvieran tan bien caldeado como al del marqués de Ashart, al que con mucha frecuencia le cambiaban los ladrillos calientes. El bebé, por lo menos, estaba tan envuelto que apenas era visible.

—¡Ve con esa señorita! —chilló la señora Dash, apuntando a Genova, y después añadió en tono normal—. No habla mucho inglés.

—¿Qué habla, entonces?

—Irlandés. Lo que ellos llaman gaélico. ¡Por favor, señorita Smith, ponga al abrigo a mi nene!

Genova se tensó ante esa chillona orden, pero la mujer tenía razón. Eso era lo más importante. Recogió el bulto del suelo y condujo a la muchacha hacia la berlina dorada, lo que le resultó tan fácil como llevar a rastras a un buey; la muchacha se resistía a irse.

Tenía miedo, sin duda, pensó. Se encontraba en una tierra extranjera, entre personas que no hablaban su idioma. Acababa de tener un accidente, tal vez se había hecho daño, y ahora la entregaban a personas desconocidas.

Empezó a hablarle en tono amable y tranquilizador. Había pasado la mayor parte de su vida viajando con su madre y su padre, que era capitán de navío, se había encontrado muchas veces en lugares donde no conocía el idioma; sabía que aun cuando las personas no entendieran las palabras, normalmente entendían el tono.

Tal vez eso dio resultado. La criada giró su pecosa cara hacia ella y apretó el paso.

Había desmontado otro jinete y estaba junto a la puerta listo para abrirla. Genova le pasó el atadijo de la criada, que, al moverlo, desprendió un molesto mal olor.

—Supongo que nadie habla gaélico aquí, ¿verdad?

—No que yo sepa, señorita Smith.

—Una lástima. Pregunte de todos modos.

Él abrió la puerta y Genova hizo subir a la criada y se apresuró a subir detrás para que pudieran cerrar la puerta.

Thalia se movió, abrió los ojos y los agrandó.

—¿Qué tenemos aquí, pues?

A pesar de sus años, a lady Thalia se la podía considerar hermosa, con sus encrespados cabellos blancos y sus grandes ojos azules; le gustaba vestirse en un estilo demasiado

juvenil, pero siempre era afable. Genova se había hecho muy amiga de ella, y a eso debía ese viaje.

—Una viajera en necesidad de auxilio —explicó, cayendo en la cuenta de que no todo el mal olor provenía del hatillo de la criada—. O en realidad dos: niñera y bebé. La niñera sólo habla gaélico.

—¡Caramba, caramba!

Pese al olor a queso rancio, Thalia tenía el aspecto de que le hubieran hecho un regalo; y dado lo tedioso del viaje, lo más probable era que fuera así.

El coche dio un brusco tirón y se puso en movimiento; Genova miró a la señora Dash, con la intención de despedirse con la mano o de hacerle un gesto que indicara que todo iría bien. Debería de haberle dicho que le enviaría ayuda. Eso era evidente, pero debería de habérselo dicho de todos modos.

Pero la expresión que vio en la mujer la paralizó. Esa radiante sonrisa podía deberse al alivio que le producía saber que su hijo estaba en buenas manos, pero no era ésa la impresión que daba. Casi parecía de regocijo.

¿Se debería a que la señora Dash pensaba que tenía acceso a la importante familia Trayce? Pero el instinto le dijo que no, que se debíaa otra cosa, y que era posible que tuviera que lamentar esa obra de caridad.

Tres horas después, comprobó que su instinto, como siempre, no le había fallado.

2

No habían tardado mucho en llegar a la posada El León y el Unicornio en Hockham, pero no había señales del señor Dash.

La posada era sencilla, muy distinta de las elegantes que con tanto esmero habían planeado en su itinerario, pero era invierno y cuando llegaron ya estaba oscureciendo, la temperatura era cada vez más baja y había habitaciones libres. Thalia insistió en pasar la noche allí.

—La conozco —le dijo Genova—. Quiere saber el final de esta historia.

—Bueno, ¿por qué no, querida? Ah, té con coñac. ¡Qué agradable!

El solícito posadero se había esmerado en tentar a las clientas ricas, y Genova no hizo amago de entrometerse. Le preocupaba que la señora Dash presumiera de conocerlas, pero la preocupaba más lo cansadas que estaban las ancianas, y sería una crueldad obligar a los jinetes de la escolta a pasar más tiempo a la intemperie con ese tremendo frío.

El señor Lynchbold les dijo que tenía disponibles dos agradables conjuntos de habitaciones, pero en diferentes pisos. Lady Calliope eligió el de la planta baja porque no podía subir escaleras; en realidad casi no podía caminar. Sus cria-

dos la transportaron allí en su robusto sillón, seguidos por su doncella personal.

Genova subió a la segunda planta con Thalia y la doncella personal de ésta, Regeanne, a ver las habitaciones; éstas consistían en un espacioso dormitorio y una salita de estar contigua. Ya habían encendido los hogares y las estancias estaban pasablemente atemperadas, de modo que estarían muy bien cuando los criados de las Trayce hubieran llevado ahí todo el equipaje y las diversas comodidades de las ancianas.

Genova dormiría con Thalia en la cama grande y Regeanne en la cama con ruedas que se sacaba de debajo.

Les prometieron la cena dentro de una hora, de modo que Thalia decidió bajar a la habitación de su hermana. Genova se sintió obligada a quedarse arriba para vigilar a la niñera y al bebé, aunque la muchacha se había quedado dormida debido a los efectos del té con coñac; por lo menos había puesto al bebé envuelto en el suelo.

Durante el corto trayecto se las habían ingeniado para sonsacarle nombres a la muchacha irlandesa. Ella se llamaba Sheena O'Leary, y el bebé algo así como Sharleen. Ellas decidieron llamarlo Charlie.

Charlie Dash. Daba toda la impresión de que iba a causar problemas, y de hecho ya estaban comenzando. Cuanto antes volvieran ambos con los padres del bebé, tanto mejor.

Genova se puso la mano en la cabeza, que sentía algo aturdida por el coñac, y trató de pensar qué podía hacer. Tan pronto como llegaron a la posada ella explicó la historia y Lynchbold les prometió enviar ayuda a la señora Dash. ¿Lo habría olvidado con la excitación de tener clien-

tas con título de nobleza? Y en todo caso, ¿dónde estaba el señor Dash?

Las sospechas empezaron a acumulársele como nubarrones en el horizonte, y ella no era dada a quedarse sentada haciendo girar los pulgares cuando se desataba una tormenta. Se envolvió en su chal de abrigo y se dirigió a averiguar qué pasaba. Ya casi estaba en lo alto de la escalera cuando una ráfaga de aire frío le dijo que acababa de entrar alguien en la posada.

—¡Hola, aquí! ¡Posadero!

El aire frío se mezcló con la energía que desprendía esa autoritaria voz masculina. Le recordó tanto a su padre cuando daba órdenes desde el puente de uno de sus barcos que se detuvo un momento, sumida en recuerdos nostálgicos. Después se dirigió al rellano de la escalera para mirar hacia el vestíbulo.

¿Podría ser ése el señor Dash, por fin? No era el tipo de voz que había esperado.

Abajo, en el vestíbulo con zócalos altos de madera, estaba un hombre alto, de espaldas a ella, delante del crepitante fuego del hogar. Llevaba una capa larga, la cabeza descubierta, y su pelo oscuro despeinado simplemente atado en la nuca. Canturreó para sus adentros, aprobándolo. Le encantó ver a un hombre vigoroso, viril, y eso emanaba de él como el vapor que emanaba de su capa.

Él se había quitado los guantes, y al girar las largas manos ante el fuego, destelló el brillo verde de un anillo. Genova arqueó las cejas. ¿Una esmeralda de ese tamaño? Tenía que serlo; ese hombre no tenía aspecto de usar un anillo de vidrio.

Un noble vigoroso y viril, entonces. ¿Dónde estaba su séquito?

Entraron unos criados en el vestíbulo y corrieron hacia él, impacientes por atender a cualquier necesidad. No era de extrañar. Los criados de las posadas hacían la mayor parte de su dinero con las propinas de los huéspedes ricos, y ése tenía todo el aspecto de poseer buenas guineas.

Sin cambiar su posición ante el hogar, él se quitó la capa y la tiró hacia un lado con la más extraordinaria confianza de que alguien estaría ahí para cogerla. Un criado corrió a hacerlo y medio se tambaleó con el peso.

Parecía cuero forrado de piel, una gruesa piel gris.

¿De lobo?

¿Qué inglés decente usaba piel de lobo para forrar una capa?

Una cosa era segura: no se trataba de un simple señor Dash.

Otra era que era magnífico.

Aún no le había visto la cara, y las ropas que llevaba bajo la capa eran normales: calzas de cuero, una sencilla chaqueta marrón y botas altas de montar; de todos modos, todo en él, desde la capa a los adornos, hablaban de un espécimen verdaderamente espléndido de masculinidad.

Jamás había sido reacia a disfrutar de una exhibición de belleza masculina, de modo que se apoyó en la baranda para contemplarlo a sus anchas, placenteramente consciente de la aceleración de su pulso y la agitación de su respiración.

«Vuélvete —le dijo con el pensamiento—. Necesito verte la cara.»

Se llevó una decepción; siempre hay un defecto en el lote.

Él se giró a la derecha a hablar con una criada, y ella vio un destello dorado. ¡Un pendiente! Mejor que mejor. Sabía que entre los caballeros jóvenes más desmadrados estaba de moda llevar un solo pendiente.

Él se giró otro poco, revelando un prometedor perfil y el brillo de joyas que destellaron a la luz del fuego en los encajes del cuello. Vaya, vaya, ¿y había venido cabalgando en la oscuridad cargado de tesoros? O era magnífico o era un loco.

Sintiéndose como si estuviera viendo una obra de teatro, vio aparecer a Lynchbold en el escenario, inclinándose en una reverencia.

—¡Señor! ¡Bienvenido a El León y el Unicornio!

El hombre hizo una ligerísima inclinación de la cabeza.

—He venido a encontrarme con la señora Dash. Condúzcame hasta ella.

Genova se enderezó. ¡Imposible! Gran parte de la gente de la alta sociedad eran simples señores y señoras, separados por una o dos generaciones de sus antepasados con título de nobleza, pero ese hombre no hacía buena pareja con la señora Dash. Ésta, aunque elegantemente vestida, era una zorra plebeya; en cambio él era el rey de los lobos.

Bueno, en su fantasiosa imaginación, en todo caso. Ah, muy bien, el momento fue agradable mientras duró. Su rey de los lobos sólo era otro señorito mimado más, con o sin título, y más le valía bajar a hablar con él. Pero antes de que pudiera moverse, Lynchbold contestó:

—Ojalá pudiera, señor. Tan pronto como las señoras me dijeron lo del accidente de su esposa, envié ayuda. Pero mi hombre no encontró ningún coche.

¿Qué?

—¿Accidente? —preguntó el señor Dash—. ¿Señoras?

Un punto de hostilidad le hizo bajar a ella un escalofrío por el espinazo. No podía permitir... que ese lobo se acercara a las señoras Trayce. Tenía que librarse de él y del bebé inmediatamente.

Se recogió la falda y empezó a bajar la escalera.

—Yo puedo explicárselo todo, señor.

Algo tarde comprendió que ésa era una entrada exageradamente teatral, y que la obligaba a continuar bajando ante la mirada escrutadora del señorial caballero. La cara de frente, sus rasgos delgados y los ojos profundos de párpados algo caídos no eran decepcionantes, y ahí estaba ella con su vestido más ordinario y el pelo todavía despeinado por el viento.

Él la observaba con una extraña inmovilidad, sus ojos oscuros serios, pero cuando ella llegó abajo, se inclinó en una reverencia digna de la corte.

—¡Señora!

A Genova le llamó la atención el movimiento de la mano partiendo desde el pecho a la elegante extensión del brazo, o tal vez fue el relampagueante destello de la esmeralda. Se fijó bien en eso. Estaba claro que el señor Dash era un hombre rico, y era una vergüenza que hubiera abandonado a su hijo con la niñera a manos desconocidas.

Le hizo una moderada y fría venia:

—Yo estaba en el grupo que asistió a su esposa, señor Dash, y puedo informarle de todo. Si ya han sacado de la cuneta el coche de su esposa, no logro imaginar por qué ella no está aquí, pero le ruego que no se inquiete por su hijo. Te-

nemos a salvo al pequeño Charles y a su nodriza en nuestras habitaciones.

—¿Charles? —preguntó él, en tono extraño. Tal vez agrandó los ojos, pero bajó los párpados con demasiada rapidez—. ¿Traía con ella al pequeño?

Tal vez era mejor padre de lo que ella había imaginado.

—Imprudente con este tiempo —convino—, pero el bebé se ve muy sano.

—Entonces, lléveme a verlo, señorita...

—Smith.

Subió la escalera delante de él deseando, no por primera vez, tener un apellido más interesante. En presencia de ese halcón de hermoso plumaje, «señorita Smith» la hacía sentirse como un gorrión casero, lo que no era de ninguna manera. Deseó que él se fijara en que su figura era excelente y sus cabellos abundantes y rubios, aun cuando algunos mechones se le hubieran soltado de las horquillas.

Sintió la ridícula tentación de decirle que había luchado contra piratas bereberes y ganado. No lograba recordar ninguna vez en su vida en que un hombre la hubiera hecho sentirse tan nerviosa, y eso que había conocido a muchos hombres interesantes.

Lo condujo a la salita de estar, donde la criada y el bebé seguían durmiendo. Dado que llevaba un rato fuera de esa sala, nuevamente le asaltó las narices el olor de los pañales sucios del bebé y de la mugrienta criada, pero eso, claro, era culpa de los Dash, no de ella.

El señor Dash se dirigió de inmediato a mirar al bebé, notablemente silencioso, para ser un hombre con botas y espuelas.

—Dulce pequeñín, Charles. ¿Ha dicho que está bien?

—Eso es lo que yo veo, señor. La niñera no habla nada de inglés.

—¿Qué habla, entonces? —preguntó él, con las cejas arqueadas.

—Gaélico irlandés, creo. ¿Usted no es irlandés, señor?

—No, pero la señora Dash sí —repuso él, contemplando al niño dormido, sin hacer el menor intento de cogerlo en brazos.

Eso no era sorprendente; muchos hombres consideraban que los bebés no eran asunto suyo. Genova deseó no sentir que debía protestar si él pensaba así.

—Le cuesta mucho conservar a los criados —continuó él—, y muchas veces debe contentarse con los que puede conseguir. También tiene un pésimo sentido de la orientación. Lo más probable es que haya seguido el camino hacia el este. Será mejor que yo vaya tras ella —añadió, dirigiéndose a la puerta.

Pasado un instante de sorpresa, Genova cayó en la cuenta de que el hombre se marchaba. Corrió hacia la puerta y logró interceptarle el paso.

—Me imagino que el cochero sí sabría por dónde ir, ¿verdad?

—Bebe mucho, y sin duda ésa es la causa de que el coche haya derrapado.

—Entonces me sorprende que usted no lo haya despedido.

—Es el cochero de ella, no el mío. La señora Dash, como sin duda habrá notado, está acostumbrada a hacer su voluntad. —Esos ojos profundos le sostuvieron la mirada—. Yo también, podría decir.

La expresión con que la miró podía considerarse calmada, pero todos los instintos de Genova chillaron por apartarse de su camino.

Él no hizo ningún gesto que indicara una actitud agresiva, pero ella se sintió golpeada por la intensidad de su mirada. Conocía esa capacidad de los hombres para irradiar amenaza, pero nunca la había sentido dirigida hacia ella con tanta fuerza. La asombró lo difícil que le resultaba no hacerse a un lado para ponerse a salvo. Enderezó la espalda.

—Debe dejar arregladas las cosas del niño antes de marcharse, señor.

—¿Debo? —preguntó él, como si esa palabra lo dejara atónito—. El arreglo me parece satisfactorio. Ciertamente le pagaré para que continúe con su hospitalidad unas cuantas horas más.

—¡No necesito que me pague!

—Entonces le agradezco su caridad —dijo él, inclinando la cabeza. Dio un paso hacia ella, quedando bastante más cerca—. ¿Vamos a tener que luchar por el derecho a pasar?

Ella se obligó a mantenerse firme.

—¿Por qué habría de querer luchar?

—Por una inveterada exigencia de hacer mi voluntad.

—Su matrimonio debe de ser muy interesante, entonces.

—Es un sangriento campo de batalla, lo cual me proporcionaba habilidades muy útiles.

Le colocó los dedos en el hombro y los deslizó suavemente hacia el cuello. Aunque ella llevaba un vestido de invierno, el contacto le produjo estremecimientos por todo el cuerpo.

—¡Señor!

Le cogió la muñeca para apartarle la mano, pero él se la soltó y le rodeó el cuello, no con fuerza, pero a ella se le oprimió la garganta y sintió dificultad para respirar. De todos modos, no se apartó de la puerta. Y no se apartaría. Él no podía estrangularla ahí, en una posada pública.

—Quite la mano, señor, o gritaré.

Él la empujó, dejándole la espalda apoyada en la puerta, le cogió la cabeza entre las manos y la besó.

A Genova nunca la había asaltado nadie con un beso, y la conmoción la retuvo cautiva un momento mientras él le sellaba la boca con la suya. Cuando se le acercó más, apretando su cuerpo contra el de ella, recuperó el juicio y le cogió las muñecas para apartarle las manos.

Inútil.

Le dio una patada, pero entre la falda de ella y las botas de él el gesto resultó patético. No podía girar la cabeza, y cuando abrió la boca para gritar, él le introdujo la lengua. ¡Qué no habría dado por tener un cuchillo o una pistola a mano!

Pero entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, él le liberó la boca y se apartó. Ella lo empujó con todas sus fuerzas y corrió hacia un lado, tratando de recuperar el aliento para poder gritar si él volvía a acercársele.

Haciéndole una irónica y victoriosa venia, él abrió la puerta y escapó.

—¡Ni lo piense!

Corrió a la puerta, pero el maldito había sacado la llave que estaba colocada por dentro y cerró la puerta por fuera.

Sólo le llevó unos instantes correr al dormitorio y salir por esa puerta, pero él ya había bajado la escalera. Cuando

llegó al rellano oyó cerrarse la puerta de abajo. Llegó al vestíbulo al mismo tiempo que el desconcertado posadero.

—¡Se ha dejado la capa y sus cosas! —exclamó el posadero—. Se va a congelar.

—No se congelará —dijo Genova lúgubremente—. El diablo cuida de los suyos.

3

El marqués de Ashart salió de la posada y se estremeció al recibir el golpe del aire frío. Maldita la bruja que lo había obligado a salir así, pero no estaba dispuesto a dejarse atrapar con ese niño.

Corrió hacia el establo, donde había dejado los caballos y a su mozo Bullen. Vio luz alrededor de una puerta cercana al establo. La abrió y entró al agradable calor de un cuarto impregnado por los olores a leña ardiendo, tabaco y cerveza especiada. Alrededor de una tosca mesa estaban sentados cinco hombres fumando en pipas y bebiendo animadamente; Bullen era uno de ellos. Todos se pusieron de pie. Ésa debía de ser una especie de sala de estar de los mozos de cuadra, un lugar para estar y descansar entre servicio y servicio.

—Prepara los caballos —dijo a Bullen—. Nos vamos.

El hombre de edad madura no se movió.

—¿Su capa, señor? No le conviene viajar sin ella.

Ash sabía que no, pero no iba a volver a la posada a buscarla.

—No importa. Vámonos.

—Con su permiso, señor —dijo Bullen, en tono de resignado martirio—, tal vez desee saber que lady Thalia y

lady Calliope Trayce están alojadas en este mismo establecimiento.

—¿Las tías abuelas? ¿En diciembre? Tienes que estar equivocado.

—No se equivoca, señor —dijo uno de los otros hombres, cuya edad y dignidad sugería que era el jefe de los mozos de establo—. Una parada no planeada, señor, posiblemente debida al frío. Y espero que me disculpe, señor, pero su mozo tiene razón. Correrá hacia la muerte si cabalga esta noche con sólo su chaqueta.

Los malditos tenían razón, por supuesto, y estaba el misterio de sus tías abuelas. Si se encontraban aquí, sería mejor que fuera a averiguar por qué. La tía Calliope en particular, no estaba en condiciones para viajar con ese tiempo.

También se le ocurrió que la interesante señorita Smith podría tener la información que necesitaba. Seguro que formaba parte de las intrigas de Molly Carew.

—¿Sabe adónde se dirigen las señoras Trayce? —preguntó al mozo jefe.

—No, señor.

—¿Cuántas personas llevan con ellas?

—Tres cocheros y mozos de caballos, señor, cuatro jinetes de escolta y un grupo de doncellas y lacayos. Toda una novedad aquí, porque no es ésta una posada que sirva normalmente a la nobleza, aunque espero que sepamos cumplir nuestra parte.

El hombre dijo eso con orgullo, de modo que Ash le contestó:

—De eso no me cabe duda.

—Con su permiso, señor —dijo Bullen, en un tono de paciencia duramente puesta a prueba—, ¿recordará tal vez que las señoras le solicitaron ayuda para un viaje, y usted ordenó que se pusieran a su disposición su coche y sus criados?

—Tal vez —dijo Ash en un tono un poco áspero, pero estaba empezando a recordar.

Había recibido una carta de sus tías abuelas, que él, a su vez, pasó a su secretario para que se encargara de todo. Pero había imaginado un viaje corto, y ahí estaban a varios días de Tunbridge Wells, y sus planes de viaje evidentemente hechos un caos. Si eso se debía a incuria de su gente, rodarían cabezas.

—Pasaremos aquí la noche —dijo—. Es posible que tengamos que escoltarlas mañana. —Se dirigió al jefe de establos—. ¿Cómo cree que estará el tiempo mañana?

—Un poco mejor que hoy, señor, pero eso no es decir mucho. Espero que sus parientes no tengan que ir muy lejos.

—Eso espero yo también. Tal vez les ha sobrevenido un ataque de locura. Podríamos decir que eso les viene de familia.

Los mozos se miraron inquietos.

—No os preocupéis. La locura sólo ataca en luna llena.

—Estamos en luna llena, señor —dijo el mozo jefe, aunque estaba claro que era demasiado sensato para tomarse en serio esa tontería.

—Probablemente eso lo explica todo —comentó Ash, mirando al desaprobador Bullen—. ¿Dónde está Fitz?

—Dijo que esperaría en la taberna, señor.

Ash puso una moneda en la mesa, dio las gracias a los hombres y salió al frío. Cáspita, el frío era como para morirse.

Una puerta iluminada en la parte de atrás de la posada le atrajo la atención. Hacia allí dirigió los pasos y descubrió que era justamente la puerta de la taberna, otra estancia llena de humo y olor a cerveza. Pero estaba caldeada, lo cual era de agradecer.

La mayoría de los bebedores parecían ser hombres de la localidad, pero en el otro extremo de la sala vio a su amigo Octavius Fitzroger sentado solo a una mesa con una jarra y un plato delante. Nadie como Fitz para irse derecho al asunto serio de comer y beber.

Notó el silencio y las miradas de los hombres mientras atravesaba la sala. Lo observaban como a un desconocido, no sólo de la posada sino también en sus vidas. Cayó en la cuenta de que todavía llevaba puestas las joyas, las cuales normalmente no solía llevar en circunstancias como ésa. Se las había puesto justo antes de llegar, con el fin de recordarle a Molly con quien trataba.

Ya era demasiado tarde para corregir eso; no podría pasar por un hombre vulgar y corriente ni aunque lo intentara. Ser marqués desde los ocho años dejaba sus marcas.

Cuando se sentó en el banco frente a Fitz, los parroquianos volvieron a coger sus jarras y reanudaron sus conversaciones.

Fitzroger era alto, rubio y esbelto, pero su esbeltez era la de un estoque. Aunque era solamente dos años mayor que él, Fitz había sido un aventurero y un soldado, y su temperamento calzaba muy bien con el suyo. La amistad entre ellos, bastante reciente, se había hecho íntima con mucha rapidez.

—¿Y bien? —preguntó Fitz.

—Nada bien. Molly no está aquí.

—Eso a mí me parece excelente.

—Tengo que enfrentarla. Esto no puede continuar. Al parecer su coche cayó en la cuneta a unas cuantas millas al este de aquí, pero otros viajeros que pasaban trajeron a su bebé y a la nodriza.

Fitz se enderezó.

—¿El bebé está aquí?

—Protegido por una aventurera que lleva el inverosímil nombre de señorita Smith y que hizo todo lo posible por endilgármelo. Yo pensaba marcharme, pero acabo de descubrir que las tías abuelas están aquí.

—¿Las tías abuelas de Tunbridge Wells? —exclamó Fitz, mirándolo fijamente—. ¿Qué has bebido?

—A menos que todos los mozos del establo estén locos, es cierto.

En ese momento apareció una desaliñada camarera junto a la mesa, preparada para ir a buscarle una bebida a Ash. Él negó con la cabeza.

—Recuerdo que les proporcioné una berlina de viaje y algunos criados, pero supuse que sería un viaje corto. Tengo que ocuparme de ellas, y quiero descubrir qué sabe esa señorita Smith. Eso sí me hace una tremenda ilusión.

—Pobre mujer.

—Se merecerá todo lo que reciba.

Fitz bebió un poco de su cerveza.

—¿Qué pretende Molly ahora? ¿En qué sirve a su causa abandonar a su bebé aquí? ¿Cree que eso conmoverá tu tierno corazón?

Ash le soltó una maldición, pero sin rabia.

—Eso quiero descubrir. Quizá se enteró del decreto del rey.

—¿Que te cases con una mujer adecuada antes de que vuelvas a aparecer por la corte? No especificó con quién.

—Gracias a Júpiter. Sería muy propio de Molly aprovecharse de eso, y con razón. Puesto que ella es la causa de la desaprobación del rey, cualquier otra posible esposa sólo produciría un pequeño ablandamiento.

—Si el rey hubiera querido que te casaras con ella lo habría dicho.

—No la aprueba a ella, pero desaprueba más aún mi supuesta crueldad —dijo Ash, mascullando en voz baja algo que podría considerarse traición de lesa majestad.

—No te preocupes. La señorita Myddleton está a la espera.

Ash soltó otra maldición.

—Es inteligente —añadió Fitz—, su apariencia es tolerable, y es riquísima. Otros hombres se arrojarían de cabeza a coger ese premio.

—No me gusta que me fuercen de este modo.

—Se puede perdonar a la viuda lady Ashart el empujarte hacia una heredera.

—No sigas. Sí, sin duda me casaré con esa muchacha, pero en estos momentos, necesito ajustar cuentas con Molly. Ésa es la única manera de justificarme realmente. Rothgar tiene que estar detrás de esto. Es demasiado intrincado para haberlo planeado Molly sola.

Fitz inclinó hacia atrás la silla apoyando el respaldo en la pared.

—Si tu primo está detrás de este peculiar incidente, tal vez deberías dejar que yo me ocupe de esto.

Ash lo miró un momento. No le había contado una última novedad.

—Yo podría tener algo para obligar a Rothgar a revelar la verdad.

Fitz emitió un silbido.

—Vigílate la espalda. ¿Qué?

Ash descubrió que no deseaba decirlo todavía, ni siquiera a Fitz. Los papeles incriminatorios le parecían un barril de pólvora humeante.

—Estás más seguro sin saberlo. Sólo lo mencioné para que dejes de inquietarte. Yo tengo ahora el látigo en la mano.

Fitz enderezó su silla con un golpe.

—¿Sobre Rothgar? Ash, esta enemistad tiene que acabar antes de que destruya a los Trayce y a los Malloren por igual.

Ash desvió la vista y estuvo un momento observando la sala llena de personas con problemas sencillos.

—Acabarla sería agradable —dijo al fin, volviendo a mirar a Fitz—. Pero cuando dos espadachines están con las puntas de sus espadas en el cuello del otro, ¿quién baja primero la espada?

—Eso exige un intermediario imparcial.

Ash se echó a reír.

—¿Que nos inspire confianza a Rothgar y a mí? Basta de esto —añadió, volviendo a lo práctico—. Alguien debe dar caza a Molly mientras yo escolto a mis tías. —Detectó la repentina tensión de Fitz—. ¡Por el amor de Zeus! Da la impresión de que te da miedo perderme de vista. No eres ni mi ángel guardián ni mi conciencia.

—Simplemente disfruto con tu compañía —dijo Fitz, en su normal tono alegre—. La vida contigo jamás es aburrida.

—La vida persiguiendo a Molly tampoco será aburrida.

Ash pensó si no se habría imaginado la expresión de tensión de su amigo, pero le pareció que no. Antes ya le había visto una expresión similar. Era posible que Fitz realmente se considerara su protector de locuras y pecados. Y tal vez necesitaba un guardián. Fitz había influido en el cambio experimentado en su vida en los seis últimos meses más o menos.

Se levantó y le cogió el brazo.

—Me imagino que no habrá ido muy lejos, pero si no la encuentras pronto, no continúes. Búscate un lugar para pasar la noche. Molly no vale tu muerte de frío.

—No soy uno de los grandes mimados del reino —replicó Fitz. Bebió lo que le quedaba de cerveza, cogió su capa y sus guantes y se levantó—. Si ella logra eludirme, te daré alcance.

—Es probable que no nos encontremos en el camino. Ve a casa de Garretson y me reuniré contigo allí. Mañana no pasaré más allá de la puerta de mi primo.

—Volveré a la casa de Londres.

Ash recordó que Fitz no tenía muy buena opinión de Nigel Garretson, que ofrecía una fiesta de Navidad para solteros cerca de Kent. Curiosamente, él no sentía mucho entusiasmo por ir a esa fiesta.

—¿Qué hago si encuentro a Molly?

—Llévala a Londres, cogida por los cabellos, y mantén-la ahí. ¡Suerte en la cacería!

Ash se quedó observando a Fitz hasta que salió, y después fue a preguntar a la camarera el camino hacia el vestíbulo de entrada de la posada. Se llegaba allí por un estrecho

corredor terminado en una puerta. La abrió y se apresuró a retroceder.

Iba entrando gente. Alguien podía reconocerlo, y no tenía el menor deseo de juegos sociales. Cuando vio a los Brokesby se felicitó por su cautela. No tenía ninguna amistad con ellos, simplemente los había conocido a través de Molly, pero eran justo del tipo de personas que les gustaba presumir de conocerlo.

Entonces se le ocurrió la idea: ¿No serían también parte del plan de Molly? ¿O del plan de Rothgar?

Tal vez debería haber seguido el consejo de Fitz. Se sentía en una trampa; ésa era una sensación desagradablemente conocida desde la noche de enero cuando salió de un baile de máscaras en compañía de la viuda lady Booth Carew. En abril ésta había asegurado que estaba embarazada de él; cuando él lo negó, ella anduvo lloriqueando por todo Londres hablando de sus promesas y de su cruel abandono.

Al ver que eso no lo conmovía, se marchó a Irlanda, pero desde allí enviaba cartas y más cartas a sus amigos de la corte, cartas llenas de repugnantes detalles sobre hinchazones y dolencias.

Él había supuesto que ese ridículo asunto iría perdiendo interés hasta pasar al olvido, pero el rey lo consideró un problema e intervino. Qué listo fue Rothgar al aprovechar el deseo de decoro del rey Jorge para asestarle ese golpe. Claro que Rothgar, maldito sea, contaba con el favor del rey.

Los Brokesby ya iban subiendo la escalera seguidos por una doncella, con lo que el posadero quedó solo. Las tías abuelas primero, pensó, y entró en el vestíbulo.

—¡Señor Dash! —exclamó el hombre, poniéndose su sonrisa profesional—. Habrá vuelto por su capa, señor.

—No, he vuelto por mis tías abuelas. Acabo de enterarme de que lady Thalia y lady Calliope Trayce están alojadas aquí. Puesto que al parecer se han sentido indispuestas por la tormenta, consideré mi deber auxiliarlas.

La sonrisa del posadero se hizo dudosa.

—Pero no hay ninguna tormenta, señor.

Ash dominó la tentación de agredirlo.

—Lo he dicho en sentido figurado. Le agradeceré si me indica dónde están sus habitaciones. Me quedaré a pasar la noche.

La sonrisa del hombre se desvaneció del todo.

—¡Señor! Lo lamento muchísimo, pero acabo de dar las últimas habitaciones a esa pareja. Son hermanos, ¿sabe?

—¿No hay más habitaciones en la posada? Qué oportuno en esta temporada, pero siempre se puede encontrar una —dijo Ash, sacando una guinea del bolsillo.

—Es la verdad, señor. He dado mi propio dormitorio a la dama...

—Ya se le ocurrirá algo —dijo Ash, entregándole la moneda—. Ahora lléveme a ver a mis tías abuelas.

El posadero negó con la cabeza pero echó a andar por un corredor. Al llegar a una puerta se detuvo.

—Usted dijo que su apellido era Dash, señor.

—Dije que había venido para encontrarme con la señora Dash, lo cual, como sin duda estará de acuerdo, es algo totalmente diferente.

Al hombre se le tensó la cara, pero golpeó la puerta.

4

Resignada a la realidad de que tendrían que cuidar del bebé por esa noche al menos, Genova ya había pedido que instalaran un colchón en la salita de estar de Thalia para que durmieran el niño y su cuidadora. Después ordenó a una de las tres criadas del séquito de las Trayce que preparara un baño para la nodriza y la ayudara. Otra se encargaría de que lavaran toda la ropa posible de la nodriza y también del bebé.

Era difícil conseguir que lavaran ropa en diciembre, pero sabía que prometiendo generosas propinas todo se podía conseguir. Pero era dinero Trayce el que iba a gastar, de modo que bajó a explicar el asunto a lady Calliope y a lady Thalia.

Cuando acabó de darles la explicación, lady Calliope la miró ceñuda, metida entre chales y mantas, su calva cabeza cubierta con una gorra forrada de piel. Su peluca de abundantes cabellos rojizos estaba tirada en el suelo, con el más absoluto aspecto de ser un gato color melado.

—¿Qué vamos a hacer con esas criaturas abandonadas, Genova? —preguntó.

—Tal vez los padres acaben recordando su deber.

—Si esos dos están casados, yo soy un pavo relleno.

Genova había llegado a esa misma conclusión.

—Pero si esa supuesta señora Dash quiere endilgarle un hijo bastardo a ese supuesto señor Dash, ¿qué motivos tiene para creer que él lo va a aceptar? Y qué acto más desalmado abandonar al niño a personas totalmente desconocidas.

—El mundo está lleno de oportunistas desalmados. Esto promete ser un engorroso lío.

Genova tranquilizó a la anciana, sabiendo lo penoso y agotador que era el viaje para ella. Ni el coche más lujoso podía evitar el zangoloteo por caminos surcados y endurecidos por ese tiempo tan frío; además, aun usando sus propias sábanas y almohadas, lady Calliope detestaba dormir en cualquier cama que no fuera la de ella.

—Supongo que esta noche ya no se puede hacer nada —masculló lady Calliope—, pero... —se interrumpió debido a un golpe en la puerta—. ¿Qué pasa ahora?

Genova fue a abrir, rogando que, por algún milagro, fuera el señor Dash, pero se encontró ante Lynchbold, que la miró con expresión inquieta.

—Perdone, señora. Este caballero asegura que es pariente de las señoras y desea ofrecerles su asistencia.

Se hizo a un lado y avanzó un hombre.

¡Era el señor Dash! Genova se quedó boquiabierta ante el descaro del hombre, y observó que él parecía horrorizado al verla. ¿Le había estropeado algún jueguito? Eso esperaba, de todo corazón.

—¿Un pariente? —exclamó Thalia antes de que ella pudiera hablar, corriendo a ponerse a su lado—. ¡Qué magnífico! ¿Quién? ¡Ashart! ¡Mi queridísimo niño! ¡Pasa, pasa!

¡Ashart!

El hombre hizo una inclinación de cabeza ante el boquiabierto posadero y obedeció, obligando a Genova a hacerse a un lado. A ella le habría encantado interceptarle el paso, y con más eficacia esta vez, pero no podía dudar de Thalia; tampoco podía dudar de lady Calliope, la que con considerable cariño le estaba haciendo gestos de saludo al canalla.

¿O sea que el lobo era el marqués de Ashart? ¿Ese hombre era el dueño de ese hedonista y lujoso coche? Ese engañoso retrato debieron hacérselo en su juventud, porque ni empolvado, acicalado ni vestido para la más ceremoniosa gala en la corte podría ese hombre parecer tan inofensivo.

Él besó a Thalia en la mejilla y fue a saludar a lady Calliope.

—Callie, mi amor.

¡Callie! Las hermanas de lady Calliope la llamaban a veces por ese apodo infantil, pero en los labios de ese hombre sonaba antinatural.

—¿Qué diablos andas haciendo aquí? —preguntó lady Calliope, sin lograr un tono severo—. Nada bueno, que me cuelguen, si no.

—Me trajeron los ángeles para socorreros, corazón mío. Dio la casualidad de que hice un alto aquí, y me enteré de que habíais hecho una parada no planeada en este establecimiento de calidad inferior. Supongo que mis criados tendrán una buena explicación.

—No los regañes, la decisión fue nuestra. Y si quieres enamorar a una dama, coquetea con una más joven.

Lady Calliope hizo un gesto a Genova indicándole que se acercara, por lo que a ésta no le quedó más remedio que ir. ¿Qué debía hacer? ¿Soltar la verdad y romperles el corazón

a las ancianas? En los tres meses que las conocía se había enterado de cómo adoraban al marqués.

—Permíteme que te presente a la señorita Smith, Ashart. Genova, éste es mi sobrino nieto Ashart, engendro del demonio.

Él la miró, una rápida mirada de arriba abajo que sus tías abuelas no pudieron ver pero que a ella la hicieron desear tener su pistola.

—Encantado, señorita Smith —mintió él, inclinándose—. Es asombroso conocer a una verdadera Smith. ¿El apellido es verdadero, supongo?

—Sólo un idiota adoptaría Smith como apellido falso, milord.

—O un villano astuto que esperara que la gente lo considerara un idiota. Pero añadir «Genova» fue un toque brillante.

Genova hizo una tardía venia, tan glacial como el viento que soplaba fuera.

—Milord, no sé por qué imaginaba que su apellido sería Dash.

—¿Dash? —repitió él, sin el menor asomo de culpabilidad en su cara—. Tal vez tiene usted poderes adivinatorios, señorita Smith. Mis íntimos me llaman Ash.

—¿Tienes poderes, Genova? —exclamó Thalia—. ¡Qué ilusión! ¿Usas hojas de té? ¿Cartas...?

—Creo que eso sería una forma de adivinación menos digna, Thalia —acotó el marqués—. Sin duda la señorita Smith simplemente sabe cosas.

—¿Sabes cosas, Genova? Ay, dime, por favor, algo que sepas. ¿Irá todo bien en nuestro viaje? ¿Seremos recibidas con amabilidad?

Genova deseó mirar furiosa al marqués, pero sonrió a Thalia.

—Sí a las dos cosas, pero eso se deberá a que yo me ocuparé de que el viaje vaya bien y de que nadie sea otra cosa que amable con usted y lady Calliope.

—Me siento obligado a observar —dijo el marqués, sacando del bolsillo una cajita de rapé de porcelana— que en los poderes de la señorita Smith no entra la exactitud. Predijo «Dash» en lugar de «Ash». —Presentó la cajita abierta a lady Calliope, que cogió una pizca; a continuación él cogió elegantemente una pulgarada—. En cuanto a vuestro viaje, queridas mías, yo seré vuestro escolta y protector.

—¡Qué maravilloso! —exclamó Thalia, juntando las manos, encantada—. ¿Y tú acabas de llegar, mi querido niño? Dios mío, debes de estar muerto de hambre. Los jóvenes siempre estáis hambrientos. Ya es la hora para nuestra cena, seguro. Genova, ¿quieres tirar de la campanilla, por favor?

Genova obedeció, casi rechinando los dientes. Debía hacer algo en ese asunto, pero ¿qué? Estaba claro que el lobo era el marqués de Ashart; ésas eran sus tías abuelas. Más aún, ellas viajaban en coches de él, con sus criados y, muy probablemente, a sus expensas. Seguro que él podría incluso despedirla si le daba la gana.

Y por lo tanto, comprendió, con un escalofrío, que él tenía poder sobre el bebé. ¿Sería ése el motivo de que hubiera vuelto a la posada?

Se giró a mirar y vio que él se había sentado entre las dos melifluas ancianas.

—Creo entender que habéis tenido incidentes en el viaje, cariños míos.

—En su mayor parte ha sido puro tedio —declaró lady Calliope—, pero sí, tuvimos un encuentro interesante. ¡Cuéntale la historia, Genova!

Genova contó la historia, cuidando de no omitir la parte de la llegada y escapada del señor Dash. En la cara de él no apareció ni el menor asomo de culpabilidad.

—Y Genova pensó que tú eras ese señor Dash —comentó Thalia—. ¡Qué gracioso!

—Mucho —dijo el marqués, sonriendo a Genova.

Ella le correspondió con una sonrisa falsa.

Entró una criada y volvió a salir para traer la cena. Las señoras Trayce comenzaron a barajar posibles explicaciones de la situación y el marqués participaba en la conversación tan inocente como un ángel.

Para ayudarse a mantenerse callada mientras no tuviera decidido qué hacer, Genova cogió su bordado. Estaba tratando de hacer una réplica del hermoso paño que se ponía debajo de su pesebre de Navidad, que estaba bastante desgastado; ya le faltaba muy poco para terminarlo. Cuando llegaran a Rothgar Abbey podría montar el pesebre como lo había hecho siempre en Navidad. Tendría que ponerlo en su habitación, no en un lugar importante para exhibirlo, pero eso sería suficiente.

Tenía una parte de la mente atenta a la conversación, por lo que no se sobresaltó cuando lord Ashart se dirigió a ella:

—Tal vez habría sido más prudente no haber intervenido, señorita Smith.

Él estaba repantigado insolentemente, si es que se podía llamar insolente a un marqués. Eso, su tono y la expresión que vio en sus ojos, casi la hicieron rechinar los dientes. Lo

miró a los ojos, poniendo la aguja para dar una puntada, con el fin de parecer serena.

—¿Usted habría pasado por el otro lado del camino, milord?

—No tengo fama de ser un buen samaritano.

—Ni de ser un buen padre tampoco.

Él arqueó las cejas.

—Como padre no tengo ningún tipo de fama, señorita Smith.

—Sorprendente en un libertino —le salió a ella, sin pensarlo.

A él le brillaron los ojos de fría furia. Ella se preparó para la represalia, comprendiendo que ansiaba otra pelea, una que ganaría ella. Pero él la decepcionó.

—Veo que no sabe nada del mundo, señorita Smith.

—¡Ah, en eso te equivocas! —exclamó Thalia—. Genova ha estado en todas partes y ha tenido muchas aventuras.

Los glaciales ojos volvieron a evaluarla.

—Eso no me sorprende nada.

Esas palabras contenían tantas suposiciones insultantes que Genova se pinchó con la aguja. Siseó y se apresuró a dejar a un lado el bordado para chuparse el dedo.

—¿Se ha pinchado, señorita Smith? —dijo el demonio—. ¿Y le sangra? Sorprendente en una aventurera.

Genova hizo una honda inspiración, preparándose para darle su opinión en todo su peso, pero en ese momento se abrió la puerta y entraron las criadas con la cena. Pasados unos instantes, comprendió que la habían salvado del desastre, pero su rabia seguía hirviendo a fuego suave.

¡Él la creía una ramera!

¿Por qué creería eso? ¿A causa de ese beso? ¡Él se lo había dado a la fuerza!

Mientras las dos criadas ponían la comida en la mesa, guardó el bordado e hizo ímprobos esfuerzos por intentar serenarse. No podía permitirse el lujo de una batalla. Ese hombre se libraría de ella como de una garrapata y el bebé quedaría sin protección. No podía fiarse de que las señoras Trayce se ocuparan de cuidar de Charlie. Thalia era frívola y voluble, y el corazón de lady Calliope no era de lo más tierno.

Pensó en la muchacha que estaba en la salita de estar de arriba y anunció que le llevaría comida. Subir la escalera con una bandeja con comida le dio la oportunidad de calmarse y reevaluar la situación de un modo más sereno.

5

La capa de piel de lobo de lord Ashart era una advertencia tan buena como un letrero colgado del cuello de un villano, pensó Genova. Ni por un momento creyó que su visita anterior hubiera sido pura coincidencia. Después de todo «Dash» era muy similar a «Ash». Sin duda usaba ese apellido para sus citas amorosas libertinas, citas amorosas que, en algunas ocasiones, producían estorbos como un bebé.

Lo que la asustaba eran su propias reacciones. Sí que tenía debilidad por cierto tipo de hombre, un hombre osado, viril, que le encendía el cuerpo y le desafiaba la razón.

Conoció una vez a un italiano llamado Casanova, que tenía la fama de ser fatalmente atractivo para las mujeres, y había podido comprobar su poder de seducción. Sí que disfrutó coqueteando con él, pero nunca estuvo en peligro de pasar más allá de eso. Más extraña aún fue su reacción ante el jefe barbudo de unos piratas bereberes. Alarmante comparación, en particular, puesto que lo mató de un disparo.

A éste no le podía disparar, pero sí tenía un arma. Podía decirles a sus extravagantes tías abuelas que él era el señor Dash, un hombre cruel que había abandonado a un inocente. Eso lo derrotaría.

Se detuvo en la puerta de la sala de estar de arriba, al caer repentinamente en la cuenta de que tal vez él no se había imaginado que se encontraría con ella en las habitaciones de lady Calliope. La había burlado a ella en una sala de estar de la posada y luego lo habían llevado a otra. Ay, cómo deseaba haber tenido ese encuentro en la puerta de la sala de estar de lady Calliope, para revivirlo y disfrutarlo.

Entró en la sala de estar de lady Thalia y descubrió que no había nadie, de modo que continuó hasta el dormitorio. La criada irlandesa seguía dentro de la bañera situada delante del hogar; estaba sola, aparte del bebé, que estaba durmiendo sobre la cama. Supuso que Regeanne estaría comiendo en las dependencias de los criados.

El agua se enfriaría, pero el fuego del hogar crepitaba y había toallas colgadas a un lado. La muchacha saldría de la bañera cuando el agua estuviera demasiado fría o cuando despertara el bebé, pensó. Acercó una silla a la bañera y dejó en ella la bandeja.

Sheena le sonrió y tal vez le dio las gracias, revelando una cara dulcemente confiada y sorprendentemente joven. Claro que una muchacha tan joven podía ser madre, pero era impresionante de todas maneras. Se veía tan inocente y vulnerable como el bebé.

—Todo irá bien —le prometió, pero añadió—: Si yo tengo la fuerza para hacer que vaya bien.

Valoraba las promesas, pero ¿qué podía hacer para obligar al marqués a doblegarse a su voluntad?

Cuando volvió a la sala de estar de abajo vio que ya habían despedido a las criadas de la posada. El marqués y sus tías abuelas ya estaban terminando su sopa, de modo que se

sentó a servirse la de ella, y a escuchar la conversación sobre los círculos elegantes. El marqués contaba historias subidas de color, pero al parecer a sus tías abuelas no les importaba. En realidad, estaban pendientes de sus palabras como huríes viejas en un harén.

Cuando terminó de tomar su sopa, recogió los platos, fue a dejarlos en el aparador y empezó a llevar a la mesa las otras fuentes.

—Bueno —dijo Ashart—, ya es hora de que me digáis en qué andáis metidas, cariños míos. ¿Adónde os dirigís estando ya tan avanzado diciembre?

Genova movió la cabeza, recordando la reacción de lady Calliope cuando ella le comentó lo amable que era el marqués al aviarlas tan bien para su viaje: «No hay ninguna necesidad de alabar su amabilidad. Seguro que le pasó la carta a su secretario y se marchó para volver a sus mujerzuelas y vida desmadrada». Qué razón había tenido la anciana.

—¡Pues, a Rothgar Abbey, lógicamente! —exclamó Thalia—. Vamos a la fiesta de Navidad de nuestro querido Beowulf.

—¡¿Qué?!

En ese momento Genova estaba observando al marqués así que pudo disfrutar de su conmoción. Colocó las fuentes en la mesa tratando de no sonreír satisfecha.

—No había otra cosa que hacer —explicó lady Calliope—. Después de que Sophia impartiera sus órdenes.

Tres semanas atrás, recordó Genova, las señoras Trayce habían recibido una sorprendente invitación a pasar la Navidad en Rothgar Abbey, la casa de campo de su otro sobrino nieto, el marqués de Rothgar. En la consiguiente agi-

tación de las ancianas, ella se enteró de que hacía más de treinta años que no lo veían, debido a una enemistad familiar surgida por causa no especificada. Ella no vivía con las señoras Trayce, pero solía visitarlas frecuentemente para escapar de la casa de su madrastra, por lo que había escuchado y participado en las largas discusiones acerca de si debían aceptar la invitación o no. Había otra hermana Trayce, lady Urania, pero ésta era viuda y siempre pasaba la Navidad en la casa de su hijo mayor; y esta hermana opinaba que las otras dos debían ir, si estaban en condiciones de hacer el viaje. Lady Calliope lo consideraba una locura; Thalia revoloteaba entre unos intensos deseos de aceptar la invitación y unos vagos susurros acerca de una «pobre Augusta».

Estos susurros le inspiraron el deseo de saber más acerca de la «pobre Augusta», pero, lógicamente, no se atrevió a preguntar. Al final las hermanas decidieron declinar la invitación, pero entonces les llegó una carta de su cuñada, la marquesa de Ashart viuda, en que les prohibía ir. Eso lo cambió todo; en el argot marinero, las ancianas odiaban las entrañas putrefactas de su cuñada.

Era de presumir que el marqués estaba de acuerdo con la viuda, pero si intentaba hacer cumplir sus órdenes, ella se encargaría de que no lo lograra. Colocó un pastel de carne en el centro de la mesa y una fuente con jamón directamente delante de él.

—Me hace una enorme ilusión volver a ver a mi querido Beowulf —estaba diciendo Thalia—. Ocurriera lo que ocurriera en el pasado, ya hace mucho que murieron las personas involucradas, como observó Genova.

Genova colocó otras dos fuentes en la mesa, sintiendo el pinchazo de la penetrante mirada del marqués. Recordaba haber hecho esa observación, pero la había hecho sin darle importancia. Mientras se sentaba, lord Ashart le preguntó:

—¿Es de naturaleza indulgente, señorita Smith?

—Ésa es la norma cristiana, ¿no, milord? ¿Pastel?

—¿Perdonar para que se nos perdone? —preguntó él, como si no hubiera oído el ofrecimiento.

Ella cortó un trozo de pastel y lo colocó en el plato que le presentaba Thalia.

—Espero no ser tan egoísta, milord. Es posible perdonar simplemente porque es lo correcto.

—Pero seguro que tiene pecados que necesitan perdón.

Ella sirvió un trozo de pastel a lady Calliope.

—Nadie está libre de pecado, milord. —«Y mucho menos tú», añadió para sus adentros.

—Nadie que no sea un aburrido absoluto, ciertamente.

Genova se puso un trozo de pastel en su plato y se sirvió de las patatas que le ofrecía Thalia.

—¿Encuentra aburrida la virtud, milord?

—¿Usted no? Ah, pero claro, ha reconocido que necesita perdón. Todos esos... eh... pinchazos.

A ella casi se le cayó el plato.

—¡Eso no es...!

Alcanzó a reprimir su reacción, la que sin duda él quería provocarle. Miró a las ancianas y vio que Thalia los estaba observando con los ojos muy brillantes, como ante una divertida comedia, y lady Calliope estaba comiendo imperturbable. Colocó un trozo de pastel en el plato vacío del marqués, lo quisiera o no.

—Ah, pichón. ¿Le gusta el pichón, señorita Smith?

Puesto que «pichón» era otra palabra del argot vulgar para significar «primo», eso era otro insulto. Sin dirigirse a nadie en particular, dijo:

—Espero que el tiempo esté menos frío mañana. Los pobres hombres han sufrido tanto hoy que hemos tenido que enlentecer la marcha.

—El tiempo —musitó el marqués—, refugio para los aburridos, o los nerviosos.

Sabiendo que no debía hacerlo, ella lo miró a los ojos francamente.

—No estoy nerviosa a causa de usted, lord Ashart.

—Pero debería estarlo, señorita Smith—. Sin duda, debería.

Genova levantó su plato.

—¿Podría servirme un poco de jamón, milord?

Él se lo sirvió.

—¿Cree que finjo? No lo crea.

Ella sintió el peligro, como si estuviera en medio de una tempestad o del atronador rugido de armas enemigas, y le hirvió la sangre.

—No pongo en duda de que es usted un marqués, milord, un personaje de inmenso poder e influencia.

—¿Personaje? ¿Y qué papel interpreta usted en esta obra?

Ella cortó un bocado de su pastel de carne.

—Simplemente la acompañante pobre, milord.

—Entonces necesita clases de actuación.

Genova sintió una inminente tentación de enterrarle el tenedor en la elegante mano, que él tenía sobre el mantel

muy cerca de ella, exhibiendo una esmeralda con la que Charlie podría mantenerse toda su vida.

—Milord, debe de estar muy aburrido para estar divirtiéndose conmigo. Sólo soy la hija de un oficial de la armada, y acompañante de dos señoras mayores.

—De eso puedo dar fe —dijo lady Calliope, con el aspecto de estar muy divertida—. Vuelve tu ágil mente al malparido bebé de los señores Dash, Ashart. ¿Qué vamos a hacer con él, eh?

—Entregarlo a la caridad de la parroquia —dijo él, comenzando a comer.

—El bebé necesita a la nodriza —observó Genova.

—Pues, entregarlos a los dos al cuidado de la parroquia. ¡El granuja desalmado!

—¿Y qué cree que les ocurriría?

Él la miró con una expresión de hastío que por fin le recordó la de ese retrato.

—Los alimentarían y albergarían mientras se busca a la errante señora Dash.

—De la manera más mezquina. Ninguna parroquia desea encargarse de los pobres y desesperados de todas partes. ¿Y quién financiaría esa búsqueda? ¿Usted?

—¿Por qué demonios habría de financiarla yo?

—¡Su vocabulario, señor!

—A nadie más le molesta.

—Ay, Genova, querida —interrumpió Thalia—, ¿no decías que habías oído de todo cuando viajabas en los barcos?

Lord Ashart la miró como diciendo que había ganado un punto. Hirviendo de rabia, Genova guardó silencio, y se obligó a comer la enorme cantidad de comida que se le ha-

bía acumulado en el plato. A punta de pistola tendría que ser.

Mientras ella comía y los otros tres cotilleaban, llegó a la penosa conclusión de que ni siquiera a punta de pistola le resultaría. Sabía reconocer el inflexible orgullo cuando lo tenía delante, y dudaba que el marqués diera marcha atrás ni ante las mismas puertas de la muerte. ¿Serviría de algo la persuasión? Tenía que haber en él alguna pizca de caridad cristiana. Era amable con sus tías abuelas.

Aprovechó una pausa en la conversación para volver al tema:

—¿Qué vamos a hacer con el bebé? Ponerlo a cargo de la parroquia sería probablemente la muerte para él.

Ashart exhaló un suspiro.

—Dejaré fondos, señorita Smith. ¿Bastará eso?

—¿Y cuando se acabe el dinero?

—Si para entonces aún no se ha encontrado a la señora Dash querrá decir que no se encontrará nunca. No se puede esperar que yo dé dinero para el niño toda la vida.

«¿Por qué no?», preguntó ella en silencio.

Él la miró a los ojos, retándola a insistir.

Pues, sea.

Volvió la cara hacia las dos ancianas.

—El marqués es el hombre que se presentó aquí como «señor Dash». Él es el padre del bebé.

6

«Así que por fin ha sacado las armas», pensó Ash.

—Con toda certeza, no lo soy —dijo.

La pícara desvergonzada se mantuvo en sus trece.

—Es por lo menos el hombre con el que venía a encontrarse la madre. No puede negar eso, milord.

—No.

—Entonces sabe quién es ella. Puede devolverle el bebé.

Pero bueno, ¿adónde quería llegar con eso? Cogió su copa de vino y bebió un trago, pensando, y no vio ningún motivo para no decir la verdad.

—Supongo que la dama con quien os encontrasteis era Molly Carew. La viuda lady Booth Carew —dijo, dirigiéndose a sus tías, que sabían del escándalo—. No soy el padre de ese niño.

—Claro que no —dijo la tía abuela Calliope—. Un caballero se ocupa de sus bastardos.

—Si puede llevar la cuenta de los que tiene —dijo la señorita Smith en voz baja, pero con la intención de que él la oyera.

Era osada la moza, pero eso podía tener su propio condimento.

—Le pago a un secretario para que lleve la cuenta, señorita Smith.

Ella lo miró sorprendida, claramente sin saber qué creerle a un «libertino».

—Entonces no importará mucho añadir uno más al total, ¿verdad?

—Eso sentaría un precedente desastroso. Mi umbral se llenaría de bultitos esperanzados.

—Cierto —dijo la tía abuela Calliope.

Ash consiguió no sonreír mientras la muy pícara preparaba otra táctica para atacar.

—Milord, esa lady Molly...

—Lady Booth —corrigió él.

—Lady Booth, entonces; ella le dejó el bebé a usted. Tenía que tener un motivo.

—Tozudez, la cual, como bien señaló Sófocles, es hermana de la estupidez.

—¿Tozudez?

Ella tenía que conocer los detalles, pensó él, pero jugaría según sus reglas, por un tiempo al menos.

—Exactamente —dijo—. Lady Booth Carew lleva ya casi un año intentando encajarme un hijo con engaño, o para ser exactos, intentando forzar una boda. Éste, supongo, es su último zarpazo, a no ser que sean mellizos y tenga otro en reserva.

—¡No creo en ese absurdo cuento!

—¿Duda de mi palabra?

Ella lo fulminó con la mirada, pero, lógicamente, se contuvo. Acusarlo de mentiroso sería cruzar una línea fatal.

—No, milord —dijo, sin una pizca de sinceridad—. ¿Entonces no es suyo el bebé?

—No lo es.

—¿Puede probarlo?

¡Condenada mujer!

—Mi palabra basta, señorita Smith.

—Podría bastar si un hombre pudiera estar seguro de una cosa así.

—Va demasiado lejos, señorita Smith —dijo él, en ese tono capaz de hacer temblar a hombres fuertes—. En especial, dado que usted tiene que saber la verdad, siendo la confidente de Molly.

La expresión horrorizada de ella fue excelente.

—¿Qué? ¡Jamás había visto a esa mujer hasta hoy!

—¿Puede probar eso?

Ella lo miró fijamente y luego se volvió a mirar a las tías abuelas. Las dos estaban observando la escena como si de una obra de teatro se tratara.

—¿Thalia?

Thalia ladeó la cabeza.

—Estoy segura de que eres sincera, querida, pero en sentido estricto no puedo jurar que no hayas conocido a lady Booth antes. Sólo nos conocemos desde hace tres meses, ¿no lo recuerdas? De cuando diste esa charla acerca de la vida con la armada.

Él hizo girar la hoja en la herida.

—¿Lo ve? Es muy posible que usted se haya ganado astutamente la confianza de mis tías abuelas con ese plan en mente.

—Pues no, no es posible. Yo llegué a vivir a Tunbridge Wells cuando mi padre se retiró de la armada y se casó con una viuda de allí. Lady Calliope y lady Thalia están en este viaje debido a la invitación del marqués de Rothgar y a la

prohibición de lady Ashart de que aceptaran. ¡Yo no he tenido ningún control en nada de esto!

—Punto, Ashart —dijo lady Calliope, como un juez en un combate de esgrima.

Pero Calliope no podía sospechar que detrás de todo podía estar la mano de Rothgar. ¿Podría Rothgar habérselas arreglado para introducir a la señorita Smith en la casa de sus tías y luego haber enviado la invitación para ponerlas en el camino? Habría sido un juego de niños seguirlas y organizar las cosas para que Molly las interceptara.

Y, picando el anzuelo de Molly, él se había presentado ahí en el momento justo. Sí, era posible, pero ¿con qué fin? ¿Cuándo caería la espada?

—Tal vez podríamos asegurar la situación del bebé —dijo la señorita Smith, interrumpiendo sus pensamientos—, y debatir estas inverosimilitudes después.

—Qué mente más admirablemente tenaz la suya —dijo él, jugueteando con la cajita de rapé—. ¿Qué sugiere, pues?

Ahora sería cuando oiría el verdadero plan, supuso.

—Podría instalar al bebé y a la nodriza en una de sus propiedades, milord.

De ninguna manera el crío iba a acabar bajo su techo, pero mientras pensaba una respuesta, ofreció rapé a sus tías.

—La más cercana es Cheynings, y está gobernada por mi abuela. Dudo que ella sea muy acogedora.

—No creo que vaya a asesinar a un niño inocente.

Él cerró bruscamente la cajita de rapé, reprimiendo una sonrisita de satisfacción.

—Se equivoca, señorita Smith. Está claro que no sabe la causa de nuestra discordia familiar.

—No, milord —repuso ella, mirando alrededor.

—El asesinato de un bebé inocente —le dijo él, atento a su reacción—. Hace casi cuarenta años, mi tía, lady Augusta Trayce, una dulce y vivaz jovencita de dieciséis años, se casó con lord Grafton, heredero del marqués de Rothgar.

No vio ningún sobresalto de culpabilidad.

—Cuatro años después —continuó—, supongo que a consecuencia de la excesiva crueldad, se volvió loca y mató a su bebé recién nacido. Ella murió no mucho después, lo cual fue muy conveniente para su marido, que pudo volver a casarse.

La señorita Smith miró a las ancianas en busca de confirmación. Seguramente ni la mejor actriz del mundo sería capaz de palidecer a voluntad.

—Una niña tan inteligente y hermosa —suspiró Thalia.

—Demasiado bonita, sí, y muy insensata —dijo lady Calliope—, pero no se merecía ese trato.

—Pero si lord Rothgar es su sobrino nieto —dijo la señorita Smith—, él tiene que ser ese hijo de lady Augusta.

—Él es el primer hijo de Augusta, querida —contestó Thalia—. Qué niño más bueno, y tan inteligente... Recuerdo que le encantaban las roscas de albaricoque confitadas, así que le llevo unas pocas.

Ash casi se echó a reír. Daría una fortuna por verle la cara a Rothgar en el momento en que ella le entregara las roscas.

—Pero supongo —dijo la señorita Smith, nuevamente en pie de batalla— que si hubo maltrato, el marqués de Rothgar desearía tanto hacerle justicia a su madre como la propia familia de ella.

—Sin embargo el asunto en cuestión no lo inquieta en absoluto —replicó Ashart—. Cierto que echó a correr el rumor de que no se casaría debido a la locura que corría por su sangre, su sangre Trayce. Eso sirvió para proteger la memoria de su padre durante años. Pero, fíjese bien, ahora está casado y sin ningún escrúpulo. Eso es una prueba, ¿no lo cree así?

—No. ¿Y el amor?

—¿Qué del amor?

—Vamos, milord. La historia abunda en coronas e incluso vidas perdidas por amor.

—Por lujuria tal vez, señorita Smith, no por amor. Y la lujuria, claro, no exige matrimonio.

Ella se encogió. Maldición, ¿podía ser que fuera sincera? ¿Podría ser una inocente samaritana?

—En cuanto al bebé... —dijo ella, casi desesperada.

—Ya sé —dijo Thalia, enderezando la espalda—. ¡Lo llevaremos a Rothgar Abbey!

Él no fue el único sorprendido por esa idea.

—¿Llegar a Rothgar Abbey con un bebé bastardo? —exclamó. Pero entonces se echó a reír—. Bueno, ¿por qué no? Es Navidad después de todo. ¿Tengo que proporcionar un burro?

La señorita Smith lo miró con una expresión que decía claramente que ya tenían un burro: él.

La indignación se convirtió instantáneamente en diversión y excitación. Que se la lleve el diablo, la mujer era excitante. Fuera cual fuera la verdad de su posición allí, estaba claro que no era un ángel. Era demasiado lista, demasiado osada, demasiado sensible a un beso. Despedía chispas que encendían el fuego en él, y ella lo sabía.

Era una lástima que él no pudiera quedarse en Rothgar Abbey para investigar a la señorita Smith a gusto y comodidad, por no decir para ser testigo de la reacción de su altivo primo ante el regreso de su cómplice y de su recepción de los regalos para los aposentos de los niños. También le haría más fácil evaluar de qué manera debía usar su arma.

Pero no podía hacer eso. Daría la impresión de que aceptaba la invitación, como si estuviera dispuesto a pedir la paz. Y probablemente tampoco debería devolverle la cómplice. Sólo el diablo sabía qué haría Rothgar con ella después. Cheynings era una opción mejor, pero sería difícil convencer a Thalia.

Trampas y enredos. Alzó su copa y ofreció un brindis a las tres damas.

—Por la Navidad y todas las alegrías de la temporada.

7

Genova se unió al brindis, pero captó el malicioso disfrute que encubría. Debería sentir recelo, incluso algo de miedo, pero, en cambio, algo le hacía arder la sangre de una manera que no había experimentado desde hacía muchísimo tiempo.

No algo, alguien: el marqués de Ashart. En el año transcurrido desde que se jubilara su padre, había comprendido que echaba de menos la acción y la aventura. En esos momentos estaba enzarzada en un duelo con un contrincante formidable y sentía chisporrotear la sangre de entusiasmo.

Estaba resuelta a conseguir que él mantuviera a su hijo, y él estaba resuelto a resistirse. Sería una batalla gloriosa.

—¡Bueno, todo arreglado! —exclamó Thalia, destrozando el momento—. Ahora podemos jugar una buena partida de whist. Genova, querida, llama para que vengan los criados a despejar la mesa.

Genova obedeció. Ése no era un momento adecuado para jugar a las cartas, pero Thalia adoraba el whist y se lanzaba hacia el objeto de su adoración con la resolución de una niñita caprichosa.

Mientras esperaban a los criados, ella volvió al intento de concretar los detalles prácticos.

—¿Cómo vamos a transportar al bebé y a su nodriza? No podemos meter a cinco adultos en el coche principal, y los secundarios van repletos.

—¿Cinco? —preguntó Thalia, con las cartas ya en la mano—. Ah, Ashart irá a caballo, ¿verdad, cariño?

—Siempre —repuso el marqués.

Genova recordó su llegada con esa ominosa capa. Los jinetes de la escolta habían cabalgado a la intemperie dos días enteros, pero que un marqués eligiera hacerlo con ese tremendo frío parecía algo... antinatural.

El problema esencial de la familia Trayce era una mujer que asesinó a su bebé. ¿Les venía de familia la locura? Thalia, con todo su encanto, estaba chiflada.

Y ahora que lo pensaba, ¿no había oído decir que a veces llamaban el Marqués Negro al hijo de esa mujer, a lord Rothgar? No hacía mucho, le pareció recordar, había leído acerca de un duelo en el que él mató a su contrincante. El diario de Portsmouth lo consideraba escandaloso, y daba a entender que sólo el favor real salvó al marqués de consecuencias terribles.

La prudencia le enfrió el entusiasmo. ¿En qué aguas se iba a meter a ciegas? ¿Implicar sin estar segura a dos inocentes? Cuando llegaron los criados y comenzaron a despejar la mesa, dijo:

—Tal vez deberíamos pensar en otro plan...

—Deja de fastidiar, Genova —gruñó lady Calliope—. Tenemos espacio en el coche y tú ya les has hecho poner una cama.

—Cosa que yo no —dijo Ashart, haciéndole una seña a uno de los criados—. Dígale al posadero que deseo verle.

El hombre hizo una venia y salió.

Tan pronto como estuvo despejada la mesa, Thalia se instaló a barajar y dar las cartas. Acababan de terminar la primera mano cuando llegó el posadero, con aspecto muy afligido.

—Milord, milord, le he dicho la verdad. Estando tan cerca la Navidad hay mucha gente en los caminos, y con este tiempo tan malo muchos han hecho un alto temprano. La llegada de un grupo tan numeroso como éste...

—¿Sí? ¿Quiere que me vuelva santo y duerma en el establo?

Lynchbold se encogió ante el tono.

—¡No, no, milord! Si usted tuviera la bondad, ya hay un colchón instalado en la sala de estar de arriba. Supongo que era para una criada, pero es un buen colchón, milord, bien grueso y mullido, y la criada puede dormir en la cocina.

Genova se preparó para una rabieta, pero el marqués suspiró:

—Tendrá que servir.

El posadero se marchó, casi temblando de alivio. Genova estaba cansada de batallar, pero tenía que hacer una incursión más.

—¿Sería posible que Sheena durmiera con nosotras, Thalia? No entiende ni una palabra de inglés, y la asustará encontrarse entre desconocidos.

—Ya está entre desconocidos —ladró lady Calliope—. Deja de mimarla. Probablemente en Irlanda duerme en el suelo de tierra de una casucha.

—Piensa que yo debería dormir en el establo, ¿verdad, señorita Smith? —dijo lord Ashart, irónico.

—No milord, pero...

—Pero la muchacha puede compartir la cama de ruedas con Regeanne —dijo Thalia, agitando despreocupadamente la mano—. Basta de interrupciones. Volvamos a la partida.

La cama de ruedas era casi tan ancha como la que la ocultaba debajo, pero a Regeanne no le gustaría, pensó Genova. Pero era la mejor opción, por lo que, sin decir nada, dio la siguiente mano.

Pero entonces Ashart se levantó.

—Perdonadme, queridas, pero tengo que ocuparme de las disposiciones para mañana. Volveré enseguida.

Thalia lo aceptó sin hacer ninguna mueca. Sonrió de oreja a oreja observándolo salir.

—¿No es un muchacho encantador?

—Es un libertino —dijo Genova, sin poder reprimirse—, y es el padre de Charlie y piensa abandonarlo como si fuera un zapato usado.

Thalia la miró con los ojos agrandados y serios.

—Noo, no, querida mía. Un Trayce jamás olvidaría sus responsabilidades.

—Y tú misma dijiste que esa supuesta señora Dash no era digna de confianza —añadió lady Calliope—. ¿Por qué habríamos de creerla?

—Punto —concedió Genova, ceñuda—, pero ¿qué madre abandonaría a su hijo en manos de desconocidos?

—Pues eso es exactamente lo que ha hecho, ¿verdad? Sea cual sea la verdad en esta historia, lady Booth no está aquí.

Genova no pudo discutir eso.

Thalia recogió las cartas repartidas y las dispuso para jugar un solitario, aunque su actitud no reflejaba la resignación para jugarlo. Ansiaba jugar al whist como un lebrel desearía dar un paseo. Genova se sentía como un barco arrojado a la deriva por un temporal, absolutamente descontrolada.

Llegarían a Rothgar Abbey, hogar del tal vez desquiciado y asesino Marqués Negro, con un misterioso bebé bastardo en el grupo. Y, comprendió en ese momento, a la casa del primo de Ashart, lord Rothgar, que al parecer era su mortal enemigo.

Miró a las dos ancianas, deseando encontrar tranquilizadora su despreocupación, pero en realidad ésta le pareció una prueba más de la locura de la familia.

Volvió Ashart y se reanudó el juego. Al no ver otra alternativa, Genova se concentró en las cartas. Lo único que garantizaba más irritación era no poner atención al juego. Pasado un momento, Ashart pidió que les llevaran ponche de ron. Estaba delicioso, pero Genova se limitó a tomar un sorbo. No tenía la menor intención de emborracharse en esa compañía.

Las dos ancianas bebieron profusamente, pero eso no tuvo un efecto notable hasta que lady Calliope se quedó dormida entre una baza y la siguiente. Genova hizo llamar a los criados para que la transportaran al dormitorio en su sillón, aliviada de que por fin acabara esa velada.

Pero entonces recordó que Ashart subiría a los aposentos de arriba con ella y Thalia. ¿No sería posible que él durmiera en esa sala de estar de abajo? Cuando hizo la pregun-

ta se enteró de que en esa sala dormirían los dos criados para estar cerca por si se los necesitaba.

Eso no dejaba opción. Un noble no se dignaría dormir con criados. Mientras Ashart ayudaba a subir la escalera a la achispada Thalia, ella los siguió con diversos artículos de necesidad.

La salita de estar estaba convertida en dormitorio. En un sencillo colchón estaba la cama hecha, con sábanas y mantas. Junto al hogar reposaban una ponchera y vasos. Por lo visto Lynchbold se había preocupado de compensar lo mejor posible lo poco apropiado de la habitación, pero en opinión de Genova nadie necesitaba beber más licor.

La mesa estaba convertida en un lavabo, con jofainas, espejo y toallas. Cerca de la mesa estaban las alforjas y la enorme capa estaba extendida sobre un sillón, la piel húmeda insinuaba una presencia predadora.

Thalia se dirigió a la mesa.

—¿Un whist entre tres?

Ay, no. Genova dejó las cosas que tenía en las manos para llevar a Thalia al dormitorio. Cuando por fin cerró la puerta, se apoyó en ella aliviada.

Era ridículo pensar que estaba en peligro. Aunque fuera malo como Lucifer, el marqués no trataría de violarla en la cama de su tía abuela. Pero no era ése el peligro, y ella lo sabía. El peligro provenía del chisporroteo que sentía ella en la sangre, de su reacción ante una sola mirada de él, del deseo que sentía de enzarzarse en otra pelea.

Apareció Regeanne a ayudarla a acostar a Thalia y, gracias a Dios, no pareció molesta por el bebé. Cuando la francesa le susurró que hablaran en voz baja para no despertar

al petit ange, comprendió que por lo menos ahí había esperanzas de paz.

Sheena O'Leary y Charlie Carew ya estaban profundamente dormidos en la cama de ruedas, con una apariencia tan inocente como dos ángeles. Pero una nodriza no podía ser una inocente, comprendió en ese momento. Sheena tenía que haber parido un hijo, y era casi seguro que ese bebé había muerto.

Algunas nodrizas criaban a dos bebés. Algunas entregaban a su hijo al cuidado de otra madre para poder ganar el mayor salario que se pagaba a una nodriza que amamantaba únicamente al hijo de su empleadora. Ninguna de esas dos cosas parecía probable en ese caso, lo que le oprimió de compasión el corazón.

Era muy improbable que Sheena estuviera casada, por lo que la pobre muchacha tenía que haber sufrido la humillación de llevar un hijo ilegítimo y luego pasar por la pena de perderlo.

No era de extrañar que hubiera aprovechado la oportunidad de escapar para ganarse la vida de esa manera. Pobre, pobre Sheena, sobre todo cuando parecía que le había transferido al pequeño Charlie todo su amor de madre.

Eso la dejaba sin otra alternativa, pensó Genova. Se prometió que el inocente hijo de Ashart y Sheena continuarían a salvo juntos, aun cuando eso significara tener que usar su pistola.

8

El llanto del bebé, parecido al maullido de un gato, despertó a Genova por segunda vez. Era difícil despertarla de un sueño profundo, pero había algo en el sonido del llanto de un bebé que lo lograba. Entonces, como la vez anterior, fuera de las cortinas de la cama, oyó un suave murmullo en gaélico, después del cual adivinó la presentación de un pecho lleno de leche. Volvió la paz.

Nuevamente se acomodó en las almohadas, pero no pudo conciliar el sueño. Cambió de posición, tratando de encontrar una cómoda. Tenía que dormir si quería tener la mente despejada al día siguiente, y necesitaría todo su ingenio para enfrentar a lord Ashart.

Un reloj lejano dio las tres de la madrugada, la hora de los duendes, la hora en que monstruos misteriosos invaden la mente más tranquila y juiciosa. Su inquietud la catapultó de los recuerdos del viaje al encuentro con el bebé, luego con el marqués y después a la esencia de su problema más profundo: su vida con su padre que se había vuelto a casar.

Trató de hacerlo a un lado, pero los duendes eran implacables, no tenían piedad.

Ay, si su madre estuviera viva.

Mary Smith había pasado de la salud a la muerte en un solo día, debido a una repentina hemorragia interna. Eso le ocurrió cuando estaban navegando en medio del océano Atlántico, y tuvieron que enterrarla en el mar, lo que para Genova fue un golpe particularmente doloroso. Aunque era una mujer práctica por naturaleza, cada vez que recordaba el cuerpo envuelto de su madre arrojado al agua se le renovaba el dolor. Arrojada así, como alimento en mal estado o basura.

Daría cualquier cosa por tener una tumba para cuidar y atender. Había estado esperando el momento oportuno para pedir que pusieran una lápida con el nombre de su madre en Tunbridge Wells, o una placa conmemorativa en la iglesia parroquial. Eso le parecía algo muy sencillo, pero presentía que sería violento, aunque por qué podría poner objeciones su madrastra no lograba imaginárselo.

Su madrastra, Hester Poole, que ya estaba convertida en Hester Smith.

Si Hester le cayera mal todo podría ser más fácil, pero reconocía en ella a una mujer amable y bondadosa. El capitán Smith no habría elegido una mujer inferior. La sencilla realidad era que Hester y ella eran diferentes.

Era un misterio el hecho de que su padre hubiera elegido por compañera a una mujer tan diferente a su activa Mary, tan libre de espíritu, pero tal vez de eso se trataba: una ruptura total, tal como él había roto con el pasado jubilándose y luego yendo a vivir en la casa de Hester en Tunbridge Wells, lejos del mar.

Ella no se podía imaginar que el traslado le resultaría tan difícil, pero pasados tres meses allí sólo pensaba en escapar. La casa de Hester era muy tradicional; su familia y amista-

des eran personas muy apegadas a la tradición. Si no hubiera sido por las ancianas Trayce quizá se hubiera vuelto loca, loca de atar.

Todo comenzó el 13 de diciembre, por un asunto superficialmente muy sencillo: el pesebre.

La escena navideña italiana era una tradición familiar. Durante toda su vida se había montado el pesebre el 13 de diciembre y se esperaba la llegada de la Nochebuena para poner al niño Jesús en el pesebre. Tal vez eso era particularmente importante para ella porque el día de Nochebuena era su cumpleaños. Pero no lo había acabado de comprender del todo hasta el momento en que Hester se opuso amablemente a que montara el pesebre en su salón. «Perdona, mi querida Genova, pero esto es un poco católico, ¿no te parece? ¿No encuentras que está un poco raído? Por Navidad visitan mi casa algunas de las principales personalidades de la comarca.»

¿Raído? Seguía sintiendo la punzada de dolor que le produjo ese comentario, sobre todo porque había visto que era cierto. Recuerdos de toda una vida doraban el pesebre para ella, pero la pintura de las figuras se había ido desvaneciendo, y el recubrimiento de oro estaba descascarillado en algunas partes. El paño de lino blanco bordado sobre el que se colocaban las figuras, al que su madre llamaba «las flores en la nieve», ya estaba amarillento e incluso tenía manchas de moho; el bordado estaba deshilachado en algunas partes.

Ella había retocado la pintura y estaba haciendo un paño nuevo, pero seguían doliéndole las palabras de Hester. Ese día lo había vuelto a guardar, conteniendo las lágrimas, pero

la herida más profunda fue que su padre no protestó. La ayudó a guardarlo, e incluso en cierto modo se disculpó, pero ella comprendió que el pesebre era otra cosa más que él deseaba olvidar, dejar atrás. Y eso podría aplicarse a ella también. Él seguía queriéndola, de eso no le cabía la menor duda, pero ella era como un cuclillo en su nuevo nido.

De pronto despertó de un inquieto sueño y se sentó. ¡Las flores en la nieve! Lo había dejado en la salita de estar. Antes de llevar a Thalia al dormitorio había dejado en la mesa todo lo que llevaba en las manos, cerca de la jofaina para lavarse. ¿Se habría ensuciado ya? No podía quedarse ahí pensando, tenía que ir a buscar su paño bordado. Todavía estaba todo oscuro, era medianoche.

Pero cuando se bajó de la cama y abrió las cortinas vio que habían encendido el fuego del hogar; en ese momento estaban empezando a prender los leños grandes, lo que quería decir que alguien había entrado sigilosamente a encenderlo, no hacía mucho rato. Tal vez eso fue lo que la despertó.

Aunque estaba oscuro, ya era casi el amanecer.

Metió los pies en sus zapatillas y sacó su bata de lana de debajo del edredón donde la había puesto para conservarla caliente. Se la puso, buscó su reloj y lo colocó de forma que lo iluminara la luz del hogar. ¡Las ocho y diez! Una hora más tarde de la que se habían levantado los dos días anteriores. Alguien debió haber ordenado que se retrasara el momento de partir.

Le habría encantado culpar al marqués de haber hecho eso por pereza, pero en realidad era una medida muy sensata. En esos cortos días de invierno habían hecho menos de ocho horas de viaje con luz, y se habían visto obligadas a le-

vantarse temprano. Ese día el trayecto que debían hacer sería más corto y por lo tanto podían permitirse levantarse más tarde.

Fue hasta la ventana, abrió la cortina y pasó la mano por un panel para limpiarlo del vapor creado por la escarcha exterior. La clara luz del alba daba un brillo blanco al suelo; había una gruesa escarcha, pero no nieve, afortunadamente, pero prometía ser otro día muy frío.

Se apartó de la ventana y miró la puerta que daba a la sala contigua; si ella estaba levantada, el marqués podía estar levantado. Pero no era una experta en la labor de aguja, y el bordado para el paño nuevo le había llevado semanas de trabajo. Estaba claro que no tendría tiempo para rehacerlo.

No le haría ningún daño comprobarlo; era posible que Ashart todavía estuviera durmiendo.

Caminó sigilosamente hasta la puerta y pegó el oído; después la entreabrió con la mayor suavidad. A la luz del fuego recién encendido vio una figura inmóvil en el colchón, con las mantas hasta bien arriba, por el frío. Le pareció que él había puesto su capa de piel de lobo encima, para mayor abrigo.

Su sentido de la justicia le hizo conceder que él no había armado mucho lío por su situación. Podía ser cualquier otra cosa, pero el marqués de Ashart no era un petimetre mimado.

Entró en la sala con el mayor sigilo. El fuego del hogar le daba luz suficiente para ver su bordado, que seguía en la mesa, muy cerca de la jofaina con el jarro de agua. Al parecer no había sufrido ningún daño, pero estaría más seguro en su posesión.

Avanzó con sumo cuidado, cogió su bordado y al volver se quedó mirando al marqués. La capa estaba colocada con la piel de lobo hacia arriba, y tal vez por eso los planos de su cara se veían tan destacados a la luz del hogar. Las líneas formadas por sus pestañas parecían demasiado delicadas para ese entorno, como trazos de un experto pincel chino.

Tenía suelto el pelo, y un largo mechón le rodeaba la mandíbula, muy cerca de sus labios ligeramente entreabiertos. Se le movió la mano, como por voluntad propia, para apartárselo de la cara, pero no se acercó más. Sintió el despertar de intensos deseos terrenales en la entrepierna.

Había conservado su virtud y su virginidad, pero su cuerpo no desconocía la pasión; había estado comprometida para casarse, y permitido ciertas libertades a Walsingham.

En ese tiempo estaban en el Mediterráneo, en verano, con días calurosos y largas y apasionadas veladas nocturnas, la combinación perfecta para poner en peligro el decoro inglés, tal vez debido a que el sentido común dictaminaba usar ropas lo más ligeras posible.

Pero ese hombre estaba cubierto por capas de ropa, sólo podía verle el pelo y la elegante estructura ósea de la cara. ¿Cómo esas cosas podían tener un efecto tan intenso en ella?

En ese momento él abrió los párpados y la sorprendió mirándolo.

En su mano apareció una pistola, apuntándola a ella.

Retrocedió un paso, la zapatilla se le enganchó en alguna cosa y cayó sentada en el suelo, con un fuerte golpe.

Estuvieron así sentados un instante, mirándose. Finalmente, él sacudió la cabeza y dejó la pistola en la cama, desamartillándola.

¿La había amartillado? ¿Había estado a un pelo de la muerte?

Él se apartó el pelo de la cara, produciendo destellos de la esmeralda de su anillo y de su pendiente. Tenía el camisón abierto en el pecho en forma de V. Cualquier mujer que ha pasado un tiempo a bordo de un barco ve torsos masculinos desnudos, que en su gran mayoría no están configurados al estilo heroico, pero sabe reconocer uno hermoso cuando lo ve.

—Siento haberla alarmado, señorita. ¿Necesita algo?

Genova se humedeció los labios.

—No, milord. Es decir, sólo mi bordado —respondió, agitando el paño como una débil excusa.

—¿No hay muy poca luz para bordar?

Tal vez era la capa la que le robaba el juicio. Ese admirable torso surgía de la piel de lobo dorada por la luz del fuego como un dios marino de la espuma del mar. ¡Se estaba volviendo loca! Lamentaba, sin embargo, su sencillez, vestida con su práctico camisón de dormir y con el pelo recogido en una sosa trenza.

¡Pero es que estaba solamente con su camisón de dormir!

¿Qué debía de pensar él?

Se puso de pie y casi volvió a caerse porque las zapatillas se le enredaron en el camisón. Tuvo que cogerse del respaldo de una silla para recuperar el equilibrio.

—¿Qué es eso?

—¿Qué? —Aturdida siguió su mirada y vio el bastidor con el bordado en su mano. Se agarró de la respuesta como si ésta lo explicara todo—: Mi bordado.

—Sí, pero ¿qué es? Anoche lo estuve admirando, pero no es un pañuelo. Todo ese hilo de oro por el medio rasparía una nariz hasta dejarla despellejada.

Él estaba sentado en el colchón, con una rodilla levantada y el brazo apoyado en ella, como si hablar con una dama en camisón de dormir en su dormitorio no fuera nada.

¿Qué había esperado ella? Era un libertino.

—Es el paño que va debajo de un pesebre, milord. Un pesebre es una escena navideña. El hilo de oro representa la paja.

—Ah, sí —dijo él, frotándose los ojos—. Vi algo así en Italia.

¿Podrían haberse conocido en Italia?

Bajo el ardiente sol mediterráneo.

Largas noches de pasión.

Ese pendiente le hacía guiños a la luz del hogar como una perversa invitación.

9

Él la miraba ceñudo, al parecer perplejo. Pero claro que estaba perplejo, sin entender por qué ella estaba ahí de pie como una estatua.

—¿Hay alguna conexión entre usted y Molly Carew?

¿Qué? Sintió un golpe parecido a cuando se había caído. ¿Él seguía creyéndola una malvada intrigante?

—Ninguna, milord, aparte de su bebé.

—No es mío. Quise decir —continuó él, como si estuviera en el límite de su paciencia—, ¿sabía de su existencia antes de ayer?

La furia le despejó la mente.

—¿Todavía está con eso, milord? El hecho de que usted sea un villano no significa que yo tenga que serlo también.

—¡No soy un villano!

—Quiere arrojar a ese inocente bebé al cuidado de la parroquia —siseó, moviendo el bordado hacia la puerta del dormitorio, pero sin olvidar hablar en voz baja.

—Creí que eso ya estaba arreglado. Si puedo creerla acerca de Molly...

—¿Si?

—De acuerdo, la creo —dijo él casi a gritos, pero arreglándoselas para mantener baja la voz—. En ese caso, ella es la enemiga y nosotros somos aliados.

Genova deseó negarlo, pero en lo que se refería al bebé, tal vez él tenía razón.

—Tal vez, milord.

—Deje de llamarme milord. Seguro que esa palabra la atraganta. ¿Por qué le caigo tan mal, señorita Smith?

—¡Usted atentó contra mi pudor, señor!

—Ah, eso.

Genova miró alrededor por si veía el orinal. ¡Se lo vaciaría en la maldita cabeza!

—Fue una estratagema, señorita Smith. Como dicen, todas las estrategias están permitidas en el amor y en la guerra. Entonces estábamos en guerra. Ahora...

—¿... estamos jugando al amor? —terminó ella, dulcemente.

Y muy imprudentemente, como comprendió cuando cambió la expresión en los ojos de él.

—Qué idea más deliciosa. —Extendió la elegante mano—. Venga aquí conmigo.

Ella lo miró a los ojos.

—Milord, preferiría dejarme colgar.

Él arqueó las cejas y, maldito él, curvó los labios.

—¿Sí?

Imperó el invencible sentido común.

—Muy bien, no. Pero, por el Hades, usted sufriría en eso tanto como yo.

—¿Es virgen, entonces?

Genova sintió cómo le subían los colores a la cara.

—Eso no tiene nada que ver.

—Dudo que sufriera en mi cama si no es virgen. Pero si no está inclinada a la diversión, continuemos con la simple

alianza. Debe ayudarme a convencer a Thalia de no llevar a ese bebé a Rothgar Abbey.

—¿Debo? —preguntó ella, remedando su tono de la noche anterior.

Él curvó los labios en una sonrisa total.

—Touché. Mi querida señorita Smith, humildemente le pido que me ayude a persuadir a Thalia de que no lleve a ese bebé a Rothgar Abbey.

—Pero ¿qué sería de él?

—Lo reuniré con su madre.

—¡Esa mujer lo abandonó!

—Lo dejó a mis tiernos cuidados.

—Lo cual demuestra su locura.

Él se levantó bruscamente.

—¡Terca arpía! Sea lo que sea lo que pretendes, eres absolutamente inadecuada para ser dama de compañía de mis tías abuelas. Sólo Dios sabe qué plan tienes.

—¡Plan! Mi único plan es cuidar de ellas. ¿Cuál es el suyo, milord?

—Librarlas de gorgojos como usted.

—¡Gorgojos!

Enfurecida lo empujó con todas sus fuerzas. Él perdió el equilibrio pero alcanzó a cogerse de la parte delantera de su bata y cayó de espaldas en la cama con Genova encima y oyeron el ruido del bastidor al romperse. En el instante en que recuperó el aliento, lo golpeó en la cabeza con las mitades colgantes.

—¡Que te lleve la peste, canalla sifilítico!

Riendo, él le arrebató el bordado y lo arrojó a un lado; después la estrechó en los brazos y le cubrió la boca en un

sofocante beso, dándose la vuelta con ella hasta dejarla debajo de él.

Genova se debatió y él le liberó los labios, sin dejar de reírse. Por primera vez en su vida ella comprendió el deseo de arrancarle un ojo a alguien de un arañazo, pero el infame la tenía atrapada.

Estaba sobre la piel; sobre la gruesa piel de lobo de su capa, que sentía deslizarse bajo su cuerpo, incluso a través de la ropa. En algún momento se le habían caído las zapatillas, por eso, cuando intentó usar los pies para escapar, la sedosa piel le presentó batalla.

—Siento mucho que se le haya roto el bastidor —musitó él, aparentemente serio, aunque lo que ella vio bailar en sus ojos era muy poco serio.

—Suélteme para ver qué daño le ha hecho.

—Usted me empujó.

—Porque usted me provocó.

—Tal vez —sonrió él, mordisqueándole la mejilla—. ¿O era esto lo que estaba deseando todo el tiempo?

Ella volvió a empujarlo, pero él casi no se movió.

—Suélteme o gritaré.

—¿De veras querría verse obligada a casarse conmigo? ¿está segura?

—Me encargaré de que lo cuelguen por violación.

—Inverosímil acusación, ¿no le parece?

La seguridad de él era tan inamovible como su cuerpo, y probablemente con razón.

—Es usted una mujer fascinante, señorita Smith —susurró él con la boca pegada a su mejilla.

Ella tuvo que esforzarse en recuperar la cordura.

—Y usted es un réprobo libertino, lord Ashart.

Si lograba liberar una mano, ¿podría coger la pistola? Se debatió otro poco. La reacción de él fue apretarse más contra su cuerpo mientras sus ojos traviesos permanecían fijos en los de ella.

—¿Hace falta ser uno para reconocer a otro? Eres una aventurera, mi sabrosa pandolce y si quieres aventuras...

Nuevamente le cubrió los labios con los de él, y ella no logró resistirse como hubiera debido. Pandolce, el exquisito pan dulce de Navidad que había comido en Italia. Dulce como los labios de él sobre los de ella.

Hacía mucho tiempo que no fundía su boca con la de un hombre así, sintiendo un cuerpo fuerte sobre el suyo. Suspiró y se rindió, sabiendo que había deseado eso desde el momento en que lo conoció. Y, cielo santo, cómo sabía besar...

—¡Ash! ¡Molly! ¡Oh, por Júpiter, os ruego que me perdonéis!

Genova liberó sus labios y miró por encima del hombro del marqués. En la puerta abierta estaban un hombre y una mujer vestidos con ropa de calle. Si ella estaba pasmada, también lo estaban ellos. La miraban como si fuera un monstruo con tres cabezas.

—Oye... —dijo el hombre, comenzando a sonreír satisfecho.

Ashart estaba de pie, y sin saber cómo, ella estaba de pie a su lado, en un movimiento tan rápido que no alcanzaba a comprender. Pero sí comprendía el desastre. Acababan de sorprenderla en el dormitorio de un hombre con su ropa de dormir. En su cama. Debajo de él.

¡Besándolo!

Por primera vez en su vida deseó tener una pataleta y soltar una sarta de palabrotas.

—La señorita Smith se cayó —dijo Ashart, en tono hastiado.

Genova lo miró, rogando que por alguna transformación mágica estuviera vestido, por lo menos con una bata. Pero él seguía con su largo camisón abierto en el pecho, los pies descalzos.

—¿Cómo te atreves a entrar así en mi habitación, Brokesby?

El hombre de cara flaca y pequeños ojillos emitió una risita nerviosa.

—Oye, Ash, quedamos de encontrarnos con Molly aquí. Supuse que estaba contigo. Pero esto es una buena sorpresa.

En ese momento pasó una criada por el corredor y se detuvo a mirar.

Ashart cogió una bata de seda gris y se la puso mientras caminaba hasta la puerta; una vez allí la cerró, dejando a la pareja dentro. Genova sentía su furia como si fuera un calor que irradiaba de él. Pero ¿de qué serviría esa furia?

—Permíteme que aclare esta situación, Brokesby, para que ni tú ni tu hermana corráis el peligro de disgustarme con vuestros chismes.

Brokesby y su hermana, de cara igualmente delgada, se quedaron inmóviles. Pero Genova no sabía cómo podía silenciarlos la furia del marqués. En los ojos de la hermana veía un destello indicador de que ya estaba disfrutando de propagar ese cuento.

—Esta sala de estar forma parte de las habitaciones que tomó mi tía abuela, lady Thalia Trayce, y esta señorita es su

dama de compañía. He pasado la noche aquí porque no había otra habitación disponible. Ella entró en mi habitación a buscar su bordado, estaba oscuro y se cayó.

Genova miró alrededor, recogió su bastidor roto y enseñó la colgante tela, como esperanzada prueba. Una astilla había perforado la tela, y se apresuró a alisar ese trozo de bordado.

—Claro, Ash, ¡por supuesto! Pero ¿y Molly?

—Pensamos que estaba aquí —dijo la mujer.

—¿Y por qué pensaste eso, Tess?

Alertada por el tono amenazador, Genova levantó la vista. La expresión del marqués era simplemente fría, pero a la mujer se le había puesto la cara roja.

—Ella dijo que podría...

—A mí también me dijo que podría. Para ser exacto, quedó de encontrarse conmigo aquí, y a eso se debe que haya pasado una noche de los mil demonios en una cama incómoda. No se presentó, y estoy muy disgustado con ella. Espero no tener que disgustarme con vosotros también —añadió, en un tono que a Genova le hizo sentir pinchazos de agujitas en la piel.

Al parecer la pareja tuvo la misma reacción. Retrocedieron hacia la puerta, asegurando que no dirían nada.

Entonces se abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio y entró Thalia con su arrugada bata rosa, sonriendo alegremente.

—¡Ashart! ¡Genova! Qué travesura la vuestra; una cita amorosa en déshabillé, pero el amor es el amor. —Sonrió de oreja a oreja a los Brokesby—. Veo que habéis descubierto nuestro secretito. Ashart y nuestra querida Genova están comprometidos para casarse.

10

De repente todos parecieron convertirse en estatuas. Sin saber cómo reaccionar, Genova tampoco hizo nada, rogando sin esperanzas que todo eso fuera sólo un sueño. Pasados unos segundos, miró de soslayo al marqués. En una excepcional exhibición de desprevenida emoción, el marqués tenía una mano sobre la cara.

Entonces bajó la mano.

—Querida Thalia, sabes que eso era un secreto.

Thalia pareció absolutamente inconsciente del peligro.

—Supongo que no querrás seguir guardando el secreto a expensas de la reputación de Genova, querido. A veces los jóvenes no pensáis. —Miró a los Brokesby con su inocente sonrisa—. No me cabe duda de que los dos sois el alma de la discreción, pero las cosas se escapan, ¿verdad? Qué difícil es recordar qué se debe y qué no se debe decir. Muy pronto se hará el anuncio, pero estoy segura de que nadie querría que el escándalo tocara esta feliz unión.

—¡Noo, no, claro que no! —exclamó la señorita Brokesby, con toda la confusión que era capaz de crear Thalia.

Pero no daba la impresión de que dudara de la historia; tampoco su hermano. ¿A quién se le iba a ocurrir que lady Trayce formara parte de una indecencia?

Ashart abrió la puerta.

—Supongo que deseáis seguir vuestro camino. Si véis a lady Booth, hacedme el favor de darle esta noticia. No me cabe duda de que le interesará.

La mujer rió disimuladamente mientras salía con su hermano. Ashart cerró la puerta.

—Y con suerte se ahogará en su propia bilis —añadió. Pero al instante se giró hacia su tía abuela—. ¿Por qué hiciste eso, Thalia?

Ella lo miró con los ojos agrandados.

—Por el motivo que di, cariño. No querrás un escándalo.

—No quiero...

—Lo sé, cariño. A los hombres no os gusta que os fuercen la mano, pero cuando te vi besando a Genova así, comprendí que reconocías el vínculo que hay entre vosotros. ¡Eso lo tuve claro desde vuestro primer encuentro!

Ashart miró a Genova como si todo eso hubiera sido un complot.

—Nuestro primer encuentro, Thalia, fue hace menos de un día.

—¡Pero qué más da! Así fue con mi queridísimo Richard, y siempre he lamentado haber procedido de acuerdo al decoro. Porque, ¿sabes?, podríamos haber disfrutado de un tiempo como hombre y mujer. En realidad, nuestros destinos podrían haber sido distintos.

—Thalia, lo siento tanto —dijo Genova, acercándosele—. No sabía que había perdido un novio.

—Eso fue hace mucho tiempo, querida. Ha pasado una vida entera. Espero reunirme con Richard cuando me mue-

ra. Además, dice la Biblia que en el cielo no envejecemos. —La miró con el ceño fruncido—. ¿Qué pensará de mí ahora?

Entonces Genova comprendió por qué la anciana se vestía con ese estilo juvenil, pero no se le ocurrió nada que decir, aparte de:

—Para Dios todo es posible.

Thalia se echó a reír.

—Al parecer eso es lo que dice el querido Beowulf, «para un Malloren todo es posible». Niño pícaro. Pero me conmoví cuando su abuelo llamó Marlborough Square a su urbanización en Londres. Richard era un gran admirador de Marlborough.

Enredada en la confusión familiar, Genova miró al marqués en busca de ayuda, pero sólo vio en él una expresión de paciencia sostenida a duras penas.

—¡Y ahora se ha demostrado la omnipotencia de Dios al encontraros vosotros! Pero —añadió Thalia, moviendo un dedo hacia cada uno—, no habéis sido sensatos al comportaros así antes de pronunciar vuestras promesas. Te dejaré aquí uno o dos minutos, Genova, pero no más. Recuerdo las pasiones y el ardor juvenil. No hay ningún motivo para retardar la boda, pero mientras no hayáis hecho vuestras promesas, debéis comportaros.

Cuando Thalia volvía a su dormitorio, Genova creyó oírla decir: «Una boda en Navidad. Qué bonito».

Miró a Ashart, que en ese momento parecía ser la única otra persona cuerda del universo. Él caminó hasta la ventana y abrió las cortinas. La aurora ya formaba una franja color sangre en el horizonte.

—Maldiga si quiere —le dijo—. He vivido a bordo de barcos.

Él se rió. Fue una risa corta, pero risa al fin y al cabo, y alivió un tanto la tensión.

—Eso me imaginé, por las imprecaciones que soltó cuando se quebró su bastidor. —Se volvió hacia ella—. ¿Se estropeó su trabajo?

Ella miró el bastidor, una cosa lastimosamente colgante, como un pajarillo quebrado.

—Sólo un agujero y algunos hilos sueltos. Intentaré disimularlos. —Volvió a mirarlo a la cara—. Milord, ¿qué vamos a hacer? ¡Thalia nos vio! ¿Cómo nos vio?

Él se frotó la nuca.

—Supongo que nuestra caída la despertó y vino a ver qué pasaba. Después volvió a su dormitorio para dejarnos libres con nuestra «pasión», tal vez con la puerta entreabierta, por su preocupación por usted.

En sus ojos seguía brillando un destello de preocupación que era algo más que molestia por la situación.

—Yo no podría haber organizado las cosas para que sus amigos nos interrumpieran —dijo.

—¿He dicho que usted lo hiciera? Y no son amigos míos.

—Por lo menos los conoce. Yo no los había visto nunca. Eso significa que no pueden saber quién soy... —se interrumpió y emitió un gemido—. Thalia. ¿Le parece que de verdad cree que estamos enamorados?

—Ah, sí. En muchos sentidos tiene una visión infantil del mundo.

Genova no estaba tan segura de eso. Las excentricidades de Thalia ciertamente provenían de su amor perdido, pero

desde hacía un tiempo ella sospechaba que la anciana se hacía la niñita para obtener lo que deseaba. Pero ¿por qué iba a desear que su sobrino nieto se casara tan mal? ¿Simplemente para asegurarse una buena jugadora de whist en la familia? Fuera cual fuera su motivo, era muy capaz de jugar sus cartas para lograr ese fin.

Podía arreglárselas con Thalia, pero la preocupaba cada vez más el marqués. Su reacción no era la que esperaba. Estaba comenzando a tomarse en serio la idea de que todos los Trayce estaban locos.

—¿Quiénes eran esas personas y qué querían?

—Sir Pelham Brokesby y su hermana Tess. ¿Qué querían? Sorprenderme en la cama con Molly, supongo.

Masculló algo más en voz baja, pero a ella la alivió no oírlo.

—¿Por qué?

—Eso sólo el diablo lo sabe. Molly debe de haber pensado que si la sorprendían aquí conmigo y el bebé probaría finalmente algo. Está loca.

—Eso parece. Pero si ése era su plan, ¿por qué huyó?

—¿Tal vez recuperó por fin el juicio?

Genova se sintió verdaderamente rodeada de lunáticos.

—¿Y le dejó el bebé aún cuando usted insiste en que no es el padre? ¿Eso es recuperar el juicio?

A él se le tensó la cara.

—Ese bebé no es mío.

—Eso no me lo puedo creer.

—Y a mí eso me importa muy poco.

Genova hizo una honda inspiración para dominar la indignación. Si él no era capaz de sentir vergüenza ella no le ganaría la batalla.

—Volviendo al tema más apremiante, milord, no puedo casarme con usted.

Él se relajó y apoyó la espalda en la ventana, su bata de seda gris holgada sobre su camisón blanco, sus elegantes pies todavía descalzos. Un ser humano normal sentiría frío, pero él no parecía sentirlo.

—¿Ya está casada?

—Claro que no. Pero es imposible.

—No imposible, estrictamente hablando.

—En todos los aspectos prácticos. Milord, no hay ninguna conexión entre nosotros.

—¿Thalia?

—¡Soy su criada!

—Eso es una tontería, pero comprendo su argumento. Pero debemos mantener el engaño por un tiempo.

—¿Qué? ¿Llegar a Rothgar Abbey como una pareja comprometida? ¡Llegará a conocimiento de la sociedad en pocos días!

—Llegará a conocimiento de la sociedad de todos modos. A Tess Brokesby se la apoda corrientemente Tess la Chismosa. Aun en el caso de que se cosiera los labios para tenerlos cerrados, el deseo de hablar de esto ganaría.

—Cielo santo —exclamó Genova, cubriéndose la boca con la mano.

Él se le acercó y le bajó suavemente la mano.

—No hay ninguna necesidad de dramatismos, señorita Smith. Un compromiso no es vinculante ante la ley. Seguro que después de unos pocos días en Rothgar Abbey encontraremos la ocasión para demostrar que éste fue un compromiso precipitado e igualmente irreflexivo. Por lo

tanto nadie se sorprenderá cuando usted rompa su compromiso conmigo.

«Yo sí podría sorprenderme», pensó ella, medio mareada por el simple contacto de la mano de él. Era algo puramente físico, desde luego, pero tan potente como un huracán.

—Todos pensarán que anticipamos la noche de bodas.

—Podrían pensarlo, pero tendrán la continuada aprobación de mis tías abuelas en el otro lado de la balanza. Usted podría adquirir la reputación de apasionada, eso sí.

—Eso es igual de malo.

Él esbozó una sonrisa y sus ojos se volvieron cálidos y muy suavemente le acarició la mano con el pulgar.

—No siempre...

—Simplemente prueba mi argumento —dijo ella, retirando bruscamente la mano—. Valgo tanto como si estuviera deshonrada.

—Tonterías. Si hubiera repercusiones, el poder y la influencia Trayce las disolverán. Le doy mi palabra, señorita Smith. No sufrirá.

Él quería disiparle la preocupación y ella estuvo a punto de arrojarle a la cara la opinión que le merecía su palabra; pero la prudencia ganó la batalla, y eso la alegró. No debía provocar al lobo en ese momento, sintiéndose tan vulnerable, tan débil para la lucha. Aunque fuera amargo reconocerlo, podría necesitar de su apoyo para salir intacta de la situación.

—Así pues —continuó él—, sólo tenemos que representar esta comedia por un tiempo y luego romper el compromiso, de preferencia de un modo público y espectacular.

Al menos a nadie le sorprenderá que yo haya perdido la cabeza momentáneamente por usted.

—¿He de considerarme halagada por eso, milord?

—Soy famoso por mi buen gusto en mujeres.

—¿Como lady Booth Carew? —preguntó ella dulcemente, y tuvo el gusto de ver que el golpe le dolió.

Pero él se recuperó enseguida.

—Es una belleza con una figura magnífica y atractivos talentos. Vamos, señorita Smith, tiene que saber que es usted una mujer extraordinaria.

—Pero no que mis extraordinarias dotes sean oro en el mercado del matrimonio.

—No hable de oro sino de fuego. —Sin tocarla y a varios palmos de distancia, la hacía arder con sólo mirarla—. Fuego para calentar, fuego para quemar. La besé porque deseaba besarla, señorita Smith, y algún día, antes de que nos separemos tan tristemente, responderá totalmente a unp de mis besos. Le doy mi palabra. —Pasado un momento, arqueó las cejas—. ¿Tan imposible de imaginar es eso?

Agradeciendo al cielo que él hubiera interpretado su silencio como desdén, ella lo miró indignada.

—Sólo piense en su reciente comportamiento, milord. Recuerde, por favor, mis anteriores palabras. No me casaría con usted ni que tuviera que elegir entre usted y el verdugo, y si no logra solucionar esto lo lamentará hasta su lecho de muerte.

Dicho eso, entró decidida en el dormitorio, pero, lamentablemente, cerró de un portazo.

El bebé se desprendió del pecho y empezó a berrear. La leche saltó hasta el otro lado de la habitación.

—¡Señorita Smith! —exclamó Regeanne, con las manos en las caderas, mirándola enfadada.

Genova se dejó caer en una silla y se cogió la cabeza entre las manos. Ay, si pudiera ser un bebé y berrear también. Pero al instante se enderezó, al recordar unas palabras que pasó por alto en la refriega: «Después de unos pocos días en Rothgar Abbey...».

¿Acaso pensaba quedarse? Ella había supuesto que las escoltaría hasta la puerta y luego se marcharía.

¿Tendría que tratar con ese atormentador canalla durante días?

Ash comenzó a vestirse analizando el cambio en su situación.

Lo último que necesitaba en esos momentos era otro escándalo, pero ese ridículo compromiso le ofrecía un buen pretexto para entrar en la guarida de Rothgar, si quería aprovecharlo. ¿Cómo iba a abandonar tan pronto a su bienamada?

Si bien él y Rothgar eran cortesanos, tenían escaños en la Cámara de los Lores y se movían en los círculos elegantes de Londres una buena parte del año, también los dos eran expertos en eludirse. Todas las batallas las habían luchado a distancia.

Ya no.

Si Rothgar estaba detrás de Molly Carew, él estaba dispuesto a llevarle la batalla a su casa, y tenía las armas necesarias para ganar. Obligaría a su primo a rehabilitarlo ante el rey, y eso lo cambiaría todo.

Hasta el momento había actuado y reaccionado movido por resortes del pasado, dejando menguar mientras tanto su heredad. Durante su minoría de edad no había tenido el poder para cambiar las cosas, pero ya llevaba cinco años al mando de su propiedad sin liberarse.

Ya era hora, pero los Malloren se interponían en su camino, como lo demostraba el asunto con Molly. Era hora de poner fin al duelo, sin salir con el cuello rebanado y sin ninguna puñalada en la espalda.

Sin embargo, el primer paso esencial era limpiar su nombre ante el rey. Sin el acceso a las cámaras interiores del poder no lograría nada. La mejor solución entonces era Rothgar, ¿y qué mejor lugar para enfrentarlo que su casa, donde estaría con la guardia baja y revelaría sus debilidades?

Sacó de su alforja la cartera de piel y escribió una nota con instrucciones para Fitz. En Rothgar Abbey necesitaría ropa apropiada y joyas; magníficas ropas y joyas, para estar armado si era necesario.

Calentó el lacre con una vela y selló la misiva, mientras consideraba otras posibilidades. Eso también significaba tiempo para explorar a la señorita Genova Smith. Tal vez estaba implicada sin saberlo. Eso también se aclararía cuando llegaran a la abadía. Fuera o no inocente ella, no le cabía duda de que volverían a luchar. Si los hados le eran benévolos, la lucha los conduciría a la cama.

Sí que prometía ser una muy alegre Navidad.

11

Genova se estremecía oyendo parlotear encantada a Thalia acerca de los acontecimientos, aunque agradeció que no volviera a hablar de una boda en Navidad.

—El desayuno ya está listo, querida, así que vístete rápido —gorjeó Thalia una vez que estuvo arreglada, y salió a toda prisa, sin duda a contárselo todo a su hermana.

La aterraba pensar qué le diría lady Calliope. Se puso rápidamente el vestido de viaje, pero se quedó ayudando a Regeanne a hacer el equipaje, para retardar el momento. Sheena estaba amamantando al bebé, de tanto en tanto mirando alrededor con incertidumbre. Pero parecía estar de mucho mejor ánimo, y cuando llegó una criada de la posada con una pila de ropa limpia, su placer demostró que su suciedad no había sido por elección.

Genova llegó a la conclusión de que lady Booth Carew era una mujer despreciable, y que su amante era vil por su asociación con ella. Al mismo tiempo reconoció que tener que formular ese pensamiento indicaba una debilidad tan terrible como un agujero en el casco de un barco.

Ayudó a Sheena a liar su hatillo. Toda la ropa, tanto la de la muchacha como la del bebé, era ordinaria y barata.

Moviendo la cabeza, no pudo dejar de compararla con el vestido de terciopelo y la capa de piel de la madre.

La tarea acabó pronto, de modo que, sin encontrar otro pretexto, se preparó para lo que viniera y bajó a la salita de estar de abajo. Cuando llegó, Ashart ya estaba sentado a la mesa.

Lady Calliope la saludó con un destello de escepticismo en los ojos.

—Tengo entendido que vas a ser una de la familia. No sé si felicitarte o dudar de tu inteligencia. Siéntate y come. Te has retrasado.

Genova pidió disculpas y se puso en el plato un trozo de pan y otro de carne, aunque no sabía si podría tragar.

—Eso es lo que sale de todo este trastorno —gruñó lady Calliope—. Bebés, luego Ashart y ahora esto. No serás útil ni a hombre ni a bestia si no conservas la cabeza en su lugar.

Genova estuvo a punto de objetar, pero captó una mirada de advertencia en su falso bienamado. Hincó el diente con rabia en el fiambre de carne.

—Ese Cupido es un tipo condenadamente molesto —dijo Ashart—. He aquí que me impide salir de la madriguera de Rothgar tan pronto como os haya dejado seguras.

Genova se apresuró a tragar un bocado sin masticar para discutir, pero Thalia se le adelantó:

—¿Te vas a quedar, Ashart? —exclamó—. ¡Qué maravilloso será eso! Y os dará a ti y a Beowulf la oportunidad de hacer las paces. Hay que enterrar las viejas discrepancias.

Ashart arrugó la nariz.

—No te hagas esperanzas, Thalia —dijo amablemente—. El problema ha crecido como hongos en la humedad.

Normalmente Rothgar y yo chocamos sobre preferencias en la corte, escaños en el Parlamento, legislación e incluso obras de arte.

—Entonces tal vez no deberías quedarte, milord —dijo Genova, aprovechando eso. Y añadió con una lánguida mirada—: Aunque claro, me apenará muchísimo la separación.

Él se las arregló para imitar su expresión sin alterar su serena elegancia:

—Tú eres más fuerte que yo, pandolcetta mia. Separarme de ti sería más de lo que podría soportar.

Panecillo dulce, pensó ella, divertida.

—Pero tu presencia podría causar discordia, queridísimo.

—No temas, amada mía. Rothgar y yo somos expertos en la navegación sobre hielo.

Genova se estremeció ante esa imagen. Bebió un poco de café, buscando maneras de hacerlo cambiar de decisión. Pero eso era imposible, teniendo por contrincante a Thalia, resistente como siempre. Ni siquiera lady Calliope ponía objeciones.

Cuando les anunciaron que los coches estaban listos, Genova aceptó su destino. Veía un aspecto brillante. Si el marqués se quedaba en Rothgar Abbey, ella tendría tiempo para persuadirlo de aceptar sus responsabilidades y deberes. Y, después de todo, no era una muchacha tan falta de experiencia para estar constantemente atemorizada por los trucos de un libertino.

Los criados corrieron a envolverlos a todos en las capas previendo el frío trayecto entre la posada y el coche. Ashart le quitó el puesto a la criada que esperaba para atender a Genova.

Genova no vio ninguna manera de oponerse, ni siquiera cuando él se le puso detrás, muy cerca, más cerca de lo que se habría puesto cualquier criada. Le puso la capa sobre los hombros y deslizó las manos hacia la garganta para ponerle en las manos las puntas para abrocharla.

Ella tragó saliva, y se imaginó a sí misma oscilando, como si se estuviera viendo a través del aire caliente salido de un horno.

¡Trucos de un libertino!

Cogió las puntas y se apartó, y los dedos se le enredaron al tratar de cerrar el broche. Cuando lo consiguió, se dio media vuelta. Un lacayo estaba ayudando a Ashart a ponerse la capa de montar, uno de los lacayos de él, se recordó. Ashart se la abrochó al cuello, transformándose ante sus ojos en el desconocido predador.

Peligroso. Esa comprensión no lo hizo ni un ápice menos excitante. Todo lo contrario en realidad. ¿Cómo podía lo físico estar tan reñido con la mente?

Después de ponerse sus guantes de piel, él la escoltó hasta fuera y la ayudó a subir al coche. Ya estaban todos instalados, incluso Sheena con el bebé, que estaba despierto y de lo más encantador.

Genova observó a Ashart montar su caballo y dejar caer la capa detrás de él. Los alientos del caballo y el jinete formaban una nube en el frío aire matutino, lo cual no tenía nada de raro. Sólo la mente trastornada de ella veía algo infernal en el cuadro.

—¿Así que tendremos una boda en Navidad?

Ay, Dios. Sintiéndose asediada por los Trayce, Genova se giró hacia Thalia:

—Es demasiado pronto para pensar en eso.

—No, no, querida. Retrasar la boda es un grave error; además, las bodas en Navidad son bendecidas con buena fortuna.

—Jamás me casaría en ausencia de mi padre.

—¡Podría venir! Podríamos enviar este coche, que, como ves, es muy cómodo, a traerlos a él y a tu madrastra a la abadía.

—Creo que mi madrastra tiene fiestas en esta temporada...

—Vamos, no fastidies. ¿Qué podría ser más importante que una boda?

Genova miró a lady Calliope en busca de ayuda.

—Vamos, vamos, Thalia. Conocemos tus inquietudes, pero no debes apremiar tanto a Genova. Ella y Ashart acaban de conocerse.

Thalia miró a su hermana con la expresión de una niñita muy pequeña.

—Sólo quiero que sean felices, Callie.

—Sí, cariño, lo sé. Pero no debes entrometerte más todavía.

Genova se relajó, pero no le pasó inadvertido ese «todavía». Seguro que lady Calliope no podía desear más ese mal matrimonio que Ashart, pero claro, ¿quién podía entender a la familia Trayce?

El cabeza de familia iba a caballo a la intemperie con ese frío. Hacía tanto frío que se había subido la capucha de la capa, pero podría haber ordenado que le hicieran lugar dentro del coche con sólo hacer chasquear los dedos. Sheena podría ir con los criados, o incluso podrían haber alquilado otro coche.

Eso no era natural. Encapuchado, observó estremeciéndose, se veía francamente ominoso. ¿Era por eso que ella no le quitaba un ojo de encima mientras les leía a las ancianas o jugaba al whist con ellas?

No.

En un momento, él se adelantó a la comitiva. Cuando poco después se detuvieron a cambiar los caballos y los ladrillos calientes, comprendió que él había tomado el lugar del lacayo que normalmente corría delante a avisar a la siguiente posada para que estuvieran preparados para recibirlos.

Lo mismo ocurrió en la siguiente parada, donde estuvieron el tiempo suficiente para que todos se bajaran de los coches a usar los orinales. Se quedaron otro rato para beber té caliente y dar tiempo para calentarse a los jinetes de la escolta. Y al marqués, si es que necesitaba de esos alivios humanos.

Recordó sus palabras cuando Lynchbold expresó su preocupación por él: «El diablo cuida de los suyos».

Era una exageración, pero de todos modos, el hombre era extraordinario. En cada parada desmontaba con la misma agilidad con que montaba, como si el aire glacial fuera un néctar para él.

Cuando volvieron al coche, la alarmó verlo sentado en el pescante con las complicadas riendas en la mano. Se detuvo un instante, con la idea de protestar, pero se imaginó lo poco que serviría hacerlo. Se instaló en el coche, preparada para el desastre. Los hombres solían creerse cocheros, pero conducir un coche de seis caballos era una empresa muy difícil.

Ya veía qué tipo de hombre era. Con toda su perezosa elegancia, el marqués de Ashart irradiaba exceso de energía.

Esos hombres eran magníficos en la batalla, pero en tiempos de inactividad podían ser un peligro.

Elevó una oración pidiendo un camino llano sin riesgos inesperados. Fuera cual fuera la causa, todo fue sobre ruedas y el grupo llegó a la posada Sun de Mull Green a hacer la comida de medio día sin haber sufrido ningún daño por culpa de un noble ejerciendo de cochero.

Ashart saltó ágilmente del pescante y las escoltó al interior de la posada.

—¿Aliviada por encontrarte a salvo de la cuneta, querida mía? —le preguntó.

Era como si le hubiera leído los pensamientos. Genova se apresuró a entrar detrás de Thalia en un caldeado salón y dejó su capa en las manos que esperaban. Tan pronto como llevaron a lady Calliope y la instalaron a la mesa, todos se sentaron a comer, comenzando con una sopa de rabo de buey.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a nuestro destino? —preguntó lady Calliope, con voz cansina.

Si lo dejaba notar en la voz quería decir que estaba muy agotada.

—Dos horas, si todo va bien —contestó Ashart, en tono preocupado—. Deberíamos llegar antes de que oscurezca, mi amor.

Había que reconocer que su cariño por las ancianas era auténtico, pensó Genova, pero también sabía que la gente podía dividir el mundo en compartimientos: personas para amar, personas para odiar, personas para mimar, personas para matar.

Al parecer, Ashart ponía a los Malloren en el compartimiento para odiar, o por lo menos en la categoría de aque-

llos a los que haría daño si pudiera. La historia de lady Augusta era muy triste, pero no debería ser causa de tanta amargura una generación después. Era penoso ver vidas trastornadas por una cosa así. Aprovechó una pausa en la conversación para indagar un poco:

—Puesto que vuestras familias están tan reñidas, milord, ¿cómo crees que reaccionará lord Rothgar a tu llegada? Espero que no ocurra nada desagradable.

—Destierra la sombría inquietud, amada mía. La nobleza se educa en el autodominio. Está mal visto incluso estornudar en presencia de la realeza.

—¿Es posible no estornudar? —preguntó Genova, levantándose para ir a coger el plato principal.

—Claro que sí —repuso Thalia—, aunque no es fácil. Recuerdo a lady Millicent Foulks. Tenía un catarro, pero la reina Ana no la dispensaba. Se metía trozos de lana en las narices para que le impidieran estornudar, pero cuando no podía contenerse, el estornudo los hacía salir disparados como balas por la sala. A la pobre Millicent la echaron de la corte, aunque a mí me parece que no le importó.

Genova colocó en la mesa una fuente de fricasé de pollo y otra de guisantes estofados.

—Me sorprende que alguien fuera de los desesperados esté dispuesto a servir en la corte.

Ashart la miró con las cejas arqueadas.

—¿Y si el ascenso de tu padre dependiera de eso?

—En la armada no se compra el rango como en el ejército.

—Pero para obtener un ascenso son frecuentes los sobornos.

Ella puso una fuente de patatas fritas en la mesa y se sentó, concediéndole ese punto con su silencio. A su padre lo había ayudado en su carrera un primo de segundo grado, un vizconde.

La conversación pasó a otros temas de la corte, en la que Genova se enteró de que las dos señoras Trayce habían sido damas de compañía de la reina durante un tiempo, y que una parte de sus obligaciones hacia la familia había sido tratar de estar cerca del monarca y favorecer los intereses Trayce.

Reconoció para sus adentros que esas prácticas existían en todos los niveles de la sociedad. Recordó las muchas veces que ella y su madre se habían esforzado en agradar a algún oficial de elevado rango o a su esposa porque eso influiría favorablemente en la carrera de su padre.

Le había resultado difícil hacerlo, y agradeció que ese servicio en la corte y las intrigas no estuvieran en su futuro, a no ser que, pensó inquieta, el gran marqués de Rothgar tuviera su propia corte en su casa. Ay, Dios, ¿tendría que salir retrocediendo de su presencia, ponerse de pie y hacer una venia cada vez que él entrara en una habitación y reprimir la necesidad natural de estornudar?

Había conocido a nobles inferiores que exigían casi tanto como eso, y la sola idea se sumaba a sus muchas otras cargas. El resto del viaje lo pasó con una fuerte tensión oprimiéndole la cabeza.

12

Lo primero que le avisó a Genova que iban llegando fue ver pasar corriendo al lacayo, la luz del sol poniente haciendo destellar los botones dorados de su librea. Iba veloz a anunciar su llegada, y esta vez Ashart no lo reemplazó. Éste iba cabalgando junto al coche principal, erguido con la vista al frente, la cara inmutable.

¿Iba preparado para la batalla o con la intención de provocarla?

¿Cuál sería su verdadera finalidad al quedarse?, pensó repentinamente. Sabía que su compromiso era un simple pretexto, pero uno que él no vaciló en aprovechar.

Cuando pasaron por las puertas abiertas, sonó un cuerno para alertar a la enorme casa apenas visible a través de las ramas desnudas de los árboles. Probablemente Rothgar Abbey estaba construida con piedra blanca, pero la luz color fuego del sol poniente doraba los tejados y chimeneas. La misma magia coloreaba las ondulantes colinas, los grupos de árboles de hoja perenne, las extensiones de césped, los lagos y los típicos encantos del paisaje.

Genova comprendió enseguida que el parque había sido creado con mucho esmero, cuidando hasta el último detalle

para disfrutarlo, pero el efecto visual era la naturaleza del campo. De todos modos, no pudo relajarse.

Tal vez Sheena sintió lo mismo, porque le cogió fuertemente la mano. La conmovía la confianza que tenía en ella la muchacha, pero tenía la triste impresión de que ella sería un bote salvavidas agujereado en esas aguas.

Evidentemente, Thalia no compartía su inquietud.

—¡Qué parque más delicioso! —exclamó—. Incluso en invierno. Es excelente el equilibrio entre árboles de hoja perenne y caduca. Y ciervos. ¡Me encantan los ciervos! Uy, mirad ese puente chino. Qué encantador. Y un templo griego. Espero que el tiempo esté lo bastante atemperado para salir a caminar. —Se giró a mirar a Genova—. Nunca había estado aquí, ¿sabes? Es un auténtico placer. Y para Navidad. He oído decir que el querido Beowulf celebra la Navidad a lo grande.

Justamente eso era lo que temía Genova.

—Será mejor que lo llames Rothgar, Thalia —dijo lady Calliope—. Ya es un hombre.

Thalia hizo un pucherito.

—Ah, supongo que tienes razón, pero yo recuerdo al niño dulce. —Miró a Genova—. Entonces era lord Grafton, claro, pero nunca he encontrado correcto llamar por su título a un querido y dulce niño. ¡Qué sonrisa tenía! Y tan inteligente. Sus padres lo adoraban... —Los recuerdos le empañaron de tristeza los ojos del modo como sólo se pueden empañar los ojos de un anciano—. Qué asunto más triste. Y ocurrió aquí.

Genova miró con renovada turbación hacia la mansión dorada que se iba acercando.

—No despiertes viejos fantasmas —le ordenó lady Calliope a Thalia.

—Lo intentaré, Callie. Pero un bebé... —se inclinó a dar unas palmaditas a las mantas que envolvían al dormido Charlie—. Tal vez nos ayude el hecho de traer a uno con nosotras.

El coche se detuvo al pie de una elegante escalinata que subía dividida en dos. El personal de servicio ya estaba allí, listo para recibirlos, las criadas con delantal y cofia blancos, los lacayos con librea azul y oro y el pelo empolvado. Era evidente que tenían que sentir el frío, pero Genova no vio tiritar a ninguno. Por lo menos todos llevaban guantes.

Uno de los lacayos bajó los peldaños y abrió la portezuela de la berlina. Genova se apeó la primera y se hizo a un lado para que pudieran bajar Thalia y Sheena. Lady Calliope tendría que esperar su sillón y a los transportadores que la llevaran.

Sheena tenía aferrado al bebé y su lío de ropa a pesar de los ofrecimientos de los criados para llevar lo uno o lo otro. Genova le cogió el hatillo y se mantuvo cerca, diciéndole palabras tranquilizadoras:

—Todo irá bien, Sheena.

Pero no le gustaba prometer lo que no sabía si podría cumplir.

Thalia estaba sonriéndole a Ashart, que había desmontado y ya estaba junto a ellas.

—¡Qué viaje más espléndido, mi queridísimo niño! No estoy nada fatigada.

Él miró a Genova.

—¿Y tú, mi queridísima?

No, no se imaginaba el peligro. Él también estaba preparado para la batalla. Y, con su humor sombrío y su capa oscura, estaba enmarcado por ese frívolo y lujoso coche. El contraste la intrigó y se sintió impulsada a preguntar:

—¿De veras este coche es tuyo, milord?

—¿Crees que lo robé? —preguntó él con las cejas arqueadas.

—No, pero... Thalia dice que nunca viajas en coche.

—Rara vez —corrigió él—. Este coche era de mi padre. Era un tipo de hombre diferente.

Esa clara explicación la relajó un poco. Tal vez estaba agotada por los nervios.

—Has sido muy amable al prestárselo a tus tías abuelas.

—Sólo pago los gastos.

—Podrías haberte negado.

Él sonrió levemente.

—¿Negarle algo a Thalia? Imposible.

Eso era cierto. Thalia era tan dulce y afable, tan «inocente», que era imposible negarle nada. Ojalá el Marqués Negro sintiera lo mismo, pensó.

—¡Ya han bajado a Callie por fin! —exclamó Thalia—. ¡Vamos, todos, antes de que nos congelemos!

Trotó hacia las escalinatas, como una niñita impaciente, y Genova instó a Sheena a seguirla. Tal vez tendría que haber enviado a la muchacha y al bebé a dar la vuelta para entrar por atrás, con los coches y los demás criados, pero no quería perder de vista a ambas mientras no supiera que estaban seguros.

—Tía Thalia.

Levantó la vista y vio salir a un hombre de la casa a saludarlos en lo alto de la escalinata.

¿Podía ser el ominoso marqués de Rothgar ese hombre vestido en el estilo informal del campo? Sus calzas y chaqueta eran de tela amarronada y el chaleco de un color tostado. Moderados encajes asomaban discretamente por los puños y el cuello, y llevaba el pelo oscuro sencillamente atado a la nuca.

¿Qué? ¿Acaso se había imaginado que la alta aristocracia vestía traje de ceremonia y corona de marqués todos los días?

No, pero en él no se veía ni un asomo de arrogancia, locura ni intenciones letales. Thalia fue derecho hacia él con las manos enguantadas extendidas.

—¡Beowulf! ¡Qué espléndidamente has crecido!

Genova creyó detectar una ligerísima curva de alegre humor en los labios de lord Rothgar cuando le cogió las dos manos a Thalia y se las besó. Después la acercó más y se inclinó a besarle la mejilla.

—Lamento que te hayas perdido las fases de ese crecimiento —le dijo, con un claro guiño en los ojos.

Genova podría haberse reído de su propia estupidez. ¿De dónde habían salido todos esos misteriosos dramas? Pero entonces los ojos de lord Rothgar recorrieron al resto del grupo y se enfriaron al ver a Ashart.

Ella contuvo el aliento, rezando. De pronto cayó en la cuenta de que si lord Rothgar prohibía la entrada en su casa a su enemigo, las ancianas Trayce podrían negarse a entrar también. Eso les rompería el corazón, pero, más preocupante aún, podría matar a lady Calliope, que necesitaba descanso y cuidados.

Pasado un momento de absoluta inmovilidad, lord Rothgar saludó a Ashart con una inclinación de la cabeza y luego condujo a Thalia al interior de la casa. Genova dio las gracias a Dios. Todavía quedaban un sinfín de problemas, pero por lo menos podían quedarse todos.

Entraron en un magnífico salón vestíbulo que se elevaba más allá de la escalera dorada y las balaustradas hasta un inmenso tragaluz en el techo, por el cual entraban los últimos rayos dorados del sol iluminando el exquisito suelo con incrustaciones de diversas maderas. En las paredes había hornacinas flanqueadas por pilares de mármol color crema y oro. En cada una había una estatua blanca clásica, y daba la impresión de que eran verdaderamente esculturas de la antigüedad.

La magnificencia inspiraba un respeto reverencial, pero los adornos navideños suavizaban increíblemente el efecto. Cordones de colores y adornos dorados decoraban las balaustradas, los pilares, el hogar de mármol y los tallados marcos de los cuadros. Tenía que haber campanillas también, porque la corriente de aire debida a su entrada había producido un delicado tintineo.

Sobre todas las superficies había fuentes con frutos secos dorados y también frutas frescas y pasas, como para ofrecer hospitalidad instantánea a los huéspedes. Los leños crujían y rugían en el enorme hogar de mármol, combatiendo el frío del enorme salón, pero sin acabar de conseguirlo. Al parecer, ni siquiera para un Malloren era todo posible.

Genova experimentó una intensa sensación de bienvenida, lo cual la relajó bastante. No era una corte rígida, de ninguna manera. Pero una mirada le bastó para ver que

Sheena estaba aterrada por la grandiosidad, de modo que se mantuvo cerca de ella, pensando qué podía hacer. ¿Dónde le correspondía estar a un bebé en esa mansión?

Miró alrededor en busca de un criado adecuado, pero sólo vio lacayos con librea, inmóviles como estatuas. Entonces sus ojos se posaron en una mujer que estaba saludando afectuosamente a Thalia.

Ésa debía de ser la marquesa, pero también vestía ropas sencillas, un vestido azul con modestos volantes y un enorme chal, cuyo precioso diseño y elegante caída le dijeron que ese chal costaba más que todo su guardarropa junto. En todo caso, lady Rothgar se veía tan sencilla como su vestido, con su pelo castaño y su figura de volumen normal.

Pero al observarla notó en ella una especial prestancia, un aire de autoridad. Entonces recordó que Thalia le había explicado que lord Rothgar se casó con una criatura de lo más excepcional, una condesa por derecho propio. Tal vez no debía abordarla a ella tampoco. ¿Debería pedirle a Thalia que expusiera el tema?

En ese instante depositaron junto a ella el sillón de lady Calliope con un buen golpe, y lord Rothgar se acercó a besarla en la mejilla.

—Eres una mujer formidable, tía Calliope.

La anciana se veía encogida, pero estaba tan gruñona como siempre.

—Siempre lo he sido. Pero qué estupidez haber dejado que las cosas llegaran a esto.

—Hay locura en todas partes.

Los ojos de lord Rothgar pasaron a Genova con una pregunta acerca de sus protegidos, pero continuaron camino.

Por su expresión ella comprendió que Ashart se había puesto a su lado.

Rothgar se inclinó.

—Primo, eres muy bienvenido.

Eso ya estaba claro.

Ashart hizo su inclinación.

—¿Cómo podía resistirme, sobre todo cuando traigo misterios y complejidades?

Lord Rothgar sonrió.

—Nos desarrollamos con misterios y nos alimentamos de complejidades.

A pesar de la sonrisa, Genova sintió una hormigueante tensión en la nuca. La última vez que había sentido eso, recordó, fue cuando en su débil barco avistaron a esos corsarios bereberes.

13

Entonces lord Rothgar se volvió a mirar a Sheena y a Charlie.

—Y hablando de misterios, ¿un bebé, tía Calliope? ¿A tu edad?

Un rugido de risa estremeció entera a lady Calliope.

—¡Niño tonto! Después te divertiremos con la historia, pero antes quiero presentarte a nuestra dama de compañía y amiga, la señorita Smith.

Genova hizo su venia, reanimada por la palabra «amiga», que la elevaba un poco de categoría.

—Bienvenida a Rothgar Abbey, señorita Smith —dijo lord Rothgar, tendiéndole la mano, con lo que a ella no le quedó otra que tender la suya, que él le besó justo por encima del guante—. Qué valentía la suya al aventurarse entre los Malloren y los Trayce.

—Habla de sus familias como si fueran Escila y Caribdis, milord.

Otra leve sonrisa curvó los labios de Rothgar.

—Ésa es una buena comparación, en el caso de ser marinero.

—¡Qué listo eres! —exclamó Thalia—. Genova es hija de un oficial de la armada y ha pasado mucho tiempo en el mar. ¡Luchó contra piratas bereberes!

—No tanto —protestó Genova, pero la sonrisa del marqués ya era completa.

—Entonces está admirablemente cualificada para este viaje. Siempre, claro, que sepa dedicir cuál lado es Escila, el monstruo que desea comérsela, y cuál es Caribdis, el remolino que quiere hundirla a las profundidades.

Sin pensarlo, Genova miró a lord Ashart, y lo sorprendió mirándola. Sintió contraerse unos músculos en lo más profundo de ella y se le dificultó la respiración. ¡En público, separados por unos cinco palmos!

Alguien se rió.

Se apresuró a mirar, sintiendo subir los colores a las mejillas, pero era la marquesa que se estaba riendo de algo que le había dicho Thalia. Todos parecían estar en el alegre espíritu navideño, pero ella deseaba insinuar que lady Calliope necesitaba una cama caliente.

Dudó de dejar sola a Sheena, pero se acercó a lady Rothgar y le hizo una venia.

—Perdone, milady, pero lady Calliope está cansada por el viaje. Creo que agradecería su cama.

Unos sagaces ojos contemplaron a la anciana.

—Por supuesto. Estamos completamente aturdidos por la emoción.

Pasado un instante, un criado mayor iba guiando a lady Calliope con sus criados por la escalera principal, con sus barandas envueltas en cordones rojos y verdes, mientras lord Rothgar conducía a Thalia y Ashart hacia una sala que daba al salón vestíbulo.

Escila y Caribdis. ¿Debía seguir a Thalia o quedarse allí con Sheena? No podía abandonar a la muchacha en ese momento.

—Así que éste es el bebé de lady Booth Carew —dijo lady Rothgar—. Me imagino que viene con alguna historia rara.

Genova sintió subir el rubor a las mejillas.

—Milady, siento mucho...

Lady Rothgar levantó una mano tranquilizadora.

—Estoy segura de que usted no pudo hacer otra cosa que traerlo aquí. ¿Está sano?

—Sí, milady. Y la nodriza también.

—Entonces vamos. Tenemos amplios aposentos para niños, y ya están en uso.

La marquesa giró sobre sus talones y echó a andar rápidamente hacia la escalera, golpeteando con los tacones el suelo de madera con el ratatat de un tambor de batalla. Desechando ese pensamiento, Genova instó a Sheena a seguirla, y fue ella quien le llevó el hatillo con la ropa. Por lo menos un problema se había evaporado. No iban a arrojar a la calle a Sheena ni a Charlie. Tendrían un lugar en los aposentos de los niños de la familia, lo cual era mucha generosidad.

Cuando iba subiendo la escalera descubrió las campanillas: colgaban de los cordones que envolvían las barandas y tintineaban a su paso. Encantador, pero se imaginó cómo le crisparía los nervios el ruidito.

Subieron un corto tramo y llegaron a un medio rellano donde la escalera se dividía en dos: una a la derecha y otra a la izquierda. Cuando empezaban a subir por la izquierda, lady Rothgar le dijo:

—¿Por qué no me cuenta parte de esta extraña historia mientras caminamos, señorita Smith? Ésta es una casa

grande y se parece un tanto a un laberinto. Cada generación ha ido haciendo añadidos, y el último marqués insertó corredores por todas partes. Creo que no hemos perdido a ningún huésped, aunque unos cuantos han andado vagando su buen rato.

Rápidamente Genova decidió contar lo mínimo de la parte correspondiente a Ashart. A Escila y Caribdis no les hacían ninguna falta más problemas. Comenzó por el encuentro con lady Booth Carew. Después, mientras pasaban por un largo corredor alfombrado, con obras de arte en las paredes y diversas mesitas y armarios en cuyas superficies se exhibían tesoros, relató la posterior llegada de Ashart como una coincidencia.

—Qué interesante —musitó la marquesa, virando a la derecha y entrando en otro corredor—. Pero es extraño dejar abandonado al bebé con personas desconocidas.

—Sí que lo es, milady.

Su anfitriona se detuvo en otra bifurcación.

—¿Cree usted que el padre es Ashart?

—Él insiste que no —repuso Genova, abandonando toda simulación.

—Hace alrededor de un año fue el amante de lady Booth, lo cual lo haría posible —dijo lady Rothgar. La miró—: Tal vez no debería hablar con tanta franqueza de esos temas a una dama soltera.

—He pasado la mayor parte de mi vida en círculos marineros, lady Rothgar. No me escandalizo fácilmente.

La marquesa sonrió.

—Como dijo mi marido, encajará muy bien aquí. Pero he de decirle que yo elijo usar mi propio título de Arradale

en todo lo que no sean situaciones muy formales. No, no se azore; me ha llamado de la forma correcta. Soy yo la improcedente.

—Es usted muy amable, lady Arradale —dijo Genova.

Y lo decía en serio. Pese a la amilanadora grandiosidad y a todos los demás problemas, estaba dispuesta a encontrar simpática a la esposa del Marqués Negro.

—Para ser amables debemos llevar a nuestros inocentes a un ambiente más cálido y sencillo. Vamos.

Genova observó que Sheena se mantenía en el centro del corredor, lo más lejos posible de cualquier cosa que pudiera tocar; debía sentir terror de quebrar algo.

La condesa dio la vuelta a otra esquina y entraron en un corredor corto que aparentemente no llevaba a ninguna parte. Abrió una puerta y apareció una sencilla y estrecha escalera, cuyos lados le rozaban la ancha falda al subir.

—¿Tiene algún plan para ocuparse del bebé, señorita Smith?

Genova deseó poder verle la cara a la condesa para juzgar mejor el tono de la pregunta. ¿Iban a considerarla la única responsable?

—Hay que encontrar a lady Booth —dijo, eligiendo las palabras—. Lord Ashart va a colaborar, puesto que conoce tan bien a la dama.

El uso del tiempo futuro era su declaración de intención, y tal vez eso fue evidente. En lo alto de la escalera, lady Arradale le dirigió una ancha sonrisa.

—Nos encargaremos de que lo haga.

Habían llegado a un sencillo corredor, aunque alfombrado, y lady Arradale pareció titubear, dándose golpecitos

en los labios con un dedo. Llevaba anillos por valor de una fortuna, y uno en cada dedo.

—No estuve en Londres el invierno pasado, pero el escándalo de lady Booth duró hasta bien entrado el verano. Por todas partes aseguraba que estaba embarazada de Ashart. Cuando él no quiso casarse con ella, huyó a Irlanda, y finalmente anunció el nacimiento de un hijo.

Genova sintió una punzada de desilusión.

—O sea que es de él. Y ahora la pobre mujer se ha visto en la necesidad de llegar a extremos para obligarlo a aceptar sus responsabilidades.

—Una manera singularmente estúpida de hacerlo, ¿no le parece? Y muy... inoportuna. Usted arde en deseos de hacer justicia, lo que comprendo perfectamente, pero en los próximos días preferiríamos intentar la paz, que no la guerra. No esperábamos que viniera Ashart, pero ahora que está aquí, deseamos aprovechar al máximo su visita.

—Comprendo, milady.

Y lo comprendía. La pacificación aristocrática vendría antes que la justicia para el bebé. Ésa era la usanza del mundo, pero significaba que ella sería la única que se preocuparía verdaderamente por Sheena y Charlie.

Lady Arradale asintió y echó a andar por el corredor. Genova oyó sonidos infantiles en las cercanías. La condesa abrió una puerta y se oyeron risas. Genova hizo entrar primero a Sheena en la habitación y cerró la puerta. La habitación era acogedora y de agradables dimensiones. Eso al menos, estaba bien.

La habitación bien podía ser la sala de estar de una casa modesta, y el fuego del hogar, protegido por una ornamen-

tada rejilla metálica, eliminaba toda traza de frío. Ella ya empezaba a sentir demasiado calor con su capa.

Las paredes estaban pintadas de color verde claro, el suelo estaba cubierto por una mullida alfombra turca; el amueblado de madera era blanco. En un rincón había una espineta y encima un tambor y varias flautas dulces. Había sillas y sillones cómodos, algunos de tamaño para niños, y estantes con un buen surtido de libros y juguetes.

Dos niñas rubias, con vestidos azules iguales que se abrían sobre faldas blancas acolchadas, estaban sentadas en la alfombra a un lado del hogar, jugando con muñecas. Sentada en un sillón estaba una niñera con un ojo puesto en ellas al tiempo que hacía una costura sencilla.

En el centro de la sala, otras dos niñeras con cofia estaban sentadas en la alfombra con un niño pequeño de pelo cobrizo. La rolliza de pelo oscuro estaba sentada sobre los talones observando, mientras la más delgada ayudaba al niño a construir algo con bloques de vivos colores.

Las dos levantaron la vista.

—Mira lo que tenemos aquí, Portia —dijo lady Arradale—. Un bebé.

Resultó que la niñera delgada no era una niñera. Sus rizos cobrizos sobresalían por debajo de una hermosa papalina adornada con encajes, no de una cofia de criada, y su vestido era, visiblemente, de la mejor calidad. Cuando se puso de pie, Genova vio que era menuda pero más o menos de su misma edad.

—Qué encanto. ¿De quién es?

—De lady Booth Carew.

—¿Es de Ashart, entonces?

Eso fue como un clavo en el ataúd de Ashart.

14

—Está aquí, por cierto —dijo la condesa—. Ashart vino con las tías abuelas de Tunbridge Wells.

—Ah, caramba. Sin embargo no oigo ningún sonido de guerra en la distancia.

—A los niños los tenemos aquí para que no se oigan. Pero eso también funciona al revés. Podrían estar asesinándose y no nos enteraríamos. Pero creo que Bey tiene las cosas de la mano, aunque fue toda una impresión, como puedes imaginarte.

Lady Arradale indicó a Genova que se acercara más.

—Permíteme que te presente a la señorita Smith, Portia, la dama de compañía de lady Thalia y lady Calliope. Señorita Smith, ella es mi cuñada Portia, lady Arcenbryght Malloren, corrientemente llamada lady Bryght. El difunto marqués de Rothgar tenía una afición obsesiva a lo anglosajón, de ahí los nombres. Se ha librado de conocer a Hilda, Brand y Cynric, que están pasando la Navidad en otra parte. Elfled, lady Walgrave, está aquí, pero no se la ve mucho porque está esperando el nacimiento de un bebé para cualquier día de estos. Le hacemos bromas a mi marido diciéndole que ha organizado una reconstrucción de la Navidad.

Genova hizo su venia, tratando de asimilar todo aquello.

—Y éste —dijo la condesa, sonriendo al niño que había ido con pasos inseguros a esconderse entre las faldas de su madre—, es el señor Francis Malloren.

—Haz tu saludo, Francis —le dijo lady Bryght alborotándole el pelo.

El niño se asomó lo suficiente para hacer una inclinación pasable con la cabeza y volvió a esconderse.

—No tardará en estar bien —dijo lady Bryght, cogiéndolo en brazos y besándole la redonda mejilla—. Se toma su tiempo con personas desconocidas, ¿verdad, tesoro? Y muy prudente, también. Mira, Francis, un bebé. ¿Cómo se llama? —preguntó a Genova.

—Charlie, milady, y el nombre de la nodriza es Sheena. Sheena O'Leary, pero eso es todo lo que hemos conseguido saber. Prácticamente no habla inglés. —Miró a lady Arradale—. ¿Hay alguien aquí que hable gaélico?

—Buen Dios. No sé de ningún criado irlandés, pero tiene que haber alguien en el vecindario. Pero eso esperará, puesto que tenéis que estar muy cansadas. Arreglemos las cosas para el pequeño Charlie y entonces podrá ir a refrescarse.

Envió a la niñera a buscar a la señora Harbinger. No tardó en aparecer una mujer mayor; ésta era de estructura ósea gruesa y podía dar la impresión de ser muy ceñuda, pero sus ojos se iluminaron al ver al bebé.

—¡Ah, el precioso!

Se acercó con la clara intención de coger a Charlie. Sheena retrocedió.

—Está asustada —se apresuró a explicar Genova—. No habla nada de inglés y creo que la pobre no entiende qué ocurre.

—Ella es la señora Harbinger, la gobernanta de los aposentos de los niños —explicó la condesa—. Está a cargo de esta parte de la casa.

Dio una vaga explicación a la mujer sobre la llegada de Charlie, dando a entender que había habido un accidente en el camino, sin decir ninguna mentira.

La mujer fue toda compasión.

—Es sólo cuestión de airear la sala cuna, milady, y traer aquí otra criada, con su permiso. Puede dejarme todo eso a mí.

—Eso lo sé. Averiguaré si hay alguien que hable gaélico en la zona, pero mientras tanto, sé que será comprensiva con la pobre señorita O'Leary, que debe de sentirse muy incómoda.

—Desde luego, milady.

La mujer pasó el brazo por los hombros a Sheena y la llevó a sentarse en una silla cerca del hogar, sin dejar de susurrarle palabras tranquilizadoras. Por un momento la muchacha irlandesa miró a Genova desesperada, pero luego se relajó e incluso le sonrió a su nueva protectora.

Genova sintió que le quitaban una pesada carga de los hombros. Eso, por lo menos, le parecía muy bien.

Lady Arradale se dirigió a la puerta y lady Brygh, después de darle un beso a su hijo, lo entregó a la niñera. Cogió un enorme chal y se envolvió en él.

—Tengo que bajar a ver qué está ocurriendo. Ashart aquí. ¡Mis estrellas!

Muy pronto las tres ya habían bajado la escalera e iban caminando por el laberinto de corredores. Genova estaba se-

gura de que ella sería una de los huéspedes errantes. Después de varios virajes, la condesa abrió una puerta que daba a un elegante dormitorio.

Genova vio algunas de sus cosas ahí, entre ellas la caja del pesebre. ¿Ésa era su habitación? El esplendor la horrorizó. Habría preferido algo más sencillo.

—Normalmente le daríamos una habitación para usted sola —le explicó lady Arradale—, pero siendo Navidad, necesitaremos todos los espacios.

Entonces Genova se fijó en diversas cosas que pertenecían a Thalia. Eso explicaba la grandiosidad, pero habría deseado una habitación para ella sola, por humilde que fuera. Hasta esos últimos días no había comprendido cuánto disfrutaba de estar sola. Pero dijo:

—Estoy acostumbrada a compartir habitación con lady Thalia.

—Es encantadora, ¿verdad? Qué lástima que Rothgar haya estado desconectado de sus tías abuelas todos estos años. Ahora que se ha roto el hielo cambiarán las cosas.

Genova recordó una escena que le tocó ver una vez: el hielo rompiéndose y personas cayendo en la grieta directamente hacia sus muertes. Era un dicho extraño en realidad.

—Aquí hay un armario con una cama para la doncella —explicó la enérgica condesa abriendo una puerta en el dormitorio.

Era un estrecho vestidor, en el que sólo había lugar para un inmenso ropero, una cómoda y una cama pequeña. De todos modos, Genova envidió a Regeanne, que en ese momento estaba guardando la ropa. La doncella se giró sobresaltada y se inclinó en una venia.

Lady Arradale le hizo un gesto para que continuara su trabajo y cerró la puerta.

—¿Supongo que Ashart visita a sus tías abuelas en Tunbridge Wells?

—Tengo entendido que unas cuantas veces al año, milady, pero desde que yo las conozco no fue nunca.

La condesa ladeó la cabeza y Genova tuvo la clara conciencia de que la estaba analizando.

—Un pícaro apuesto, ¿verdad?

—Acabamos de conocernos, milady.

—Un solo momento nos dice si un hombre es hermoso o no, señorita Smith.

Genova sintió arder las mejillas y se refugió en el pretexto de quitarse la capa.

—Sí que es hermoso en ese sentido, milady. Pero hermoso es que haga hermoso todo lo que le rodee, y su comportamiento hacia su pobre hijo no es hermoso en absoluto.

—El comportamiento de Molly Carew volvería loco a un santo —terció lady Bryght—. Qué tontería creer que Ashart se iba a casar con ella si lo apremiaba, y es mi opinión que ella inició el romance con esa idea en mente.

Eso le encendió a Genova el sentido de la justicia.

—Sí que estuvo mal que se convirtiera en su amante, pero ¿no estuvo mal por parte de él echarse una?

Las dos damas la miraron con expresiones idénticas.

—Nos referíamos a la tontería, no a la virtud —explicó la condesa, amablemente—. La virtud, dicen, es su propia recompensa, y como tal, proporciona una delgada capa en invierno. Hay que procurar ser prudente también, señorita Smith.

—No hay nada entre lord Ashart y yo.

Lady Bryght se echó a reír.

—Muy imprudente. Procure que haya ropa entre ustedes, todo el tiempo.

—¡Portia! —exclamó la condesa riendo. Pero añadió—: Ése es un buen consejo, señorita Smith. Tiene fama de pícaro.

Genova recordó el ridículo compromiso. ¿Qué pensarían de sus palabras esas señoras cuando se enteraran? ¿Qué podía decir para mejorar las cosas? «Ah, es que se me olvidó. Sé que es un pícaro. Por eso me comprometí en matrimonio con él...»

—Me contaron que Molly Carew salió con Ashart del baile de máscaras de lady Knatchbull sin el más leve asomo de vergüenza —comentó lady Bryght—. Iba vestida de Salomé.

—¿Qué? ¿Con los siete velos? —preguntó la condesa.

—Sin absolutamente nada debajo.

—La consecuencia es una lección para todas las mujeres prudentes —dijo lady Arradale dirigiéndose al lavabo—. Debería haber agua caliente. —Levantó el paño de lino que cubría el jarro y salió vapor—. Estupendo. —Apuntó hacia un cordón para llamar que colgaba junto al hogar—. Eso suena en las dependencias de los criados y hará subir a alguien en cualquier momento. Acomódese a su gusto, señorita Smith, por favor, y cuando esté lista vaya a reunirse con nosotros en la Sala de los Tapices. Ya tenemos a unos cuantos huéspedes con nosotros, pero la mayoría llegarán mañana. Enviaré un lacayo para que la espere junto a su puerta para guiarla. Por favor, considérese en su casa en Rothgar Abbey.

Las dos damas salieron y Genova se puso una mano en la cabeza, como si con eso fuera a dejarle de girar. Había creído que sería un viaje tan sencillo; le presentaba la ocasión de escápar de la casa de su madrastra, junto con la oportunidad de alternar con los grandes y poderosos y observar sus locuras.

No había planeado ser ella una loca, atrapada como una mosca en el centro de una dorada telaraña.

Pero no, no era tan impotente. Se consideraría un barco navegando entre Escila y Caribdis. Escila, monstruo de muchas cabezas, era una excelente imagen de la familia Malloren, y Ashart la tenía atrapada como en un remolino.

Incluso en ese mismo momento sentía su efecto, incluso sabiendo ya que era exactamente el libertino desalmado que se había imaginado. Aunque lady Booth Carew le hubiera ido detrás para seducirlo, él se había dejado seducir y ahora negaba su responsabilidad en la inocente consecuencia.

Gracias al cielo ella no estaba en peligro de caer en la misma trampa.

Entonces vio la caja del pesebre y fue a tocarla. Necesitaba conservar las tradiciones y los recuerdos que contenía. La escena navideña debería haberse armado hacía diez días.

Dio vuelta a la llave y abrió la caja, pero entonces recordó que debía esperar. Con toda la amable cháchara de que se considerara en su casa en esa mansión, la esperaban abajo pronto. Pese al fingido compromiso, pese a la hospitalaria amabilidad, era simplemente la acompañante de las damas Trayce y debía atenderlas.

Rápidamente se lavó las manos y la cara, se arregló el pelo, ordenándose mantenerse en su lugar y lejos de los

asuntos de la nobleza cuanto le fuera posible. Después buscó su chal de más abrigo, hizo una honda y temblorosa inspiración, y salió a navegar entre el monstruo y el remolino.

15

El prometido lacayo estaba esperando fuera de la puerta como un centinela, mucho mejor vestido que ella. Lo siguió, obligándose a relajarse para apreciar los objetos de arte al pasar y tratando también de memorizar el camino. Era posible que necesitara el ovillo de hilo de Teseo.

No tardaron en bajar la escalera principal y atravesar el reluciente suelo del salón vestíbulo. Visualizó su imagen como un buque insignia navegando por procelosas aguas, deseoso de paz, pero con los cañones bien cebados y listos para disparar.

El lacayo abrió la puerta y ella entró.

Pero si había peligros allí, estaban muy por debajo de la superficie.

En esa imponente mansión, esa sala podía calificarse de acogedora. Su tamaño era dos veces mayor que el salón de la casa Trayce, pero no más, y un inmenso hogar triunfaba sobre el frío. El elevado cielo raso estaba decorado con molduras en yeso, pero los tapices medievales que cubrían todas las paredes le daban una agradable calidez. Los muebles eran magníficos, pero tenían el aspecto de haber sido elegidos por su comodidad y de haber sido usados durante generaciones. Dos gatos y dos perros formaban una alfombra delante del hogar.

Unas veinte personas estaban tomando el té reunidas en dos grupos, y no se veían señales de criados. Lady Arradale presidía una mesa bandeja desde un sofá, mientras Thalia compartía el sofá del frente con una dama muy, muy embarazada. Entonces recordó que una de las damas de la familia estaba esperando el parto para cualquier día de ésos. Lady Bryght presidía el otro grupo, en el que se encontraba lord Rothgar.

Se detuvo, indecisa; no sabía a qué grupo unirse. Habría elegido aquel en que no estuviera Ashart, pero él no estaba en ninguno de los dos. Entonces lo vio en el otro extremo de la sala, al parecer explorando una carpeta con mapas.

Apartado.

Él levantó la vista y se encontraron sus ojos. Ella alzó el mentón, firmemente dispuesta a no amilanarse. Pasado un momento, él inclinó la cabeza, como saludándola, y echó a andar hacia ella.

—¡Genova! ¡Ven a sentarte a mi lado, querida!

La voz de Thalia la sacó del trance, y se apresuró a ir ocupar el puesto desocupado en el sofá, deseando no parecer tan turbada como se sentía. De muy buena gana se entregó a la distracción de las presentaciones.

Lord Bryght Malloren, alto y moreno, era fácilmente reconocible como hermano de lord Rothgar; hermanastro, enmendó para sus adentros. La dama embarazada era la condesa de Walgrave, y hermana de lord Rothgar. No se parecía nada a él, con sus cabellos rojizos y radiante expresión.

—Llámeme lady Elf —le dijo la dama—, aquí todos me llaman así.

El hombre apuesto que se levantó de un sillón junto a lady Elf para llevarle a ella la taza de té era el conde de Walgrave.

Genova no había estado nunca en una sala con tantas personas con título. Sintió gratitud por los dos hombres que eran vulgares tanto en apariencia como en rango: el doctor Egan, bibliotecario y archivero de lord Rothgar, y el doctor Marshall, conservador de las antigüedades anglosajonas. El doctor Egan era delgado, de cara cetrina dominada por una enorme nariz. El doctor Marshall era gordo, de cara brillante y ceñuda.

En ese momento vio aparecer a Ashart en su línea de visión, estaba aceptándole una taza de té a la condesa. ¿Sería ésa su primera taza?

—... ¿no te parece, querida?

Se apresuró a desviar la atención de él.

—Sí, Thalia, por supuesto —contestó, con la esperanza de no estar dando su acuerdo a que la luna estaba hecha de queso.

Pero no. Se trataba de que las caminatas en invierno eran particularmente vigorizantes.

Mientras los demás conversaban, Thalia le fue señalando a algunas de las personas del otro grupo.

—Ese joven es el señor Stackenhull, el maestro músico de Beowulf. Y la dama mayor es la señora Lely, la secretaria de la condesa. Qué molestia tener una propiedad que administrar. La pareja son los Inchcliff, y el hombre ceñudo es lord Henry Malloren. En otro tiempo me cortejó, pero nunca ha sabido la forma de agradar. —Se le acercó más y susurró—: Cuando le ofrecía té se quejaba de que no era una buena y honesta cerveza.

Como la mayoría de los susurros confidenciales, éste lo oyeron los demás, pero a juzgar por sus rostros, estaban divertidos, y lord Henry estaba muy lejos para oírla. De todos modos, aunque la oyera no le importaría; tenía ese aspecto magro, curtido por el clima, del tipo «maldito lo que me importa tu opinión».

—La gorda que está con lord Henry es su esposa. Jamás abre la boca, a no ser para comer.

Genova vio curvarse algunos labios y pensó qué podría hacer para impedir que Thalia dijera esas cosas.

En ese momento se abrió la puerta y entró una jovencita. Genova captó un gesto de sobresalto en Ashart y volvió a mirar a la recién llegada. Un poco alta, delgada, y un porte erguido que revelaba la seguridad de encontrarse en un ambiente al que pertenecía.

Pero no parecía ser una Malloren, con su pelo castaño ratón y una fisonomía bastante vulgar. Vulgar, ése fue el único calificativo que se le ocurrió; tal vez incluso un tanto fea, aunque esa fealdad la salvaban unos ojos vivos, una ancha sonrisa y una expresión que daba a entender que se sentía muy complacida con su mundo.

Genova volvió a mirar a Ashart, pero él estaba conversando con el doctor Egan.

La joven echó a andar hacia su grupo, pero lord Henry exclamó:

—¡Damaris! ¡Has llegado por fin! Por qué no nos complaces, muchacha, y nos tocas algo.

La joven se detuvo, sin dejar de sonreir. Genova pensó que se iba a negar, pero la muchacha se inclinó en una venia.

—Desde luego, lord Henry —dijo, y se encaminó hacia el clavecín.

¿Una humilde dama de compañía? ¿O una hija tiranizada?

Entonces habló lady Arradale, en un volumen bien calculado para hacerse oír:

—Qué amable, señorita Myddleton. —Dirigiéndose a Genova explicó—: La señorita Myddleton es la pupila de lord Henry, y somos muy afortunados por tenerla aquí. Toca maravillosamente.

Comenzaron a tintinear las notas, rápidas y precisas.

—Sí que toca muy bien —comentó Genova.

—Y también canta maravillosamente.

Una educación cara, supuso Genova. Lo más probable era que «pupila» significara dinero, lo cual explicaría esa seguridad que eclipsaba la falta de belleza. Pensó que podría cobrarle simpatía a la señorita Myddleton, en especial porque la joven estaba tocando para el grupo como si eso fuera su mayor dicha. Poner mala cara jamás servía para nada.

Y lo más probable era que la señorita Myddleton no estuviera emparentada con ningún Malloren. Era ajena a la familia, como ella.

Entonces vio la sonrisa que la joven dirigió a Ashart. Esos ojos de largas pestañas eran, en realidad, felinos, ligeramente sesgados, y predadores. ¿Cómo se atrevía a mirarlo así?

La punzada de celos era irracional, pero fue muy real. Mientras tomaba parte en la conversación, observó disimuladamente la reacción de Ashart. Después de hacerle una ligera inclinación de la cabeza, él pareció olvidarse totalmente de la señorita Myddleton, pero estaba consciente de su presencia. De eso Genova estaba segura.

Sabía muy bien que no tenía ningún derecho de propiedad, pero por el cielo, si tenía que representar el papel de la enamorada novia, no tendría por qué ver a su supuesto amado comiéndose con los ojos a otras mujeres.

—¿Otro pastel, señorita Smith?

Genova vio que lady Elf le estaba tendiendo la bandeja y mirándola extrañada. ¿Es que se veían sus pensamientos? Para encubrirlos, volvió a zambullirse en la conversación, sin mirar a Ashart, pero irritadamente consciente de las fluidas notas que salían del clavecín.

Entonces llegó al grupo lord Rothgar.

—Creo que es hora de que hablemos de los misterios y complejidades.

Lady Bryght se había puesto a su lado, y los doctores Egan y Marshall se disculparon discretamente y se alejaron.

O sea que ése era un asunto familiar, comprendió Genova, con la excepción de ella; ella era una testigo indispensable. Miró a Ashart, que se veía tranquilamente desinteresado, como si ninguno de los últimos incidentes tuviera algo que ver con él.

Cuando se lo pidieron, hizo un relato esmeradamente revisado de la adquisición del bebé, omitiendo nuevamente todo lo relativo a la participación de Ashart en el asunto.

—¡Qué extraño es todo esto! —dijo lady Arradale—. ¿Qué deberíamos hacer ahora?

—¡Pues, reunir al pequeño Charlie con sus padres! —declaró Thalia—. Eso estará en el espíritu navideño. Tal vez es un caso similar a cuando a María y José se les perdió el niño Jesús y lo encontraron en el Templo.

Genova casi se atragantó con una miga de pastel.

—Reunirlos sería excelente, Thalia, pero lady Booth debe saber dónde se encuentra su bebé. —Miró a Ashart—. ¿Estás de acuerdo, milord?

Él sostuvo su mirada con la tranquilidad de un ángel inocente.

—Tiene un lamentable sentido de la orientación, querida mía.

Genova mantuvo su sonrisa en su lugar.

—Entonces tenemos que encontrarla y reorientarla, milord. Creo que ibas a intentarlo.

—Me distraje —dijo, expresando con los ojos cómo se había distraído—, pero no tendría que ser difícil. Tiene una casa en Irlanda.

—Seguro que ahora no está ahí.

—Pero tendrá que volver ahí, o unirse a los círculos elegantes en enero, como una rana que vuelve a su estanque.

Esta vez Genova casi se atragantó de risa. Dejó a un lado el delicioso pastel de limón para que le durara durante la batalla.

—¿En enero, milord? Tu analogía de la rana no es muy adecuada.

—Licencia poética. Estoy ardientemente a favor de la licencia.

Ella vio un blanco y disparó.

—¿Una licencia de matrimonio, quieres decir?

Maldición. Había vuelto a olvidar el compromiso.

—¡Pero claro! —exclamó él—. Es un mal necesario en estos tiempos reformados. En otro tiempo los caballeros podíamos simplemente huir a caballo con esposas ricas, nobles y bellas.

Pero mientras hablaba pasó la mirada de Genova a lady Arradale y le hizo una ligera inclinación. A Genova casi le dio un sofoco. ¿De veras quería adoptar esa línea de ataque? Podía llevar directamente a un duelo.

La condesa respondió a esa provocadora mirada con otra que le decía que estaba hablando tonterías. Lord Rothgar daba la impresión de no haber oído ni advertido nada.

—¡Una licencia de matrimonio! —exclamó Thalia—. Necesitaremos una para una boda de Navidad. ¿Cómo se hace eso?

—No tenemos ninguna prisa —se apresuró a decir Ashart, rota su calma—, además, Genova prefiere las amonestaciones.

—¿Ah, sí, querida? ¿Por qué?

Genova sintió el impulso de desmentirlo, pero comprendió que no serviría de nada.

—Soy partidaria de los usos tradicionales, Thalia.

—Entonces compartimos ese interés, señorita Smith —dijo lord Rothgar—. Aquí celebramos la Navidad con todas las viejas costumbres, como verá. En cuanto a la madre desaparecida, el tiempo está muy frío y se acerca la Navidad. No enviaré a los criados a una misión que no es urgente. Después tendremos tiempo para darle caza.

Lo dijo en tono muy agradable, pero una imagen de una aullante jauría resquebrajó la elegante hospitalidad.

—Señorita Smith, tiene la taza vacía —dijo lady Arradale, y miró a Ashart sonriente—. Tráeme la taza de la señorita Smith, por favor, para llenársela.

Nerviosa por la escena anterior, Genova supuso que él se iba a negar a cumplir la orden. Pasado un instante él obe-

deció, pero a ella no le cupo duda de que esa noble informalidad le resultaba tan extraña como a ella. Probablemente en su casa jamás movía un dedo para hacer algo.

—Nos iría bien poder comunicarnos con la nodriza —dijo lady Arradale, después de llenar la taza—. ¿Tenemos aquí a alguien que hable gaélico, Bey?

—No, que yo sepa, pero lo averiguaré.

Genova detuvo brevemente el movimiento de coger la taza. Era extraordinario que una dama de tan noble linaje llamara a su marido por su apodo familiar en público, pero ninguno de los presentes pareció sorprenderse.

—Pero eso lo encuentro raro —añadió lord Rothgar—. Ashart, ¿habla gaélico lady Booth?

—No he visto ninguna señal. Supongo que los angloirlandeses pueden pasar sin hablarlo.

—¿Entonces por qué contrata a una nodriza que no puede comunicarse? ¿No habrá tenido dónde elegir? ¿Tenía acaso algún criado o criada que le sirviera de intérprete?

—¿O tal vez, con este plan en mente, necesitaba una criada que no pudiera contar nada?

Genova creyó oír un clic de conexión entre los primos, pero no supo discernir si era de un encuentro de mentes o de hojas de acero.

—Exactamente —casi ronroneó lord Rothgar—. Tenemos que encontrar un intérprete. Ay de mí, es posible que esa verdad tenga que esperar unos cuantos días.

Ashart sacó su cajita de rapé.

—Ay de mí, en efecto, pero, como el oro, la verdad nunca se pudre. Está al acecho, como un barril de pólvora debajo de una casa.

Genova oyó el ruido que hizo su taza en el platillo, y la cogió firmemente. Su repentino temblor no se debía a las palabras, que no tenían ningún sentido para ella, sino a la reacción que percibió en la cara de lord Rothgar.

Ashart acababa de decir algo esencial, que movió a lord Rothgar a ponerse en guardia. ¿Qué? Guy Fawkes había intentado hacer volar a Jacobo I usando la pólvora almacenada debajo del Parlamento, pero eso ya era una historia antigua.

Pasó la fugaz perturbación sin dejar ni un solo rastro. Lord Rothgar cogió una pulgarada de rapé de la cajita que le ofrecía su primo.

—Marco Aurelio fue previsiblemente ingenuo cuando aseguró que a nadie jamás le ha hecho daño la verdad.

—¿No dice la Biblia que la verdad nos hará libres? —dijo Ash ofreciendo rapé a lord Brygh t, que declinó el ofrecimiento.

—Pero ¿vale el precio? —preguntó Rothgar—. La libertad nunca es gratis. Hemos de estar dispuesto a pagarlo todo por ella.

—Séneca —asintió Ashart, como reconociéndole un punto ganado—. También dijo que no hay genio sin locura.

Locura.

En lugar de manifestar alarma, lord Rothgar sonrió:

—Yo soy simplemente Dédalo, el creador de laberintos. ¿Estamos un poco perdidos?

—¿Un laberinto? —interrumpió Thalia—. ¿Tienes un laberinto aquí, Beowulf? ¡Qué maravilloso! Me encantaría probarlo.

Se hizo trizas el hielo del peligro.

—Ay de mí, querida, no. ¿Cómo he podido ser tan descuidado?

Thalia hizo un suave mohín, pero volvió a sonreír.

—Sin duda no habría sido agradable en invierno. Esto ha estado delicioso, mi niño querido, pero ahora necesito retirarme. Ha sido un día muy largo.

Lord Rothgar llegó primero, pero Genova corrió a ponerse al lado de Thalia, agradeciendo la oportunidad de escapar y que Thalia hubiera interrumpido esa conversación, seguro que adrede. De todos modos, seguía sintiendo ese hormigueo que solía experimentar cuando se aproximaba una tormenta.

Mientras seguían a un lacayo hacia la habitación, Thalia no paró de hablar de roscas de albaricoque confitado, tapices, laberintos y naderías. A Genova la sorprendió su intenso deseo de chillarle que se callara.

Ay, deseaba un espacio para ella sola, por humilde que fuera, y un poco de paz y silencio para poder pensar.

16

Ash salió de la sala detrás de Thalia y la señorita Smith, pero no las siguió por la escalera. No tenía el menor deseo de conversación ni de exámenes, aunque la intervención de Thalia había estado muy bien. Sería inconveniente un duelo a muerte, aunque solamente fuera uno verbal.

—¿Vas a aceptar la ramita de olivo?

Se giró y se encontró ante Rothgar.

—¿Era una ramita de olivo la invitación a venir aquí?

—¿Qué si no?

—¿Una llamada a la batalla?

Uno de los elegantes perros cazadores había seguido a su amo hasta allí, y Rothgar le acarició distraídamente las sedosas orejas.

—La enemistad siempre ha estado por el lado Trayce.

—¿Sí? ¿Cuál era tu finalidad al invitar a mi familia aquí?

—Qué fastidioso —dijo Rothgar, como si le estuviera hablando al perro— tener una reputación que convierte en asunto sospechoso una invitación a las fiestas de Navidad. —Levantó la vista—. Ésta es Boudicca, por cierto.

Ash comprendió que le ofrecía un momento de respiro, pero lo aceptó.

—¿Qué tipo de perra es?

—Una cazadora de gacelas persa. A ella y a Zeno los hemos persuadido de no perseguir a los ciervos. Eso les causa frustración, sin duda, pero en un mundo civilizado no debemos dejarnos conducir por nuestra tosca naturaleza. Tal vez te gustaría tener un cachorro de la próxima camada. —Pasado un momento, añadió—: Sólo hago este ofrecimiento a personas que creo saben valorar un regalo.

Ash se puso en guardia al instante.

—No puedes conocerme lo bastante bien para juzgar eso.

—Te he observado. Llevándote diez años de ventaja, y perdón por la injusticia, he sido testigo de muchas fases.

—O sea que tiraste el anzuelo y yo piqué.

Condenación. Se vería obligado a marcharse.

Rothgar alzó las cejas.

—Envié una invitación. No creí que vendrías.

—No habría venido a no ser por Genova y las tías abuelas. —Entonces arrojó un dardo—: Podrías haberlas visitado en cualquier momento durante estos treinta años pasados.

—Confieso que nunca se me ocurrió. Dados sus cariñosos recuerdos, estoy muerto de remordimiento.

—No lo pareces.

—Tal vez soy un cadáver ambulante. ¿Cómo podrías saberlo?

—Podría apuñalarte a ver si sangras.

—Pero qué vergüenza sería la mía si sangrara. —Rothgar cogió una fuente de cristal de una mesilla y se la presentó—. ¿Roscas de albaricoque?

Confundido, Ash cogió una y la mordisqueó.

—Muy sabrosa.

—Y yo no había comido ninguna desde que era niño. Ya ves como nos dañan a todos la enemistad entre nuestras familias. Puedes comer más si te quedas. Habiendo atravesado las puertas, sería una lástima, ¿no crees? si te marcharas dejando manjares sin probar.

Ash se sintió como si lo estuvieran enredando en fantasías doradas.

—¿Y si he venido aquí a buscar tus debilidades para usarlas en tu contra?

—¿Como Loki?

Ash se sobresaltó ante la adecuada referencia al dios nórdico de la discordia y la destrucción.

Rothgar abrió las manos con las palmas hacia arriba, en aparente invitación.

—Dímelas primero, por favor. Seguiré el consejo de la Biblia y las arrancaré. Eso excluye, lógicamente, a mi familia, y en especial a mi mujer.

Por fin la espada.

—Mi abuela pensaba que lady Arradale sería una esposa ideal para mí.

—La marquesa de Ashart viuda, como siempre, estaba equivocada, pero por lo menos su gusto es excelente. No deberías permitir que te cabalgue y te espolee, ¿sabes?

—Soy su único descendiente vivo.

—Tiene nietos en Escocia y una hija en un convento francés. Y claro —añadió—, me tiene a mí.

Eso motivó una risa sorprendida, que Ash lamentó al instante. Retrocedió un paso, una retirada física.

—¿Se me acepta bien si me quedo?

—Te he invitado, primo, pero nunca ha sido necesaria una invitación. Mis parientes son siempre bienvenidos en mis casas.

—Tal vez debería animar a mi abuela a venir también.

Ash esperaba por lo menos un mínimo gesto de resistencia, pero la cara de Rothgar estaba totalmente imperturbable.

—Me encantaría si pudieras organizarlo.

Frustrado, Ash se dio media vuelta y subió a su habitación. Rothgar no había revelado nada cuando vio al bebé y a la señorita Smith, ni cuando él le hizo la insinuación de la amenaza que tenía suspendida sobre su cuello. Era frustrante, pero también estimulante. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que deseaba sacar a la luz la contienda.

Lo habían criado para considerar enemigos a los Mallo-ren, unos astutos malvados a los que había que destruir. A los ojos de su abuela, ellos eran la causa no sólo de la muerte de su hija sino también de la de su marido, y posiblemente de la de dos hijos. La muerte por viruelas de la tía Harriet también se la atribuiría a ellos si pudiera.

El odio había escalado a proporciones irracionales, pero cualquier sugerencia de ablandamiento hacía caer a su abuela en una tempestad de rabia y resentimiento; y Rothgar no era tampoco ningún santo bien sufrido.

¿Podía fiarse de sus aparentes pasos hacia la paz? La prueba de eso podía ser su disposición a aclarar el lío de Molly, pero eso sólo requeriría negociaciones tan complejas y delicadas como la Paz de París.

La cual, como hiciera notar John Wilkes, «es como la Paz de Dios. Supera todo entendimiento».

Cuando Bryght Malloren salió de la Sala de los Tapices encontró a su hermano en un insólito estado de contemplación.

—¿Escapó ileso? —le preguntó.

—Por supuesto —repuso Rothgar, echando a andar por el corredor en dirección a su oficina. Una vez cerrada la puerta, le preguntó—: ¿Por qué crees que vino?

—¿Un encuentro casual con sus tías abuelas?

—Si hubiera sabido que sólo necesitaba un pretexto, le habría proporcionado uno hace años. No, se ha producido en él una especie de cambio. La pregunta ahora es, ¿cómo aprovecharlo para reformarlo?

—Córcholis, ¿planeas volverlo virtuoso?

—Su virtud me interesa muy poco. Lo que planeo es convertirlo en un primo como es debido.

—Bey, hay algunas brechas familiares que no se pueden salvar.

—¿No son todas las cosas posibles para un Malloren?

—No —dijo Bryght abruptamente.

Rothgar sonrió y se encogió de hombros.

—Tal vez, pero esto vale la pena intentarlo. Por lo tanto, ¿qué tenemos que pueda retenerlo?

—Lo que sea que lo trajo aquí. ¿Qué fue todo eso acerca de la verdad?

—Interesante, ¿no es cierto? Sospecho que tiene alguna prueba que cree que podría ser su ramita de muérdago.

—¿No querrás decir ramita de olivo?

Rothgar negó con la cabeza.

—De verdad intenté educarte bien. Balder, el dios nórdico de la luz, era inmune a todas las armas, excepto a las que estaban hechas de muérdago. Cuando Loki, el dios de la discordia, descubrió su debilidad, la aprovechó para matarlo.

Bryght movió la mano al lugar donde podría llevar una espada.

—¿Crees que Loki ha venido con un arma que podría matarte? ¿Cuál?

—Interesante pregunta.

—¡Bey!

Rothgar le sonrió.

—Simplemente quiero ahorrarte la angustia. No lo conseguirá.

—Ashart es un inútil en ciertos sentidos, pero no hace amenazas vanas.

—Me imagino que no. Pero puesto que no tengo el menor deseo de destruirlo, tendremos que persuadirlo de que nos ame.

—¡Por el amor de Zeus!

—¿Qué opinas de la señorita Smith?

Bryght frunció el ceño ante el cambio de tema.

—¿Crees que es aliada de Ashart?

—Si lo es, simula muy bien ser su contrincante. Encontré muy interesante el diálogo entre ellos. ¿Debo hacer de Cupido?

—¿Ashart y una dama de compañía a sueldo?

—Al parecer es hija de un oficial de la armada.

—Incluso así.

Rothgar chasqueó la lengua.

—Tú en particular deberías saber que la esposa correcta es más valiosa que los rubíes, y que las cualidades personales importan más que el linaje y una abultada dote.

—Mira quien habla, uno que se casó con una par del reino propietaria de una buena parte del norte de Inglaterra.

—¿Crees que fue una elección fácil? Por cierto, el próximo año pasaremos la Navidad en Yorkshire.

Bryght se estremeció.

—En ese caso, mi familia la celebrará en nuestra casa del sur.

—Como quieras. Según lady Thalia, Ashart y la señorita Smith ya están comprometidos.

Bryght lo miró sorprendido.

—Está un poco chiflada.

—Yo sospecho que es todo lo chiflada que desea ser, pero es cierto que no parecen enamorados. Pero eso le da a Ashart un pretexto para quedarse. ¿Es ése su único fin? Ahí tienes otro misterio para entrenernos en estas fiestas. Delicioso, ¿no te parece?

La respuesta de Bryght Smith fue una palabrota.

17

No bien habían entrado en la habitación, Thalia se dejó caer pesadamente en un sillón. Regeanne corrió a ponerle un apoyapiés y a atenderla.

—¿Se siente mal? —le preguntó Genova.

Thalia exhaló un suspiro.

—Soy una ramita en pleno vigor para mi edad, querida, y estoy encantada con la compañía. Querido Beowulf. Le entregué las roscas de albaricoque confitado y lo conmovió que yo lo recordara.

Sí, probablemente se conmovió. Se veía sinceramente afectuoso con su familia, pero seguía ahí el Marqués Negro. Fue él el que cruzó espadas con Ashart, y ella no podía olvidar que ya había matado.

—Thalia, ¿sabe de qué hablaban Rothgar y Ashart allá abajo? ¿Eso de la verdad y la pólvora?

—Noo, querida, no. ¿Cómo podría saberlo? Aunque eso de la verdad es un tipo de cosa muy cambiante.

—Lo de la pólvora no. Fíjese en Guy Fawkes.

—Pero se lo impidieron, querida, por lo tanto todo salió bien. No debes preocuparte por estas cosas. Los hombres se las arreglan solos. Ahora bien, yo me voy a acostar temprano, pero tú debes volver abajo y pasarlo bien.

—No podría...

—Vamos, vamos, esto de que seas nuestra dama de compañía es ficción en su mayor parte. Has venido aquí para disfrutar, y además —añadió, con una sonrisa romántica—, querrás pasar más tiempo con tu querido Ashart.

¡Querido Ashart y un cuerno!

—Yo también estoy cansada, Thalia. Ha sido un día largo, y anoche no dormí bien.

Thalia hizo un puchero.

—Ah, muy bien, pero no permitiré que te andes escondiendo. Ni rondándonos a Callie y a mí.

—De acuerdo.

Lo decía en serio. Pagaría guineas por tener unos momentos de soledad.

—¿Qué es esa preciosa caja, querida?

Genova se giró a mirar.

—Contiene mi pesebre. El pesebre es una escena de Navidad, el establo y las figuras. Mi familia siempre lo monta para Navidad, dondequiera que estemos.

Estemos. El «nosotros» había desaparecido para siempre.

—¡Entonces tienes que montarlo aquí, querida!

—Reconozco que esperaba hacerlo —repuso Genova sonriéndole.

Pese a su declaración de que estaba cansada, Thalia se incorporó de un salto y fue a ver la caja.

—Excelente, me muero por verlo.

Impaciente como una niñita esperó a que Genova diera vuelta a la llave y levantara la tapa. Como siempre, el sincero placer de la anciana fue contagioso y le expulsó las preocupaciones.

Sacó el paño doblado y lo extendió.

—A esto mi madre lo llamaba las flores en la nieve. En otro tiempo era muy elegante, pero ya está muy raído. —Empleó intencionadamente la palabra de Hester; a veces es necesario abrir una herida para que cure—. Tengo uno nuevo, el que he estado bordando.

Extendió el nuevo sobre una mesilla cuadrada. Ese día se las había arreglado para hacer las últimas puntadas e incluso tapar los daños ocasionados esa mañana en la pelea con Ashart.

Esa pelea.

Ese beso...

—Ah, ahora veo lo que estabas haciendo. —Thalia comparó los dos paños y acarició el viejo—. Está desgastado, pero era un hermoso trabajo.

Se deshizo un nudo en el interior de Genova. Dobló cuidadosamente el paño viejo y lo puso a un lado. Después sacó el primer paquete envuelto en tela y lo abrió.

—Éstas son las piezas para montar el establo. Tengo que armarlo primero.

—¡Qué divertido!

Thalia continuó sacando paquetitos, mirando cómo Genova encajaba las piezas de madera. Cuando terminó, lo puso sobre el paño, pero miró hacia el hogar.

—Siempre lo ponemos en la repisa de la chimenea cuando es posible.

—¡Entonces tienes que hacerlo aquí también!

Inmediatamente fue a trasladar el reloj dorado en forma de lira hasta un extremo de la repisa, y Genova extendió el paño en el centro. Su labor no le había quedado tan perfecta como el original, pero los hilos de oro brillaban a la luz de

las velas y las flores parecían frescas. Después puso el establo en el centro.

En eso volvió Regeanne con una tisana reanimadora. Lanzando gritos de alarma y miradas ceñudas a Genova, trató de llevar a Thalia a sentarse en el sillón. Thalia aceptó la tisana, pero no aceptó sentarse.

—Mira, Regeanne. Vamos a montar una escena navideña. Un pesebre lo llama Genova.

—Une crèche —dijo Regeanne asintiendo y ablandándose un poco—. Será muy bonito tenerlo. Si no me necesita, milady, ¿podría subir a los aposentos de los niños a ver cómo está el petit ange?

Thalia le dio su bendición y Regeanne salió. Thalia volvió inmediatamente a la caja, ansiosa por descubrirlo todo. A Genova le recordó su entusiasmo cuando era niña, lo que le devolvió la sonrisa y parte de la vieja magia.

—Sí, podemos poner algunas de las figuras. Usted las desenvuelve y yo las voy poniendo.

Thalia empezó a abrir paquetes.

—¡Oh, un buey! Qué bien hecho. Y una oveja y el corderito. ¡Qué precioso!

Y así siguió lanzando exclamaciones de placer con cada descubrimiento, haciendo desparecer toda sombra de preocupación.

—¿Qué es esa canción, querida? ¿Un villancico?

Genova cayó en la cuenta de que había estado canturreando la canción que siempre había cantado con sus padres cuando armaban el pesebre. Titubeó un breve momento, porque no tenía voz potente, pero al final comenzó a cantar:

En un establo campestre y humilde
entra la madre María apacible.
Llega la estrella luminosa como el día
llegan los ángeles con laúdes para la melodía.
Laúdes para celebrar la alegría.
Los ángeles cantan su alegría
Alegría, alegría, alegría

—Es una canción para coro que suena bien a tres voces —le explicó a Thalia sonriendo.

—Enséñamela.

Genova nunca había oído cantar a Thalia, pero comprobó que tenía una voz agradable, aunque delgada. Thalia no tardó en aprender la canción y la cantaron a dúo mientras ponían más animales. El año anterior la había cantado con su padre, a sólo dos voces, pues faltaba la tercera, la de su madre...

Thalia dejó de cantar y le cogió la mano.

—Mi pobrecilla. ¿Recuerdos tristes?

Genova no pudo negarlo. Las lágrimas le empañaban los ojos.

—Sólo hace dos navidades estábamos todos juntos. Ahora todo ha cambiado.

Logró abstenerse de decir que se sentía sola, porque podría ofender, pero así se sentía. Thalia era un encanto, pero no era familiar. Su única verdadera familia era su padre, pero desde que se volvió a casar ya no era de ella.

Thalia le dio unas palmaditas en la mano.

—Vamos, vamos, querida. Todos echamos de menos el amor de una madre, pero pronto serás madre tú. Eso llenará el vacío, y Ashart también necesita eso.

¿Engendrar un hijo con lord Ashart? El espanto chocó de pronto con otras cosas.

Thalia abrió el medallón que siempre llevaba prendido en su vestido.

—Comprendo lo que significa perder a alguien, querida.

Genova miró el retrato en miniatura de un caballero de la época en que usaban pelucas largas. Lo veía patas arriba, pero estaba en la posición correcta para Thalia siempre que lo abría. El Richard de Thalia se veía joven y alegre. Ella había conocido a un buen número de jóvenes alegres que ya estaban muertos.

—Lo siento mucho, Thalia.

—Ya hace mucho tiempo, querida, y Richard estaba feliz de ir a la guerra. Idolatraba al duque de Marlborough. Qué hombre más espléndido era. Marlborough quiero decir, aunque Richard lo habría sido también si hubiera vivido. Veintiséis años —suspiró—, el comienzo mismo de la vida. La edad de Ashart.

Hasta ese momento Genova no sabía la edad del marqués, y le habría calculado unos años más. El precio de una vida de libertinaje.

Thalia volvió a mirar el retrato y cerró el medallón.

—Probablemente los dos os creéis demasiado mayores para hacer tonterías, pero no lo sois. Tenéis toda la vida por delante. No toméis el camino equivocado, por favor.

Genova comprendió lo que quería decir la anciana, y la distrajo con más figuras. Pero ¿qué haría Thalia para favorecer su plan? Se dijo que no la podrían atrapar. Lo único que tenía que hacer para escapar era tener desacuerdos en público, y a juzgar por el diálogo de esa tarde abajo, eso sería fácil.

Pronto el pesebre estaba en la fase en que quedaba cuando lo montaba con su familia el 13 de diciembre, un establo vulgar y destartalado, con animales de granja dentro y alrededor. En el extremo de la repisa estaban José y María montados en el burro de camino a Belén.

Ése había sido otro problema para Hester. El pesebre tenía dos Marías. Una era la que estaba montada en el burro, muy embarazada. La otra era delgada y estaba de rodillas, para ponerla junto al pesebre. A ella siempre le había encantado esa transformación mágica que se producía en Nochebuena, pero Hester frunció los labios y dijo que una Madre de Dios tan «fructífera» no era una vista conveniente para sus nietos.

Y su padre no dijo una palabra.

Thalia, la bendita Thalia, sólo dijo:

—Qué difícil debe de haber sido viajar en ese estado. Siempre he dado las gracias por no ser una santa. La santidad exige mucho.

Genova se echó a reír.

—Todavía quedan algunas figuras sin desenvolver —dijo Thalia.

Estaba rondando cerca de la caja, y Genova recordó que a ella también le costaba mucho racionar el disfrute. Pero esta vez eso no era necesario. La víspera de Navidad era al día siguiente.

—Si usted desenvuelve el resto, podemos ponerlos sobre la repisa, a la espera.

Thalia se lanzó a la tarea y Genova fue cogiendo los pastores, los ángeles y los demás animales, mientras explicaba lo que significaban para ella.

—Mis padres compraron el pesebre en Nápoles, justo antes de que yo naciera. Mi padre dice que si me hubiera apresurado un poco podría haberme llamado Napolia.

—Genova es mucho más bonito, querida.

—Tal vez por eso esperé. Y entonces, cuando nací, uno de los marineros talló un corderito para añadir a la escena. Eso inició una tradición. Cada año, para Nochebuena, mi padre añadía un animal.

Justo a tiempo recordó no decir que la figura del animal era un regalo de cumpleaños. Lo último que necesitaba era la atención que podría atraerle eso.

—Con el tiempo se fueron haciendo más y más raros. Mi madre se reía muchísimo por el tigre. Y éste —levantó un llamativo dragón chino— fue el último que se añadió antes de que muriera mi madre. Se supone que un dragón chino trae buena suerte...

—Tu madre es más feliz allá arriba, querida —la interrumpió Thalia, dandole una palmadita en el brazo—, y desde allí cuida de ti.

Genova sonrió pero no pudo dejar de preguntarse qué pensaría Mary Smith. Desechó la amargura. Sabía que su madre estaría encantada de que su querido William hubiera encontrado un nuevo consuelo.

Ya estaban todos los animales alrededor del establo, y los pastores, los ángeles y los gloriosos reyes estaban a cierta distancia, listos. Thalia cogió al niño Jesús bebé y fue a ponerlo dentro del pesebre. Genova alcanzó a coger la figura y la escondió detrás del establo, junto a la figura delgada de María.

—Esto tiene que esperar hasta Nochebuena —dijo, recordando que su madre hacía y decía lo mismo.

Acción y reacción se habían convertido en un rito, junto con muchos otros pasos de esa tradición.

Thalia miró dentro de la caja, con la esperanza de encontrar algún otro tesoro, pero luego la cerró.

—Ya está. —Retrocedió y ladeó la cabeza—. Se ve muy bien, y es una tradición maravillosa. Ahora tienes que vestirte, querida, puesto que vas a volver abajo.

Ella había esperado que lo hubiera olvidado.

—De verdad estoy cansada, Thalia.

—Tonterías. ¡Ashart te echará de menos!

Genova trató de discutir pero entonces observó que su amiga estaba cansada y sin embargo parecía incapaz de descansar teniendo compañía. Esa habitación compartida generaría problemas, pero ése lo podía resolver estando fuera un rato.

Como para decidir las cosas, volvió Regeanne y se puso de parte de Thalia. No le quedó más remedio que dejarse arreglar por las dos mujeres como para ir a una obra de teatro. Regeanne entró en el vestidor y volvió con un vestido de gro de Nápoles azul.

El vestido ya tenía tres años, pero la señora Rimshaw, la modista de las damas Trayce, se lo había adornado mágicamente con bordados y aljófares; se abría a partir de la cintura dejando ver una falda nueva de seda blanca estampada.

Tenía cuatro enaguas nuevas también, cada una con volantes visibles en el escote y el puño del codo. Ésas se sumaban al regalo de tres vestidos totalmente nuevos que le hicieran las Trayce. Genova protestó, pero ellas insistieron, diciendo que eran en agradecimiento a su amabilidad al aceptar acompañarlas en esa visita.

—El bordado excluye los volantes esta noche —dijo Thalia cogiendo una enagua—. No serían adecuados para una velada familiar, querida. Pero sí que hay que rearreglarte el pelo en un estilo más relajado.

Hasta el momento en que Regeanne se puso a trabajar en ella, Genova no sabía que ésta era una doncella de cámara verdaderamente experta. La peinó y le aplicó unos delicados toques de pintura en la cara.

Ella jamás había aprendido el uso del maquillaje, y se miró en el espejo, impresionada por el efecto.

Regeanne sonrió satisfecha.

—Aún no he olvidado la manera de realzar su mejor aspecto a una damita.

—No, ya lo veo. Gracias Regeanne.

La doncella bajó la cabeza.

—Algunas jovencitas se aplican demasiada pintura. Es una tontería. Las viejas usan la pintura para parecerse a las jóvenes.

—Veintidós años no es ser tan joven —dijo Genova, levantándose—, aunque tal vez en este momento me siento joven. —Se puso la mano en el estómago, donde sentía revuelos de nervios—. ¿Qué he de hacer?

—No te preocupes, querida. Los buenos anfitriones se ocupan de sus húespedes, y no me cabe duda de que Beowulf y Diana son excelentes anfitriones. Y Ashart se ocupará especialmente de ti.

—Ay, Thalia...

Detestaba vivir esa mentira.

—Vamos, querida, dudo que él lo sienta como una carga, y no me me vas a decir que no lo pasaste en grande dis-

cutiendo con él. Te chispeaban los ojos y tu color era bonito sin ninguna aplicación de ese potingue.

Genova no supo qué decir, pero decidió preparar a Thalia para el futuro.

—Me preocupa nuestra diferente situación en la vida. No soy el tipo de mujer para ser una gran dama.

—Aj, no fastidies. El amor no toma en cuenta esas cosas. Beowulf y Diana parece que se quieren todo lo que a mí me gustaría, y no deseo que sea menos para Ashart.

—Lady Arradale es rica y noble.

—Lo cual no tiene nada que ver con el amor, querida.

Genova se pasó por la muñeca la cinta de su abanico.

—Nunca llama a Ashart por su nombre de pila.

Thalia hizo una mueca.

—La viuda es feroz para la formalidad. Me amenazó con no dejarme verlo si lo llamaba Charles. Ahora ya no lo encuentro correcto.

—Charles —repitió Genova.

—En la familia Trayce está la tradición de poner solamente nombres Estuardo. No hay ningún nombre hannoveriano entre nosotros. Gracias a Dios a nadie se le ocurrió poner en acción la idea y apoyar las rebeliones jacobitas. Todos temblábamos en esa época, te lo aseguro. Los Estuardo siempre han tenido un encanto fatal. Existe el rumor de que el padre de Sophia fue Carlos II. Y tiene un cierto parecido. Ashart también lo tiene.

Sophia era la viuda lady Ashart, la cuñada de Thalia.

—¿Sangre real? —exclamó Genova.

—Pero bien a salvo por el lado de la bastardía. Ahora vete y pásalo bien, pero compórtate. Puedes casarte tan

pronto como lo desees, así que no hay ninguna necesidad de impaciencia. ¿Estás segura de que quieres amonestaciones, querida?

Regeanne le iba a poner el chal de lana peinada en los hombros. Genova lo cogió y salió disparada antes de que Thalia la obligara a concretar día y hora.

18

Cuando cerró la puerta, estremecida por el aire frío, comprobó que no la esperaba ningún lacayo. Tal vez no habían esperado que volviera a bajar, o tal vez debería haber tirado del cordón para llamar. Fuera cual fuera la causa, su reacción fue de placer.

Miró a uno y otro lado del corredor. No había ningún peligro. Tenía libertad, algo que, como dijera lord Rothgar, no tenía precio. Antes de que se le escapara, echó a andar en dirección opuesta a la escalera principal.

Tal vez era de una escandalosa mala educación vagar por una casa en la que era huésped, pero no entraría en ninguna habitación. Sólo necesitaba un poco de paz y silencio para pensar.

Tomó por otro corredor donde la tenue luz sugería que no estaba en uso en esos momentos. La luz provenía de una que otra vela aquí y allá, bien protegidas por lámparas de cristal, las cuales proporcionaban una iluminación suficiente para evitar accidentes.

En consecuencia, se sentía como si se fuera internando en un misterio, pero uno que le ofrecía la bendita soledad. Y no sólo soledad sino también la oportunidad de hacer ejercicio. Incluso en Tunbridge Wells, constreñida por las ideas

de Hester de lo que era apropiado, se las había arreglado para ir a pie a las tiendas, la iglesia y la biblioteca donde prestaban libros. Esos últimos días, sus únicas caminatas habían sido del coche a una posada.

Fue haciendo virajes guiada por su fantasía, imponiéndose un paso enérgico y balanceando los brazos hasta quitarse el sufrimiento de los huesos. Era probable que gran parte de su humor sombrío se debiera simplemente a la falta de ejercicio.

Con el pulso acelerado y la piel hormigueante, se detuvo un momento a hacer estiramientos, extendiendo los brazos lo más posible hacia las paredes y luego hacia arriba, como tratando de tocar el oscuro cielo raso. Después continuó la caminata, lamentando la llegada de más huéspedes al día siguiente, que llenarían la casa.

Qué ingrata era, pensó, deteniéndose. Tan entusiasmada que estaba con la idea de una concurrida fiesta en una mansión y ahora lo único que deseaba era estar sola. Lo que la entusiasmó fue la posibilidad de escapar de la casa de Hester, pero en esos momentos casi deseaba estar de vuelta allí, donde las aflicciones ya le eran conocidas. Continuó caminando, pensando en eso.

Cuando dejó de ser niña había comenzado a cansarse de la vida marinera. Incluso los mejores barcos apestaban en los sótanos, donde, si había suerte, encerraban a unos pobres animales para tener leche y carne durante el viaje. Transportar caballos de guerra para soldados era peor aún.

En un viaje largo la comida solía ser limitada, y a veces escasamente comible. Sacar los gorgojos de las galletas y raspar el moho de los quesos era tarea cotidiana.

Gorgojos. Envió un letal pensamiento a Ashart, dondequiera que estuviera.

Cuando el tiempo era bueno, el mar estaba hermoso, pero cuando era malo, parecía un infierno. Con tiempo malo no había ninguna parte del barco que se pudiera mantener totalmente seca, y aquellos que no eran necesarios para hacer frente a la tempestad se acurrucaban tristemente en lugares empapados de agua salada y cosas peores.

La vida en tierra firme era una delicia comparada con eso. Con el desconsiderado egoísmo de la juventud, a veces ella rogaba que hubiera batallas, porque entonces ella y su madre tenían que quedarse en el puerto más cercano. Muchas veces ansiaba tener un hogar permanente en Inglaterra, y el destino se lo dio. Cuando murió su madre, su padre decidió retirarse y se instalaron en una agradable casa con vistas a Portsmouth.

¿Fue feliz allí?

No, pero ¿cómo iba a serlo cuando su padre se sentía tan desgraciado? Él parecía necesitar su compañía, tal vez para reemplazar la compañía de su Mary, pero no le gustaban las visitas ni los huéspedes. Ella hizo algunas amistades, pero tenía poco tiempo para pasar con ellas.

Entonces entró en sus vidas Hester Poole, la viuda de un oficial compañero, y su padre volvió a encontrar la alegría. No le pareció que el traslado a Tunbridge Wells fuera a ser un problema puesto que no había echado raíces en Portsmouth.

Y a los pocos meses había aprovechado esa oportunidad de escapar, y la idea de volver a esa casa le producía pánico. Y no era solamente que encontrara opresivo su nuevo ho-

gar; tenía miedo de lo que haría ella. Una pelea a gritos con Hester le destrozaría el corazón a su padre. Ya lo hería su callada infelicidad. Después del doloroso enfrentamiento con Hester a causa del pesebre, él la ayudó a guardarlo, tratando de quitarle importancia al problema. Y cuando cerraron la caja le dijo: «Siempre formulábamos un deseo cuando montábamos el pesebre, ¿verdad?».

Tiempo pasado. Tiempo pasado.

Entonces ella le señaló que eso lo hacían en Nochebuena, pero a él no pareció importarle. «Éste es mi deseo para ti, Genni, cariño: un buen marido y un bebé en tus brazos para la próxima Navidad. Entonces tendrás tu propia casa en la cual montar el pesebre y un hijo o una hija para disfrutarlo.» Ella sonrió, para ocultar la pena, porque ese deseo era tanto para él como para ella. La quería, y le deseaba lo mejor, pero también deseaba paz en su nuevo nido. Ese viaje había sido su forma de escapar, pero después de pasar tres días en un coche con las damas Trayce, estaba ansiosa de soledad.

Comprobó que se había vuelto a detener y reanudó la marcha. ¿Era muy difícil de complacer? ¿Era una de esas personas que jamás se contentan con nada, dondequiera que estén? No, de ninguna manera. Había gozado de mucha felicidad en su vida y sabía agradecerla.

Sencillamente estaba alterada por los acontecimientos de ese día, pero es que habrían puesto nervioso a un santo también. Y en consecuencia, no estaba en condiciones para pensar con claridad en nada. Lo que necesitaba era una buena noche de sueño. Con suerte, Thalia ya estaría acostada y roncando.

Se dio media vuelta para volver sobre sus pasos y entonces cayó en la cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaba. ¿Por dónde volver a la habitación? Qué vergüenza convertirse en la primera huésped que se perdía en la casa.

Tratando de seguir una línea recta imaginaria, echó a andar por un corredor, luego por otro, al azar, y de pronto, al doblar una esquina, vio luz. Era blanca, por lo que debía ser la luz de la luna que entraba por una ventana. Hacia allá dirigió los pasos, segura de que lograría orientarse mirando hacia fuera. Podría incluso navegar guiándose por las estrellas, pensó, divertida.

La luz entraba por un arco, no por una ventana, un arco que daba a una larga sala iluminada por la luna a través de elevados ventanales que formaban casi toda una pared. Entró y miró la pared iluminada, y no la sorprendió ver una hilera de cuadros. Era la galería de retratos de la familia Malloren.

La blanca luz daba un matiz gris fantasmagórico a las caras de esos antepasados, lo que parecía perturbadoramente apropiado, como si cualquiera de ellos pudiera salirse del cuadro para atormentarla. Pero el retrato que tenía delante era el de una persona muy viva, el actual marqués.

De pie, altivo y austero, el marqués vestía un traje formal, se veía joven pero en actitud muy de magnate. No parecía ofendido por su intrusión pero su mirada era tan perspicaz que ella se estremeció. Desvió la vista, y entonces vio a otro marqués.

Lord Ashart estaba instalado perezosamente en un asiento bajo la ventana, sus largas piernas estiradas y las

manos en los bolsillos de sus calzas. La estaba mirando de una manera escalofriantemente similar a la de su primo.

Indiferente a la cortesía, él no se levantó.

—¿Es una doncella la que veo ante mis ojos? —dijo él, citando mal a Shakespeare—. ¡Ven, que te coja!

Ella titubeó, tanto por su sofocante reacción como por miedo. No estaba en condiciones para otro encuentro, pero el orgullo no le permitía darse media vuelta y echar a correr. Contestó con otra frase del mismo parlamento de Macbeth:

—Tal vez no soy sino una doncella de la imaginación, milord.

—La de la peor clase. ¿Qué hace aquí, señorita Smith?

—Si los marqueses pueden vagar por la noche, ¿no podemos hacer lo mismo los humildes plebeyos?

—Ah, también va huyendo de los Malloren, ¿eh? Entonces huya de esta sala. Está llena de ellos.

—En realidad, milord, voy huyendo de los Trayce.

—También un error. Me ha encontrado a mí. Y a mi infame tía —añadió, señalando un cuadro con un perezoso gesto.

Genova no fue capaz de resistirse. Caminó hacia él hasta llegar al retrato que él tenía al frente y se giró para mirarlo.

Se estremeció al ver un efecto verdaderamente fantasmagórico. Los rasgos flotaban en la nada. Entonces, al mirarlo con más detenimiento, comprendió que era un esbozo para un retrato que o bien estaba colgado en otra parte o no lo habían acabado. Los trazos dibujaban la cabeza y los hombros de una niña vestida con una túnica griega sin mangas, sosteniendo una lira, su cara sonriente enmarcada por cabellos oscuros.

—No parece loca —comentó.

—Pero es que la locura es loca, y puede ir y venir.

—¿De veras cree que su marido la volvió loca?

Él apuntó a un cuadro que estaba al lado del esbozo.

—Ahí está él.

Era un retrato formal de un hombre con el pelo empolvado de rostro apacible y amable. Más allá había uno de una hermosa dama que también parecía bondadosa. Las poses y la amabilidad similar que reflejaban esos retratos hacían parecer violenta o desmadrada a lady Augusta.

—Los retratos pueden mentir —dijo.

—Pero generalmente para ocultar la gordura y las verrugas, no el alma.

—He visto uno suyo en la casa de sus tías abuelas.

—Ah, ése. Recuerdo que estaba mortalmente aburrido. Pero ésa es la condición del hombre, ¿verdad? Inconstancia, angustia y aburrimiento.

Ella se giró a mirarlo atentamente.

—¿Está borracho, milord?

Sus ojos de párpados caídos podían dar la engañosa apariencia de somnolencia.

—¿No existe el dicho «borracho como un lord»? Está claro que es mi deber estar borracho, y por supuesto, nobleza obliga. ¿Puedo darle un placer?

Genova exhaló un suspiro audible para ocultar el estremeciento de la loca tentación. Pero esa proposición le daba el pretexto para marcharse con el orgullo intacto.

—Venga a sentarse conmigo, señorita Smith —dijo él, antes de que ella pudiera moverse—. Le prometo no ofenderla. Y deberíamos planear nuestra ruptura estratégica.

La fuerza de voluntad sólo se puede estirar hasta que se rompe. Genova fue a sentarse en el asiento, pero dejando entre ellos el espacio suficiente para dos imaginarias señoras vigilantes. Eran absolutamente necesarias. La luz de la luna fluía por su cuerpo viril, dejándole una mitad iluminada y la otra a oscuras, y haciéndolo irresistible.

—¿Estrategia, milord? Me parece que no tenemos ninguna dificultad para encontrar motivos de pelea.

—Cierto, la paz podría resultar más difícil, pero tal vez deberíamos intentarlo. Tenemos que estar enamorados uno o dos días para hacer creíble nuestro compromiso.

Genova sintió hormiguear la piel, de expectación y de alarma.

—¿Por qué?

—Vamos, que no es ninguna tonta. Si Tess Brokesby anda por ahí chismorreando, mañana los invitados llegarán preñados de cotilleos y nos observarán muy atentamente todas nuestras expresiones. Si ya estamos a punta de espadas, el compromiso parecerá falso, o como mínimo forzado. Si son testigos de nuestro amor uno o dos días, usted saldrá como una víctima de mi crueldad.

—¡No me gusta parecer ningún tipo de víctima!

Una sonrisa le curvó a él una comisura de los labios.

—Entonces estoy seguro de que podemos pintarlo como el triunfo de la virtud sobre el vicio.

«No, si me sonríes así», pensó ella. Abrió el abanico, para procurarse un escudo.

—Muy bien, milord. Intentaré simular enamoramiento durante uno o dos días, pero la espectacular y agradable separación será mi recompensa.

La sonrisa de él se extendió hasta la otra comisura.

—¿Me permite interesarla en una espectacular y agradable unión primero?

A ella le temblaron algunas partes, pero no era tan tonta.

—Si me seduce, milord, no le liberaré de este compromiso.

Eso borró la sonrisa.

—Una digna contrincante, ¿eh? Pues, sea. ¿Cuándo nos separaremos? No hasta pasada la Navidad, por lo menos. No nos conviene perturbar estos días de paz y alegría.

Ella lo miró atentamente, maldiciendo la mala luz.

—¿No nos conviene? Yo suponía que usted estaba aquí para hacer justamente eso.

—¿Por qué?

De pronto ella sintió el aire más frío. Debería soslayar ese tema, pero en aras de la supervivencia, tenía que saber qué iba a ocurrir.

—La verdad —dijo.

—Ah, sí. Soy Loki en esta fiesta.

—¿Loki?

—El dios nórdico de la discordia.

—¡Hable en serio, milord! ¿Qué piensa hacer?

—Eso no es asunto suyo.

Tenía razón, claro, pero no estaba en su naturaleza echarse atrás en una causa justa.

—Si amenaza a sus tías abuelas, sí lo es. No permitiré que las haga sufrir.

—Puede confiarme el bienestar de mis tías, señorita Smith.

Ella deseó protestar, pero reconoció una de esas líneas que una persona sensata no cruza.

—Da la impresión de que se está mordiendo la lengua —dijo él.

Ese toque de humor sarcástico le dio valor para insistir.

—¿De veras piensa hacer estragos aquí, milord, por causa de una tragedia que ocurrió hace casi cuarenta años?

—Ah, no, pandolcetta, no te impliques en esto.

La sobriedad de esa advertencia le erizó el vello de la nuca.

19

—Tenemos conflictos más interesantes —dijo él, en un fingido tono liviano—. Debemos besuquearnos y acariciarnos.

Genova deseó resistirse a la advertencia y al cambio de tema, pero le faltó el valor. Decidió considerar su cobardía como sensata prudencia.

—Sólo en público —dijo.

—No recuerdo esa estipulación.

Ella lo miró por encima del abanico.

—¿Por qué habría de querer besuqueos y caricias en privado, milord? No somos nada el uno para el otro.

Volvió a aparecer la sonrisa, esa perversa, la que amenazaba con placeres imposibles, de hacer la boca agua.

—Yo no diría eso.

—Respecto a los Malloren... —fue ella quien cambió el tema, alzándolo a modo de escudo.

—Respecto a nuestra atracción.

—Nuestra «simulada» atracción.

—Nuestra pasión.

—Nuestro problema.

—Nuestro amor.

—Nuestra guerra.

Él se echó a reír.

—Muy bien, yo representaré el amor y usted representará la guerra, aunque le advierto, me falta experiencia en mi papel.

Ella lo miró incrédula.

—Necesitaríamos otra palabra —dijo él.

—No me va a escandalizar, milord. Las conozco todas.

—Qué interesante.

Al instante Genova comprendió que su respuesta, si bien cierta, había sido imprudente. Le había dado a él una equivocada mala impresión. Bueno, pero por lo menos no supondría que trataba con una señorita ingenua.

—Planeemos la guerra, entonces, puesto que ahí no hay ambigüedad —dijo.

—¿No? Va a necesitar provocación. ¿Me dejo sorprender por usted en la cama de otra mujer?

—Eso me daría motivo —concedió ella, odiando la idea—. Pero ¿no acabaría usted en el altar?

—No si la dama fuera casada.

Eso la pilló desprevenida.

—¿A punta de espada con el marido, entonces? No permitiré que se derrame sangre por algo así, milord. Debe darme su palabra en eso.

—Debo —repitió él—. Tiene una disposición demasiado mandona, señorita Smith.

—Probablemente tiene razón, pero eso es en serio. No quiero ser causa de derramamiento de sangre. Usted debe evitar eso.

Él suspiró y le tendió la mano.

—Venga aquí.

A ella le dio un brinco el corazón.

—¿Para qué?

—Tiene que pagar su prenda.

—No he acordado pagar ninguna prenda.

—De todos modos.

Ella se mojó los labios. Debía levantarse y marcharse de ahí, pero era como si estuviera aprisionada. Aprisionada por la euforia de la lucha, por el filo del peligro, por él. Reconoció que lo había provocado con la esperanza de que ocurriera algo así.

—No puede forzar esto, milord.

—¿No?

—Muy bien, no lo hará. Sería el acto de un bellaco.

Él la estaba mirando de una manera que haría salir corriendo e internarse en la noche a cualquier mujer sensata.

—Entonces le ofrezco pagar una prenda yo también.

—¿Qué?

—Puede elegir algo por lo que yo tenga que pagar una prenda.

—Sí que está borracho.

Por fin tuvo la fuerza para incorporarse, pero demasiado tarde. Él le cogió la muñeca y la tironeó, obligándola a sentarse, más cerca de él. Trató de zafarse, pero él aumentó la presión. Aunque no se debatió mucho; la sangre le cantaba de loco placer.

—Tiene frío —comentó él, en tono sorprendido.

Era lógico, un hombre que voluntariamente cabalgaba a la intemperie todo el día no sentía el frío como una persona normal, pensó ella.

Él le soltó la muñeca y le cogió las manos entre las suyas, maravillosamente cálidas, y se las masajeó suavemente. Genova tuvo que reprimir un suspiro de placer.

—Vamos, Genova, lo que te propongo es un juego, nada más. El tiempo de Navidad es para juegos, y nos servirá para representar nuestros papeles.

Ella estaba tan derretida con su cálido contacto que la sorprendía el no haber caído aún del asiento formando un charco en el suelo.

—A mí su juego me parece más un reto.

—Un reto fácil. —Le levantó las dos manos y le sopló su cálido aliento en una palma y luego en la otra—. Para evitar dar prenda sólo tienes que evitar dárme órdenes, a no ser, claro, que la orden sea darte un beso.

El confiado destello que vio ella en sus ojos debería haberle dado fuerzas para resistirse, pero sólo la hizo desear más ese juego.

—¿Y si yo le impongo prendas por besarme?

—Un poco circular, pero ¿por qué no? ¿Qué pagaré? ¿Más besos? Un círculo de delicias. No, una espiral, como un remolino...

Alarmada por esa imagen, ella retiró las manos.

—Guineas —dijo.

Él la miró fijamente, desaparecido el humor.

—No te creía una mercenaria.

Ella puso distancia y aire frío entre ellos.

—No veo ningún motivo para no serlo, pero da la casualidad de que las guineas no serán para mí sino para el bebé.

Vio en él una reacción de viva impaciencia, y se estremeció, aunque no de placer esta vez. Alzó la barbilla.

—Puede que no logre obligarlo a reconocer su responsabilidad en la manutención de Charlie, milord, pero ahora

puedo obligarlo a dar los fondos. En cualquier momento que «deba».

Pasado un momento, él se echó a reír.

—Muy bien, mi amazona. Una guinea por beso. ¿Cuántas guineas serían necesarias para mantener a un crío toda su vida? ¿Cien? ¿Mil? ¿En cuántos días? —terminó cambiando la voz a un seductor ronroneo.

A ella se le secó la boca y la garganta. Con razón él se había reído.

—¿Tenemos un acuerdo, señorita Smith?

Los besos sólo son besos, pensó ella. Oyó sonar la campanilla de advertencia en la cabeza, pero no, no podía echarse atrás. Todo eso lo controlaría ella. Se le llenó la boca de saliva y la tragó.

—Sí, milord.

Él volvió a cogerle la mano y la acercó más.

—Entonces abramos nuestra cuenta.

Las últimas hilachas de sentido común dispararon la alarma, pero el resto de ella se sumergió bien dispuesto en el remolino, tanto que la última palabra de él salió en un susurro muy junto a sus labios, y los sellaron. La necesidad de eso se había ido acumulando desde el beso de esa mañana, había aumentado a un ardor frenético con la discusión de la tarde, y en ese momento era coronada por la pericia de él.

Sus manos, manos hábiles, viajaron por toda ella, y las de ella hicieron lo mismo. Pasó una mano por debajo de su chaqueta, saboreando el duro y cálido contorno de sus costillas, caderas y espalda. La otra la ahuecó en su cabeza, atrayéndolo más, como si temiera que pudiera escaparse antes de que ella se hubiera saciado.

Hacía mucho, muchísimo tiempo que no besaba así a un hombre.

Jamás había besado a un hombre así.

Jamás a un hombre como ése.

La boca de él era cálida y experta, con un sabor nuevo, pero le recordaba la mañana y ya lo sentía delicioso. Le encendía fuegos en su interior que jamás había imaginado que existieran. Muy pronto todo su cuerpo ardía por él, se frotaba contra el de él, como si así pudiera hacer desaparecer las capas de ropa y dejarlos piel contra deliciosa piel, como escandalosamente ansiaba estar.

Fue él quien puso fin al beso, el que puso espacio entre ellos.

El orgullo le impidió a ella reanudarlo. Bueno, por lo menos él parecía sentirse tan afectado como se sentía ella, sus pupilas oscurecidas, la respiración agitada. El desorden de su ropa, pelo y corbata era todo obra de ella.

Tenía que decir algo, algo que encubriera lo que verdaderamente sentía.

—Creo que esto vale más de una guinea, milord.

—¿Cuál es el precio de una noche, entonces?

Al cabo de un pasmado momento, ella le dio una palmada en la cara. Se levantó para echar a correr, pero él la cogió y la atrajo hacia él.

—Disculpa. ¡Pérdóname! No era mi intención que fuera así. —Se echó a reír—. Sí que era mi intención eso, pero no era mi intención decir esa grosería. Señor —gruñó—, ni siquiera logro hablar con sentido.

Ella lo empujó y él la soltó. Se alisó la ropa tratando de serenarse.

—Acepto la disculpa, milord. Creo que los dos nos dejamos llevar un poco.

—Un poco...

Tenía que ocultar cuánto la había afectado ese beso. Si él lo adivinaba, continuaría, y ella se ahogaría en las llamas. ¿Podía alguien ahogarse en llamas?

—No debe haber más de esto —dijo, orgullosa de su voz áspera.

—Debe —repitió él dulcemente.

Ella levantó la mano para impedirle acercarse, aunque él no había hecho ningún movimiento.

—Pero tenemos que simular que somos novios durante uno o dos días, Genova.

—¡No así!

—No, ay de mí, no así.

Estaba preparada para el ataque, y temerosa de sucumbir, pero él se giró a recoger algo del asiento. Eran las horquillas y peinetas que le sujetaban el peinado. Se tocó la cabeza y comprobó que tenía todo el pelo revuelto; su melena era abundante y pesada, debía de estar hecha un desastre.

Se recogió los cabellos en un apretado moño, cogió una de las horquillas que él le ofrecía en la mano abierta y la insertó en su lugar, luego otra y otra, rearmando a Genova Smith, mujer juiciosa. Las peinetas eran decorativas, por lo que las insertó al final. Ese moño no se parecería en nada al que le había hecho Regeanne con su consumada pericia, pero se vería vagamente parecido a como acostumbraba a llevarlo.

Él la estaba observando, con la cara en la sombra, pues estaba a contraluz. ¿Oiría los desbocados latidos de su cora-

zón? ¿Sentiría el olor de su perfume, como ella sentía su sutil y embriagador aroma?

—No lo olvide, milord —dijo, tratando de mantenerlo a raya con palabras—, si me seduce le obligaré a cumplir el compromiso.

Pasado un momento, él asintió.

—Entonces sé fuerte por los dos, Genova Smith, porque bailaremos muy cerca de las llamas.

Cogió el chal, con la clara intención de ponérselo en los hombros, pero ella se lo quitó de las manos y comenzó a retroceder hacia el arco.

—No hay ninguna necesidad de que me acompañe, milord.

Él se quedó donde estaba, todo elegancia serena, desordenada, deseable, a la luz de la luna.

—Tal vez deseaba saber si conocías el camino de vuelta.

—¿De vuelta adónde?

—Ah, interesante pregunta, porque no estamos donde estábamos cuando entraste en esta sala, ¿verdad?

Con la respiración cortada por esas palabras, Genova giró sobre sus talones y salió de la galería.

Ash se quedó mirando el lugar donde había visto por última vez a Genova Smith, con el cuerpo todavía ardiente de vivo deseo de ella, de una necesidad física peligrosa, irracional.

Era una mujer magnífica, pero aterradora. Daba la impresión de no aceptar ningún límite, y él no deseaba que sufriera por lo que fuera que ocurriera allí. La deseaba, pero sa-

tisfacer ese deseo lo llevaría a un matrimonio desastroso. Ella no era la esposa que necesitaba.

Gimió al recordar sus groseras e insultantes palabras. ¿Cuándo fue la última vez que dijo algo tan torpe?

Tal vez nunca.

¿Por qué? ¿Por qué se le habían escapado esas palabras?

Porque las había estado pensando, pensándolas en la mente, en la sangre, en su vibrante polla. ¡Hades! Ella era capaz de encenderlo como una chispa a la yesca. Se apretó las sienes con las manos. Una vez era suficiente. Ninguna otra mujer le destrozaría la vida con exquisitas curvas y ojos perversos y maliciosos.

Se pasó la mano por el pelo y comprobó el desastre que le había dejado. Se soltó la cinta, vibrando todo entero con el recuerdo. Si Genova Smith se había introducido arteramente en la casa de sus tías abuelas con esa intención, Rothgar había elegido bien su arma.

Fue a ponerse frente al austero retrato de su primo.

—Mi ruina, como siempre —dijo en voz baja—. ¿Estás detrás del complot de Molly? ¿Es Genova Smith tu instrumento? Esta vez no ganarás, ni con una sirena de tu lado.

Una sirena que no cantaba sino que discutía.

Destrucción.

Buena palabra. El antiguo grito de batalla que echaba abajo todas las reglas del la guerra y dejaba libre para violar, matar y destruir. «Grita destrucción y suelta los perros de la guerra.»

Perros. Educar a una perra cazadora persa para que no persiguiera a la presa que por su raza debía matar.

No se había dicho ninguna palabra entre él y Rothgar que no tuviera un sentido.

«No deberías dejar que te cabalgue y espolee.»

Soltó una maldición al retrato y salió a largas zancadas de la sala.

Genova entró silenciosamente en el dormitorio. Tres velas y la luz del fuego del hogar lo hacían acogedor, pero las cortinas de la cama estaban abiertas y Thalia no estaba acostada. Sus sobreexcitados nervios le presentaron horrorosas imágenes de asesinato o secuestro.

Pero con la siguiente respiración comprendió lo ocurrido. Thalia había descansado un poco y después pensado que todavía era posible una partida de whist. Y eso bastó.

Dejó que Regeanne la ayudara a quitarse el vestido, el miriñaque y el corsé, pero entonces le dijo que el resto lo haría sola. No estaba acostumbrada a tener una doncella de cámara.

Se lavó y se puso el camisón, que estaba caliente porque había estado colgado cerca del hogar. La cama estaría agradable también, porque de las mantas sobresalían los mangos de dos calentadores. Trasladó uno hacia el lado de Thalia, cerró las cortinas y se metió en el refugio.

Pero el calor de la cama no le alivió la desagradable calentura.

¿De veras era desagradable? ¿Cómo era posible que se sintiera así? Ella y el marqués eran desconocidos en todos los sentidos.

Bien podía alegar que la roca no se quema, pero había visto correr la lava, ardiente y derretida, cuando hizo erupción el deseo entre ella y ese desconocido, en el asiento junto a la ventana iluminado por la luna.

20

El sueño tardó en llegar, por lo que el agotamiento la hizo dormir hasta más tarde que de costumbre. Cuando salió de la cama por la mañana, el fuego del hogar ya llevaba un buen rato encendido. El reloj dorado decía que eran cerca de las nueve, pero Thalia seguía durmiendo, emitiendo un silbido con cada respiración y con un ojo tapado por su gorro de dormir con volantes de encaje.

Sonriendo, volvió a cerrar suavemente las cortinas y puso otro leño en el fuego. Dedicó un momento a cambiar de sitio algunas de las figuras del pesebre. Era el día de vísperas de Navidad, su cumpleaños y el comienzo de su temporada favorita. No permitiría que otras cosas le robaran eso.

Allí, por fin, tendría la experiencia de una verdadera Navidad inglesa.

En los barcos y puertos de todo el mundo, los ingleses trataban de recrear la Navidad, pero nunca lo conseguían del todo. Los climas calurosos no eran apropiados para la comida típica de Navidad, y la nieve de Canadá y del Báltico, acumulada en elevados montículos, era excesiva. La Navidad anterior había estado ensombrecida por la aflicción.

Durante el viaje había comprendido la verdad. Una Navidad inglesa necesita frío, pero un paisaje más desnudo y el

ocaso por la tarde. Fue a asomarse a la ventana, y a través de las plumillas de escarcha contempló el paisaje perfecto. La extensión de césped cubierto de escarcha del parque se tranformaba en la distancia en campos oscuros veteados de blanco. Los árboles centenarios desprovistos de follaje eran siluetas retorcidas sobre el fondo blanco acerado del cielo.

En ese ambiente, la comida suculenta y las ramitas verdes serían villancicos de esperanza, y el tronco de Yule prometería el retorno de los largos días soleados.

Contrastes y necesidades. La oscuridad del invierno hacía precioso el fuego. El hambre hacía saber a pandolce un seco trozo de pan.

Pandolcetta mia.

Le rugió el estómago.

Se echó a reír, contenta de que su lascivo cuerpo siguiera prestando atención a la honesta hambre.

Entonces, ropa. Si en esa casa se seguían las tradiciones navideñas, ese día era para recoger ramitas verdes para adornar la casa. Ropa abrigada, pues.

Golpeó la puerta del vestidor y abrió, pero Regeanne no estaba ahí. O sea que podría ponerse alguno de sus vestidos menos elegantes. Eligió un sencillo vestido cerrado de lana color tostado, se puso medias de lana y una falda enagua de franela extra.

Se recogió el pelo en un sencillo moño, tratando de expulsar los recuerdos de la noche, de la hermosa mano de Ashart sosteniéndole las horquillas, del contacto de esa mano...

¡Maldito el hombre!

Terminó de fijarse el moño con las horquillas y se prendió encima una pequeña papalina, enterrando la horquilla con

tanta fuerza que se pinchó. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y éstas, bien lo sabía, no eran debido al dolor.

Volvió a rugirle el estómago. El hambre explicaba su debilidad. ¿Qué se hacía para conseguir desayuno en esa casa?

Miró el cordón para llamar, pero no estaba familiarizada con esa comodidad moderna. Además, si pedía que le llevaran el desayuno a la habitación, despertaría a Thalia. No le hacía ninguna gracia aventurarse por esa mansión desconocida, pero tenía que haber algo para comer en alguna parte, y no debía ser una tímida ratona.

Se envolvió los hombros con su cálido chal de diario y salió de la habitación. Si no encontraba la sala de desayuno iría a buscar algo a la cocina. Después de todo era poco más que una criada, y con un poco de pan con queso tendría bastante.

Echó a andar hacia la izquierda. Feliz comprobó que recordaba el camino y no tardó en llegar a la escalera principal. La casa parecía silenciosa, pero le llegó olor a comida de alguna parte, y oyó voces y ruiditos apagados.

Empezó a bajar, tratando de dominar la sensación de ser una intrusa, sobresaltándose cuando la falda rozaba la baranda y hacía tintinear las campanillas. No podía dejar de imaginarse un gato al que le ponían cascabeles para impedir que saltara sobre pájaros desprevenidos.

Cuando llegó abajo miró alrededor y vio a un lacayo de pelo empolvado y de librea custodiando la puerta de una sala. Éste la saludó con una inclinación de la cabeza:

—El desayuno se sirve aquí, señora.

Caminó hacia él, observando que llevaba guantes y un grueso chaleco acolchado. Lord Rothgar era un amo considerado.

El lacayo abrió la puerta justo el momento preciso para que ella entrara para evitar que se escapara el aire caliente de la sala. Estaba puesta una modesta mesa y había un hombre sentado a ella con una taza en la mano y leyendo una revista. El marqués de Rothgar.

Gimiendo por esa metedura de pata, se apresuró a retroceder, pero él se levantó sonriendo.

—Señorita Smith. Otra madrugadora. Tenga la bondad de acompañarme en el desayuno.

Genova hizo su venia.

—Perdone si molesto, milord.

—La mesa está puesta por un motivo, y mientras desayuno prefiero la conversación, si hay con quién, a la lectura. Claro que —añadió retirando una silla al lado de la de él, invitándola a sentarse— si no soporta la idea, haré que le traigan algo para leer.

Genova se sentó, acobardada y halagada. Eso era una simple cortesía, claro, el deber de hacer sentirse cómodos a los húespedes, pero era tan confortable que le alegró verdaderamente el día.

Él se sentó e hizo sonar una campanilla dorada que estaba junto a su plato. Como por arte de magia se materializó un lacayo en un rincón de la sala. Genova comprendió que había una puerta de servicio disimulada en los paneles de madera. Al otro lado tenía que haber un cuarto para servir y tal vez una escalera que comunicara con la cocina. Más allá de la magnificencia de la mansión había otro mundo necesario para su funcionamiento.

Pidió huevos y chocolate. En la mesa ya había una fuente con panecillos, de modo que cogió uno y le puso mantequilla.

Después que salió el lacayo, Rothgar inició la conversación:

—Dígame, señorita Smith, ¿qué opinión le merece lady Booth Carew?

Genova había esperado una conversación educada acerca del tiempo, no eso.

—No me corresponde a mí...

—Vamos a ver, ¿acaso no luchó contra piratas berebéres? Yo diría que es muy capaz de esgrimir una verdad afilada.

No podía negarse, pensó ella, y a lady Booth no le debía ningún sentimiento caritativo.

—Muy bien, milord, me dio la impresión de ser una mujer egoísta y desconsiderada. De todos modos, me horroriza que haya abandonado a su bebé en manos de desconocidas.

—No todas las madres aman a sus hijos, y claro, es posible que ella no se imaginara que el niño acabaría con extraños.

Dicho con mucha delicadeza, pero la deducción ya le era conocida.

—Lord Ashart.

—Exacto. Él mantiene por lo menos a tres hijos bastardos, que yo sepa, pero lady Booth fue muy optimista si pensó que le mantendría al de ella.

Entonces volvió el lacayo, salvándola de dar una respuesta inmediata. O sea que lord Rothgar se mantenía informado acerca de su primo. Lamentablemente, la mente le funcionaba a tropezones por la fama de Ashart de tener hijos bastardos. Qué ridículo sentirse ofendida o disgustada.

Él era un libertino y un granuja, y por lo menos los mantenía.

—¿Qué se imaginaría lady Booth que ocurriría? ¿Qué cree usted? —le preguntó Rothgar, sirviéndole chocolate en la taza.

Genova no se había hecho esa pregunta, así que bebió un poco mientras lo pensaba.

—Creo que es una mujer muy estúpida.

—Pero no loca.

—Sólo puedo suponer que se imaginó que lord Ashart cuidaría del bebé, por vergüenza. Lo cual sugiere que no lo conoce nada bien.

—O que tal vez tenía otro plan. Descubriremos la verdad finalmente.

¿No había un dicho sobre los molinos de los dioses, que muelen lentamente, pero son imposibles de eludir?

—Mientras tanto —continuó Rothgar—, el bebé y la nodriza están bien instalados en los aposentos de los niños, y he ordenado que se corra la voz por el vecindario de que necesitamos a alguien que hable gaélico. ¿Ha celebrado la Navidad en Inglaterra alguna vez, señorita Smith?

Algún tiempo después, Genova caería en la cuenta de que él la había conducido expertamente a hablar de su vida. Recordaría haber hablado de otros países, de lugares desconocidos, de sus deseos de que llegara el tiempo de Navidad, e incluso habló de la muerte de su madre y de la tristeza y retiro de su padre. No recordaba haber dicho nada de su incomodidad en la casa de su madrastra, pero no estaba del todo segura.

La conversación se interrumpió cuando entró lady Arradale, se sentó frente a Genova y pidió café. Su sonrisa pare-

cía indicar que nada podía hacer más perfecto su día que encontrar a Genova Smith compartiendo la mesa de desayuno con su marido.

La conversación giró hacia los planes navideños.

—La mayoría de los invitados ya estarán aquí antes de las dos —le explicó lady Arradale—, lo cual nos dará un par de horas con luz para arrasar el campo. Eso aumenta el placer de regresar a la casa cuando cae la oscuridad.

—Ciertamente hace muy apetecibles el vino caliente y la cerveza especiada —comentó Rothgar—, lo cual lleva a ánimos celebratorios.

—Exacto. —La condesa agradeció el café al lacayo y después le sonrió a Genova—. Encontré muy desordenada la Navidad aquí, con ramitas verdes dentro de la casa antes de la víspera. ¿Se imagina?

El marqués pareció simplemente divertido.

—En ese tiempo yo celebraba las fiestas de Navidad un poco antes, señorita Smith. Ahora comprendo que he estado jugando con el destino.

Lady Arradale lo miró ceñuda.

—Todo el mundo sabe que eso trae muchísima mala suerte.

—Y sin embargo hemos sobrevivido.

—Por la piel de los dientes.

—¿Tienen piel los dientes?

—Sólo cuando están asquerosamente sucios.

Lord Rothgar arrugó teatralmente la nariz.

—En la mesa del desayuno no, por favor, mi amor.

Lady Arradale se echó a reír y le pidió disculpas a Genova, que estaba pensando en esa extraña pregunta.

—He impuesto orden —declaró la condesa—, lo cual significa que celebraremos la Navidad en Navidad, que comienza hoy.

—Y por lo tanto exige una reunión principalmente familiar —explicó lord Rothgar—. La mayoría de la gente desea pasar la Navidad en su casa, por lo que no hemos invitado a nadie que no esté conectado con el árbol de familia.

—Yo no lo estoy —dijo Genova, deseando al instante retirar las palabras; a ella no la habían invitado.

—Pero está comprometida con mi primo.

Ella se las había arreglado para olvidar ese detallito.

Lady Arradale se sirvió más café en la taza.

—Me han dicho que el viejo Barnabas ha prometido temperatura suave para la tarde e incluso cielos soleados.

—El viejo Barnabas recuerda cuando acierta y lo olvida cuando se equivoca —dijo Rothgar.

Lady Arradale le cogió el brazo.

—Tendrá razón porque yo lo deseo.

—Ah, en ese caso brillará el sol como en julio.

Intercambiaron una mirada de tan dulce intimidad que Genova se sintió intrusa. Se levantó.

—Debo ir a ver si ya se ha despertado lady Thalia y cómo está lady Calliope.

Rothgar se levantó a retirarle la silla.

—Gracias por su compañía, señorita Smith. Y, por favor, no se prive de disfrutar por cuidar de mis tías abuelas. Es un honor y un placer para mí proporcionarles todo el personal que sea necesario para atenderlas.

—Pero ése es el motivo de que yo esté aquí, milord.

—Su motivo para venir aquí, tal vez, pero ahora es una de mis huéspedes. Por lo tanto, su razón de ser es disfrutar y tener placer, hasta rebosar, para que yo pueda sentirme un anfitrión totalmente satisfecho.

—¿Quiera yo o no? —preguntó Genova, sintiéndose de pronto atacada.

Dos pares de ojos sorprendidos la miraron atentamente.

—Igual podríamos encontrarle una celda húmeda y una camisa de fuerza si insiste, señorita Smith.

—No bromees, Bey. Señorita Smith, debe hacer lo que le plazca. Eso es lo único que le pedimos.

Humillada por su estúpida reacción, Genova se inclinó en una venia y escapó.

—Qué torpe he sido —comentó Rothgar, algo sorprendido.

—Todo es posible para un Malloren, incluso los errores. Pero es interesantemente quisquillosa, ¿verdad?

Él se sentó y llenó las dos tazas.

—Sobre todo para una dama que acaba de comprometerse con uno de los solteros más cotizados de Inglaterra.

—¿Crees que es cierto?

—Ah, sí. Ahora bien, la pregunta es ¿se trata de un verdadero compromiso?

—¿Para qué inventarlo?

—Para tener él un motivo para venir aquí, tal vez. Sin embargo, nos irá bien que Ashart esté atado a una mujer sensata.

—¿Atado? Eso suena desagradable, Bey.

Él le cogió la mano y se la besó.

—Pero no lo es, ¿verdad? Podría distraerlo de afanes más insensatos.

—¿Qué afanes insensatos?

—Cree que tiene el medio para hacerme daño.

—¿Cuál?

—D'Eon, creo. Las cartas que hice falsificar, que aparentaban venir del rey francés.

Ella le apretó la mano.

—¿Cómo pudo enterarse de eso?

—Flaquezas y filtraciones. Nunca se pueden prevenir totalmente.

—Pero ¿por qué? ¿Tan profunda es la animosidad? Si el rey se entera de lo que hiciste, las consecuencias podrían ser terribles.

—No frunzas el ceño —dijo él, alisándole suavemente el entrecejo—. Lo conquistaremos con el cariño familiar y entonces se acabará todo el peligro. Pero mientras tanto, nos conviene tenerlo distraído.

—¿Por la señorita Smith? Bey, ¿es justo eso con ella?

—Podría ser una excelente esposa para él.

—¿La hija de un capitán de la armada?

—Eres tan clasista como Bryght. Las guerras navales serían una excelente preparación para cualquier mujer que se convierta en la nuera nieta de la viuda lady Ashart.

21

Sintiéndose estúpida, Genova subió a los aposentos de los niños, y cuando llegó allí comprendió que la visita podría serle útil. Estaba enredada en cosas que podrían hacerle daño. Cuanto más entendiera, mejor sería.

Ashart seguía asegurando que él no era el padre de Charlie y Rothgar decía que mantenía a algunos hijos bastardos. Sheena podía saber algo que le sirviera para aclarar este asunto. Si Ashart decía la verdad, cambiaban mucho las cosas.

En la sala de estar no había nadie, pero guiándose por los sonidos encontró el comedor. El pequeño Francis Malloren estaba comiendo una especie de papilla ayudado por su niñera, y las dos señoritas Inchcliff estaban desayunando pan con mantequilla y tazas de chocolate.

Después de saludarlos a todos, preguntó por Sheena. Le explicaron que estaba en una habitación al otro lado del corredor. Allí encontró la sala cuna. Era pequeña, para que fuera fácil mantenerla abrigada, las paredes estaban encaladas y en el suelo de madera no había alfombra; una sala cuna tenía que ser fácil de limpiar.

Había dos camas pequeñas con barandas altas enrejadas por todos lados, y dos cunas muy ornamentadas, una con

colgaduras de seda crema y la otra con adornos de seda azul. La azul estaba claramente en uso, pero el bebé estaba en la falda de Sheena, vestido con una larga bata de franela.

Charlie estaba agitando las manos y los pies y emitiendo balbuceos de alegría. Sheena lo miraba sonriendo con orgulloso cariño, y parecía otra muchacha. Alguien le había dado un sencillo vestido de tela fuerte con listas color rosa, con pequeños volantes en el cuello y los puños. La cofia y el pañuelo triangular cruzado al pecho eran blanquísimos.

Sheena levantó la vista y cogió al niño con la clara intención de levantarse, pero Genova le indicó que se quedara sentada.

—No, por favor.

—Buenos días, señorita Smith —le dijo la muchacha, pronunciando con sumo cuidado.

Progreso. Genova se le acercó otro poco.

—Charlie se ve muy bien.

La mirada ligeramente preocupada de la muchacha y la expresión de no comprender indicaron que aún no habían llegado a la fase de conversación.

—No importa —le dijo Genova, sonriéndole y negando con la cabeza.

Pero tenía que intentarlo. Apuntó al bebé:

—¿Padre? —probó—. ¿Papá? ¿Pater?

¿No eran católicos todos los irlandeses, acostumbrados al latín?

Sheena se limitó a mirarla, nerviosa.

Genova volvió a sonreír, aunque sentía una enorme frustración. Sheena tenía que saber algo. Aunque tal vez no

quién era el padre de Charlie, comprendió de repente. El bebé había sido concebido en Inglaterra.

Sin el testimonio de la madre era imposible probar quién era el padre de cualquier hijo, y algunas mujeres ni siquiera lo sabían. ¿Ésa era la justificación de Ashart? Ella no aprobaba eso. Aun cuando supiera que el padre podía ser otro hombre, no podía saber que él no lo era. Y gastaría poquísimo de su fortuna para mantener a ese niño.

Lo miró atentamente, por si le veía algún parecido, pero un bebé es un bebé. El niño la estaba mirando como si estuviera fascinado, de modo que se le acercó sonriendo.

—Buenos días, Charlie, pequeño. ¿Estás alimentado y feliz?

El niño estiró los labios y balbuceó como si quisiera contestar. Era encantador cuando estaba limpio y feliz.

Sheena se levantó y se lo ofreció. Titubeante, cogió al pequeño sin dejar de mirarle la carita fascinada. Pesaba más de lo que había esperado, era un bultito sólido, lleno de energía para crecer. Se paseó por la habitación con él, pero había pocas cosas para ofrecer a esos ojos curiosos, de modo que se acercó a la ventana. Desde esa altura se veían bosques y aldeas lejanas, y un río brillante a la luz del sol.

—Todo un mundo para explorar, Charlie.

El bebé estaba de cara a ella, no hacia fuera, así que lo cambió de posición. Cuando se encontró frente a la ventana, agitó los brazos como si quisiera tocar el cristal, o tal vez el mundo que había más allá.

Genova recordó el asunto de las órdenes, besos y guineas. Era una tontería por una parte, y peligroso por otra. Esencial para ese niño. Pero, como dijera Ashart, ¿cuántas

guineas serían necesarias? ¿Cuántos besos? Más de cien. Tal vez mil.

¿Mil besos? ¿En pocos días?

Ridículo, pero un aturdimiento delicioso para sus partes malvadas.

El bebé volvió a balbucear y la alegró la distracción.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Charlie, cuando tengas tus guineas? ¿Te gustaría volver a Irlanda?

Pero eso no resultaría. No podía limitarse a entregarle una gran suma de dinero a una muchacha como Sheena y despedirse. Tendría que organizar algún tipo de supervisión. Tutores, administradores, algo así. Todo eso era un laberinto de complicaciones que la desalentaban incluso a ella.

—Eres un buen problema —susurró sobre el gorro acolchado del niño—. Pero no me arrepiento de haber aceptado tu cuidado.

Le devolvió el bebé a Sheena.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó.

Apuntando al bebé y levantando un dedo doblado, porque debía tener menos de seis meses, dijo:

—Charlie.

Después se tocó el pecho con el dedo y abrió las manos dos veces, indicando veinte, y luego levantó dos dedos:

—Veintidós.

Un segundo después cayó en la cuenta de que ese día cumplía veintitrés, pero eso sólo confundiría a la muchacha. La apuntó a ella.

—¿Tú? ¿Qué edad? ¿Cuántos años?

Sheena frunció el ceño, pero pasado un instante abrió una regordeta mano tres veces y luego levantó un dedo.

Dieciséis años. Una niña, tal como lo temía. ¿Qué debía hacer?

En ese momento entró la señora Harbinger.

—Señorita Smith —dijo, haciéndole una leve venia.

Genova la saludó con una venia similar, con la esperanza de que eso estableciera la igualdad.

—Gracias por cuidar tan bien a Sheena y al bebé.

—Ése es mi trabajo, señorita Smith.

—Qué preciosas son estas cunas —comentó Genova, para continuar la conversación.

—Sí que lo son. La azul tiene más de cien años de antigüedad; la crema la hicieron igual cuando la difunta marquesa tuvo mellizos, el hermano y la hermana menores del marqués, lord Cynric y lady Elfled. Y aun cuando la llamaban Elf, era tan traviesa y alborotadora como él. Vamos a usar su cuna para su bebé.

—Tiene que haber habido muchísima actividad en estos aposentos en ese tiempo.

—Pues sí. Y una bendición después de lo que ocurrió antes.

Al recordarlo, Genova tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse. Ésa podría ser la habitación donde ocurrió el asesinato.

Como catapultada a la actividad, la señora Harbinger corrió hacia Sheena y le palmeó el hombro.

—El niño se ve muy bien, querida.

Genova paseó la vista por la habitación, pero si había quedado allí algún fantasma, no le habló a ella. Pero, como dijera Ashart hacía dos días, los problemas entre su familia y los Malloren comenzaron con el asesinato de un bebé, ahí.

No tenía ninguna manera eficaz para intervenir entre dos marqueses en la actualidad, pero ¿habría alguna mentira clave en el pasado? Sería arrogancia imaginarse que ella podía desvelar una historia distinta, pero si comprendía mejor, era posible que descubriera algo que podría aprovechar. Decidió aparentar total ignorancia.

—¿Qué ocurrió antes? ¿Qué quiso decir, señora Harbinger?

La mujer la miró, la imagen misma de la renuencia, pero tal como ella había supuesto, en el fondo era una cotilla.

—Tuvimos una tragedia aquí en el pasado, señorita Smith —dijo con voz grave y solemne—. No digo ningún secreto puesto que todo el mundo lo sabe.

—Pues yo no, señora Harbinger. He pasado la mayor parte de mi vida fuera de Inglaterra.

—Eso he oído.

Por el tono, Genova dedujo que eso no era un punto a su favor, pero de todos modos, la mujer continuó:

—Yo sólo era la ayudante de la niñera aquí. Tenía trece años. Me contrataron porque su señoría estaba esperando su segundo hijo. Todo fue bien y hubo mucho regocijo, aun cuando esta vez fue una niña. Yo personalmente vi al marqués entrar en esta habitación a sonreírle a la pequeña Edith con todo el amor del mundo. Y el pequeño lord Grafton la adoraba.

Ése era en aquel tiempo el título del actual marqués de Rothgar.

—¿Qué ocurrió? —la animó Genova.

La mujer hizo un gesto de pena.

—Su señoría no quería amamantarla, ¿sabe? A lord Grafton lo amamantó un tiempo, pero a lady Edith no. Ni siquiera quería al bebé con ella. Teníamos una buena nodriza, pero era una mujer tímida. Cuando le ordenaron que se fuera, se fue.

—¿Lady Rothgar le ordenó que se fuera?

—Perdió el juicio. Eso es lo único que se puede decir.

Genova probó con una pregunta abrupta:

—¿Qué ocurrió?

La señora Harbinger se cubrió la boca con la mano y después dijo:

—Asesinó a la pequeña inocente para que dejara de llorar.

Genova no tuvo que fingir el espanto.

—¿Para que dejara de llorar?

—Eso dijo. Eso dijo.

—¿Usted la vio?

—¡Ay, Dios, no! ¿Cree que yo me habría quedado de brazos cruzados, por niña que fuera?

—No, claro que no. Perdone. Es que es tan terrible imaginárselo.

—Terrible. Todavía me aflige por la noche a veces, pensar que si hubiera vuelto con algún pretexto podría haber salvado a esa preciosa niña. La señora Leigh, que era la gobernanta en ese tiempo, se culpaba ella, amargamente. Dejó el puesto poco después y supe que se había matado bebiendo. Pero ¿qué podía hacer ella cuando su señoría deseaba estar sola con sus hijos?

Genova lamentó haber removido todo ese sufrimiento.

—Estoy segura de que nadie podría haber esperado que ocurriera algo tan terrible. —Pero tenía una pregunta im-

portante—. ¿A no ser que la marquesa hubiera sido siempre... desequilibrada?

—Era alocada —repuso la señora Harbinger, comenzando a manifestar incomodidad por la conversación—, pero no en el sentido de lunática. Simplemente era muy niña. Una niña en su manera de ser. Adoraba al pequeño lord Grafton, que es el marqués ahora. Lo vestía con ropa bonita, jugaba al escondite con él. Pero negligente. Baste decir, señorita Smith —añadió, volviendo a su almidonada energía—, que era el tipo de madre que «necesitaba» personal para cuidar a sus hijos, si quería que crecieran bien. Esa señora Dash parece ser otra igual. Pero cualquiera habría esperado que los inocentes sufrieran de negligencia, no de un... —se le cortó la voz, porque no pudo decir la palabra «asesinato»—. Ahora tenemos una nueva marquesa, y con el tiempo tendremos estos aposentos llenos de niños. Eso echará a los fantasmas.

Genova asintió, sonriendo, pero algo le campanilleaba en la mente.

—Ha dicho que la marquesa deseaba estar con sus hijos. ¿Estaba presente su hijo cuando mató a su hija?

La señora Harbinger frunció los labios, como para retener las palabras, pero éstas se le escaparon de todos modos:

—Salió corriendo pidiendo ayuda a gritos, pero no entendimos lo que decía. Corrimos hacia él, no hacia ella. —Agitó la cabeza—. El llanto de un bebé pequeñito todavía perturba al marqués, señorita Smith. Está mejor, pero todavía lo angustia. Esto sólo se lo digo porque hay que mantener a Charlie fuera de su vista, ya que nada puede impedir que un bebé llore.

Nada, pensó Genova, a excepción de una mano que le corta la respiración.

Qué legado más terrible. ¿Qué ocurriría cuando lord Rothgar tuviera hijos? Era imposible comunicar a Sheena que debía evitarlo, pero no importaba. No habría ningún motivo para que ella y Charlie se mezclaran con la familia otra vez.

Salió de la habitación agobiada por la tragedia del pasado y sin lograr ver la manera de arrancar los zarcillos que envenenaban el presente. ¿Podría haber perdido el juicio la madre debido a un trato cruel?

Exhaló un suspiro y agitó la cabeza. Trataría de descubrir más cosas, pero sus verdaderas preocupaciones eran las ancianas Trayce, Sheena y el bebé. Por el momento parecían estar bien cuidados, y era la víspera de Navidad.

22

Genova decidió volver a la actividad, pero ¿adónde ir?

Se asomó a su dormitorio, pero Thalia se había levantado y ya no estaba. Golpeó la puerta de lady Calliope, pero descubrió que ella también estaba en otra parte.

Seguía sintiéndose nerviosa en esa casa en la que casi no conocía a nadie. Esa idea bastó para que irguiera la espalda. No se iba a esconder, de modo que le pareció que el lugar donde más probabilidades había de encontrar gente era la Sala de los Tapices.

Iba llegando a la puerta cuando alguien la llamó:

—¡Señorita Smith!

Se giró y vio a lady Bryght entrando en el gran salón vestíbulo, con los brazos cargados con un voluminoso enredo de cintas verdes y rojas.

—¿Podría abusar de su amabilidad pidiéndole que me ayude a desenredar esto?

No podía negarse, pensó Genova, y le encantaba la idea de poder ser de utilidad. Ése era otro problema, comprendió. Antes de que su padre se retirara, e incluso en Portsmouth, llevaba una vida activa, productiva, siempre estaba ocupada.

Lady Bryght miró a todos lados, con el entrecejo arrugado.

—Creo que lo llevaré a la biblioteca, para extenderlo en una de las enormes mesas. Venga.

Subieron a una magnífica sala. Iluminada por ventanas altas, la larga estancia resplandecía con madera dorada, ostentosas tallas, y albergaba miles de libros encuadernados en piel en armarios con puertas de paneles de cristal.

En el centro había tres mesas largas de roble rodeadas por sillas y con candelabros de velas listas para usar, cada uno con brillantes reflectores para enfocar la luz en la página. Distribuidos por las mesas había interesantes diarios y revistas, y en el centro de cada mesa un libro abierto sobre un atril.

Observó que debajo de cada ventana había una elevado atril con asiento, del tipo que se ven en las ilustraciones medievales. Ésos bien podían datar de esa época, puesto que en cada uno había un libro antiguo encadenado. Había oído decir que ésa era la costumbre cuando los libros eran escritos a mano y valiosísimos.

En un extremo de la sala brillaba el fuego de un hogar, y el suelo estaba cubierto por una preciosa alfombra. Pero no había ninguna silla ni sillón tapizado. Ésa era una sala destinada al estudio, no para echar una siesta ni charlar. Se le ocurrió pensar si los escribas y filósofos pintados en el cielo raso desaprobarían la invasión de lady Bryght con una tarea tan vulgar.

Lady Bryght extendió el enredo de cintas verdes y rojas en un extremo de la mesa del medio sin inquietud aparente. Se sentó en una silla y Genova se sentó en otra, mirando dudosa la maraña.

—Estas cintas se usaron el año pasado para atar ramitas verdes —explicó lady Bryght—, pero no las guardaron como es debido. Diana quiere volverlas a usar, pero no sé cuántas se podrán salvar.

Genova metió una mano en el enredo.

—Es asombroso cómo se pueden enredar tanto las cosas —comentó.

—Si hubiera mercaderes cerca sería fácil comprar nuevas —dijo lady Bryght y la miró sonriendo—. Ésta es una manera de pensar muy Malloren. A mí me criaron para ser frugal.

Genova se echó a reír y se relajó.

—A mí también. He descosido adornos y orlas, desensartado abalorios y hecho cosas útiles con restos. Intentémoslo al menos.

Eligió una punta de cinta verde y comenzó a seguirle la pista para liberarla. Lady Bryght comenzó con una roja.

—Cuénteme algo más sobre la vida en la marina, señorita Smith. Tiene que ser fascinante.

—En parte —repuso Genova, pero feliz de entretenerla con sus historias.

Lady Bryght no se limitaba a escuchar, por lo que Genova se enteró de muchísimas cosas de la familia Malloren. Y era particularmente interesante oírlas de una persona sin lazos de sangre con la familia. Como había dado a entender, lady Bryght provenía de una familia que sólo poseía una modesta propiedad.

—A veces los Malloren actúan como si fueran dioses —comentó en un momento—. Especialmente Rothgar. No se deje intimidar por él.

—Lo encuentro muy amable.

—Ah, sí que lo es, pero como todos, tiene muchos lados.

Genova había empezado a pensar en los retratos cuando lady Bryght añadió:

—Mató a un hombre en un duelo a comienzos de este año.

—Lo leí en el diario.

Guardó silencio, esperando oír más detalles, pero lady Bryght frunció el ceño mirando una yarda de cinta roja arrugada que acababa de liberar.

—No creo que tengan que ser muy largas. —Sacó una tijera pequeña del bolsillo y la cortó—. Ahora bien, ésa es un solución muy Malloren.

—¿Con espadas?

—A veces.

Genova la miró a los ojos. Lady Bryght podía asegurar que era una mujer corriente, pero era una Malloren.

—¿Es ésa una advertencia, milady?

La tez blanca pecosa se tiñó de un tenue tono rosa.

—No se deje inquietar por mi cháchara, señorita Smith. Por cierto, no tenemos por qué ser tan formales. ¿Puedo tutearla, llamarla Genova? Me encantaría que me llamara Portia.

Eso sólo era una movida en un juego, comprendió Genova, pero tampoco podía negarse.

—Por supuesto.

—Excelente. —Portia comenzó a enrollar la cinta en los dedos—. Creo que comprendo cómo te sientes aquí. Mi único contacto con la nobleza antes de conocer a Bryght era que nuestra propiedad estaba cerca de Walgrave Towers y conocíamos a la familia. Y ahora Fort, lord Walgrave, es mi cu-

ñado, cosa que jamás me habría imaginado. Su padre y Rothgar eran enemigos acérrimos.

—Pero ¿hicieron las paces? —preguntó Genova, pensando si eso podría ser un mensaje de esperanza.

Portia dejó inmóviles las manos.

—Murió.

—¿Cómo?

Portia la miró con los ojos agrandados, por lo que ella pensó que no le iba a contestar, pero dijo:

—Suicidio. Aquí, dio la casualidad. Todo el mundo lo sabe.

A pesar de la respuesta, Genova dedujo que esa revelación no había sido planeada. Por la mente le pasó la extraña idea de que un verdadero Malloren lo habría manejado mejor.

—Elf, lady Walgrave, espera un hijo para Navidad —dijo Portia, demasiado alegremente—. La partera ya está alojada aquí, pero aún no ocurre nada.

Como forma de cambiar el tema era torpe, pero dio a Genova la oportunidad para hacer una pregunta sobre algo que la tenía perpleja.

—¿No es raro esperar un parto en una casa en que se celebra una fiesta?

—Elf siempre ha pasado la Navidad aquí, y deseaba pasarla otra vez. Y están haciendo cambios en Walgrave Towers.

¿Era ésa una buena explicación? ¿Dado sobre todo que el padre de lord Walgrave se había suicidado ahí? Soltó otro poco más de cinta pensando la manera de formular una pregunta acerca de eso.

—Y Rothgar está feliz de tener a Elf aquí en esas circunstancias —continuó Portia—. Los hombres se angustian. El pobre Bryght sufrió horrores porque yo soy muy menuda, pero Francis no me dio ningún problema. —Levantó la vista y nuevamente la miró con los ojos agrandados—. Perdona. Las señoras casadas no deben hablar de estas cosas con las solteras, pero hablar contigo es, no sé... distinto.

—Es que yo soy distinta —convino Genova, irónica—. Ser criada en puertos y barcos de guerra tiene sus efectos.

—¡Pero es fantástico! Ya veo por qué Ashart cayó derribado.

—Casi literalmente —musitó Genova y sintió subir los colores a la cara.

—¿Cómo?

—Quiero decir que sin duda nos precipitamos mucho.

—Lo cual no significa que haya sido imprudente.

Portia tiró de su cinta apretando un nudo importante de cintas rojas y verdes.

—¡Para! —exclamó Genova, y se apresuró a añadir—: Perdona, lo siento.

Portia se rió.

—No pasa nada. Me falta la paciencia para este tipo de tareas. Te cedo ese nudo gordiano. —Cogió la punta de otra cinta—. Ashart es bastante fascinante, ¿verdad?

Así que volvían a eso. Un tema menos peliagudo, sin duda.

—¿Para toda mujer? —preguntó, concentrada en soltar el nudo.

—Tiene rango y encanto, y sabe usarlo.

—Entonces será un horror de marido.

—¿Ya hay dudas?

—Un millón.

No había ningún daño en reconocer eso. Una mujer tenía que ser una cabeza de chorlito para no preocuparse por casarse con un hombre como el marqués de Ashart.

Portia ladeó la cabeza.

—Pero un hombre así es un marido muy gratificante si es leal.

—¿Fiel, quieres decir? Dudo que...

—Más que fiel. Un amigo. Un amigo de corazón. Que comparte sus fuerzas y revela sus secretos, incluso en invierno. Especialmente en invierno —añadió.

Genova sintió su acuerdo en lo más profundo de su interior, pero ¿sería otro mensaje intencionado? Si los Mallo-ren deseaban que el compromiso terminara en boda, no creía que fuera para beneficiarla a ella.

—Entre Ashart y yo no hay nada de eso —dijo.

—Creo que os conocisteis sólo hace dos días. A los dos días de conocer a Bryght yo no tenía idea de lo que podríamos ser.

Genova titubeó un momento, pero estaba harta de tratar de desenredar embrollos, y la manera más sencilla de salir de eso era diciendo la verdad.

—Esto es distinto —explicó—. El compromiso es falso. Ashart y yo discutimos, nos enzarzamos en una pelea. Nos interrumpieron unas personas... —Demasiado tarde cayó en la cuenta de que le daba una vergüenza atroz contarlo—. Dábamos la impresión de estarnos comportando indecorosamente. Entonces llegó Thalia y dijo que estábamos com-

prometidos, con el fin de salvar mi reputación. Tenemos la intención de romperlo pronto.

La principal reacción de Portia pareció ser de fascinación.

—¿Cuánto de indecoroso?

—¡Portia!

—Es un punto importante.

—Nos caímos al suelo. En la pelea. Entonces él me besó. Sobre su cama.

Genova agrandó los ojos.

—¿Estabas en su dormitorio?

Genova sintió arder las mejillas.

—¡Noo! Estábamos en la sala de estar, pero él estaba durmiendo ahí, en un colchón sobre el suelo. —Miró el cielo raso, pidiendo ayuda a los sabios pintados allí, pero éstos la miraron entre ceñudos y severos—. No fue para tanto. Pero los dos estábamos con nuestros camisones de dormir.

Portia soltó una carcajada.

—Ay, Dios. Eso está muy en la tradición familiar.

—Sólo entré ahí a buscar mi bordado.

—Ah, seguro —dijo Portia agitando la mano, como para sofocar la risa—. Pero es delicioso. Bryght entró furtivamente en la casa donde yo estaba alojada, y estuve a punto de dispararle.

—¿Furtivamente? —Los Malloren estaban realmente tan locos como los Trayce.

—Había algo escondido ahí que Rothgar deseaba, y pensaron que no había nadie en la casa. —Como si creyera que con esa explicación bastaba, preguntó—: ¿Quién os vio?

—¿Qué?

—Dijiste que alguien os interrumpió. ¿Quién era?

—Un hombre de apellido Brokesby y su hermana.

Portia arrugó la nariz.

—¿Tess la Chismosa? No me extraña que Thalia haya intervenido. Y su presencia fue útil. A pesar de sus excentricidades, las damas Trayce se consideran más que irreprochables. Aun cuando la historia andará rebotando por toda Inglaterra, embellecida por el regocijo navideño, sólo será un entretenimiento. La pasión entre novios se considera travesura, no falta de decoro.

—¿Incluso si se rompe el compromiso?

—Incluso en ese caso.

Genova miró el enredo de cintas imposibles de soltar.

—A mí me preocupa mi reputación. Lord Ashart dijo que debíamos representar los papeles de novios enamorados uno o dos días para sellar la historia.

—Tiene razón. Primero convencer al mundo de que la atracción es verdadera y luego demostrar que la atadura no puede durar. A diferencia de éste.

Renunció a otro nudo y cortó la cinta.

El relampagueo de las hojas de las tijeras hizo estremecer a Genova.

—No hay ninguna causa para que haya un duelo entre Rothgar y Ashart, ¿verdad?

—Rothgar no permite duelos en la familia y a Ashart lo considera de la familia.

—Dudo que Ashart esté de acuerdo.

—Aunque así fuera, le resultaría difícil empujar tan lejos a Rothgar.

Difícil, pero no imposible. ¿Era ése el plan de Ashart, empujar a Rothgar a un duelo a muerte? Hizo ese peligroso comentario sobre lady Arradale.

—Me imagino que lord Rothgar es un experto espadachín.

—Todos lo son. Por lo que dice Bryght, Rothgar los entrenó con bastante brutalidad, porque quería asegurarse de que no cayeran víctimas de algún tipo de matón que usa la pericia con la espada para asesinar. Bryght dice que hará lo mismo con Francis y con cualquier otro hijo que tengamos. Pistolas y espadas. —Frunció el ceño—. Supongo que será para mejor.

—Probablemente sí. He visto a hombres buenos heridos o acobardados así. Todo este asunto de duelos debería ser ilegal.

—Creo que lo es en cierto modo, pero rara vez se fuerza su cumplimiento. Los hombres tienen su propio código brutal. —Levantó la vista para mirarla—. Ese tipo de hombre era Curry, el espadachín al que Rothgar derrotó. Había matado a muchos hombres en duelos. Según Bryght, le habían pagado para que matara así a Rothgar, y casi lo consiguió.

Eso podía ser un intento de glorificar a Rothgar, pero Genova tuvo la impresión de que era cierto. Le resultaba difícil imaginarse a Rothgar como un asesino a sangre fría. Aunque no la tranquilizaba mucho saber que sí podía ser un verdugo a sangre fría.

¿Cómo iba a poder disfrutar de la Navidad en medio de todo eso?

Portia estaba contemplando el enredo de cintas.

—Esto es llevar demasiado lejos la frugalidad. Se lo devolveré a Diana y le diré eso.

Cogió el enredo en los brazos, manteniendo aparte las cintas liberadas. Genova cogió una parte colgante y la enrolló arriba, pensando que la tarea con las cintas había sido un pretexto para sonsacarle información y para advertirla del peligro.

Portia caminó hacia la puerta y Genova se adelantó a abrírsela. En ese momento no se sentía preparada para reunirse con los demás.

—¿Será correcto si me quedo un rato aquí?

—¡Por supuesto! Es magnífica esta biblioteca, ¿verdad? Y oigo el cuerno, lo que significa que van llegando invitados. Es mejor mantenerse a un lado.

Acto seguido salió, dejando a Genova con una imagen de sí misma pisoteada por los Malloren en estampida. Eso era una fantasía, pero los otros problemas no. Detrás de esa jovial alegría navideña había en total demasiados muertos.

23

Genova comenzó a contar: la pequeña Edith, lady Augusta. El marido de lady Augusta y su segunda esposa debieron de morir muy jóvenes. Después, más recientemente, el conde de Walgrave y un duelista profesional llamado Curry.

Pero Curry daba la impresión de ser un hombre al que alguien tenía que matar, y sí, hay personas que se suicidan. Además, el hijo del conde se casó con una Malloren, y estaba esperando el nacimiento de su primer hijo ahí, en esa misma casa. No podía haber ningún secreto oscuro en eso.

Agitó la cabeza. Se estaba dejando arrastrar por la imaginación. Ashart y Rothgar estaban reñidos, pero no hasta el extremo de un asesinato. Eso sencillamente no era posible, ni siquiera entre aristócratas. No hacía muchos años habían colgado al conde Ferrers por asesinar a su administrador.

Pero ¿un duelo? Sólo con palabras.

Desechando sus lúgubres pensamientos se puso a examinar las hileras de libros. ¿Qué podía haber en una biblioteca que fuera útil? No era ninguna estudiosa. Su educación había sido amplia y variada, pero bastante a la buena de Dios, principalmente dibujos de lugares que visitaba con su familia y lectura de cualquier libro que cayera en sus manos.

Podría haber una historia de la familia Malloren en esa biblioteca. La mayoría de las grandes familias encargaban algo así, y cualquier información extra podría servirle para navegar en esas procelosas aguas.

Buscando, buscando, encontró la sección de historia. Los libros parecían estar ordenados en orden cronológico, pero al leer los lomos de los más recientes dedujo que eran todos áridos análisis sobre legislación y asuntos extranjeros.

¿Qué otra cosa podía ser útil saber?

Loki. De todos modos le convenía informarse algo más acerca de Loki. Había visto una sección de mitología y volvió allí. Al leer los lomos comprobó que eran libros sobre leyendas griegas y romanas, muchos escritos en griego y latín. Griego hablaba un poco, pero no sabía leerlo, y el italiano moderno no era latín. Ninguno de esos idiomas le servirían para las leyendas del norte de Europa.

Sintiéndose una ignorante se dio media vuelta y echó a andar para salir de la biblioteca, pero la detuvo la visión de uno de los libros que estaban abiertos sobre las mesas. Era una inmensa Biblia, abierta, muy a propósito, en el relato de san Lucas de la historia de la natividad de Cristo. La primera página llegaba hasta el Magnificat.

Leyó la página hasta llegar a los versículos:

> Desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón.
> Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.
> A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió vacíos.

¡Caramba! ¿Era el doctor Egan el responsable de poner abiertas las páginas apropiadas para el día? ¿Lo despedirían por haber elegido ésas?

Pasó a la siguiente mesa, en la que había abierto un libro pequeño. El titular de la página rezaba: Historia de la familia Malloren.

Se sorprendió al ver solucionada su búsqueda con tanta facilidad, pero entonces pensó que ese libro estaría abierto durante una reunión familiar, y claro, no diría nada desagradable acerca de ellos.

De todos modos, había esperado algo más interesante que lo que leyó en las páginas abiertas. Se hablaba de un antepasado cruzado, y aparte de eso, que participó en una cruzada, a William de Malloren no le había ocurrido nada interesante en su vida. Murió a los setenta años, en su cama, rodeado por sus hijos, nietos y bisnietos.

¿Cuál era el mensaje del doctor Egan con ese texto? ¿Que las grandes casas se construyen con ladrillos sencillos y corrientes?

Pasó al siguiente libro, esperando algún otro comentario sutil sobre los grandes, y al verlo se quedó mirándolo fijamente como si fuera una serpiente a punto de atacar. El titular de la página era una sola palabra.

Loki.

Miró alrededor por si hubiera alguien observándola, pero seguía sola. Cerró un poco el libro para leer el lomo: Leyendas de los dioses nórdicos. Con la sensación de que ése era otro mensaje más para ella, comenzó a leer.

Los adjetivos empleados para calificar a Loki eran: hermoso, veleidoso, astuto y maligno. Adrede les creaba pro-

blemas a los demás dioses y después demostraba su superioridad solucionándolos. Entre los problemas estaban sus tres hijos: un lobo, una serpiente y Hel, la muerte. La historia relatada en las páginas trataba del destructivo Fenris, el lobo, al que finalmente los dioses convencieron con engaño de dejarse atar por una cuerda mágica llamada Gleipnir. Pero el poderoso lobo tenía sus sospechas, de modo que se negó a someterse mientras uno de los dioses no introdujera su mano dentro de su hocico. Tyr, el dios de la batalla, lo hizo. El lobo fue atado, pero le arrancó la mano a Tyr.

Ella vio el mensaje: aquellos que desean derrotar el mal han de estar dispuestos a sacrificar algo, tal vez todo. ¿No había dicho Rothgar algo similar la tarde anterior, a Ashart?

Pasó la página, para leer algo más sobre Loki, cuando sintió que le inmovilizaban los brazos desde atrás.

—Parece que tengo que talar árboles para ti, mi amor.

Algo la había preparado, tal vez un paso, o tal vez incluso un olor, de modo que consiguió disimular la repentina oleada de energía que sintió dentro.

Se giró, y Loki se lo permitió, aunque sin apartarse. Estaban tan cerca que cada respiración les rozaba los cuerpos, encendiéndole el deseo, a pesar de todo lo que sabía de él.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, procurando parecer imperturbable.

Él se apretó un poco más contra ella.

—Tal como lo dijo, Rothgar se atiene a las viejas tradiciones, por lo tanto vamos a ir como labradores a cosechar ramitas verdes y talar el tronco de Yule. O, mejor dicho, los hombres a trabajar y las damas a aplaudir.

Ella alejó un poco la cara, pero él le apretó más las caderas contra él, aumentando su excitación.

—Siempre es un placer mirar cómo sudan los hombres.

A él le chispearon los ojos, sugiriendo otro sentido totalmente distinto.

—¿Ha dispuesto que entre otro par de chismosos a interrumpirnos, milord? —preguntó, desesperada, buscando algo que le apuntalara la fuerza de voluntad.

—No, ¿por qué?

—Entonces, ¿para qué jugar al «amor»? Suélteme.

Lo empujó, pero él no se movió. Dejó las manos levantadas entre ellos.

—¿Qué quieres, Ashart?

Él bajó la cabeza hasta echarle el aliento en el cuello.

—¿Sudar?

A ella le saltaron todos los nervios.

—¿En una mesa de biblioteca?

Demasiado tarde comprendió que eso no sería ningún impedimento para él, ni para ella. Jamás se habría imaginado una cosa así, pero en ese momento sí se lo imaginaba. Lo veía, lo sentía, lo deseaba. Aguijones de deseo le subían por los muslos.

¡Imposible!

Volvió a empujarlo, girando la cabeza para evitar sus tentadores labios, pero eso le dejó la garganta expuesta, y él se la mordisqueó, muy suavemente, pero ella sintió sus dientes, pensó en lobos y el cuerpo se le fue hacia atrás, desvanecida de deseo.

Él la levantó hasta sentarla en el borde de la mesa. A ella el corazón le dio un vuelco de advertencia, pero no se lo impidió, y no pudo resistirse tampoco a su beso, ni siquiera

cuando él se apretó entre sus muslos y notó que sus dos gruesas faldas no le ofrecían ninguna protección.

Aguijonazos de deseo le subieron por los muslos a perforarla en ese lugar, exigiendo satisfacción. Se oyó gemir, pero sólo intensificó el beso, impulsada por una avidez frenética, consciente de que era una locura.

Sintió su fuerte mano sobre un muslo desnudo, abriéndoselo más, sintió su fuerte brazo sosteniéndole el cuerpo oscilante. Echó atrás la cabeza y abrió la boca para coger aire, y los ojos en busca de cordura, y vio las severas caras desaprobadoras de los sabios pintados en el cielo raso.

La recorrió otro tipo de vibración. ¿Qué estaba haciendo?

Le empujó los hombros, tratando de juntar las piernas.

—¡No! ¡Por el amor de Dios, podría entrar alguien!

Se encontraron sus ojos y la expresión que vio en los de él le enfrió la pasión. Estaba sonrojado, aturdido, sus ojos oscuros más oscuros aún, pero por debajo estaba vigilante. ¿Así era un libertino? ¿Astuto, calculador, haciendo y diciendo todas las cosas apropiadas para obtener lo que deseaba?

—No —repitió, temblando toda entera—. Suélteme, milord.

Pasado un momento, él se apartó, le arregló las faldas y luego se inclinó en una reverencia con una habilidad que ningún hombre honesto podía poseer. Estremecida, se bajó de la mesa e intencionadamente no se alisó la ropa.

—Acordamos no hacer esto.

—No lo creo.

—¡Pues debería! Cualquiera podría habernos sorprendido. Si no un invitado, algún criado hubiera podido entrar

en cualquier momento a echar más leña al fuego. ¿Por qué arriesgarse a tener que casarse conmigo, milord, cuando eso tiene que ser lo último que desea?

Notó que la voz se le había elevado a un grito y se cubrió la boca con la mano.

—No lo último —dijo él, enfurecedoramente impasible—. La verdad es que preferiría casarme contigo a que me colgaran. ¿Y no es un «debería» equivalente a un «debe»?

—¡Esto no es un juego! —exclamó ella, tratando de pasar por un lado.

Él la detuvo, cogiéndole los brazos.

—¿Asegurarías que no has deseado eso? ¿Dirías que no deseas más, incluso ahora?

Mentir la rebajaría. Con los ojos fijos en la puerta, contestó:

—No. Pero no quiero quedar atrapada por esto, Ashart. Serías un horror de marido.

¿Le dolió eso, o sólo fue de rabia el encogimiento que creyó ver en él?

—Tienes razón, sin duda —dijo él, y la soltó.

Entonces sacó una guinea del bolsillo y se la tendió.

Ése era el trato. Ella no tenía ningún motivo para ofenderse, pero tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no arrojar lejos la moneda de una palmada o darle la palmada en la cara. Cogió la moneda y se la echó en el bolsillo.

—En nombre de Charlie, gracias, milord.

—Eso le servirá para uno o dos pastelitos —comentó él, y le tendió la mano en estilo formal—. ¿Vamos, señorita Smith? He creído oír el gong para la comida.

¿Tan sorda había estado al mundo? Deseó pasar por su lado sin hacerle caso. Deseó correr a su habitación a esconderse. Pero ninguna de esas cosas le servirían de mucho a la larga. Era mucho mejor convencerlo de que no tenía ningún efecto profundo en ella.

Colocó la mano en la de él, tratando de bloquear el poder de su contacto, y se dejó llevar.

24

Ashart condujo a Genova Smith a la planta baja tratando de recuperar el autodominio; si no, no estaría en condiciones para vérselas con Rothgar.

Esa mañana había despertado temprano en el magnífico dormitorio que le asignaran a pesar de lo inesperado de su llegada, y de pronto sintió la urgente necesidad de escapar. Encontró el establo y su yegua, y salió a cabalgar a galope tendido por la hermosa propiedad cubierta de escarcha.

Todas las elegantes curvas del terreno, todos los clásicos encantos, los sentía como burlas. «Mira lo que yo me puedo permitir y tú no», le decían.

Maldita su abuela por invertir el dinero en formas para atacar a los Malloren. No, maldito él, por permitirlo. Durante los cinco últimos años, por lo menos, podría haber estado al mando de sus asuntos. No había insistido, ni se había resistido a sus consejos de presentarse cada vez más esplendoroso en la corte.

Botones de diamante, por el mismísimo Zeus.

Aminoró el paso de Zampira y paseó la vista por el dominio de su primo. Era impresionante y elegante, pero él no tenía ningún deseo especial de tener algo similar. Lo que deseaba eran verdes campos cultivados, inquilinos, y una casa

cuyo estucado no se descascarillara en los rincones húmedos.

Se había pasado la vida echándole la culpa a los Malloren de todos sus problemas, pero ellos no eran los culpables de la mayoría de los que tenía en esos momentos. Tenía conciencia de que Fitz había influido en una buena parte de su cambio. Las despreocupadas observaciones de su amigo habían ido sacudiendo su mundo hasta que caló en él la comprensión de que una vida de ataques y venganzas no era la que deseaba.

La comprensión le llegó demasiado tarde. Ya había acompañado a casa a Molly Carew a la salida del baile de máscaras de Knatchbull. ¿Podía ser un complot Malloren todo ese asunto? Su apurada situación sería más fácil si lo fuera, pero había ido allí con la esperanza de que no lo fuera.

Cuando volvió a la casa desayunó en su habitación, usando el cordón para llamar, moderno artilugio que le gustaría instalar en sus casas. Después pasó el tiempo vagando por la Rothgar Abbey, hablando despreocupadamente con los criados cuando era posible, pero sobre todo absorbiendo historia y verdades actuales de las paredes.

No sabría decir si se había enterado de algo útil, aunque pasó un rato mirando la colección de figuras mecánicas de Rothgar. Ya sabía de ese interés de su primo. Estaba presente en la corte cuando Rothgar y el caballero D'Eon tuvieron una especie de duelo con figuras autómatas.

El embajador de Francia suplente obsequió al rey con una vistosa paloma de la paz, toda de plata, perlas y joyas, pero con un mecanismo muy simple que la hacía coger una ramita de olivo en el pico y extender las alas.

Un tonto podría haber considerado igual de simple la figura autómata de Rothgar, pues la formaban un pastor y una pastora que se besaban a la sombra de un árbol, pero estaba exquisitamente construida. Los movimientos eran suaves y muy complejos, pues los amantes se giraban a mirarse, se besaban, y la pastora levantaba la mano para acariciarle la mejilla a su amado. Al mismo tiempo en las ramas del árbol unos pajaritos trinaban, movían las cabezas y abrían las alas.

Le habría sido fácil considerar la sala de las figuras mecánicas un signo de Rothgar el gran manipulador, pero le reconoció el gusto, y también intereses que podían engranarse con los suyos. Los objetos mecánicos eran parte de la astronomía, después de todo, y los telescopios necesitaban complejos mecanismos.

Esos temas eran también antídotos excelentes para la pasión inconveniente, pero en ese momento no podía decir que le dieran resultado. Estaba agudamente consciente de la suave mano de Genova Smith en la suya, de su generoso cuerpo moviéndose grácilmente a su lado, del delicado perfume que usaba, y del otro más intenso e incitante que se estimuló en la biblioteca.

No se le había desarmado el moño, lo cual era una lástima. Sus cabellos habían acosado sus sueños esa noche. De todos modos, ella había hecho bien en detenerlo, y debía agradecer a los dioses que tuviera tanta fuerza de voluntad. Podría haber entrado cualquiera, y si los hubieran sorprendido, se habrían sellado sus destinos.

¿Cómo pudo descontrolársele así la pasión cuando su única intención había sido ver hasta dónde llegaría ella para distraerlo?

Si era ésa su finalidad.

Si era el instrumento de Rothgar.

Si no lo volvía tan loco como la pobre tía Augusta.

Tal vez hasta el aire de esa casa era tóxico para los Trayce, concluyó.

Cuando entraron en el comedor descubrieron que la mesa había aumentado en unos treinta comensales. Todos los asientos estaban ocupados, a excepción de dos, a la derecha de Rothgar.

Ash reconoció que su primo había tenido poca opción. Todos los presentes sabían de la disensión familiar, y cualquier asiento menos honorífico se habría considerado un desaire. En rango eran casi iguales, aunque Rothgar obtuvo el título de marqués unos cuantos años antes que él.

Cuando llevaba a la señorita Smith hacia ese lugar de honor, sintió en la mano un ligero apretón nervioso de los dedos de ella. Por primera vez le pasó por la cabeza la idea de que si ella estaba metida en sus asuntos por casualidad, todo eso tenía que resultarle tremendamente difícil.

Mientras se sentaban miró hacia los comensales más cercanos. Al frente estaban sentados sir Rolo y lady Knightsholme; él campechano y francote, ella atrevida, como lo demostró la sonrisa que le dirigió a él; ella era pariente de los Malloren, aunque lejana.

A su derecha estaba la señorita Charlotte Malloren, solterona de edad madura y una cotilla, con los ojos brillantes, los oídos aguzados sin duda para captar cualquier golosina jugosa.

Rothgar ofreció sopa de mariscos de una sopera que tenía delante, anunciando qué otras exquisiteses estaban re-

partidas por la mesa. Los lacayos estaban todos preparados para transportar fuentes donde fuera.

La señorita Smith se sirvió sopa de una manera que indicaba que no deseaba atraer la atención sobre ella. Ash declinó, molesto porque a ella se le hubiera domado tan fácilmente la osadía.

—Tengo entendido que ha estado disfrutando de mi biblioteca, señorita Smith —dijo Rothgar.

A ella casi se le cayó la cuchara dentro de la sopa. Ash se preparó para intervenir, pero Genova se repuso antes.

—Sí, milord.

—¿Disfrutó de algo en particular?

Ash tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir una sonrisa de diversión.

—Encontré interesantes los libros abiertos, milord —repuso ella, y él aplaudió en silencio.

—Trato de elegir páginas que estimulen el pensamiento.

—¡Usted! —se le escapó a ella, y se ruborizó, pero eso pareció volverla a la vida.

¿Qué habría en esos libros abiertos?, pensó Ash.

—Me sorprendió ver un texto bíblico que predica contra los ricos y poderosos, milord.

—Los ricos y poderosos deberían recordar siempre los peligros de su situación. ¿No estás de acuerdo, Ashart?

Pese a la sonrisa, la pregunta era afilada.

—¿Acaso no es la costumbre de los dioses derribar cualquier cosa que los amenace en grandeza? —repuso Ash.

—Y la venganza es mía, dice el Señor. ¿Pan, señorita Smith?

Ella declinó, pero tuvo la osadía de desviar la conversación.

—Encontré interesante la historia de lord William Malloren, lord Rothgar, aunque sólo sea porque al parecer no ocurrió nada extraordinario en su vida. Muy rara vez oímos algo de las voces calladas de la historia.

—Y por lo tanto tenemos una falsa impresión del pasado.

Ah, pensó Ash, ¿quería decir con eso que la historia de sus familias estaba equivocada?

—Sería tedioso leer las historias de gente corriente, ¿verdad? —comentó Maddie Knightsholme mientras retiraban los platos de la sopa.

A Maddie siempre le había gustado ser el centro de atención.

Mientras servían los platos principales, Ash tuvo que parar preguntas intrusas de la señorita Charlotte.

Ostras estofadas, rodaballo, pastel de pollo, pichón y conejo marinados en especias, guisantes. Cuando volvió la atención a los otros, las señorita Smith, Rothgar y los Knightsholme estaban enfrascados en una conversación sobre Italia.

—Pensar que podríamos habernos conocido en Venecia, cariño —dijo, ensartando el tenedor en una ostra—. Yo estuve allí en el cincuenta y cinco.

Ella lo miró, divertida.

—Yo también, milord, pero solamente tenía catorce años.

—Seguro que eras deliciosa a los catorce.

—Era una cría larguirucha y muy poco femenina.

—Entonces, lo menos que puedo decir es que has mejorado muchísimo.

—Ingeniosa reivindicación, señor. ¿Y tú? ¿Cómo eras a los dieciocho?

—¡Ya era un rompecorazones, señorita Smith! —terció Maddie Knightsholme riendo—. Nos encontramos con Ashart en Nápoles, ¿verdad Rolo? Letal, se lo aseguro, con ese sol mediterráneo. —Volvió su seductora mirada a Rothgar—. Me imagino que tú también rompiste corazones por Europa en tus tiempos.

—Maddie, me haces sentir anciano. Incluso Ashart ya debe de estar sintiendo la escarcha del tiempo.

—Y eso no lo podemos tolerar. ¿Qué sería el mundo sin las aventuras de Ashart para entretenernos?

Maddie Knightsholme era un auténtico peligro, pensó Ash.

—Pues sí —rió Charlotte—, supe que...

—Podríamos comer con historias del caballero D'Eon —interrumpió Ash bruscamente.

Maddie Knightsholme arqueó las cejas ante su tono, pero volvió su atención a su plato. La señorita Charlotte también se quedó callada. La atención de Ash estaba centrada en Rothgar. ¿Cómo reaccionaría?

Intervino sir Rolo, maldito él:

—Sí, hay que ver cómo están las cosas. Supe que el nuevo embajador lo despidió, pero él se niega a volver a Francia, el descarado mequetrefe. Me encantará verle la espalda. Demasiada intimidad con sus majestades.

Ash observó que Genova estaba perpleja y ligeramente escandalizada.

—Pareces confundida, querida mía. El caballero D'Eon era el embajador suplente de Francia hasta hace poco. Es un individuo muy intrigante, y se convirtió en un gran favorito en la corte, sobre todo de la reina.

—Muy inocentemente —terció Rothgar, en tono de advertencia.

—Ah, desde luego —dijo Ash—. Sin embargo, por mucho que fuera el favor de que gozaba aquí, no se puede decir lo mismo de Francia, donde al parecer se ha hecho de enemigos. Ha sido imprudente, pues al parecer malversaba fondos de la embajada. Es extraño —añadió, observando a Rothgar, quien, como bien sabía, era la causa de la caída del hombre—, parecía inteligente.

—¡Tan inteligente que se eliminó a sí mismo! —exclamó sir Rolo, al parecer sin captar las corrientes subterráneas—. Siempre ocurre lo mismo con estos tipos relamidos, tramposos. A mí que me den la campechana franqueza. Cáspita, me han dicho que este hombre se pone vestidos.

La expresión de la cara de Genova era impagable, pensó Ash, y había pasado el momento de coger a Rothgar con la guardia baja.

—Es cierto —le dijo—. Recuerdo que lo vi en un baile con una elegante túnica azul, y en el parque muy recatado vestido de gris y blanco.

—Hay quien dice que es mujer —terció la señorita Charlotte.

—Sin embargo, es un gallardo héroe de la guerra —observó Rothgar—, condecorado por su gran valentía. Y no es que pretenda sugerir que las mujeres no pueden ser valientes.

—No conozco a ninguna mujer que sea una experta con la espada —dijo Ash—, y D'Eon lo es. Tal vez el mejor de nuestro tiempo. Se rumorea —dijo a Rothgar—, que combatiste con él.

Era cuestión de un momento. Ash no tenía ninguna intención de batirse a espada con su primo, pero si lo hacía, deseaba ser el ganador.

—Informalmente —dijo Rothgar.

—¿Quién ganó?

Rothgar sonrió levemente.

—Decidimos que sería diplomático llamarlo empate. ¿Y tú?

—Nunca he tenido ese honor.

—Deberías probarlo. Un combate de esgrima con un maestro aclara la mente.

—Si uno vive para apreciarlo.

—Tener la mente clara en el cielo también es útil, no me cabe duda.

—Pero especialmente en el infierno.

—¡Que es donde merece estar ese Wilkes! —exclamó sir Rolo, zambulléndose en una perorata sobre los escándalos políticos.

Ash intervino en la conversación cuando lo consideró oportuno o necesario, muy consciente de que le habían hecho una advertencia. Probablemente Rothgar lo aventajaba con la espada y debía evitar esa vía. Hacía años que soñaba con ajustar cuentas con los Malloren derrotando a Rothgar en un duelo, pero deseando poder creer que podría.

Observó que Genova estaba con el ceño fruncido.

—Wilkes es un tipo aburrido, ¿verdad? —le dijo, y se sintió impulsado a añadir—. No te dejes agobiar por nuestras tensiones familiares. No hay nada que puedas hacer.

Ella lo miró a los ojos:

—¿Crees que es tan fácil eso?

25

Genova vio que Ashart imitaba su ceño, como si quisiera discutirle, pero entonces la dama mayor que estaba al otro lado de él requirió su atención.

Deseaba poder desentenderse de la batalla, porque empezaba a dolerle la cabeza, pero eso era difícil estando sentada entre los combatientes. Estaba claro que ese D'Eon era un personaje importante, y sus asuntos tenían que ver con la corte, con reyes e incluso con traición.

Ashart y Rothgar habían estado fintando con sus espadas nuevamente, explorando sus debilidades. A ella no le pasó inadvertido el punto de que Rothgar era casi con toda seguridad el más experto en duelos.

Bebió un largo trago de vino, mirando a los comensales, que parecían no darse cuenta de la lucha. Puesto que estaba alerta a los problemas, captó una expresión en la cara de la señorita Myddleton.

La heredera estaba sentada entre lord Walgrave y un joven de uniforme escarlata. Parecía estar disfrutando de la compañía, pero la mirada que dirigió a Ashart era semejante a la de una gata mirando la comida desde los bastidores.

No es pájaro para ti, pensó, pero sabía que no era cierto. Una heredera de buena cuna era exactamente el tipo de esposa que elegiría Ashart.

Los ojos de felino se encontraron con los de ella. La señorita Myddleton le sonrió, aparentemente en un educado interrogante. El compromiso falso le permitió a ella corresponderle con una expresión de advertencia, y disfrutó haciéndolo. Durante los días siguientes Ashart sería suyo, y la heredera bien podía guardarse sus zarpas para ella.

El asunto Wilkes había cedido el paso al arte ruso, y las fuentes con los platos principales se estaban reemplazando por postres salados y dulces.

Simplemente para afirmar sus derechos sobre Ashart delante de la heredera, Genova puso una mano sobre la de él.

—¿Has viajado a Rusia, milord?

Después de una sorprendida mirada, él le levantó la mano y se la besó.

—Llámame Ash, mi amor. Así me llaman mis íntimos.

Genova sabía que los ojos de la señorita Myddleton estaban fijos en ellos.

—Ash, entonces. Es una pena, eso sí, que evoque la imagen de fuegos apagados.*

Él arqueó una ceja y le hizo cosquillas en la palma con el dedo.

—Si quieres una prueba de que los fuegos no están apagados, cariño mío, sólo tienes que dar la orden.

Ella sintió correr la excitación por todo el cuerpo, pero la salvó lady Arradale, que reclamó la atención de todos:

—Amigos míos, veo que ya está con nosotros el regocijo navideño, pero primero hemos de traer las ramitas verdes.

Otras parejas habían estado dedicadas a juegos galantes, por lo que se oyeron gritos sobre verdes y ramitas verdes que hicieron reír a todos. Todo lo referente a «verde» eran eufemismos de «juego amoroso»; decir «una dama de vestido verde» significaba que dicha dama había estado con un amante sobre la hierba.

Si pasaba mucho tiempo con Ashart, ése sería su destino, pensó Genova.

—¡Y muérdago, por supuesto! —gritó el oficial joven, haciéndole un guiño a la señorita Myddleton.

Ella sonrió, pero sus ojos se dirigieron de nuevo a Ashart.

El oficial inició una canción:

A coger muérdago, jai, jo
al verde bosque vamos
mi hermosa dama y yo.

Otros hombres se le unieron, cantándole a su pareja. La señorita Myddleton tuvo que centrar su atención en la suya, como también tuvo que hacerlo Genova; a ella le ayudó el hecho de que Ashart tenía una excelente y hermosa voz de barítono.

Bajo el ramo de muérdago, jai, jo
se pone una osada moza
para tentar al hombre elegido.

El beso bajo el muérdago, jai, jo
que luego lleva a muchos hombres
a la dicha nupcial con su dama.

—Habrá suficiente muérdago —les aseguró la condesa riendo—. Sólo hace falta cogerlo, por lo tanto, ¡a trabajar!

—No todo el mundo está obligado a hacer el trabajo arduo —dijo Rothgar cuando los comensales se levantaron—, pero insistimos en que participen los solteros jóvenes. Hará falta su vigor para la tala y el transporte del tronco de Yule.

—¿Vigor? —preguntó Ashart en tono quejumbroso.

—Mi señora dice que en el norte se cree que cuantos más solteros viriles transportan el tronco, más fuerza se concede a la casa en que éste arde.

—Entonces tal vez yo no debería aportar mi vigor.

Descendió un inquieto silencio sobre la concurrencia. Pese a toda su alegre animación, estaba claro que todos conocían la enemistad entre los dos hombres.

—Me he preguntado —dijo Rothgar—, por qué esta costumbre presupone que los solteros viriles desean conservar su vigor.

Las risas rompieron la tensión, e incluso Ashart sonrió.

—Entonces aportaré mi poquito.

Restablecido el buen humor, todos salieron al gran vestíbulo en un torrente de risas y cháchara. Pero por debajo discurría el mismo tipo de fiebre que ella había experimentado una vez en Venecia, durante uno de los desmadrados festivales que se celebraban ahí. Recordaba haberse comportado con algo menos de prudencia de la debida.

No deseaba hacer eso. Tenía miedo de participar en un rito que, en realidad, era pagano, en el que estaría emparejada con Ashart. Miró alrededor, vio a las damas Trayce, que iban entrando en la Sala de los Tapices, y las siguió.

En eso la vio Thalia y le hizo un gesto de que se marchara.

—Genova, ¿qué haces aquí? ¡Tienes que salir con la gente joven!

—Estoy aquí para atenderlas...

—¡No fastidies con eso! Casi en cada puerta hay un lacayo. Vete, fuera de aquí.

Genova desistió. Consideró la posibilidad de esconderse hasta que todos se marcharan, pero se imaginó el resultado. Alguien, tal vez el propio Ashart, comenzaría a buscarla, y se daría cuenta de que se escondía concretamente de él.

Subió a su habitación a ponerse ropa adecuada para el aire libre, y se tomó todo el tiempo posible con la esperanza de que el grupo saliera sin ella. Pero cuando llegó a la escalera vio que todavía estaban todos en el vestíbulo.

Muy bien, pensó bajando la escalera y poniéndose los guantes, tenía que ganar guineas y se le había ocurrido la manera de acelerar el asunto.

La mayoría de las damas se habían puesto capas o gruesas chaquetas cortas de alpaca. La mayoría de los caballeros vestían chaquetón cruzado y entallado. Todos llevaban sombrero, guantes y zapatos fuertes; ninguno tenía el menor parecido con un labrador del campo.

De toda esa gente, tal vez ella era la más familiarizada con el trabajo arduo, y tal vez ése era el motivo de que se sintiera tan fuera de lugar. Se quedó rezagada, fingiendo admirar una estatua clásica, hasta que cayó en la cuenta de que no le mejoraría en nada la reputación estar mirando a un hombre desnudo.

Se alejó de ahí mirando alrededor, con la esperanza de ver a Portia o incluso a lady Arradale, y entonces vio a Ashart bajando por fin la escalera, pero con Damaris Myddleton cogida de su brazo. Los ojos de la heredera parecieron buscar los de ella, con el fin de hacerle ver su triunfo.

Ashart solamente había añadido sombrero y guantes a su atuendo. Tal vez no tenía ninguna prenda de abrigo aparte de su capa de montar, que sería demasiado pesada para una caminata. ¿Un marqués iba a pasar la Navidad con únicamente lo que llevaba en sus alforjas? Otra excentricidad Trayce.

La capa hasta la cintura de la señorita Myddleton estaba orlada, y probablemente forrada, con piel. Armiño, supuso Genova. Esperaba que la heredera se hubiera puesto medias de lana y añadido una o dos enaguas; sería una lástima si le salían sabañones.

Tratando de desechar los pensamientos mezquinos, se dirigió a encontrarse con ellos al pie de la escalera, para apoderarse del otro brazo de Ashart. Él le levantó la mano enguantada y se la besó.

—Una guinea, por favor.

Con una ceja arqueada, él sacó una del bolsillo y se la pasó.

—¿Le cobra por los besos, señorita Smith? —preguntó la señorita Myddleton, sorprendida.

—Es un juego —explicó Ashart, sin apartar los ojos de los de Genova—. Algo así como la rama de muérdago. ¿Y eso cuenta como un beso, señorita Smith?

—Si necesitas clases, señor...

—¿Una definición, tal vez?

—Eso sería tan difícil como definir a un marido leal.

—Las promesas hechas ante un sacerdote —terció la señorita Myddleton, apretando sus garras, o sea su mano, en la manga de Ashart.

De repente Genova sintió lástima por la joven.

—¿Y si no cumple esas promesas, señorita Myddleton? La ley no permite que una dama ponga fin a un matrimonio por eso.

—Es extraordinariamente difícil para un caballero —dijo Ashart—. Por lo tanto, es mejor considerar vinculantes los compromisos, pase lo que pase con las promesas nupciales.

—¿Por eso tú no te has comprometido, Ashart? —le preguntó la señorita Myddleton.

—Pero es que lo estoy. Con la señorita Smith. He dado mi palabra y la mantendré, a no ser que ella insista en recuperar su libertad.

Eso fue tan cruel como una puñalada; Genova tuvo que reprimir un gesto de dolor. La señorita Myddleton retiró bruscamente la mano, con dos manchas rojas en las mejillas. ¿No se había enterado, entonces? ¿O había preferido no creerlo?

—Debo desearles felicidad a los dos, entonces —dijo, en tono demasiado agudo.

—Debe —dijo Ashart, mirando a Genova.

—Debe —repuso Genova.

Después que la heredera se alejó a hablar con otros, Genova dijo:

—Eso fue innecesariamente cruel.

Él abandonó la actitud amorosa.

—¿Se ha conmovido tu blando corazón? Damaris Myddleton no intentaría hincar sus uñas de gata en el simple señor Dash.

—¡Quién sabe!

Pero era probable que él tuviera razón. La señorita Myddleton podría sentirse atraída por el apuesto señor Dash, pero no invertiría su fortuna en él.

En eso se les acercó el joven oficial.

—Estamos planeando la mejor manera de cortar el tronco de Yule, Ashart. ¿Querrás aconsejarnos?

Lo más probable era que lo hubieran enviado a arrastrar al soltero renuente. Haciéndole una inclinación a ella, Ashart partió con él hacia el grupo de hombres.

Aún no bajaban lady Arradale ni Portia. Era posible que no se unieran al grupo, pensó, puesto que tradicionalmente sólo personas solteras llevaban ramitas verdes a la casa. Pero lord Bryght estaba ahí con los hombres, y en ese momento lord Rothgar iba caminando hacia ellos.

—Señorita Smith.

Se giró y tuvo que reprimir un suspiro. Era Damaris Myddleton la que venía acercándosele.

—Me han dicho que ha pasado bastante tiempo en el mar —dijo la joven—. Lo encuentro fascinante. Espero oír alguna de sus historias.

Genova reconoció la magistral táctica. La franca rivalidad no llevaría a ninguna parte a la señorita Myddleton, por lo tanto ahora se proponía convertirse en su confidente.

Cuando las estrellas cayeran al mar.

—Me encantaría contárselas —contestó amablemente—, pero su vida sería igualmente fascinante para mí, señorita Myddleton.

—Entonces le contaré historias de los salones elegantes a cambio de las suyas de tierras extrañas.

La sonrisa de la señorita Myddleton fue un excelente simulacro de amabilidad, pero Genova detectó la acritud al decir la palabra extrañas. Le decía claramente que ella estaba fuera de lugar en ese ambiente. El hecho de saberlo ya no le mejoró el humor.

—Eso será encantador, no me cabe duda —dijo, sin intentar parecer sincera.

Los ojos sesgados se entrecerraron.

—Lady Thalia dice que usted luchó contra piratas berebéres.

—Lady Thalia tiende a exagerar.

—Pero no mucho, creo. También dice que usted es formidable. De eso estoy segura. Pero he de decirle que tengo la intención de casarme con Ashart, y que me creo capaz de conseguir lo que deseo.

Tal vez una mujer mejor habría dicho la verdad, pero Genova replicó:

—Es usted muy dueña de intentarlo.

—Ah, pues sí que lo haré. Cuento con la aprobación de su abuela.

Ésa era un arma pesada, y no le cabía duda de que la señorita Myddleton lo sabía.

—Claro que no esperaba encontrarlo aquí —continuó, mirando a su presa que estaba en el otro extremo del grandioso vestíbulo—, pero ésta me parece una excelente oportunidad para dejar resueltas las cosas.

Genova se sintió enteramente fascinada, e incluso un tanto admirada. A la mayoría de las mujeres de alcurnia se las formaba en tomar el camino indirecto, a recurrir a ardides y recatada coquetería para conseguir aquello que de-

seaban, o a depender de que un hombre les diera lo que deseaban.

—¿No le resultará difícil entrar por matrimonio en una familia tan reñida con los Malloren?

La señorita Myddleton volvió la vista a ella.

—No soy una Malloren, y en todo caso, el hecho de que Ashart esté aquí significa que ha acabado la enemistad.

—No ha acabado. No haga nada por crear más dificultades.

La joven la miró atentamente, con expresión alerta e inteligente. Incluso podría ser una buena marquesa para Ashart, en especial si no lo acosaba y dejaba que él la cazara a ella y su fortuna.

—¿Dificultades para quién?

—Para todos, pero en particular para Ash.

Ese apodo íntimo se le escapó y desbarató cualquier posibilidad de acuerdo entre ellas.

—Jamás le crearé dificultades a Ashart, lo que es más de lo que se puede decir de usted, señorita Smith. Puede que aquí acabe una amarga desaveniencia, pero el matrimonio incorrecto creará otra. Distanciará a Ashart de su abuela, de la mujer que lo crió. Se quieren muchísimo.

Dicha esa salvedad, la señorita Myddleton se alejó pisando fuerte mientras Genova hacía ímprobos esfuerzos para que no se le notara el efecto de aquellas palabras. Casi con toda seguridad, la gata cazadora tenía razón, maldita ella.

Entonces recuperó el juicio. Nada de eso importaba, porque su compromiso era falso. Probablemente Ashart se casaría con Damaris Myddleton, y por lo menos la heredera tenía agallas para hacerle frente. Él necesitaba eso.

Se abrieron las puertas para que salieran. El aire fresco, frío, fue un enorme alivio. Ashart se le acercó.

—¿Te sientes bien?

—Sí, muy bien —repuso ella tranquilamente, pasando el brazo por el de él—. Tal vez un poco atontada por la comida y el vino.

Era el momento de poner por obra su plan. No se creía capaz de aguantar mucho tiempo ese compromiso falso.

—Un poco de ejercicio vigoroso al aire libre será el condimento del «debemos» —dijo.

Riendo, él le dio un rápido beso y le metió una guinea en el bolsillo, a escondidas de los demás, pero deslizando la mano de una manera que a ella no le podía pasar inadvertida.

Ella estuvo a punto de flaquear, pero continuó adelante con su plan.

—Me alegra que los ingleses no uséis bigotes —dijo, cuando iban bajando la escalinata—. El «debemos» picaría.

—Deduzco una vasta experiencia —dijo él deteniéndola a la mitad de la escalinata para besarla más concienzudamente, y el deslizamiento de su mano el meterle la guinea en el bosillo fue más firme y seductor—. Estás haciendo trampa, mi gatita.

Continuaron bajando y ella vio que todos tenían los ojos fijos en ellos, pero en actitud indulgente.

—No hemos establecido ninguna regla —dijo—. Así que «no debes» poner objeciones. ¿Estoy agotando tu fortuna?

—Ah, no te preocupes —dijo él al llegar al suelo de gravilla, atrayéndola a sus brazos—. «Debo» ser capaz de pagar el precio.

Cuando se encontraron sus labios, Genova notó algo ya conocido. Sus labios y su cuerpo se amoldaban a los de él sin ella pensarlo. Había llegado a esa fase con Walsingham; les había llevado semanas llegar a eso. Se apartó.

—Me robaste uno que yo había preparado, pero no importa. Sólo se necesitan las palabras debes, debes, debo, debo, debemos, debemos —canturreó, alejándose saltando.

Él la persiguió, le dio alcance y la miró con los ojos brillantes. Eso iría de maravillas para convencer a todo el mundo de que eran novios muy enamorados, comprendió ella.

Esperaba otros cinco besos.

Él le besó la mano, continuó por la manga hasta depositarle el último beso en la sensible piel del cuello. Era el momento ideal para tomar un respiro y saborear la dulzura de ese beso.

—Si sigo echando monedas, podríamos despertar dudas —le susurró él muy cerca del oído—. ¿Qué «debo» hacer?

Ella se desprendió de sus brazos y se arregló la caída de la capa.

—Llevaré la cuenta de lo que me debes.

—No me cabe duda —sonrió él.

—El día está precioso —comentó ella, alejándose unos pasos y paseando la mirada por la propiedad dorada por el sol. Necesitaba recuperarse antes de pasar a la siguiente incursión—. El ejercicio al aire fresco es muy vigorizante.

—Efectivamente.

Teniendo recuerdos de Malta, ella entendió la insinuación.

—No en Inglaterra en diciembre, señor.

—Pero me das esperanzas para el verano.

—En verano, supongo que ya estarás casado con la señorita Myddleton.

Él arqueó las cejas.

—¿Eso supones? Te he buscado a ti para defenderme.

—Vamos. ¿Quieres continuar seis meses este compromiso falso? —A ella la destrozaría. No, la derretiría. La evaporaría.

—¿Por qué no? Una armadura siempre es útil.

—Me temo que no puedo complacerte. Tengo intenciones de casarme, y pronto.

—¿Por qué?

—Tengo veintitrés años.

—No es una edad desesperada.

Ella no vio ningún mal en decirle la verdad.

—Mi padre se volvió a casar, y me gustaría tener casa propia. De hecho, esperaba encontrar caballeros apropiados aquí.

—Y yo te estorbo. Lo comprendo, pero siendo el aristócrata egoísta que soy, pretendo hacerte cumplir la palabra.

Eso la estremeció, pero claro, él sólo se refería a unos pocos días. En eso vio a la señorita Myddleton mirándolos, y elevó una oración rogando que ella nunca delatara así sus hambres.

—No te cases con la señorita Myddleton a no ser que la ames, Ash.

Pero bueno, ¿de dónde le salió ese consejo tan absolutamente impropio?

—Ella no te agradecerá eso —dijo él, al parecer, pensando exactamente lo mismo.

—Podría. Algún día.

—¿No se te ha ocurrido pensar que yo trataría de ser un buen marido?

Sorprendida por el tono duro, lo miró atentamente:

—Perdona. Pero es que ella se enamorará de ti, ¿sabes? ¿No entiendes el poder de tus atractivos?

—Debo casarme. ¿Qué solución me ofreces, oh fuente de sabiduría?

El tono la pinchó, así que le devolvió el pinchazo:

—Ruega sentir amor, milord, pero mientras tanto prueba la castidad.

Él se echó a reír.

—Creo que eso tiene más posibilidades de generar desesperación. ¿Y a qué locuras me arrojaría entonces?

Por desgracia, Genova entendió perfectamente lo que quería decir.

El grupo ya estaba ordenado y se les ordenó atravesar la extensión de césped en dirección a un grupo de árboles distantes. Por algún motivo, tal vez por tacto romántico, a ellos no les exigieron caminar con el resto.

Eso no iría bien, pensó Genova, y apretó el paso detrás de ellos.

26

Los alientos seguían formando una tenue nube en el aire, pero el sol calentaba su piel. El aire estaba muy fresco, como nunca en verano. Genova hizo una inspiración profunda, tratando de quitarse la locura de la mente. La causa de su locura le dio alcance y cogió su paso.

—¿Huyes? ¿Nueve besos han sido demasiados para ti? ¿Deseas acabar el juego?

—Acabaré el juego si aceptas mantener a... ese niño —dijo, evitando diplomáticamente decir «tu hijo». —Al no contestar él, lo miró—. ¿Por qué no? Sé que ya mantienes a otros hijos bastardos.

—¿Quién demonios te dijo eso?

—¿Importa?

—Tal vez no. No puedo asumir la responsabilidad del hijo de Molly Carew.

Ella se detuvo a encararlo.

—¿Por qué?

Vio encenderse la furia.

—Porque hacerlo se consideraría un reconocimiento de que Molly dice la verdad, que el hijo es mío. Y no lo es.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro de eso?

—No tengo la menor intención de explicarme ante ti, señorita Smith. Debes simplemente aceptar mi palabra.

Si la idea no hubiera sido ridícula, lo habría sacudido.

—No tienes por qué proteger mi inocencia. Sé qué hacen los hombres para evitar engendrar un hijo.

Al ver su sorpresa, deseó no haber dicho esas palabras, pero ¿por qué el mundo insistía en que estar soltera significa abismalmente ser ignorante?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

Ella se giró y reanudó la marcha.

—No tengo la menor intención de explicarme ante ti, milord. Debes simplemente aceptar mi palabra de que no soy una mujer deshonrada.

Él también reanudó la marcha, a su lado.

—No he dicho nada de deshonra. Si no eres virgen, Genova, los próximos días podrían ser muchísimo más interesantes, y debes de saberlo.

—¿Debo?

—No pago prenda por eso, pero tú, en cambio, sí.

La detuvo, besó sus dedos enguantados y luego se los pasó por los labios.

—Debo siete —dijo.

¿Cómo podía esa suave caricia ser tan aniquiladora como un apasionado abrazo? Se volvió y apretó el paso. Le había causado una impresión equivocada y tenía la sensación de que se le hubiera caído la armadura. Sólo Dios sabía qué haría él a continuación, y cómo reaccionaría ella.

—Es muy estimulante ser considerada una mujer inicua —dijo para corregir las cosas—, cuando me he pasado la vida encerrada en la virtud.

—Una santa no besa como tú, Genova.

—¿Ni siquiera si está casada?

—¿Eres viuda?

Ella detectó sorpresa y estuvo tentada de dejar que creyera eso. Pero no serviría.

—Estuve comprometida para casarme.

Él volvió a detenerla, suavemente, con expresión verdaderamente compasiva.

—¿Él murió?

Ella desvió la cara, mirando sin ver un retorcido árbol sin hojas. No quería hablar de Walsingham.

—Vive. Rompí el compromiso. —Y el resto le salió solo—: Y con eso le rompí el corazón. Ya ves lo inicua que soy.

Nunca le había dicho a nadie la vergüenza que sentía por haber tratado con tanta crueldad a Walsingham.

—¿Por qué le pusiste fin?

¿Por qué no podía negarse a contestar esa pregunta?

—Porque no lo amaba —dijo, suspirando—. Porque creía que uno debe casarse por amor.

—¿Creías?

—Creo —corrigió ella, y se volvió a mirarlo, porque seguía creyéndolo, a pesar de todo.

—Extraordinario. Supongo que tus padres se amaban idílicamente.

Ella alzó la barbilla ante su tono.

—Se amaban. No es una situación insólita.

—¿No?

—Lord Rothgar y lady Arradale se aman, están enamorados.

Ella esperaba una respuesta frívola, pero él dijo:

—Tal vez.

—Y lord y lady Bryght también.

—Y yo que lo habría creído un cabrón tanto o más cínico como yo. Te concedo el punto. Lo mismo vale para Walgrave, por lo que he visto, y él y yo solíamos cazar en el mismo grupo.

—Y piensa en Thalia. Enamorada después de sesenta años.

—Tal vez.

—¿Puedes dudarlo?

—¿Acaso el amor no tiene que ser puesto a prueba por la realidad y el tiempo, si no es sólo un sueño?

Ella lo miró pestañeando.

—Tienes razón.

—De tanto en tanto la tengo. Y en la mayoría de los casos, el amor no pasa el examen.

—En eso no tienes razón. Supongo que tus padres no amaban.

—Ah, sí, intensamente, pero no el uno al otro. —Le cogió la mano, la puso en el hueco de su codo, y echaron a andar detrás de los demás, que ya estaban a una distancia peligrosa—. Mi padre amaba el vino y los dados, una combinación desafortunada, habrás de reconocer. Mi madre amaba a otro hombre, pero la obligaron a casarse con mi padre. Cuando él murió, se casó con su verdadero amor y se marcharon al extranjero.

—Triste historia, pero amaba.

—Pero ten lástima del pobre niño que tal vez deseaba ser amado también. —Se detuvo—. Aunque sólo el diablo sabe por qué habría de importarme eso. No la veía casi nunca antes de que muriera mi padre.

Un fuerte golpe hizo temblar la tierra.

—Lástima y ay de mí —dijo él—, han derribado el tronco de Yule sin mi vigor. ¿Caerá la casa de Rothgar con un golpe que haga temblar la tierra igual? Vamos, no nos perdamos el drama.

Le cogió la mano enguantada y echó a correr hacia los árboles, tirando de ella. Ella se cogió la falda y echó a correr también, todavía aturdida por sus palabras. Eran palabras ciertas, dolorosas, palabras que tal vez jamás había dicho a nadie.

Era posible que él lamentara haberlas dicho, pero por todos esos motivos y muchos otros, ella las guardaría en su corazón y en su mente como un tesoro precioso.

Entraron en la parte boscosa y en la carrera ella casi tropezó con una rama. Él la rodeó con un brazo y la levantó haciéndola saltar por encima de un montón de cápsulas podridas que había bajo una rama baja.

—¡Para! —exclamó ella, resollante.

Él la cogió en brazos y continuó corriendo.

—¿Qué has hecho de tu vigor, Genova, mi amor?

Ella se rió con la boca pegada a su hombro, todavía con la respiración resollante. Era risa, o tal vez llanto. Era como si la tierra se hubiera abierto y hubieran caído los dos en otro mundo más profundo.

El perverso pendiente destellaba ante sus ojos. Su hermosa mandíbula, ligeramente oscurecida, estaba lo bastante cerca para acariciarla, lo bastante cerca para besarla. Su aroma ya le hacía girar la cabeza.

Él bajó la vista y la miró. Se detuvo y se quedó inmóvil, reflejando en su cara, seguro, sus locos pensamientos. El mundo pareció desvanecerse y ella se estremeció, de miedo

tanto como de cualquier otra cosa. No deseaba sentirse así. No deseaba sentir eso por ese hombre, no, cuando no los conectaba nada aparte de unos hilos artificiales.

Pero ¿era cierto?

Él desvió la mirada y reemprendió la marcha a largas zancadas.

—¡Por fin!

Genova giró la cabeza y vio que habían entrado en un claro y todos los estaban observando divertidos. Todos, a excepción de Damaris Myddleton, lógicamente.

Lord Rothgar fue el que exclamó «¡Por fin!». Atónita vio que él estaba en mangas de camisa sólo con el chaleco encima, y su esposa tenía en los brazos su ropa de abrigo, haciendo de doncella.

Vio a otros hombres en el mismo estado informal, y a otras mujeres cargadas con ropa. A pesar del aire frío, algunos se habían quitado incluso la corbata y estaban con la camisa abierta. Uno se había arremangado.

Los caballeros estaban haciendo de leñadores por ese día. Los verdaderos leñadores, vestidos con su basta ropa y sus pesadas botas, observaban el espectáculo de muy buen humor. Para ellos tenía que ser un regalo la posibilidad de contemplar a los señores haciendo el trabajo.

Un tronco de casi dos palmos de diámetro estaba atravesado de lado a lado en el claro. Estaba cortado toscamente por un extremo, y algo mejor por el otro, y sin las ramas. Sin embargo, Genova, aun con sus ojos inexpertos, tuvo la certeza de que ese árbol ya llevaba bastante tiempo muerto y había sido esmeradamente preparado para la tala ceremonial.

Ash la depositó en el suelo de una manera que le produjo estremecimientos de conmoción, y no sólo a ella. Lo apartó de un empujón, como reproche, y él retrocedió más lejos de lo que lo había enviado el empujón.

A pesar de su sonrisa, el lobo había vuelto. Por lo que él le había revelado, ella comprendió que había retrocedido con rabia, o dolido, pero le frunció el ceño de todos modos. Era la única reacción apropiada.

—Espero que te quede vigor suficiente para serrar —dijo lord Rothgar, apuntando hacia la enorme sierra para dos manos.

Dos huéspedes, lord Theo Dacre y el señor Thomas Malloren, le pareció a ella, cogieron la sierra e iniciaron la tarea de hincarla en la madera, uno empujándola y el otro tirándola.

Ash se quitó la chaqueta con un aire ligeramente desdeñoso y se la tendió a Genova. Ella la cogió, resistiendo la necesidad de hundir la cara en ella para aspirar su aroma.

—Me parece que yo puedo hacer de doncella con más facilidad que tú de carpintero, milord.

Él quitó el alfiler de la corbata y se desenvolvió la larga tira de suave tela orlada con encaje.

—¿«Hacer» de doncella? —le dijo mientras se la envolvía en el cuello. Luego sujetó los extremos con el alfiler enjoyado, rozándole la garganta con los dedos—. Creí haberte oído asegurar que eras pura —le susurró, sus ojos fríamente insinuantes.

Ella pasó por alto el comentario.

—La carpintería es una noble vocación, eso sí —dijo él en voz alta—. Incluso santa.

Se abrió el cierre de la camisa, después se quitó los gemelos y se arremangó, dejando a la vista unos brazos de largos y fuertes músculos. Genova se sintió como si él le hubiera tendido una trampa; no podía apartar los ojos de sus brazos, de su cuello y de ese pecho que se imaginaba tan bien.

—No me atrevo a intentar la santidad —continuó él—, pero soy experto en nobleza.

Genova salió del trance y vio a la señorita Myddleton al otro lado del claro, cargada con la casaca escarlata del teniente Ormsby, mirando a Ash con una ceñuda expresión hambrienta. «¡Cuidado! —deseó gritarle—, «guárdate del lobo que te comerá entera.»

Cuando volvió a mirar, Ash iba caminando hacia el tronco. Uno de los hombres le dijo algo sonriendo; él se echó a reír y le contestó con un gesto de aprovación.

Genova apretó la chaqueta contra sí misma, temerosa de que se estuvieran riendo de ella, aunque sabía que no podían ser tan groseros. Al menos no donde podía oírlos.

Se esforzó en no demostrar ninguna emoción, deseando tener la mitad de la habilidad de actor de él, deseando no estar enamorándose de ese hombre imposible.

27

«Uy, ahora no, por favor», gimió Genova para sus adentros al ver acercarse a la señorita Myddleton.

—Veo que le ama —le dijo la señorita Myddleton.

Genova se defendió por instinto:

—Supongo que eso es lo normal cuando dos personas piensan casarse.

La señorita Myddleton se volvió a mirar a los aserradores.

—¿Sí? La gente se casa por fines prácticos todo el tiempo.

—¿Qué piensa hacer usted?

—Casarme con Ashart.

Genova deseó arrearle una sacudida.

—Uno no se puede casar con un hombre sin su colaboración.

La heredera continuó con los ojos fijos en su presa.

—¿No?

Genova no sabía si la impulsaba la preocupación por Ashart o por la joven, pero tenía que advertirla.

—Señorita Myddleton, sería imprudente casarse con un hombre que no está bien dispuesto. Eso lo inclinaría naturalmente a ser desagradable.

Damaris Myddleton frunció el ceño. ¿La había oído y entendido?

—Los hombres pueden ser muy estúpidos.

—Muy cierto, pero las mujeres también. Piense en lady Booth Carew.

Los ojos de gata se volvieron a mirarla.

—Una boba engreída.

—Exactamente, porque obligar a Ashart a casarse, si se pudiera lograr, sería como encerrarse en una jaula con un lobo hambriento.

Los ojos felinos se agrandaron, pero tal vez no del todo alarmados. Desgraciadamente Genova la comprendió. La cordura le decía que se mantuviera alejada de Ashart todo lo posible, pero muy poco de ella parecía estar regido por la cordura esos días.

Los dos primeros hombres soltaron la sierra, sudorosos, y la ofrecieron a otros. Inmediatamente Ash cogió un extremo y el teniente Ormsby se dirigió a coger el otro, pero Rothgar se le adelantó y le quitó el lugar.

—¿Y qué hay de la energía sin explotar? —preguntó Ash.

—El simple rango nos ha de dar fuerza.

Los dos emprendieron la tarea, empujando y tirando de la sierra, avanzando el corte del tronco. Dada la disensión familiar, eso podría haber sido una competición, pensó Genova, pero eso era imposible. Para lograr algo, tenían que trabajar en armonía.

Genova rogó que Ash comprendiera esa lección, pero lo dudaba. Descuidado por padres casquivanos, criado por una abuela amargada, mimado por el rango y la riqueza,

podría ser exactamente el tipo de hombre que disfrutaba con el caos.

El teniente Ormsby exigió su turno, revelando en la mirada que dirigió a Damaris Myddleton que deseaba impresionarla. Era un joven de fina estampa, pero su causa estaba perdida. Igual podría haber sido invisible ante la brillante luz de Ashart.

Ash volvió hasta ella jadeante y con aspecto glorioso. Ella se quitó la corbata del cuello y le secó la sudorosa frente con ella, consciente del primigenio instinto de mimar y adueñarse. Bien podía decirse que deseaba impedir que la señorita Myddleton cometiera una tontería, pero en realidad estaba sucumbiendo a una fuerza tan natural e irresistible como un huracán o un maremoto.

Él le agradeció con una pícara sonrisa que le hizo flaquear las piernas, aun sabiendo que era puro artificio. Él se puso la corbata alrededor del cuello, la atrajo hacia él con un brazo y le pagó con un beso.

Genova tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no abrazarlo, estrecharlo más contra ella y exigirle el tipo de beso que ansiaba.

—Creo que son ocho las guineas que me debes.

—Pero aún faltan muchas para cubrir lo que necesitas, ¿verdad?

Después él fue a ayudar a cargar el tronco en una carreta tirando cuerdas y poleas. Ella se quedó observándolo, sin importarle lo que pensaran los demás. Lo bueno de ese falso compromiso era que le permitía disfrutar de la vista de su musculoso cuerpo estirándose y aplicando fuerza como un magnífico animal.

En aras de la cordura, desvió la vista y vio a los leñadores sonrientes. Estaban disfrutando del espectáculo, pero no se veía en ellos rencor ni mala voluntad. Según la Biblia, se puede juzgar a un árbol por sus frutos, algo que ella siempre había considerado muy acertado. En la armada siempre se podía juzgar a un capitán por su barco y su tripulación. A juzgar por su tierra, sus criados e inquilinos, el marqués de Rothgar era un buen señor.

¿Qué se podría decir del marqués de Ashart?

Cuando el tronco estuvo instalado en la carreta, los sudorosos caballeros bebieron de un jarro de cuello largo, pasándolo de mano en mano. Ash bebió largamente, con la cabeza hacia atrás dejando ver las ondulaciones en su fuerte garganta.

El jarro fue a parar a manos de los leñadores, quienes después de beber saludables tragos gritaron a coro:

—¡Dios les bendiga, regocijados señores, por Navidad!

Los hombres fueron a reclamar sus ropas. Cuando Ash volvió a su lado, Genova le pasó la chaqueta y los guantes y aprovechó la oportunidad para hacerle la pregunta que le había estado dando vueltas en la cabeza:

—¿No deberías estar en tu propiedad para Navidad?

—Mi abuela se ocupa de todo allí.

—Eso no contesta mi pregunta.

Él la miró con expresión toda marqués.

—La pregunta es impertinente.

—Contéstamela de todas maneras.

Él meneó la cabeza, atónito. Pero ella no se acobardó. En su nuevo mundo él no era un marqués. Era un hombre no diferente de los jóvenes oficiales de marina que habían sido sus amigos.

—A mi abuela le hace bien el trabajo, es su vida. Si yo interviniera y se lo quitara se debilitaría, se enfermaría, entraría en su ocaso.

—Pero ¿cómo ocurrió eso?

Con el aire de quien quiere complacer a una lunática, él contestó:

—Se casó con mi abuelo hace sesenta años, señorita Smith. Desde entonces ha sido la dueña de Cheynings. Por lo visto al abuelo le interesaba muy poco la administración de la propiedad. Era soldado y cortesano. Ni a mi tío ni a mi padre les interesaban para nada sus propiedades, aparte de los ingresos que daban.

—Tu abuela crió a sus hijos. Podría haberlos formado para sus tareas.

—¿No respetas ningún límite?

Ella no se amilanó.

—No con amigos.

Algo pasó por la cara de él, ¿enfado tal vez?, y desvió la mirada.

—Nos van a armar con cuchillos y cestas —dijo.

Consciente de haber dicho más de lo que querría haber dicho, Genova fue a coger una de las cestas. Cuando se incorporó, Ash estaba a su lado con una podadera envainada en la mano.

—No sé cómo criaron a mi tío —dijo—, pero nunca se pensó que mi padre pudiera heredar el título. Su profesión era el ejército. —Pasado un momento añadió—: Yo sólo tenía ocho años cuando murió mi padre. Afortunadamente mi abuela tuvo la habilidad para administrar mis propiedades.

Pero la viuda lady Ashart no crió a Ash para que la suplantara, tampoco lo hizo con sus hijos, pensó Genova. Formuló con sumo cuidado la siguiente pregunta:

—¿No se cansa de trabajar? Debe de tener la edad de Thalia.

—Le gusta, el trabajo es su vida. ¿Qué otra cosa imposible estás pensando ahora, Genova Smith?

Ella tuvo que decirle la verdad.

—Que es hora de que la alivies de sus labores.

Se preparó para el rechazo, incluso para un estallido de ira, pero él simplemente miró hacia otro lado y ella lo oyó decir en voz baja:

—¿Y si eso fuera robarle la vida?

Su comprensión de él profundizó otro poco más, como había ido profundizando toda esa tarde. Deseó estrecharlo en sus brazos. Deseó sentarse con él a hablar de esas cosas hasta que todo estuviera resuelto. Deseó...

Lady Arradale interrumpió sus pensamientos como unas tijeras cortando seda.

—¡Y ahora a recoger ramitas verdes!

Genova miró alrededor, mareada, casi con náuseas, como si hubiera estado bajo un sol abrasador demasiado tiempo. Todas las damas tenían cestas y todos los hombres, podaderas. Vagamente pensó que los hombres armados podían ser peligrosos.

No podía soportar ninguna insinuación de peligro para Ash. Si pudiera, lo envolvería en franelas y no le permitiría correr ningún riesgo nunca más. Estaba loca de remate.

Todos se dispersaron por entre los árboles, desprendiendo largas ramas de hiedra y cortando ramitas de acebo. Ge-

nova hacía su parte, pero se sentía distanciada, como si tuviera fiebre. Ash bromeaba, embromaba y coqueteaba como si estuviera entre amigos.

Todos deseaban ir a cortar ramitas de muérdago, pero lady Arradale se mantuvo firme hasta que estuvo llena la carreta.

—Ahora podemos ir al huerto —dijo entonces.

Muchos lanzaron vivas y alguien comenzó nuevamente a entonar la canción del muérdago.

A coger muérdago, jai, jo
al verde bosque vamos
...

—Pero cuidado —dijo Ash cuando terminó la canción—, porque el muérdago puede matar incluso a héroes invencibles.

Ya iban saliendo del bosque, en grupos pequeños, todos riendo animadamente. En la distancia se elevaba imponente la casa, y tendrían que pasar por un lado de ella para llegar al huerto.

Genova y Ash iban con lord Rothgar, Damaris Myddleton y el siempre esperanzado teniente Ormsby. Nuevamente Genova estaba entre los dos marqueses. ¿Estaba desequilibrada que temía peligro? Probablemente era el efecto del crepúsculo que ya iba cayendo sobre ellos.

El cielo se había oscurecido, y el sol comenzaba a ponerse detrás de unas nubes. No creía que fuera imaginación suya que el aire se hubiera vuelto más frío, que un frío húmedo se colaba por los zapatos y por debajo de las capas.

O tal vez el temblor que sentía en la piel se debía al comentario de Ashart sobre héroes muertos y el tono en que lo hizo.

—¿Porque es venenoso? —preguntó.

Contestó lord Rothgar:

—Porque el muérdago mató a Balder, y Balder no era un simple héroe sino un dios. Eso es lo que quisiste decir, ¿verdad, Ashart?

—Exactamente. Pero podríamos decir que a Balder lo mataron debido a los actos de su madre.

Madre. Genova tuvo la clara impresión de que acababa de comenzar otro duelo.

—¿Qué actos? —preguntó la señorita Myddleton, que se había colocado al otro lado de Ashart.

—Primero la madre de Balder suplicó a los dioses que le permitieran jurar que ningún ser vivo le haría daño.

—¿Cómo pudo ser malo eso? —preguntó Genova—. Cualquier madre haría eso si pudiera.

—Pero ella omitió el muérdago, por considerarlo demasiado débil para ser peligroso. Típica idiotez femenina.

—Y en las veladas ociosas —dijo Rothgar—, los dioses se divertían tratando de matarlo. Típica idiotez masculina.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Genova, pensando qué peligros ocultos podría contener esa conversación.

—Imaginaos, si os place —dijo Rothgar, en el tono de un narrador entreteniendo a su público—, una velada normal y corriente en Asgard, el Palacio de los Dioses. Corre generoso el aguardiente de miel y reina la euforia. A falta de una diversión mejor, los dioses arrojan flechas al afortunado, e incluso le entierran afilados cuchillos.

—Qué evocador de la Corte de Saint James —rió Ash.

—Chh —lo hizo callar lord Rothgar, aunque con los labios curvados—. Balder no sufre...

—¿Puedo expresar mis dudas?

—... hasta que Loki, envidioso de su buena suerte...

Loki. Genova tuvo que reprimir una exclamación.

—La buena suerte, fíjate —observó Ash—, de ser sometido a constantes ataques. Qué semejante a la vida de un favorito en la corte.

—Los afortunados tienen que estar siempre en guardia —convino Rothgar—. Balder carecía de ese conocimiento y ved lo que fue de él. Loki, creo que recordáis a Loki, cuya única finalidad era sembrar discordia...

—Todos reconocemos el tipo.

—Nada de nombres, primo.

Genova ya tenía la cabeza hecha un torbellino.

—Loki cortó una rama de muérdago y de ella hizo una lanza. ¿Quería matar, o simplemente lo dominaba el espíritu travieso?

—Pero nadie podría hacer una lanza de muérdago —interrumpió Genova—. Es una enredadera.

—Implacablemente práctica —dijo Ash—. Esto fue antes de la edad moderna, antes de Cristo. Una historia dice que la Cruz estaba hecha del árbol del muérdago, al que entonces una maldición lo convirtió en la débil planta que es ahora, que necesita chupar vida de otros árboles para poder vivir.

—En ese caso la madre de Balder no lo habría omitido.

—Implacablemente práctica —repitió Ash—. La lógica no influye en la finalidad de esta historia, Genova.

Ella había discutido porque presentía que vendría algo desagradable. Se obligó a guardar silencio.

—Loki hizo esta arma —continuó Rothgar—, pero no la arrojó él. Lo que hizo fue convencer al hermano ciego de Balder, Hodur, de que la arrojara, diciéndole que Balder deseaba que tomara parte en el juego. Entonces él le guió la mano. Balder murió, y todos los dioses derramaron lágrimas dentro de sus copas de aguardiente.

—Ninguno consideró, suponemos, que el desastre estaba causado totalmente por sus propios actos estúpidos.

—¿Quién considera eso alguna vez? —dijo lord Rothgar—. En lugar de eso se volvieron contra Loki.

—La culpa era de él —señaló Genova.

—Pero a veces un acto tiene raíces profundas, señorita Smith, y la mano que realiza la acción final no es la única culpable. En cuanto a Loki, los dioses le dieron caza y lo encadenaron debajo de una serpiente cuyo ardiente veneno le gotea eternamente en la cara. No hay nadie tan duro para castigar como aquellos que se sienten agobiados por su propia culpa.

¿Culpa?, pensó Genova. ¿Culpa de quién? ¿De la madre de Rothgar? ¿De su padre? Eso no era todo acerca de un antiguo mito.

Se hizo el silencio, y así continuó hasta que ella no pudo soportarlo.

—¿Por qué serán tan descuidadas las madres mitológicas? La madre de Aquiles le dejó desprotegido el talón. La madre de Balder descuidó el muérdago. Un poco de minuciosidad lo habría solucionado todo.

Ash la miró con su expresión «implacablemente práctica», y ella deseó haberse quedado callada.

—La minuciosidad nos daría héroes invencibles —dijo lord Rothgar—, y son las vulnerabilidades las que nos hacen humanos.

—O tal vez —terció Ash—, se trata simplemente de que, desde Caín y Abel, los hijos han llevado la carga de los pecados de sus padres.

—Eso explicaría muchísimo —convino Rothgar, al parecer en absoluto afectado por la alusión indirecta—, pero los dioses están muertos y vivimos en el reino del Príncipe de la Paz, aquél que nos ordena perdonar a nuestros enemigos.

Ésa fue una alusión directa.

Ash no dijo nada. ¿De verdad se vería a sí mismo como un Loki? ¿Habría amenazado a Rothgar de destruirlo con alguna arma misteriosa?

Ya habían atravesado el prado y llegado al huerto, y ella casi no se había percatado. El huerto estaba protegido de los ciervos por una reja.

—Adelante, a coger muérdago —dijo Rothgar abriendo la puerta—. En estos tiempos ilustrados sólo puede matarnos mediante los besos.

Ash hizo pasar a Genova por la puerta y la cerró.

—Pero recordad —dijo—, que el Príncipe de la Paz fue traicionado a muerte por un beso.

28

Genova esperaba algo más, un desenlace, una culminación, aunque fuera una violenta. Una parte de ella lo deseaba como se desea una tormenta que limpie y despeje el aire y ponga fin a la opresión de la atmósfera. Pero lord Rothgar se alejó de ellos para ir a conversar con otros huéspedes, llevándose con él a la señorita Myddleton y al teniente Ormsby.

Miró a Ash ceñuda, deseando poder sacarle fuera sus pensamientos como tirándolos con una cuerda. Se había desvanecido su sensación de conocerlo. Era un enigma.

Estaban en Navidad, tiempo de paz, pero había vivido entre guerras y sabía cómo ésta enardecía, enloquecía la sangre. Había visto a hombres atacar a otros simplemente por su nacionalidad, uniforme, título o apellido, como si tuvieran grabado en el alma el odio por ciertos grupos.

—Ajá —dijo Ash.

Miró hacia arriba y vio una rama de muérdago llena de bayas que casi le rozaba la cabeza. Sin poder creer que él quisiera hacer juegos en ese momento, retrocedió.

Él exhaló un suspiro.

—Te advertí que no te implicaras —le dijo.

—¿Cómo puedo evitarlo?

Él cortó la rama y se la pasó.

—Déjame armarte al menos. Estoy seguro de que ya conoces mis vulnerabilidades.

Ella puso la ramita en la cesta con sumo cuidado, protegiendo las bayas.

—Jamás te haré daño si puedo evitarlo, Ash. Créeme eso, por favor.

Él subió por una escalera apoyada en el árbol y comenzó a cortar muérdago con brutal eficiencia.

—Esta planta es parásita, ¿sabes?, vive del árbol. Si se la deja, va chupándole la vida hasta que el árbol muere. Una planta muy estúpida.

—Dime alguna inteligente.

Él bajó la cabeza para mirarla, sorprendido. Después se echó a reír.

—Nunca me permitirás darme el gusto de decir o hacer una idiotez, ¿eh, Genova?

Ella debía tomar a broma el reproche, pero dijo:

—Eso procuraré.

Él cortó una última rama de muérdago y bajó.

—Un penique por tus pensamientos.

—Una guinea. No, diez.

—Acordado.

Ella lo miró y luego miró a través de la niebla y la creciente oscuridad del huerto; aunque se oían con claridad las risas y las voces, todos parecían fantasmas, a excepción de Ash que estaba a su lado.

—Estaba pensando que me siento como si estuviera sobre un filo. Apenas logro mantener el equilibrio, y ni siquiera sé qué es el filo, ni qué hay a cada lado. —Lo miró,

arrugando la nariz, irónica—. Estas imaginaciones no valen ni un penique.

Pero él la estaba mirando serio.

—Sé lo que quieres decir con eso de un filo. A veces me siento como si viviera sobre el filo de una espada afilada.

Ella se estremeció, pero dijo:

—Yo no. Para mí el peligro viene de lo que hay a cada lado. Muchas veces todo está envuelto en la niebla, por lo que no se ve claro cuál es el lado seguro y cuál el peligroso.

—Pero ¿siempre deseamos el lado seguro?

—Ah. —Asimiló eso, comprendiendo por fin por qué sentía esa confusión—. No, no siempre. Parece mal no desear la seguridad, pero es en el filo donde ocurre todo. Es en el filo donde cambian las cosas. Es decisión, acción y creación. Es nacimiento y muerte. Es vida. ¿No vive todo el mundo en el filo, por cierto?

—Probablemente las personas prudentes tratan de no vivir en él.

—Entonces creo que no soy prudente.

—Yo tampoco. Pero no veo ninguna necesidad de ser espectacular. Un hombre puede vivir en el filo dentro de una habitación, estudiando las estrellas, como Galileo.

Ella se giró a mirarlo, sorprendida por esa conversación, pero en especial porque él había entendido su problema informe.

—Pues sí. Por un momento temí que tendría que volver a viajar si no quería morirme.

—Una habitación y una idea te bastarán. Todo el mundo se va, por fin —dijo, cogiéndole la cesta y tocándola para guiarla hacia el otro lado del huerto.

—¿Y a ti?

—Yo me siento impulsado a caminar por el peligroso filo de muchas habitaciones. Es mi destino. Tengo que reconocer que muchas veces disfruto de esa emoción.

Eso la llevó a decir:

—Yo también. He disfrutado muchísimo en mi vida, pese a las penurias y a las guerras. Empiezo a encontrar tediosa mi vida.

—¿De veras? —preguntó él, y ella se echó a reír.

—No los últimos días, he de admitir.

—Estupendo. Por encima de todo, detestaría ser aburrido.

—Necesito encontrar el filo —dijo ella, tanto para sí misma como para él—. Hacer cosas útiles y ver resultados tangibles.

—Implacablemente práctica —dijo él, pero sin mordacidad.

—¿Tú no?

—Genova, cariño, yo soy un ser de antojos y artificios de ninguna utilidad práctica.

—¡Romero! —gritó alguien más adelante. Se oyó el crujido de un gozne.

—Ah, romero —dijo él mientras apretaban el paso—. Sagrado para Venus y con la fama de recargar el vigor masculino. Útil en estos momentos.

Él había desviado el tema y Genova comprendió que eso era prudente. Pero esa conversación era otra perla, en la que pensaría detenidamente cuando tuviera tiempo.

—La Navidad adquiere un aura de lo más impía vista a través de tus ojos —comentó.

—Pero lógico. La natividad de Cristo se sobrepuso a las saturnales, la festividad romana para la diversión desenfre-

nada. Suma a eso la Yule nórdica, festival de la luz y ¿qué otra cosa podemos ser sino desenfrenados? Rothgar debe de estar demente para jugar a estos juegos.

—No te esperaba a ti —observó ella.

—Muy cierto. ¿Crees que debería hacer las paces?

Por un momento ella no comprendió la pregunta, pero cuando la comprendió trató de leer su expresión a la vaga y engañosa luz.

—Sí —dijo al final.

—¿Sin saber la causa ni los detalles de la guerra?

—La paz siempre es mejor que la guerra.

—Evaluación simplista.

De pronto a ella se le encendió la rabia y se detuvo:

—¿Qué sabes tú de guerra y de paz, ser de antojos y artificios? ¡Antes de hablarme con ligereza de la guerra, asiste a una amputación o trata de mantener unidas las partes del cuerpo de un hombre mientras grita llamando a su madre!

Él movió la mano hacia ella, pero no se atrevió a tocarla.

Detrás de él empezaron a verse luces encendidas en diferentes ventanas. Habían llegado a la muerte de la luz de la tarde.

Genova giró sobre sus talones y casi corrió hacia el grupo, que iba entrando en un jardín de hierbas rodeado por tapias, aromático, incluso en invierno. Las suelas de los zapatos hacían ruido sobre el sendero de piedra en su prisa por estar entre los demás.

Cayó en la cuenta de que no tenía ni la cesta ni la podadera.

Ash apareció a su lado, le devolvió la cesta y se puso a cortar ramitas. A ella le llegó el picante olor a la nariz.

—Aquí hay romero, para el recuerdo —dijo él, pasándole un ramo.

—¡Y significa verdadero amor y bodas! —gritó una mujer.

—Y fidelidad —dijo Damaris Myddleton, apareciendo al lado de ellos—. Toma, Ashart, ¿te atreves a llevar una ramita de romero?

Genova agradeció al cielo no tener un cuchillo en la mano. Vio que la enorme mansión se iba iluminando cada vez más, prometiendo calor, seguridad y moderación civilizada.

—Es hora de irnos —dijo, volviéndose e iniciando la salida del jardín, aunque no le correspondía a ella hacerlo.

Damaris Myddleton la impulsaba a la violencia, pero su dolor más profundo era que probablemente la señorita Myddleton acabaría en la jaula con el lobo. Pese a toda lógica, le envidiaba eso.

¿Por qué dijo lo que dijo? Las personas que están lejos de la guerra jamás desean saber cómo es en realidad. La guerra era una parte del filo que la mayor parte de la gente evita, una parte roja de sangre.

Sencillamente la había enfurecido que una persona que tenía la oportunidad de hacer la paz contemplara la posibilidad de arrojarla lejos. Y seguía enfureciéndola.

29

Todos la siguieron, y hasta entrar en la casa por la puerta principal se dejó envolver por el alegre grupo. Después rió con ellos, bromeó y coqueteó, mientras todos ponían sus ramitas de muérdago, hierbas, acebo y hiedra cerca del tronco de Yule.

El salón vestíbulo de mármol resplandecía de vibrante vida. Las entusiasmadas voces parecían rebotar en las paredes y volver triplicadas en volumen, y en las lámparas de araña de cristal brillaba la luz de cientos de velas. Un criado le había cogido la capa, y aunque el hogar estaba vacío, esperando el tronco, con tantas personas y velas encendidas, en realidad hacía bastante calor.

Aceptó un jarro de sidra caliente y se calentó las manos en él, bloqueando todos los recuerdos de lo ocurrido fuera, pero no podía apartar los ojos de Ash.

Él estaba cerca del tronco, bebiendo y riendo, posiblemente discutiendo la mejor manera de quitarle la envoltura de fieltro al tronco y ponerlo en el hogar. Era excelente para enmascarar sus sentimientos; probablemente eso era la consecuencia de toda una vida de formación para la corte, donde a una persona no se le permitía ni siquiera estornudar. De una vida, como dijera él, vivida sobre el filo.

¿Cómo podría conocer al verdadero hombre cuando él llevaba tantas capas de artificio?

Sin embargo sabía que en ciertos momentos de ese día él le había revelado la verdad.

Damaris Myddleton, que andaba rondando cerca de Ash, no era nada buena para enmascarar sus sentimientos. Aunque tal vez ella era lo que él necesitaba. Una mujer que se sintiera satisfecha con su señor y marido y no lo arrastrara al filo de las emociones.

Emociones, océanos. De pronto se imaginó el filo como el lugar donde el mar besa a la tierra. Nada espectacular aparentemente, y sin embargo un cambio completo...

—¡Genova! ¡Genova, querida!

Se giró y vio a Thalia haciéndole señas desde el otro extremo del salón. Lady Calliope estaba con ella, en su sillón llevado por un lacayo. Se apresuró a ir hacia ese refugio seguro.

—¡Qué espléndido! —exclamó Thalia—. Y muérdago, con muchas bayas también. Eso siempre es buena señal.

—Señal de un crudo invierno —gruñó lady Calliope—. Dirige hacia acá un poco de ese ponche, Genova.

Genova llamó a uno de los lacayos que llevaban bandejas con vasos y les pasó un vaso a cada una.

—Bendiciones de Navidad —brindó, levantando el de ella.

—¡Y muchas! —exclamó Thalia, bebiéndose la mitad del vaso de un solo trago.

Lady Calliope bebió pero no dijo nada.

—¿Le pasa algo, lady Calliope? —le preguntó Genova—. ¿Siente dolor?

—No más que el habitual. —Levantó la vista—. Ashart no es para ti, Genova, así que no hagas ninguna tontería.

Genova no pudo impedir que se le encendiera la cara.

—¡Callie! —exclamó Thalia.

—Por supuesto que no lo es —dijo Genova con la mayor tranquilidad que pudo.

—Yo diría que este compromiso fue una tontería creada por Thalia, sólo que los Oliphant se enteraron de la historia cuando venían para acá. Ese individuo gordo con la nariz roja que está ahí y su flaca mujer. Se toparon con los Brokesby en Londres y se enteraron de la fabulosa historia del compromiso de Ashart con la dama de compañía de sus tías abuelas, junto con ciertas insinuaciones de impudicia. Tal vez peores por ser vagas.

Genova miró a la pareja de edad madura, deseándoles que se fueran al Hades.

—Nadie le dará demasiada importancia a eso, querida —dijo Thalia—, ahora que estás comprometida para casarte.

—Y cuando acabe el compromiso seré una tonta que permitió demasiadas libertades.

—Pasará al olvido —dijo bruscamente lady Calliope—, y será un triunfo para ti haberlo interesado. Mientras no caigas en la tontería de cometer una locura.

Genova entendió perfectamente lo que quería decir, pero contestó:

—No soy del tipo que cae en tonterías.

—No, gracias a Zeus. A diferencia de esa señorita Mydd-leton. Tonta muchacha. Pero tal vez él haría bien en dejarse cazar por ella. Es de una familia bastante buena y rica.

—Yo pienso que es una pena —dijo Thalia, haciendo un mohín.

—Hay una luz en la oscuridad —continuó lady Calliope, mirando a Genova—. Deseamos persuadirte de vivir en nues-

tra casa en Tunbridge Wells, querida. Para que continúes siendo nuestra dama de compañía. Tendrás tu habitación, una doncella y todas las comodidades. Estoy segura de que no durará más allá de la primavera, cuando los balnearios estarán llenos de caballeros atractivos, pero disfrutaríamos con tu compañía.

Genova desvió la mirada, tragándose las lágrimas, conmovida pero avergonzada. Ése era un ofrecimiento nacido de la compasión, un ungüento para su corazón herido. Tenía que haber sido tan transparente como Damaris Myddleton, y detestó eso.

Más aún, no podía aceptar el amable ofrecimiento. No podría vivir en un lugar donde podía encontrarse con Ash, y donde tal vez incluso se esperaría que bailara en su fiesta de bodas.

Un golpe en la pierna la salvó de contestar. Enderezó al pequeño Francis Malloren, que parecía resuelto a subirse al sillón de lady Calliope. El niño continuó anadeando hasta llegar a las rodillas de la anciana cubiertas por una manta.

—Buen día —dijo, sonriendo y sin un asomo de timidez.

Una azorada doncella llegó corriendo tras él.

—¡Cuánto lo siento, milady! Éste es el señor Francis Malloren, milady.

Genova se preparó para oír una respuesta brusca, pero lady Calliope se inclinó a mirar al niño a los ojos.

—¿Y qué te atrae a una vieja bruja, señor Francis Malloren, habiendo empanadillas de carne y confites para comer?

El niño le palmeó la falda.

—¡Upa!

La risa resonó en el pecho de lady Calliope.

—Un Malloren hasta los tuétanos. Pues, súbelo, entonces, muchacha, y haremos juntos el recorrido de este alboroto. Tú vete, Genova, y disfruta. Pero cuídate.

Thalia se cogió del brazo de Genova.

—Vamos a ayudar a poner el muérdago, querida.

Genova habría preferido ir hacia una de las orillas del salón, otro tipo de filo, pero Thalia fue derecho hacia el centro, donde las damas estaban atando ramitas para colocar por todo el salón. Observó que las estaban atando con cintas nuevas, lo que quería decir que la frugalidad perdió esa batalla. Pero claro, sólo había sido un pretexto.

Durante esa conversación con Portia ésta la informó de que bajo el brillo los Malloren eran gente corriente, pero que lord Rothgar era implacable en protegerlos a ellos y sus intereses. Pero ¿por qué informarla a ella de eso? ¿Hasta ese punto sobrevaloraban su influencia?

Ya no. Le había dicho a Portia la verdad sobre el compromiso. Gracias al cielo. No quería ser un peón en ese juego.

—Tal vez podría incluso conseguir un beso —dijo Thalia, mirando el inmenso ramo de muérdago que acababan de colgar de la lámpara de araña del centro, lo bastante bajo para que los caballeros pudieran arrancar las bayas—. Seguro que a Richard no le importaría.

Genova la llevó hacia allí, hasta dejarla debajo del ramo, y miró alrededor, en busca de un caballero adecuado. Sus ojos se fijaron en Ash, porque lo sorprendió mirándola. El corazón se saltó un latido, eso era algo que no podía controlar. Pasado un instante de inmovilidad, le hizo la petición con gestos.

Él la miró extrañado, pero enseguida echó a andar hacia ellas, sonriendo. Seguía vestido con la sencilla ropa de montar con que ella lo viera por primera vez, pero estaba sumamente galante y cortesano cuando hizo su venia. Igual podría haber estado todo engalanado en satén y encajes, con el pelo empolvado.

—Caramba, Thalia, si no deseas ser bien besada, ponerte aquí ha sido un grave descuido tuyo.

Thalia se rió encantada.

—Niño travieso, pero estoy atrapada, de verdad lo estoy.

Le presentó la mejilla, pero él la cogió en sus brazos y le plantó un sólido beso en los labios. Ella salió del beso con un encendido color que era el suyo natural y una ancha sonrisa, la sonrisa más radiante que le había visto Genova desde que la conocía.

Su sonrisa debía ser igual de ancha, pensó. Por muchos que fueran sus defectos, el marqués de Ashart podía ser extraordinariamente amable.

—¡Qué granuja más encantador eres, Ashart! —exclamó Thalia, mientras él arrancaba una baya del ramo de muérdago. Después cogió la mano de Genova y la puso debajo del ramo—. Y ésta es tu recompensa.

Genova no podía resistirse; eran el centro de todas las miradas, entre ellas las de los Oliphant. Pero deseó negarse. Los besos bajo el muérdago le parecían agrios contrastados con sus confusos pero profundos sentimientos.

Él le cogió la mano, pero para alejarla del ramo.

—Un hombre no necesita ningún pretexto para besar a su futura esposa, Thalia, así que dejaré las bayas para caballeros menos afortunados.

Un creciente murmullo entre los presentes indicó que no todos estaban al tanto de la noticia. Las personas que estaban cerca les felicitaron, expresando sus buenos deseos, pero Genova vio mucho asombro en ellas. Era de esperar que interpretaran su sonrojo como alegría de doncella, pensó, y se sintió aliviada cuando él la alejó del apretado grupo.

—Detesto esto —dijo.

—¿Quieres romper el compromiso ahora? Es demasiado pronto, pero podemos arreglárnoslas.

Vio que él hablaba en serio. Negó con la cabeza.

—Como has dicho, es demasiado pronto. Bien podríamos seguir el juego hasta el final. Pero lo siento como una mentira. No me gusta mentir.

Él volvió a cogerle la mano.

—Entonces considéranos comprometidos un tiempo más. Ciertamente no le he prometido a nadie de aquí que me casaré contigo. ¿Tú has jurado acaso que te casarás conmigo?

Él quería hacerla sonreír.

—No.

—¿Lo ves? Todo es fácil.

¿Fácil? De ninguna manera, pero el buen humor le hacía más fácil expresar sus pensamientos.

—Perdona lo que te dije antes. Fue injusto.

—No, no fue injusto. Yo debería haber comprendido cómo podrían haber sido tus experiencias. Me sorprendes.

Ella negó con la cabeza.

—No es para sorprender. No hay nada extraordinario en mi vida.

—Tal vez he perdido contacto con lo que pueden ser las mujeres.

—Cualquier mujer, Ash. No olvides que el filo se puede encontrar en los lugares más simples. En una habitación con una idea. En una cocina con una olla, en una sala cuna con un hijo. Las mujeres que luchan contra piratas berberes no son mejores que las que atienden a sus familias en casa.

—Pero tú eres tú —dijo él simplemente.

Ella lo miró, emocionada, pero entonces fue como si se hubiera cerrado una persiana. Él desvió la mirada y dijo:

—Ahí está la nodriza con el niño.

30

Genova se giró y vio a Sheena con Charlie en los brazos. Una mirada alrededor le permitió comprobar que había muchos criados en el salón, algunos sirviendo, otros simplemente mirando e incluso otros sirviéndose de las exquisiteces y bebidas navideñas. Tenían permiso para estar ahí.

Ash ya iba caminando en dirección a la muchacha irlandesa. Genova lo siguió, pensando que a él también lo preocupaba que el niño pudiera llorar, pero de pronto se le ocurrió que tal vez él no estaba al tanto de esa debilidad de su primo.

En el camino la abrazaron y besaron tres hombres. Logró reír y coquetear hasta el punto necesario, pero su verdadera reacción fue de impaciencia. Necesitaba dar alcance a Ash, pero además, ya no le importaba ningún beso que no fuera de él.

Vio a Sheena inclinarse en una venia ante Ash, y la oyó decir «Buen día, señor», como si hablara bien el inglés. La muchacha era inteligente, lo cual sería bueno.

—Buen día, Sheena —dijo Ash en el momento en que ella llegó a su lado—. ¿Lady Booth Carew?

Sheena agrandó los ojos, pero asintió.

—¿Dónde está?

Sheena miró alrededor, asustada, como en busca de ayuda.

—¿Dónde está la madre de Charlie, Sheena?

—¡Basta! —exclamó Genova, poniéndose entre ellos—. La has asustado.

—Si he de estar en paz —dijo él con dureza—, tengo que aclarar algunos de mis asuntos, en especial los relativos a Molly Carew. Está claro que Sheena no es tonta y que entiende un poco de inglés. Los nombres no cambian mucho de un idioma a otro, ni tampoco la palabra que significa madre.

—Pero ¿por qué habría de saber algo útil para ti? Es simplemente una nodriza.

—¿No deseas descubrir la verdad?

—Sí, por supuesto, ¡pero no así!

Los oscuros ojos de él la examinaron atentamente.

—¿Reconoces que hay una verdad por descubrir?

Ella no había querido decir eso, pero retada así, abrió la mente. Ya se sentía segura de que él no le mentiría.

—Sí, te creo —dijo—. No entiendo cómo puedes estar tan seguro de que no eres el padre de Charlie, pero te creo. Creo en lo que dices, que estás seguro.

—Con ciertas reservas, pero te lo agradezco. Si consigo descubrir quién es el verdadero padre, eso solucionará muchos de mis problemas.

—Es a lady Booth a la que hay que preguntar eso, ¿no?

—Parece que se ha escabullido.

—¿Escabullido?

—Un amigo que estaba conmigo en la posada El León y el Unicornio la siguió, pero le perdió el rastro.

Genova tenía un ojo puesto en Sheena y el bebé, pero estaba absorta en esa conversación. Estaban hablando, francamente, de modo práctico, y resultaba de lo más natural, como si se conocieran desde mucho tiempo.

Y como si se tuvieran confianza mutua. Era como si una nube de placeres insubstanciales se hubieran fundido formando una perla, algo real que se podía sostener y mimar a conciencia. Eso le hizo fácil ponerle una mano en el brazo.

—Como has dicho, no puede desaparecer del todo, Ash. Ya habrá tiempo de sobra para hablar con lady Booth después de Navidad.

Él le cubrió la mano con la de él.

—Creo que tú podrías conservarme cuerdo, Genova.

—¿Está en duda tu cordura?

—Constantemente, en especial durante este último tiempo.

Le puso un dedo bajo el mentón, y al no resistirse ella, la besó. Fue un beso ligero y simple, pero tal vez el más dulce de los que habían compartido. Ella no pidió una guinea ni él se la ofreció.

—Debería estar cumpliendo mi deber con el tronco de Yule —dijo él, y mirando una última vez a Sheena añadió—: ¿Podrías intentar descubrir qué sabe?

—Claro que sí, pero de verdad, prácticamente no entiende nada de inglés.

Él hizo un gesto de pesar y se alejó.

Genova se volvió a mirar a Sheena, que seguía con expresión recelosa. Para tranquilizarla, cogió un pastel de una bandeja que pasaba y se lo ofreció.

Al instante Sheena se alegró y se comió el pastel. El bebé seguía durmiendo, pero podía despertarse en cualquier momento. Genova tenía que alejar a Sheena de ahí, por mucho que le fastidiara estropearle el placer.

—Debes volver a los aposentos de los niños —le dijo, apuntando hacia la escalera principal.

Sheena negó con la cabeza, pero Genova insistió y comenzó a llevarla hacia la escalera, pero avanzando lentamente y cogiendo por el camino diversas exquisiteses para la muchacha.

Para que pudiera comer cómoda, le cogió el bebé y encontró consuelo para ella en el bultito.

Cuando llegaron a la escalera la gente comenzó a cantar junto al tronco de Yule y Sheena se detuvo a escuchar. Puesto que el bebé seguía profundamente dormido, Genova la hizo subir tres peldaños para que pudiera tener una vista mejor.

Un grupo de caballeros, entre ellos Ash, estaba cantando un villancico que aludía a la cerveza especiada y el buen humor. Tal vez la canción se llamaba un júbilo, y en otro tiempo ella habría pensado que el júbilo y Ash formaban una pareja desavenida. Ya no. Había un hombre alegre en él, y era posible que se estuviera liberando.

Entonces algunas señoras comenzaron a cantar «El acebo y la hiedra», dirigidas por Damaris Myddleton, la cual sí tenía una voz preciosa. Poco a poco se les fueron uniendo todos.

Genova meció al bebé, rogando que el volumen del sonido no lo despertara. El bebé curvó los labios casi como en una sonrisa. Entonces a ella se le despertó una intensa nece-

sidad, una necesidad imperiosa de tener hijos propios. De parir hijos de un hombre.

Miró hacia Ash. Su corazón estaba entregado.

Fue un extraño reconocimiento, sin ningún dramatismo, simplemente tranquilo y seguro. Ése no era un ataque de loca lujuria, no era un encaprichamiento pasajero.

Bueno, entonces. ¿Qué iba a hacer al respecto?

No era una gran dama, pero podría ser una buena esposa para él, de eso estaba segura. Eran iguales en todo lo importante. ¿No acababa de decir él que ella era su cordura?

No sabía todo lo que necesitaría saber, pero lo sabría si hubiera alentado el cortejo del vecino de Hester, mercader en vinos. Podría aprender. Disfrutaría aprendiendo. Aprendería incluso a no estornudar en la presencia real.

Y el amor debía pesar en la balanza, sobre todo un amor como ése, que le parecía que él correspondía. Sólo se lo parecía, pero eso se aclararía.

Y estaba la parte física. Sí, efectivamente, éste era un aspecto que había que tomar en cuenta tratándose de matrimonio. La felicidad en la alcoba era un punto crucial. Estaba segura de que sería feliz en la cama de él, y esperaba ser capaz de hacer que él también lo fuera.

¿Hacer lo suficiente feliz a un libertino para que fuera fiel?

Recordó que él había dicho que tenía la intención de ser un buen marido. Era posible que al expresarlo él no se refiriera a la fidelidad, pero era un comienzo.

Se permitió observarlo un rato más, absorbiendo el cambio en todo. Sus nuevos sentimientos y pensamientos eran tan aterradores como espadas desnudas, pero igual de esti-

mulantes. Sí, ella era una persona que necesitaba vivir en el filo.

La canción terminó y la siguieron risas y conversaciones. Un pequeño ruido la sacó de su ensimismamiento. Charlie no estaba llorando ni a punto de llorar, gracias a Dios, pero tenía abiertos y alertas sus grandes ojos. Era el momento de llevárselo de ahí.

Puso el bebé en los brazos de Sheena diciéndole:

—Tienes que llevarlo arriba.

Apuntó hacia arriba, pero Sheena negó con la cabeza.

Estaba a punto de insistir cuando la muchacha apuntó hacia la parte de atrás de la casa, diciendo algo igualmente firme. Pero claro. La muchacha ya habría aprendido a usar la escalera de servicio.

La observó alejarse con el bebé, pensando que tal vez Sheena tenía una idea más clara de su lugar en ese mundo que ella. ¿Qué tipo de locura le decía que podía casarse con un marqués?

Subió la elegante escalera hasta el rellano del medio, para volver a observar. Ese lugar intermedio estaba más de acuerdo con su posición. Ash estaba abajo en el centro de las cosas, cerca del hogar, donde ya habían colocado el tronco. Ella estaba aparte, retirada allí arriba.

Se acordó de cuando estaba apoyada en la baranda de la posada admirando a un viril desconocido.

Él seguía siendo un desconocido en ciertos sentidos, pero lo conocía. Lo conocía en lo más profundo de su corazón, alma y entrañas.

Entonces cayó en la cuenta de que estar ahí era muy parecido a estar sobre el puente de uno de los barcos de su pa-

dre. Había tenido la suerte de tener buenos padres y una vida interesante. ¿Qué diría su padre acerca de sus extrañas últimas aventuras si las supiera?

«Ten un sólido barco bajo tus pies, Genni cariño, y puedes capear las tormentas más salvajes.»

Los sueños fantasiosos no forman un barco sólido, pensó, pero la conexión forjada entre ella y Ash ese día tal vez sí.

31

Genova vio a Damaris Myddleton caminando nuevamente en dirección a Ash, y bajó la escalera. Era hora de sacar las armas y presentar batalla por el premio. Aunque habría preferido navegar en línea recta, la discreción la obligó a dar un rodeo, charlando, coqueteando y dejándose besar unas cuantas veces más.

Si todos los hombres le pagaran guineas, la cuenta de Charlie aumentaría sustanciosamente.

Ya casi había llegado al hogar cuando vio a lady Walgrave —lady Elf—, ceñuda y friccionándose el enorme vientre.

—¿Se encuentra bien, milady?

Lady Elf la miró y sonrió.

—Ah, sí, sólo me siento un poco desasosegada. Siempre he sido así, ¿sabe?

Genova lo sabía.

—Es extraño dejar las cosas en manos de otros. Pero ahora usted tiene su casa propia, ¿verdad?

—Sí, y tengo la intención de organizar algo tan espléndido como esto dentro de un tiempo. Walgrave Towers era una casa muy fría, así que la estamos renovando drásticamente. Por eso estamos aquí en una ocasión como ésta. No quería dar a luz en la ciudad.

¿Era eso simple conversación o, viniendo de ella, más información? Después de todo, lady Elf era una Malloren.

Vio que Ash y Damaris Myddleton estaban en el mismo grupo. Pero necesitaba hacerle una pregunta a la hermana de Rothgar.

—¿Cree que su hermano desea hacer las paces con lord Ashart?

Lady Elf la miró sorprendida.

—Sí, por supuesto. ¿Cree que es posible?

¿Negociación a través de intermediaria? Genova titubeó, porque Ash no le había asignado ese puesto.

—Sí, yo creo que sí. Pero hace falta tratar muchos agravios por ambos lados.

Lady Elf miró alrededor, claramente para comprobar que nadie podía oírlas.

—Los hay, sí —dijo en voz baja—, y los más graves tienen que ver con la familia. Supongo que la viuda lady Ashart cree sinceramente que los Malloren fueron los responsables de la muerte de su marido y de su hija. Él murió, ¿sabe?, debido a la tragedia de lady Augusta. Pero al menos no murió mucho después, y ella decidió considerar eso causa y efecto.

—Podría haberlo sido. La muerte de mi madre produjo un enorme cambio en mi padre.

—Pero de todos modos todo lleva a pensar que mi padre fue la causa de que su primera mujer asesinara al bebé. Nadie de los que lo conocieron cree eso.

—¿No es posible convencer de eso a lady Ashart?

—Al parecer no. En cuanto a nuestras heridas, ella ha intentado hacernos daño muchas veces. —Lady Elf volvió a

mirar alrededor—. Le pagó a un hombre para que intentara seducirme.

—¡Cielo santo! ¿Qué le ocurrió?

—Rothgar lo retó a duelo.

Eso era lo que Genova temía.

—¿Y lo mató?

—No, pero es muy poco lo que puede hacer con el brazo derecho.

En cierto modo eso es a veces peor que la muerte. Y parecía fríamente calculado, pero al parecer lady Elf lo encontraba de lo más normal.

—La vigilancia de mi hermano nos ha mantenido a salvo —continuó lady Elf—, pese a las maquinaciones de la viuda. Las cosas han estado mejor últimamente. El creciente poder de Rothgar la refrena, y supongo que la fortuna Trayce está gravemente mermada.

—Cuanto antes se haga la paz, mejor.

—Estamos totalmente de acuerdo.

Estamos.

Genova miró a Ash de soslayo. ¡Estaba a punto de besar a la señorita Myddleton bajo el ramo de muérdago! Pero antes de que pudiera disculparse para alejarse, llegó lord Walgrave para estar con su mujer.

—Debes de estar cansada, mi amor. Ven a sentarte.

—No te preocupes. Si tengo algo es puro desasosiego. Si no me dolieran las caderas haría una larga caminata.

—El cielo nos ampare, ¿no es eso típico de un Malloren? —dijo lord Walgrave riendo, dirigiéndose a Genova, con lo que le puso difícil alejarse.

¿Y qué podía hacer, en todo caso?

—Dicen que mi madre caminaba millas cada día cuando estaba esperando —protestó lady Elf—, y los paría sin ningún problema, incluso a Cyn y a mí. —Se puso una mano en la espalda—. He de decir que pensaba celebrar la Navidad con mi bebé, no con dolor de espalda y dolor de caderas.

—Mi madre decía que deseaba lo mismo conmigo —dijo Genova, mirando disimuladamente hacia el ligero beso—, y se le hizo realidad.

—¿Fue un bebé de Navidad?

Genova cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer y trató de buscar una evasiva.

—¿Cuándo es su cumpleaños?

No podía mentir.

—Hoy. Media hora antes de medianoche, me han dicho.

Lady Elf batió palmas.

—¡Diana! Hoy es el cumpleaños de Genova. ¡Tenemos que tener un baile de cumpleaños!

Genova protestó pero no le hicieron caso.

—Pero ¡claro! —exclamó lady Arradale acercándose—. Tenía pensado un baile informal una vez que termináramos el trabajo, pero esto lo hará especial. ¡Al salón de baile todos!

Genova no tuvo más remedio que dejarse llevar por el grupo, primero escalera arriba y luego hacia el interior de un magnífico salón de baile ya transformado. Boquiabierta contempló la ilusión de un pueblo en medio de montañas.

El centro del salón, sin alfombra, estaba espolvoreado con tiza, que daba la apariencia de nieve, y rodeado por pequeñas casitas con techo inclinado. Por su tamaño, las casitas solamente darían cabida a una única pareja sentada,

pero en proporción a todo lo demás, parecían de tamaño natural.

Pequeños pinos en maceta creaban el efecto de bosque alrededor de las casitas, y este efecto lo continuaban árboles pintados en telas que colgaban de las paredes, telas que acababan en cimas blancas como montañas. A la luz de tres lámparas de araña brillaban como si de verdad fueran cumbres nevadas.

—Es asombroso —dijo Genova.

—Ha quedado bien, ¿verdad? —dijo lady Arradale a su lado—. El verdadero baile será mañana, el día de Navidad, pero todos se merecen un poco de diversión ahora.

Comenzó la música. Genova observó que seis músicos habían ocupado sus puestos en una galería de la que colgaban ramitas verdes. Lord Rothgar le cogió la mano y la condujo al centro del salón.

—Este baile es para celebrar el cumpleaños de la señorita Smith, de modo que ella debe elegir la primera danza y a su pareja.

Sujeta firmemente en el centro mismo de ese rutilante mundo artificial, a Genova la acometió el terror. Lady Arradale había hablado de un baile informal, pero a ella eso se le antojaba muy formal. No sabía qué danzas eran las apropiadas en esas circunstancias. Iba a hacer el ridículo.

¡Y había soñado que podría encajar en ese mundo!

—Beberé veneno si eliges a alguien que no sea yo, mi amor —dijo Ash, acercándose a cogerle la mano—. Sobre todo porque te has situado debajo de un ramo de muérdago.

Genova miró hacia arriba y vio que estaba exactamente debajo de un ramo de muérdago que colgaba de la lámpara

central, y que lord Rothgar la había colocado ahí. Le lanzó una rápida mirada antes de dar un paso hacia los brazos de Ash.

Él la abrazó, pero justo antes de posar sus labios en los de ella, le susurró:

—Pide «Los alegres danzarines».

Ella le correspondió el beso, con más amor aún debido a la gratitud. Comprendiendo su apuro él se lo había solucionado.

Se esfumaron sus dudas. Eso tenía que estar bien.

Trató de leerle la expresión, pero esta podía significar cualquier cosa o nada. Él levantó la mano para arrancar una baya, pero después sacó algo del bolsillo.

¿Una guinea, ahí?

—Un regalo por un beso —dijo él—, ¿y qué mejor para ti, mi amor, que un anillo?

La luz relampagueó sobre un diamante. Un diamante grande. Él le cogió la mano pero ella la retiró. Los diamantes se habían hecho populares para anillos de compromiso por su resistencia y por lo tanto perdurables. Hermosa idea, sí, pero mientras no conquistara el amor de Ash sería tan falsa como las montañas de las telas que colgaban en la pared.

Él arqueó las cejas y ella se rindió. ¿Qué otra cosa podía hacer sino dejarlo que le pusiera el anillo en el dedo? Le quedaba un poco suelto, pero sólo un poco, y la luz formaba un arco iris en la magnífica piedra.

Todos aplaudieron. Genova sonrió, pero sólo pudo pensar qué hermoso sería eso si fuera de verdad.

—Tiene que elegir la danza, señorita Smith —le recordó lady Arradale.

Mirando a Ash, ella dijo:

—«Los alegres danzarines.»

Era una danza sencilla que ella sabía. Si él la había sugerido, tenía que ser apropiada. Podía fiarse de él hasta ahí. No, podía fiarse hasta mucho más. Él jamás le había prometido más de lo que podía cumplir, y le había advertido que no se implicara.

Si eso le rompía el corazón, no sería por culpa de él.

Los músicos comenzaron la danza y Ash la condujo a su lugar. Al menos tendría eso, un baile con él. Debía atesorar todas esas pequeñas cosas como perlas cosidas una a una en seda, y llevárselas con ella si perdía esa batalla y lo perdía a él.

La alegró la animada fila de danzarines, que le ofrecía pocas oportunidades para conversar o pensar. Como siempre, cuando bailaba, le era imposible ponerse triste.

Pasó por debajo del arco cogiéndose de las manos de todas las damas, entre ellas la solterona señorita Inchcliff, a la que le brillaban los ojos de entusiasmo. También había niños en el salón, incluso niños pequeños, que formaban su propia fila de danza, riendo, chocando y saltando.

Volvió con una jovencita, ¿la señorita Yardley?, que debía de estar en edad de ser presentada en la corte; coqueteaba con todos los hombres como una cachorra probando los dientes en un trozo de cuero. La señorita Yardley hizo caso omiso de dos jóvenes que, aunque ya tenían edad para participar en una danza de adultos, parecían no estar seguros de si ésta era un regalo o un castigo.

Todos se estaban entrenando para sus propósitos, comprendió, incluso en esa celebración improvisada. Entrenán-

dose para ser cortesanos, para divertirse, coquetear, para favorecer los intereses de sus familias, para progresar en su profesión o casarse bien.

Ella también estaba entrenada. Sus padres no habían descuidado los modales ni la etiqueta, pero su experiencia práctica había sido algo más variada. ¿Contaba el saber comer de una fuente común de estofado picante de cordero en que también había que comerse los ojos?

Podría, pensó. Conocía bien la lección de que un invitado debe adaptarse al anfitrión, ya fuera en una casa o en otro país.

Acabó la primera danza y se ofreció ponche y otras bebidas. Ash la llevó a buscar un refresco, y ella pensó que él no había escapado ileso de la magia.

—El ejercicio te sienta bien —comentó él.

—¿Quieres decir que estoy sonrosada y saludable?

—Quiero decir que estás hermosa. Como un suculento plato picante.

—¿Con ojos de cordero y todo? —se le escapó, pero claro, él no entendió la broma.

—¿Qué?

Ella se lo explicó, contándole la fiesta en Marruecos, y cómo los británicos habían intentado guardarse los ojos en los bolsillos.

—Eso tiene que haber sido un interesante descubrimiento para tu doncellez.

—Ah, yo me comí el mío.

—¿Por qué no me sorprende eso?

—Tuve la clara impresión de que nuestro anfitrión sabía que los ojos nos arredrarían y quería disfrutar de la apurada situación.

Él se echó a reír, sus ojos admirativos. Otra perla pero lo lamentó para sus adentros. ¿Por qué había hablado de ojos de cordero? Podía ser interesante, incluso admirable, pero no era una recomendación como marquesa.

Pero claro, cuando bailaba con el capitán Dalby, un oficial de marina, comprendió que nada bueno podía salir de fingir. Si fingía ser una Genova Smith artificial para que Ash se casara con ella, eso indudablemente llevaría al desastre.

Resultó que el capitán Dalby conocía a su padre, lo cual era estupendo, y con un poco de escrúpulo, recordaba unos cuantos encuentros más a lo largo de los años. Ella llegó a considerarlo un admirador e incluso un pretendiente. En otro tiempo incluso había coqueteado con él, pero Genova no deseaba la vida marinera. Más tarde, amablemente lo desalentó.

Después de ese baile la sacó a bailar lord Bryght, y después el doctor Egan. En ningún momento le faltó pareja, y bailó con Ash dos veces más. Más perlas para su collar. De pronto, más pronto de lo que habría imaginado, los relojes dieron las doce.

—¡Día de Navidad! —gritaron todos—. ¡Feliz Navidad!

Todos se mezclaron, besándose las mejillas y expresando buenos deseos, y después los hicieron salir a todos para bajar al salón vestíbulo, donde aguardaba el inmenso tronco de Yule. Ella observaba al lado de Ash. Otra perla.

A los pocos instantes, apareció un solemne criado, que salió desde la parte de atrás de la casa, con una yesca encendida en la mano.

—¡La luz de Navidad, milord!

Era una astilla del tronco del año anterior, conservado hasta ese momento para proporcionar la continuidad de la luz y el calor. Rothgar la cogió y la aplicó a la yesca del hogar. Ésta encendió y las llamas comenzaron a lamer el tronco seco. Muy pronto el gran fuego rugía. Había llegado la Navidad.

Genova vio que Ash estaba contemplando las llamas con una expresión indescriptible, y comprendió que estaba pensando en el vigor, todavía desgarrado entre lealtades. Le cogió la mano. Pasado un instante, él entrelazó los dedos con los de ella.

Eso le dio valor para decir:

—La paz es siempre la mejor opción.

—Si se puede lograr con honor —dijo él.

Ella se tragó la pena causada por sus dudas, pero dijo:

—Tienes razón, eso es esencial. Algunas guerras son justificadas.

No añadió el final obvio: «¿Lo es la tuya?». Él ya estaba tratando de contestar esa pregunta.

32

—Genova, querida.

Thalia estaba a su lado, con los ojos brillantes.

—¿No es la hora ya para poner las figuras en el pesebre?

¿Cómo pudo haberlo olvidado?

—Sí, por supuesto. Tenemos que subir inmediatamente a hacerlo.

Tenía la esperanza de escabullirse sin llamar la atención, pero Thalia exclamó:

—Beowulf, querido, Genova tiene una natividad de lo más encantadora en nuestra habitación. ¡Nos vamos para dar nacimiento al niño Jesús!

Se oyeron risas por todo el salón. Antes de que Thalia pudiera invitar a alguien a ir con ellas, Genova la cogió del brazo:

—Vamos, entonces, Thalia. Sólo nos llevará un momento.

—Señorita Smith.

Con un mal presentimiento Genova se volvió hacia lord Rothgar.

—Lady Thalia ha descrito su pesebre, y recuerdo haber visto una colección así en Italia. Ay de mí, no tuve la previsión de traer uno a casa, pero me sentiría muy honrado si

nos permitiera poner el suyo aquí. Creo que debería estar en un lugar de honor.

El terror le formó un nudo en el estómago.

—Es muy sencillo, milord, y ha viajado.

No quiso emplear la palabra «raído».

—También ha viajado usted y también he viajado yo. Todos hemos viajado a nuestra manera. Ninguno de nosotros es menos por eso.

Genova comprendió que las palabras de Hester se le habían grabado con más fuerza de lo que habría imaginado. No debía avergonzarse del pesebre.

—Muy bien, milord, y gracias. Necesitaré ayuda para traer las distintas partes.

—Yo iré —dijo lady Arradale.

Portia se ofreció a ir con ella.

Thalia accedió a quedarse abajo cuando le prometieron que ella pondría al niño Jesús en el pesebre.

Genova subió a toda prisa con las dos mujeres y entraron en la habitación donde esperaba el establo vacío. Genova tenía un nudo de ansiedad en la garganta esperando la reacción de las dos mujeres. Seguía temiendo narices arrugadas.

—¡Oh, qué precioso! —exclamó Portia.

Lady Arradale pasó suavemente la mano por los bordes del establo.

—Sí, ¿verdad? Tenemos que conseguir uno propio. Ahora bien, ¿cuál es la mejor manera de transportarlo?

—Yo puedo llevar el establo armado —dijo Genova, sonriendo aliviada—, pero tal vez el resto conviene llevarlo en la caja.

Portia se levantó la falda, formando un hueco.

—Si llevamos así las figuras creo que estarán seguras. Tendremos cuidado.

Cogió los animales más cercanos y los puso en el hueco.

Lady Arradale hizo lo mismo. Era el tipo de cosa que haría una campesina al recoger rosas silvestres de un seto, y las enaguas llegaban casi tan abajo como la falda. De todos modos a Genova la sorprendió que las grandes damas hicieran algo así.

Mientras las ayudaba a poner las figuras, pensó que sus compañeras eran campesinas. Portia había descrito su casa como una sencilla casa señorial. La casa de lady Arradale en Yorkshire de ninguna manera podía ser sencilla, pero diversos comentarios le habían dejado claro que intervenía en los asuntos de sus inquilinos y de otras personas de la localidad.

Personas reales. En muchos sentidos parecidas a ella.

Una vez que las figuras estuvieron puestas seguras en las faldas, cogió las del niño Jesús y de la madre María y se las puso una en cada bolsillo. Después cogió el establo y el paño, y salió la primera de la habitación.

Cuando llegaron al salón, lord Rothgar les indicó una mesa que habían instalado no lejos del hogar.

—Supongo que la repisa del hogar sería un lugar más tradicional, pero tiene que estar lo bastante bajo para que lo vean los niños. Apostaré a un criado aquí para que vigile que no sufra ningún daño.

Genova vio que algunos niños mayores todavía no se habían ido a acostar; estaban nerviosos, pero expectantes. Se acercó a la mesa y Ash se puso a su lado.

—¿Puedo ayudar?

—Tengo las manos ocupadas, ¿podrías poner el paño?

Él lo extendió sobre la mesa y lo alisó. Genova trató de no recordar esa caída que le rompió su bastidor. Pero le resultó difícil porque su atención estaba fija en sus hermosas manos, que la hicieron pensar en su contacto, su sabor, en su...

Él se hizo a un lado y ella colocó el establo, centrándolo con todo cuidado, tragándose las lágrimas. Si su madre estuviera allí...

Después se hizo a un lado para que Thalia tuviera el placer de coger las figuras de las faldas y colocarlas en sus lugares. Qué importaba si algunas no quedaban donde iban normalmente. Era hora de dejar atrás el pasado.

Alguien le cogió la mano. Sin mirar supo que era Ash. Aunque le dolía la garganta, dobló los dedos alrededor de los de él. Otra perla, estar con él en ese momento.

Thalia ya tenía la mitad de las figuras colocadas cuando dijo:

—¡Cada una tiene una historia! Genova, ¿qué dijiste que era ésta?

Genova tuvo que tragar saliva para aclararse la garganta.

—Es una llama, de Sudamérica.

—Ah, sí, y éste es el hermoso dragón. —Pasado un momento, miró a Genova—. Debemos cantar la canción.

—Uy, no.

Ash le apretó la mano.

—Enséñanos la canción.

Genova se mordió el labio, pero empezó a cantar. Detestaba elevar la voz en esa enorme sala, pero la acústica la favorecía, y Thalia la acompañó haciendo la segunda voz. En-

tonces Ash comenzó a cantar, pero no la tercera voz, sino que siguió la voz de ella, llevándola a lugares a los que nunca había llegado en una canción.

Entró la tercera voz, y comprendió que la dirigía Damaris Myddleton, con su fuerte y entrenada voz. Y de pronto estaban cantando todos, y la simple melodía se transformó en una magnífica coral.

En un establo campestre y humilde,
entra la madre María apacible.
Llega la estrella luminosa como el día,
llegan los ángeles con laúdes para la melodía.
Laúdes para celebrar la alegría.
Los ángeles cantan su alegría.
Alegría, alegría, alegría,
Alegría, alegría, alegría,
Alegría, alegría, alegría...

La cascada de «alegría, alegría, alegría» sonó tan fuerte como las campanas de Roma.

Genova cogió la figura del ángel Gabriel, con las alas brillantes por el reciente dorado y la fijó en la parte más alta del establo, el último paso antes del milagro de la Natividad. Sin que ella tuviera que guiar, todos dejaron de cantar y el último «alegría» dio paso al silencio.

Trasladó la figura de María en el burro a la parte de atrás del establo. Entonces sacó al niño Jesús del bolsillo y se lo pasó a Thalia, que estaba tan maravillada y emocionada como lo había estado siempre ella en ese momento.

Los niños se acercaron con los ojos muy abiertos. Con el

corazón henchido por el placer de ellos, Genova puso el burro dentro del establo y luego a José y a la madre María. Después se hizo a un lado para que Thalia pusiera el regordete bebé sobre la paja.

—Y ahora es Navidad —dijo, como siempre decía su padre, con la voz ahogada—. Paz a todos.

—¡Paz a todos! —corearon todos y volvieron a saludar y besar a los que estaban cerca.

Las lágrimas le corrían por las mejillas y no lograba pararlas. Ash le puso un pañuelo en la mano. Un pañuelo de seda, hermosamente bordado y orlado con precioso encaje.

Después que ella se secó los ojos, él le dio un beso en los labios.

—Que todas tus navidades sean bendecidas con paz, Genova.

Un destello en sus ojos sugería algo más, pero entonces habló lady Walgrave:

—Sé que esto es muy poco oportuno, pero parece que este bebé comienza a hacer su aparición.

33

En medio de exclamaciones el grupo se puso en actividad. Lord Walgrave insistió en llevar a su mujer a su habitación, a pesar de las protestas y risas de ella. Se dieron órdenes para que las damas de la familia corrieran a hacer diversos preparativos.

A los niños los llevaron a sus camas, pero lord Rothgar animó al resto a continuar las festividades. Algunos volvieron al salón de baile a danzar otro poco, otros se fueron al salón a jugar a las cartas o conversar.

Genova, que había asistido a algunos partos, dudaba que el bebé naciera antes de la mañana, pero tampoco estaba con ánimos de irse a la cama. Se quedó junto al pesebre, viajando por sus recuerdos de toda su vida.

—Significa muchísimo para ti —dijo Ash.

—Es mi hogar. No me había dado cuenta, pero todo en mi vida era mudable, a excepción de esto. El pesebre sólo cambiaba si se le iba añadiendo un elemento nuevo cada año.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre siempre me regalaba un animal nuevo para mi cumpleaños, un nuevo adorador en el pesebre. —Tocó el dragón chino—. Éste fue el último, antes de que muriera mi madre.

—Un invitado peligroso a la fiesta.

—En realidad no. En muchas culturas los dragones son predadores, pero el dragón chino es un heraldo de buena suerte. Irónico, ¿verdad?

Él cogió la figura de vivos colores, sus escamas tocadas con oro.

—Así que un dragón no tiene por qué arrojar fuego ni comerse a la gente.

Ella aguardó, esperanzada, a que él desarrollara la idea, pero se limitó a dejar la figura en la mesa.

—Incluso los dragones chinos tienen que comer. ¿Qué, si no víctimas inocentes?

Ella arrugó la nariz.

—¿Qué comemos todos sino víctimas inocentes?

—¡Genova, eres una escéptica! —Le cogió la mano—. Volvamos al salón para que bailando eches fuera la bilis.

Bailar toda la noche con él sería el cielo, pensó Genova, pero negó con la cabeza.

—No, lo siento.

—¿Ya quieres irte a la cama? La noche es joven.

Ella debía simplemente marcharse, pero no podía mentirle.

—Tengo que encontrar la Estrella de Navidad. Forma parte de la tradición.

Él se rió, sorprendido.

—No creerás que Elf Malloren va a dar a luz a un nuevo Mesías, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! Siempre está en el cielo por Navidad, y tengo que pedirle un deseo.

Él movió la cabeza, pero sonriendo.

—Enséñamela. ¿Tenemos que salir?

—Sería mejor.

No quería que él se riera de esa parte de sus tradiciones, pero no podía negarse a su compañía.

Se dirigieron a la puerta principal y, de camino él encontró un chal y lo cogió para ella. El lacayo solitario se apresuró a abrir las puertas, sin expresar ninguna crítica en su rostro impasible por la locura de aventurarse fuera en mitad de esa fría noche de invierno.

Cuando salieron a la terraza de donde bajaban las dos escalinatas curvas, Genova sintió el impacto del aire helado en la piel. Pero entonces Ash le envolvió el chal en los hombros, creando un collar de perlas con su solo contacto.

Ahí en la oscuridad, bajo las estrellas, ella tuvo la impresión de que por primera vez estaban juntos a solas.

Él miró hacia arriba, inspirando con gusto el aire fresco. Era una noche callada y apacible y no excesivamente fría. Genova también inspiró, escrutando el cielo estrellado.

—Ahí está —apuntó.

—Mi querida Genova, ése es Júpiter.

Ella sonrió al brillante puntito.

—Lo sé, pero esta noche es la Estrella de Navidad.

Sintió la mano de él cálida y amistosa en la espalda.

—Creo que la estrella de Belén era un cometa.

Ella le volvió la espalda a la baranda de piedra, mirándolo a él en lugar de al planeta.

—¿Viste el cometa Halley en el cincuenta y ocho?

—Claro. ¿Dónde estabas tú? —Curvó la boca en una sonrisa—. Quiero decir, ¿en qué parte del mundo? Qué extraño es preguntar eso a una dama.

—¿Acaso en Inglaterra las damas sólo están seguras en casa? Tu experiencia es algo limitada, señor.

Él le acarició la mejilla.

—No muchas personas dirían eso.

Se desató el calor dentro de ella, por lo que la niebla que formaba su aliento bien podía ser vapor.

—En Halifax —se apresuró a decir—. En Nova Scotia. ¿Y tú?

—En Londres. O, mejor dicho, en una casa que tengo cerca de Greenwich.

—¿Cerca del observatorio? —Qué rompecabezas era ese hombre. Cada conversación le revelaba algo nuevo, y ella ya era una adicta a los descubrimientos—: ¿Te interesan las estrellas?

—Me haces parecer un soñador.

—Olvidas que estás hablando con la hija de un capitán de marina.

—Sí, claro. ¿Sabes navegar?

—Algo sé del arte. Mi padre me enseñaba muchas cosas cuando tenía tiempo.

Sus pensamientos se deslizaron hacia su padre y a la pena del cambio. Ash la volvió al presente con una caricia en la mejilla.

—¿Te compro un barco para que puedas navegar hacia tus sueños?

—Tenía entendido que estabas algo urgido de dinero.

—Sólo en lo referente al marquesado. Tengo interés en unos viajes que se están planeando para registrar el tránsito de Venus en el sesenta y ocho. ¿Te gustaría ir?

Ella se echó a reír, perpleja.

—No tengo idea de qué hablas, pero jamás aceptarían a una mujer. Y no, he acabado con los mares. ¿Tú irás?

Él miró más allá de ella, hacia el horizonte y las estrellas.

—No es mi destino. Como la mayoría de mis antepasados, envío a otros en mi lugar, a la aventura y a la guerra.

Ella le cogió la mano, ofreciéndole consuelo tal como él se lo ofreciera antes.

—Oí un rumor de que uno de tus antepasados fue Carlos II. Él viajó y luchó.

—De mala gana. —Le friccionó suavemente la palma con el pulgar—. Se dice que se negó a convertirse al catolicismo romano porque no deseaba volver a viajar.

—¿Y es antepasado tuyo? Me impresiona muchísimo la idea de que tengas sangre real.

Él se encogió de hombros.

—La leyenda familiar dice que fue mi bisabuelo, pero, como hemos dejado establecido, es imposible estar seguro de quién ha engendrado a quién.

Ella liberó la mano para pasársela por el contorno de la mandíbula y por la nariz.

—Hay un cierto parecido tal vez. No tanto a Carlos II, sino a su hermano el rey Jacobo, y a su padre Carlos I.

Él le cogió los dedos y se los puso sobre los labios.

—Chh. En épocas pasadas la sangre real podía haberme puesto la cabeza sobre el tajo.

—Y no tan pasadas. Hace menos de veinte años hubo hombres que perdieron la cabeza por apoyar al pretendiente Estuardo.

Él negó con un gesto al ver su alarma.

—Sea cual fuere la verdad, estoy bien seguro por el lado de la bastardía, mi amor.

Amor.

Dijo la palabra despreocupadamente, pero era otra perla más.

Él le soltó la mano y pasó los dedos por entre sus cabellos. Ella apoyó la cabeza en el hueco de su mano, pensando que esa corta noche le daría perlas que le durarían toda la vida.

—¿Por qué no navegas en busca de Venus, Ash? ¿Qué te lo impide?

—Hay quienes dirían que busco a Venus con demasiada frecuencia.

—Habla en serio.

Él le mordisqueó el cuello.

—Siempre hablo en serio de esos asuntos.

Ella sonrió pero esperó a que él continuara.

—El deber, entonces. Eso es lo que me ata. El deber de administrar mis propiedades, hacer leyes, configurar una nación.

Ella comprendió.

—Tu marquesado es tu barco. Ningún otro puede capitanearlo.

—Es probable que mi barco se hunda por falta de alquitrán o lo que sea que lo mantiene a flote. Tengo que casarme, Genova, y he de hacerlo con alguien que tenga dinero.

Ella sabía, creía saber, por qué él le decía eso. Le dolió, pero le dolió menos porque era sincero.

—Si debes, debes. Sólo prométeme que serás un buen capitán.

Él la cogió en sus brazos, en un abrazo más tierno que todos los que habían compartido. La cabeza le quedó apoyada a la perfección en su ancho hombro.

—Haré todo lo posible —dijo él—. Sé que ya es hora de que releve a mi abuela en la administración de mis propiedades. Ya lo habría hecho, si no hubiera sido por otros problemas.

—Molly Carew.

Genova estaba disfrutando de la calidez de su duro cuerpo y de una fuerza intensa que no habría esperado encontrar en él unos días atrás. Aspirando su aroma, continuó:

—¿Puedes contarme eso? No me azoro fácilmente.

Él deslizó suavemente las manos por su espalda, en una caricia que igual podía ser inconsciente.

—Es una historia ridícula.

Ella se apartó un poco para mirarlo.

—¿Ridícula?

Él sonrió, pesaroso.

—¿No es eso lo que todos tememos más, ser ridículos? ¿Tienes mucho frío para seguir escuchando los avatares de una lastimosa saga?

—No.

Él volvió a atraerla, pasándole los brazos por debajo de su capa para que lo abrazara y arrebujándole más el chal.

—Escucha, entonces. En febrero pasado asistí al baile de máscaras de lady Knatchbull, que no es famoso precisamente por el buen gusto y la sobriedad. Me disfracé de indio bravo, bastante desnudo.

Genova emitió un mmm aprobatorio contra su pecho y sintió su risa.

—Molly Carew iba disfrazada de Salomé, vestida con siete velos extremadamente transparentes. Yo no soy un santo.

—Creo que he notado eso.

—¿Todavía no estás escandalizada?

—No. Estoy impaciente por llegar al punto.

—Bien podría confesarte todos mis pecados. Yo había sido antes amante de Molly, cuando todavía vivía Booth Carew.

Guardó silencio, claramente esperando el comentario.

—¿Y ésos son todos tus pecados?

—No —rió él.

—Ya me lo parecía. Continúa. Estoy ansiosa por saber cómo puedes estar tan seguro de que Charlie no es hijo tuyo —dijo ella, procurando que no hubiera ningún asomo de duda en sus palabras.

Él hizo una larga espiración.

—En resumen, entonces, salí del baile con Molly, sin tratar de ser discreto, pero en ningún momento hice aquello para lo cual «amor» no es la palabra correcta.

Le tocó a ella reírse.

—Ya te dije que las sé todas, pero «copular» irá bien.

—Demasiado matrimonial, pero si quieres, no copulé con Molly Carew.

Ella se apartó un poquitín para poder mirarlo.

—Si vas a confesarme que eres un eunuco, me sorprenderé muchísimo.

Él frotó la mejilla contra la de ella.

—Sólo tienes que explorar, pandolcetta mia, para corregir esa impresión.

Ella se excitó, notando esa verdad a través de las capas de ropa. Un intenso deseo se agitó en su interior, pero dijo:

—¿Por qué, entonces?

—Porque comprendí que ella quería cazarme. Sólo fue una sensación, un instinto, pero como íbamos a mi casa en mi coche y ella me dio placer de las formas que conoce tan bien, lo comprendí. Recordé que ella era una viuda que podía tener intenciones diferentes a las que tenía cuando era una esposa, así que aunque le devolví el placer, no fue de la manera en que se puede engendrar un hijo. Y después la acompañé a su casa.

—Pero entonces... ¿Ella lo inventó todo?

—No totalmente. Supongo que ya estaba embarazada, pero no de un hombre que pudiera casarse con ella, o tal vez no de un hombre con el que ella quisiera casarse. En todo caso, es típico de su osadía que siguiera adelante con su plan. Tal vez pensó que yo estaba demasiado borracho para saberlo.

—¿Lo estabas?

—No.

Ese «no» lo dijo en un tono de amistoso reproche.

—Perdona —dijo ella, sabiendo que en su voz se oiría su sonrisa.

Era una historia escandalosa, pero le encantó que se la hubiera contado, y que él se sintiera un tanto incómodo al contarla.

Ése era el hombre, no el marqués.

Eran amigos.

34

—Lo malo fue —dijo él— que cuando lo negué nadie me creyó. ¿Qué tenía que hacer? ¿Protestar y suplicar? No podía demostrar mi verdad. Entonces no le hice caso, suponiendo que ella renunciaría. Pero no renunció jamás.

—Hasta el extremo de abandonar al bebé de otro hombre a tu cuidado. Tal vez ella es el Loki en esta historia.

Él le rozó los labios con los suyos.

—Eres una mujer extraordinaria.

—¿Porque no me he escandalizado con tu historia? Algunos de los oficiales jóvenes eran como hermanos para mí, y puesto que viajábamos juntos en los barcos, caían las barreras. Muchas veces acudían a mí con historias tristes y muchas de ellas tenían que ver con mujeres. —Agitó la cabeza—. Todas tienen que haber sido enfurecedoras.

—En especial cuando no se puede demostrar lo negativo. Pero necesito por todos los medios obligar a Molly a decir la verdad, o...

—¿O? —preguntó ella, liberando una mano para moverle la cara de modo que la mirara.

—Obligar a Rothgar a usar su influencia con el rey. Probablemente Su Majestad le creerá, dado sobre todo que nuestra enemistad es bien sabida.

Ella dobló la mano sobre su cálida piel, palpando la ligera aspereza de su barba.

—Eso no ha sido toda la verdad.

—Eres una mujer aterradora.

—Dímela.

Él movió ligeramente la cara, aplastándola en su mano. Ella pensó que era una negativa con la cabeza, pero él dijo:

—Desde hace tiempo he supuesto que Rothgar estaba detrás de este plan y que Molly era su títere. El plan tenía un designio convenientemente intrincado. Si yo sucumbía, acabaría casado con una mujer a la que había llegado a tener aversión, aceptando como hijo mío, posiblemente mi heredero, a un bebé que no era mío. Si me resistía, ofendería al rey, tal vez incluso hasta el extremo de que me arrojara a la oscuridad, desde la cual ya no podría molestar a Rothgar. Vine aquí preparado para obligarlo a corregir el mal.

—¿Con qué?

—Eso, Genova, no te conviene saberlo.

—¿La rama de muérdago? —preguntó deseando que él se lo dijera. Al ver que él seguía en silencio, preguntó—: ¿Y si él no tuviera nada que ver?

—Entonces necesito ponerle las manos encima a Molly Carew.

—¿Y hasta entonces?

Él le rozó la nariz con la suya.

—Disfrutar la Navidad. Tratar de comprender más a mi primo. Explorar el ambiente. Estar comprometido contigo... Así pues, Genova Smith, ¿qué piensas de mí ahora?

Ella le cogió la cabeza entre las dos manos.

—Pienso que eres un hombre honrado, Ash, y no hay nada más noble que eso.

Y lo besó, ladeando la cabeza para encontrar el ángulo perfecto, explorando, saboreando, como si fuera por primera vez. Ahí estaba la pasión, la pasión que ardía entre ellos desde el principio, pero esa nueva intimidad era más potente que las esplendorosas llamas y chispas de su fuego. Ardía en las profundidades, controlada.

De pronto, como negando eso, se le tensó todo el cuerpo, perforada por un dardo de necesidad.

—Genova —musitó él, estrechándola más fuerte.

Una mano se apoderó de su pecho, a través del corpiño y el corsé.

Ella vaciló, estremecida, y entonces encontró la fuerza para ponerle una mano en el pecho y empujarlo.

—No, Ash, por favor, no. —Él se quedó inmóvil y ella añadió—. No porque no lo desee.

Él emitió una risa temblorosa.

—Eso lo sé, cariño.

Se enderezó, le arregló el chal, tan jadeante como ella. Dejó las manos cerca de sus pechos en el lugar donde le juntó los bordes del chal.

Habían hablado largamente, en profundidad, y él se había revelado a ella como a ninguna otra mujer, de eso estaba segura, pero fue sincero en todo, incluso en expresar su creencia de que no podía casarse con ella.

Hiciera lo que hiciera ella con eso, tenía que poner fin a ese encuentro.

—Tengo frío —mintió—. Es hora de entrar.

Él no protestó, sino que le abrió la puerta.

El enorme vestíbulo, que antes le había parecido frío, estaba caluroso, de una manera que no podía deberse al ardiente tronco de Yule. Los aromas a coñac, especias y naranjas jugaron con sus sentidos, y a sus oídos llegaba la alegre música del salón de baile.

Él le cogió la mano y la llevó a través de la sala y luego por la escalera hasta las puertas del salón de baile.

—La noche es joven —le dijo en voz baja—. Podemos bailar.

Por las puertas Genova vio ilusión. Casitas con acogedoras ventanas iluminadas anidadas entre los árboles al pie de deslumbrantes montañas. Las parejas danzaban y reían bajo la enorme lámpara de araña. Si entraba allí, estaría perdida.

—Estoy lista para irme a la cama.

¡Qué error decir eso! ¡Qué error!

Lo vio registrar esas palabras y dejarlas pasar, pero él le levantó la mano izquierda y le besó el dorso junto al anillo.

Ella retiró la mano.

—Ojalá no me hubieras dado esto.

—Me pareció una parte necesaria de la comedia.

—Está mal.

—Desecha los escrúpulos. No entraña ninguna reverencia. Ese anillo era el de mi madre. Lo usó de mala gana y lo abandonó cuando se marchó. Cuando me rechaces puedes quedártelo. En realidad, ¿por qué no ponerlo en la cuenta del bebé?

Ella vio las consecuencias.

—¿No más besos?

—Parece que es más seguro. No lo olvides, Genova, no soy un santo. —Le besó la mano—. Buenas noches, querida mía, y que la Navidad te traiga dicha.

Genova miró hacia abajo y contempló el silencioso gran vestíbulo, el hogar donde ardía resueltamente el tronco de Yule, el pesebre junto a él, en el lugar de honor que le correspondía. No había formulado un deseo ni al pesebre ni a la Estrella de Navidad.

Eran muchísimas las cosas que podría desear, pero una sobresalía y no la podía rechazar: «Que este hombre encuentre la paz y la dicha, y la fuerza para ser el hombre que está destinado a ser».

Después de mirarlo una vez más, corrió escaleras arriba y desapareció.

Sin Genova el salón de baile no tenía ningún atractivo. Ash se fue a su habitación y encontró a Fitz repantigado cómodamente en un sillón, disfrutando del coñac de Rothgar.

—¡Ah, ha llegado la respuesta a todos los enigmas!

—¿Dónde está? —preguntó Ash, sirviendo una copa para él—. Porque de ningún modo soy yo.

—¿Así que acabaste en la madriguera del diablo? Tu archienemigo se ve extraordinariamente ileso.

—No habrás esperado que nos agarráramos a puñetazos como baladrones italianos. Nos comportamos con perfecta educación mientras giramos en círculos calculando el momento de atacar.

Ash se escuchó decir el tipo de palabras que había hablado toda su vida, entrenado como un loro.

—Estoy trabajando hacia la paz —enmendó, y bebió un buen sorbo de coñac—. Esto es soberbio. Es una clara prueba de la riqueza de mi primo.

—Paz —dijo Fitz—. Lo apruebo sin reservas.

—Tal vez tú comenzaste la reforma.

—Entonces mi vida ha valido la pena.

Ash lo miró atentamente.

—Es cierto, ¿sabes? Tú no dices lo que yo quiero oír, como hacen todos los lameculos. Has sido una especie de espejo, haciéndome ver mi estupidez. Pero mi abuela no lo aprobará.

—Deja que la generosa señorita Smith se las arregle con ella.

Ash bebió otro poco de coñac.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—¿Con tu futura esposa?

—Eso es una farsa. Deberías haberte dado cuenta.

—Sí que me pareció repentino. Cuando recibí tu nota pidiéndome que fuera a buscar el anillo a Cheynings, supuse que sería para la señorita Myddleton. Y cuando la vi aquí, estuve seguro.

—Probablemente lo será, dentro de un tiempo.

—Ya no puedes darle ese anillo.

—Ni pensaba hacerlo. Sospecho que está maldito.

—Una lástima haberlo puesto en el dedo de la señorita Smith, entonces.

Ash se quedó pensando en eso, inquieto.

—Es sólo por unos días. Le he dicho que cuando me rechace puede quedárselo.

Fitz emitió un silbido.

Ash se sentó cansinamente en el otro sillón.

—Insiste en que alguien tiene que mantener al crío de Molly Carew. Puesto que eso no puedo hacerlo yo directamente, ésa es una manera de salir de ese lío.

—Hará de él un pequeño caballero.

—Su madre es una dama en la superficie, y, como has dicho, Damaris Myddleton ya no lo usará.

—Podrías mandarlo a tallar de otra forma.

—Es de Genova, para que haga con él lo que quiera. La protegerá de cualquier daño, como también al bebé.

Fitz puso una expresión pensativa, pero dijo:

—La señorita Myddleton no está muy complacida contigo, ¿sabes?

—Claro que lo sé.

—¿Entonces qué vas a hacer al respecto? Necesitas casarte, y pronto.

—Lo sé, caramba. ¡Sólo hace tres días que explotó esto! Y las cosas se han vuelto... complicadas.

Por la expresión que vio en su cara, Ash sospechó que su amigo sabía a qué complicación se refería.

—Oye, distrae a Damaris Myddleton unos cuantos días. Me acosa como un lince, y si cedo a mi irritación, eso no va a preparar el terreno para un buen matrimonio.

—Si tiene algo de brío, eso tampoco va a preparar el terreno para el matrimonio. Lo cual podría ser bueno.

—Título por dinero es un trueque justo. No le deseo ningún mal.

Fitz agitó la cabeza.

—Vete a la cama. Debes de haber pasado por momentos difíciles. Mañana lo verás todo distinto.

Ash apuró su copa.

—No sé si eso sería una bendición.

Pero estaba cansado, él, que a veces se pasaba toda la noche bailando o jugando. Se incorporó y empezó a desvestirse.

—Por cierto, ¿qué le ocurrió al bebé de Molly? —le preguntó Fitz.

—Ah, está aquí. En los aposentos para los niños Malloren. Todos son una numerosa y feliz familia.

Fitz se hundió en el sillón muerto de risa.

35

Esa noche Genova pasó largas horas reviviendo los besos y tratando de encontrar soluciones a los problemas de Ash. Trataba de ser objetiva, pero su ridícula mente tomaba sus propios caminos, presentándole situaciones en las que la solución era casarse con él.

Despertó, sin haber descansado, diciéndose que sería una locura encerrarse en una jaula con un lobo. Aunque él no parecía mal dispuesto, ésa era la parte frustrante.

Él creía que necesitaba casarse por dinero para cumplir sus deberes. ¿Qué verdad había en eso? Y ahí siguió, dándole vueltas y vueltas a eso. La realidad era que la pobreza engendra pobreza y la riqueza engendra riqueza. Pero también triunfaban el trabajo arduo y el talento.

¿Tenía ella algún talento que compensara la falta de fortuna? Hizo una mueca al recordar su mención de la anécdota de los ojos de cordero.

Sintió ruido y pensó que estaba soñando. Después cayó en la cuenta de que en realidad eran sonidos de campanillas y de voces fuertes cantando fuera de la ventana.

—¿Qué...?

Se bajó de la cama gruñendo, y agradeció que Thalia fuera un poco sorda y no se hubiera despertado. Se puso la

bata y fue a mirar por la ventana, por un resquicio del borde de la cortina. Alrededor de la casa iban marchando campesinos en una larga procesión, agitando campanillas y cantando alegremente. Cuando entendió las palabras comprendió que les deseaban feliz Navidad a los moradores de la casa y, según la tradición en estas fechas les mendigaban peniques.

—Ah, una juerga de borrachos —dijo Thalia, en medio del ruido de los aros de las cortinas—. ¡Qué espléndido! —comentó, bostezando y asomando la cabeza con el gorro ladeado.

Genova había oído hablar de esa juerga. Era una costumbre con más encanto cuando se contaba que cuando se experimentaba; eso de despertar a la gente al despuntar el alba... bueno, corrigió, mirando el reloj, a las nueve en punto de la mañana.

Sus ojos se sorprendieron ante un relampagueo, y miró con disgusto el enorme diamante. No podía conectar la vistosa piedra con el exquisito e intenso calor de sus emociones.

Como lava, pensó, recordando el Vesubio, no más fría por ser profunda. Todo lo contrario.

Añadió un leño al fuego ya menguante y lo observó encenderse alegre y despreocupadamente. Ya no sabía distinguir entre egoísmo y nobleza.

Ash debía de sentir lo mismo, sin saber si su impulso hacia la paz era fuerza o debilidad, si su intención de casarse con alguien con dinero era un noble sacrificio o simplemente tonta codicia.

Thalia tocó la campanilla que tenía al lado de la cama, y apareció Regeanne a preguntarles qué deseaban ponerse el día de Navidad.

Genova recordó a lady Elf.

—¿El bebé?

—Está bien, señorita Smith.

—No, quiero decir lady Walgrave.

—Ah, todavía no, pero parece que no hay nada de qué preocuparse.

Ocho horas no era tanto tiempo, pero Genova elevó una silenciosa oración.

—¿Qué debo ponerme? —preguntó.

Deseaba ponerse uno de sus vestidos nuevos elegantes, pero no quería estar fuera de lugar. Como respondiendo a otra oración, Thalia dijo:

—Vístete elegante, querida. Hoy será una fiesta magnífica.

Genova eligió el que más le gustaba de sus vestidos nuevos, uno en seda rosa oscuro con estampados plateados y adornado también con encaje de seda. No era el que más abrigaba, pero no pudo resistirse.

La espalda del vestido caía hasta el suelo en holgados pliegues, a la última moda, lo que hacía necesario un miriñaque ancho. Lo llevaría encima de un vestido interior de seda con anchos volantes colgantes de fino encaje en los codos.

Cuando se estaban vistiendo llegó una criada con la bandeja del desayuno, chocolate y panecillos dulces, y con la noticia de que el servicio dominical tendría lugar en la capilla a las diez y que la comida sería a la una.

—¡Ah, es domingo y Navidad! —exclamó Thalia—. Qué bonito. Un chal de abrigo, Genova, tal vez dos.

Genova se echó a reír. A pesar de sus arrugas y de su espalda algo encorvada, Thalia era tan aguda como una aguja nueva.

Cuando terminaron de vestirse, Thalia sacó algo de su joyero y le dijo:

—Cierra los ojos y estira la mano.

Genova obedeció, suponiendo que la encantadora dama le iba a dar alguna chuchería para ponerse. Sus joyas eran modestas. Sólo llevaba pendientes de perlas y un crucifijo de plata colgado de una cinta.

Palpó cuentas, abrió los ojos y vio... un collar de perlas.

—¡Oh, Thalia, gracias! Las cuidaré bien.

Thalia le cerró la mano sobre las perlas.

—Son tu regalo de cumpleaños y Navidad, querida.

—No puedo aceptarlo, Thalia. Es demasiado valioso.

—Me enfadaré si no lo aceptas. Sólo es de una vuelta, y tal vez un poco aniñado para mí ahora. Pero las perlas harán juego perfecto con ese vestido. Sé que Ashart las admirará.

Probablemente Ash pensaría que deberían pasar a él cuando Thalia muriera, pensó Genova, pero se las puso en el cuello y le encantó ver cómo resplandecían sobre su piel. Ahora sí parecía una candidata a marquesa.

Tambaleante de esperanza, salió de la habitación con Thalia.

Comprobó que los dos chales habían sido una acertada precaución, porque el camino a la capilla las llevó por una parte antigua de la casa, que tal vez databa de la época en que era una abadía. Era como si la casa nueva se hubiera construido alrededor, como percebes pegados a un barco hundido.

Finalmente entraron en una capilla de piedra, la que sin duda alguna tenía siglos de antigüedad. Era de tamaño mo-

desto, eso sí, y no daría cabida a todos los huéspedes, si decidían asistir. Al menos, no sentados. Los caballeros, tan vistosos y rutilantes como las damas, tendrían que permanecer de pie.

Mientras esperaban en la cola de damas para encontrar asiento, Genova miró alrededor en busca de Ash. Aún no había llegado. Pero vendría, seguro. Ansiaba volverlo a ver.

Los músicos que la noche anterior tocaran para el baile, comenzaron a tocar música para culto, en instrumentos de viento y tambor. Era una antigua e inolvidable melodía que evocaba épocas muy remotas en el tiempo, y el altar estaba respaldado por un tríptico en el que ángeles dorados oraban alrededor del niño Jesús en el pesebre.

Genova se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo, como si al mirar alrededor pudiera ver hombres vestidos con largas túnicas de piel y damas con extraños tocados. Por el rabillo del ojo notó un brillo como una llama. Se giró a mirar y vio a Ash, entrando en la capilla.

Casi se echó a reír, aun cuando se desmoronaron sus esperanzas.

Él resplandecía como un ángel hecho de marfil y oro. Pestañeó para borrar esa extraña visión, pero de todos modos su traje claro llevaba bordados en vivos colores e hilos de oro, y los botones de la chaqueta y del chaleco relampagueaban como diamantes.

Probablemente eran diamantes.

Estaba claro que le habían llegado sus posesiones, revelando la verdad. Ése debía de ser el tipo de ropa que llevaba en la corte, y seguro que había elegido esa magnífica vestimenta como una declaración a su primo.

Miró alrededor y divisó a lord Rothgar cerca del altar. Su magnificencia era algo más discreta, pero en carmesí y oro. Lady Arradale estaba a su lado, de carmesí a juego, y enormes rubíes alrededor del cuello.

¿Cómo podía encontrar humor en su pérdida de esperanza? Sin embargo lo encontraba. Ella y esas personas vivían en mundos diferentes.

Volvió a mirar atrás, ¿cómo iba a poder no mirar?, y los ojos de Ash se encontraron con los de ella, como si la hubiera estado mirando. Vio una leve sonrisa en sus labios. No pudo evitar correspondérsela. Su amor no había cambiado.

Él empezó a caminar hacia ella, pero en ese momento les pidieron a todos que se instalaran para iniciar el servicio. Ella tomó asiento y abrió su libro de oraciones.

El doctor Egan dirigió las hermosas y tradicionales oraciones y lecturas de Navidad. Genova se zambulló en ellas, orando por la paz. Esa noche había lamentado sus palabras acerca de la guerra, pero ya no. Era posible que le hubieran servido a Ash para volver la mente hacia la reconciliación, y eso era lo verdaderamente importante.

El señor Stackenhull, el maestro de música, dirigía los himnos, pero ella estaba más atenta a la voz de Ashart. Ella cantaba con voz queda, como siempre, pero oyendo las palabras, como si fueran nuevas.

Maravilla grandiosa, poderosa,
¡Curación total y bendita!
Ha florecido la rosa
que durará eternamente.

Después, más avanzado el servicio:

¡Oíd cómo resuena la bóveda celeste!
Gloria al Rey de Reyes,
paz en la tierra y misericordia a los mansos,
Dios y pecadores se han reconciliado

Durante la última estrofa del último himno, miró a Ash.

Uníos pues, todos los corazones
que no sois de piedra,
y que todas nuestras voces lo demuestren,
para celebrar al Santo,
el Dios de la paz y el amor.

Cuando todos iban saliendo, ella y Ash se juntaron, tan inevitablemente, pensó, como el mar al besar la orilla.

—Te saludo, aurora gloriosa. Pareces el sol naciente, Genova.

Ella sintió subir el rubor y se ruborizó aún más por eso.

—Y tú pareces un serafín.

—¿Qué? —exclamó él, los ojos iluminados por la risa—. Nadie me había llamado ángel desde que era niño.

Ella le detalló su primera impresión, admirando las franjas de flores exquisitamente bordadas que bordeaban los cierres de su chaqueta de terciopelo color marfil, de un ancho de por lo menos un palmo.

—Dejas en vergüenza mis flores en la nieve.

Entonces tuvo que explicarle a qué llamaba flores en la nieve, lo cual llevó a recuerdos de su bordado y su encuen-

tro. Pero compartieron los recuerdos en silencio, con miradas.

—Me sorprende que alguien que no sea un ángel se atreva a llevar un traje así.

Él se miró el traje.

—¿Por qué?

—Porque un simple humano podría manchártelo con gotas de salsa.

Él se rió.

—Sencillamente ordenaría que añadieran otra flor. Los abundantes bordados son muy prácticos, incluso económicos, como ves.

Fue como si él supiera que esa noche ella había estado pensando que la frugalidad y la economía podían reemplazar una fortuna. Una idea risible en ese momento.

Él le pasó el brazo por el suyo y le ofreció el otro a Thalia. Se unieron a la procesión de vuelta a la parte principal de la casa, amenizados por la insubstancial cháchara de Thalia.

A Genova no le molestó eso. Todo lo que era necesario decir fluía entre ella y Ash sin palabras, lo delicioso y lo amargo. Lo sentía tan intensamente que la sorprendió que no fuera evidente a todos.

En el gran vestíbulo Thalia se separó para ir a charlar con viejas amigas. Genova vio a Portia, que llevaba un precioso vestido de terciopelo verde musgo, y caminó hacia ella con Ash, a interesarse por lady Elf. Ése era un asunto que ni todo el dinero ni poder del mundo podían llegar a suavizar.

Portia hizo un gesto pesaroso:

—Los dolores han sido muy intensos, pero al parecer no hay ningún problema. Ojalá acabara pronto por el bien de todos.

Ash dejó hablar a las dos mujeres acerca del parto y se puso a pensar en su problema con Genova Smith. No debería haberle sonreído así en la capilla, pero ¿cómo no le iba a sonreír cuando se veía tan espléndida como la aurora?

No debería haberle dicho eso tampoco. Debería haber resistido el impulso de ir hacia ella, pero ¿pueden las mareas resistirse a la luna o la luna al sol? Además, tenían que representar ese maldito compromiso.

Ya sabía de antes que ella era magnífica, pero en ese momento se veía tan espléndida: elegante, digna, graciosa, en rosa, plata y perla. El diamante era una nota discordante, pero necesitaba algo de oro, pensó. Tal vez incluso topacio, para destacar sus cabellos. Sí, un magnífico juego de joyas de oro, perlas y topacio...

Lady Bryght se alejó y Genova se volvió hacia él.

—Estás muy callado —le dijo.

—Asunto de mujeres. Un hombre prudente se bate en retirada.

—¿Quieres decir que no te preocuparías en absoluto mientras tu mujer estuviera sufriendo los dolores del parto de tu hijo?

Lo asaltó una repentina visión de Genova con los dolores del parto. No sabía nada de esos misterios, pero de todos modos se la podía imaginar vivamente, sudorosa, magnífica...

De él.

—Probablemente me escaparía a emborracharme. —Vio que los demás se estaban dividiendo en diferentes grupos—. ¿Qué pasa ahora?

La expresión de ella manifestaba sorpresa. Seguro que habían hecho algún anuncio.

—Se nos ofrece la hospitalidad habitual hasta la comida, pero también recorridos por la casa. La galería —lo miró, sabiendo qué recuerdos le evocaría eso, a veces podía ser una mujer perversa—. Una exposición de objetos anglosajones. Los nombres de los Malloren son todos anglosajones, ¿sabes?

—Sí.

—Claro, cómo no vas a saberlo.

Pareció azorada, por lo tanto él dijo:

—Sólo una generación. El hijo de Bryght se llama Francis, y el de lord Cyn se llama John. Lady Hilda, que está casada con Steen, también ha puesto nombres corrientes a sus hijos. Charles y Sarah, creo.

—¿Hay algún detalle de los Malloren que no esté grabado en tu mente?

Él debería haberse ofendido, pero encontró deliciosa su agudeza.

—Ya conocemos la galería, y la vieja cerámica inglesa no tiene ningún atractivo. ¿Qué más hay?

—Grabados y porcelana chinos. Un recital de arpa. Ah, y lord Rothgar está dispuesto a enseñar su sala mecánica, lo que sea que signifique eso.

Eso le despertó el interés a él.

—Disfruta muchísimo con los relojes y autómatas. —Le cogió la mano—. ¿Vamos allí? Nunca hace daño saber cómo funcionan los engranajes de alguien.

Qué agradable ser una máquina, pensó, cuando se unieron a Rothgar y otros tres huéspedes. Realizar a las mil maravillas una función diseñada sin el inconveniente de tener corazón.

36

La actitud insólitamente reservada de Ash preocupó a Genova. Ella trataba de ocultar sus sentimientos para no perturbarlo. Sabía que a él le importaría.

¿O no tendría nada que ver con ella? ¿Estaría echándose atrás, volviéndose en contra de la paz y pensando nuevamente en recurrir al arma que podía hacer daño a su primo?

Cuando entraron en una sencilla sala, bastante ruidosa por los tic tacs de muchos relojes, intentó evaluar los sentimientos entre los dos hombres. Igual ellos podrían haber sido figuras autómatas.

Aparte de un hogar encendido, la sala estaba desnuda de adornos. A lo largo de las paredes había adosados bancos de trabajo, y en el medio había una larga mesa sobre cuyo centro se elevaba un objeto grande tapado. Las ventanas a lo largo de una pared daban luz, pero también había velas encendidas, algunas con complejos cristales de aumento para enfocar la luz.

Siempre había tenido un especial interés en los relojes, puesto que en el mar es importantísimo el tiempo, así que recorrió la sala mirándolos. Había muchos silenciosos, tal vez esperando reparación. ¿Lord Rothgar trabajaría personalmente en eso, o sería simplemente un mecenas? En ese

momento no había ningún artesano ahí, pero daba la impresión de que periódicamente trabajaban unos dos o tres hombres en ese lugar.

Algunos relojes ya estaban desarmados, las piezas sueltas sobre una parte del banco. Encima de ellos, sujetos a la pared, había dibujos y diagramas. ¿Cuál era la finalidad? ¿Simplemente reparar relojes porque estaban averiados?

Rothgar parecía fuera de lugar ahí, todo de terciopelo y oro, pero se movía por la sala con comodidad y familiaridad. Tan pronto como él comenzó a explicarle los diversos objetos de especial interés, ella comprendió que su participación en eso no era sólo como mecenas.

Y al parecer a Ash le interesaban las estrellas.

Los primos tenían más cosas en común que diferencias. En realidad no había entre ellos ninguna diferencia importante aparte de las inventadas por la generación anterior.

Rothgar les enseñó metódicamente diminutos mecanismos que estaban colocados debajo de lentes de aumento y otros más grandes, explicando en detalle su finalidad. Les explicó en qué consistía la avería de algunos y cómo se podían reparar. Les demostró el funcionamiento de hermosos aparatos de precisión, incluso el de un diminuto torno.

A Genova siempre le habían interesado las máquinas, muchísimo más que lo que le interesaba la elegante labor de aguja. Las máquinas son «útiles»; crean algo sólido y necesario. Ni siquiera un vestido era necesario, pensaba. En muchos lugares del mundo las personas se vestían con un taparrabos.

Rothgar señaló un hogar en miniatura con un gato acurrucado delante.

—Hay un mecanismo ahí que activa la cuerda, señorita Smith. ¿Podría moverlo?

Genova lo movió. Comenzó a sonar una alegre melodía y del tronco se elevaron y movieron llamas artificiales. El gato movió la cola y el reloj de la repisa comenzó a hacer tictac.

—¡Qué encantador!

—Un mecanismo sencillo —dijo él cuando se acabó la cuerda—, pero se averió y le hemos devuelto la vida—. ¿Lo acepta como regalo de cumpleaños, señorita Smith? Ha demostrado que sabe cuidar tesoros.

Genova se sintió aturullada, pero se lo agradeció. ¿A qué tesoro se refería, al pesebre o a Charlie? ¿O a los dos? ¿O tal vez incluso a Ash?

Rothgar pasó a un banco donde había unas cien piezas de metal sobre un paño blanco. Eran de todas formas y tamaños. Genova comprendió que el dibujo que estaba fijado a la pared, detrás de las piezas, era un diseño o plano que indicaba dónde iban las piezas, pero no le encontró sentido.

Recordó lo enredadas que encontraba las cartas de navegación cuendo su padre empezó a enseñarle, y lo claras que se le habían hecho con el tiempo.

Rothgar señaló un lugar en el plano y cogió cinco piezas. Las unió diestramente y pasó un cilindro del diámetro de un alfiler por el medio. Sujetando el cilindro con los dedos, movió una pieza, y otra pieza se movió dos veces. Lo desarmó y dejó las piezas sobre el paño.

—Puede probar si quiere.

Ella miró alrededor. Ash estaba cerca, pero los otros tres huéspedes estaban vagando por la sala, cogiendo y moviendo diversos aparatos puestos allí para explorar.

Miró nuevamente al maestro de máquinas pensando si no le estaría tomando el pelo, pero no pudo resistirse.

—Es fácil porque usted dejó las piezas en orden.

Las cogió y repitió lo que había hecho él, mirando una vez el dibujo cuando dudó. Entonces le encontró sentido a esa parte del dibujo. Introdujo el cilindro y movió la delicada pieza metálica. La otra pieza se movió dos veces.

Se echó a reír con una alegría totalmente desproporcionada a la sencilla tarea, y después miró a Ash pensando que tal vez él lo desaprobaría. Pero él sólo estaba sorprendido.

—Era fácil —le dijo.

—Pues no —repuso él.

Volvió a mirar a lord Rothgar.

—Fácil para nosotros quizá. ¿Es usted también de esas personas que necesita hacer que el mundo funcione a la perfección, señorita Smith? Le advierto que eso le romperá el corazón más de una vez.

—No querría ser tan arrogante —dijo ella y se mordió el labio.

Él sonrió.

—Todos somos arrogantes en nuestras pasiones, ya sea nuestro mundo un globo o una pequeña celda.

—¿Qué es eso? —preguntó Ash indicando la figura tapada que estaba en la mesa del centro.

Rothgar levantó el paño. Genova no fue la única que soltó una exclamación de admiración ante la enorme palo-

ma cuyas alas tenían plumas de perla y diamantes en las puntas.

—¿Quieres mejorar la paz? —preguntó Ash.

Bueno, pensó Genova, justo cuando no lo esperaba sentía el fétido olor a contienda.

Rothgar dobló el paño y lo dejó a un lado.

—Su Majestad estuvo de acuerdo conmigo en que esto era menos de lo que podía ser.

Genova ansiaba comprender, y como si lo hubiera preguntado, Ash se volvió hacia ella.

—Éste fue un regalo que hizo al rey el embajador francés suplente. Pura ostentación y poca substancia. Pero claro, tal vez D'Eon es pura ostentación y poca substancia.

Ah, D'Eon.

—Imprudente infravalorarlo tanto —dijo Rothgar y volvió la atención a la máquina—. El mecanismo es simple y no se podía cambiar, pero no creaba ninguna ilusión de naturaleza. Si lo viste funcionar antes, primo, juzga ahora.

Rothgar movió una palanca y el pájaro cobró vida. Giró la cabeza, ladeándola un poco, luego bajó el pico y cogió una ramita de olivo de entre varias ramitas verdes y la levantó. Genova quedó atrapada en la ilusión de que la paloma la había elegido, que el pájaro era de verdad.

—Antes sólo había una rama —dijo Ash—, y se oía un clic cuando el pico del pájaro la cogía.

—Todavía se oye un suave clic, pero las ramas crujen un poco y lo disimulan. La distracción es una potente estratagema.

Entonces la paloma abrió las alas dejando ver las palabras escritas en oro debajo: PEACE. PAIX. Sólo se vieron un

instante, porque las alas volvieron a bajar, con el suave movimiento de un pájaro acomodándose las plumas.

Todos aplaudieron y alguien pidió que volviera a funcionar. Rothgar le enseñó al hombre a darle cuerda y activarla, y retrocedió para reunirse con Ash y Genova.

—Antes quedaban abiertas —observó Ash.

—Y hacía falta habilidad para volver a echar a andar el mecanismo. Grave desacierto en el diseño. Cuando se cierra, como ahora, el impulso natural es abrirla otra vez, y sólo hace falta darle cuerda. Antes se quedaba abierta y ya está. Pero claro, D'Eon había llegado a la fase de desacierto en muchas cosas. Tengo la tentación —continuó, contemplando la paloma— de quitarle las perlas y los diamantes y reemplazarlos por plumas.

—¿Para hacer real la paz? —le preguntó Ash.

Rothgar lo miró.

—Exactamente.

—Sea, pues —dijo Ash.

Genova miró entre los dos hombres imperturbables y no logró decidir qué acababa de presenciar, pero rogó que fuera lo que se imaginaba.

Seguiría habiendo problemas, pero sin duda Rothgar ayudaría a su reconciliado primo a recuperar el favor del rey. Se le despertó la esperanza por el lado de ella, pero se daba cuenta de que un asunto no estaba conectado con el otro.

Reanudó el recorrido por los diversos mecanismos que se exhibían en el banco, pensando que si las personas fueran máquinas todo sería muchísimo más fácil.

Rothgar la acompañó, demostrándole lo que hacía cada uno. Al cabo de un rato la animó a desarmar un reloj, expli-

cándole lo que hacía cada pieza a medida que ella las iba soltando.

Cuando se le ocurrió mirar alrededor, descubrió que todos se habían marchado, incluso Ash. Se apresuró a levantarse del taburete donde estaba sentada.

—Ay, lo siento.

—No hay ninguna necesidad de pedir disculpas por tener una obsesión, señorita Smith, aunque tal vez Ashart se sorprendió cuando usted no se fijó en que se marchaba. —Estaba sonriendo, pero añadió—. No deje ni asomar la culpa a su mente. Ni siquiera el amor más profundo debe encerrarnos alejándonos del mundo más amplio. Espero que él sepa eso.

Ella miró el reloj que había estado investigando, aceptando que no deseaba dejarlo a medio explorar.

—¿Es esto algo que puede hacer una mujer?

—Pocas son las cosas que no puede hacer una mujer, aunque muchas se las ponen difíciles. Podría ser difícil si quisiera instalar un taller, pero no si es para trabajar en privado, en especial como afición.

—¿Cómo podría aprender? Sólo como diversión —añadió, no dispuesta a aceptar la atracción que eso ejercía en ella.

—Podría quedarse aquí a explorar los misterios, si quiere. Empleo a dos artesanos.

Ella lo miró sorprendida.

—O si su destino la lleva a otra parte, conozco personas que estarían encantadas de participarle sus conocimientos.

Al parecer sus ambiciones nunca se mantenían en límites sensatos, pensó ella.

—¿Y si quisiera ganarme la vida así? Podría tener que hacerlo.

Él no pareció sorprendido.

—Serían posibles encargos de particulares. Aunque le llevaría tiempo aprender.

—Tengo un poco de dinero que me permitiría mantenerme muchos años —dijo ella. Al instante movió la cabeza—. Esto es una idiotez. Hace una hora no tenía idea de esto.

—Pero así es como suelen ocurrir las cosas, ¿verdad?

Ella comprendió lo que quería decir. También reconoció que él no le había discutido su suposición de que podría ser libre para aprender un oficio y posiblemente ganarse la vida con él. Dicho de otra manera, soltera.

Mientras cogía con todo cuidado su hogar en miniatura, trató de asentar eso en la mente.

Salió de la sala con lord Rothgar adaptándose a otro cambio. No hacía mucho ese hombre le inspiraba un temor reverencial. No lo consideraba menos imponente, pero ya podía conversar con él casi con la misma facilidad que con Ash, tal vez debido a un deseo común de hacer funcionar las cosas, de bruñir, eliminar el orín y la corrosión, aplicar grasa y restablecer el orden.

Es decir, una necesidad inveterada de inmiscuirse, pensó, sonriendo irónica. Se sintió libre para hacer una pregunta:

—¿Hay paz entre usted y Ash?

—En cierto modo, pero poco afirmada.

—¿Podría romperse otra vez? ¿Debido a su abuela?

—Sin duda ella hará todo lo posible por romperla.

—¿No gira todo esto en torno a...? —titubeó, al caer en la cuenta de que iba a nombrar a su madre—, ¿lady Augusta? Si se pudiera demostrar que sus actos no tuvieron nada que ver con el difunto marqués, ¿no serviría eso?

Él la miró.

—Le advertí lo que ocurre cuando se intenta hacer funcionar bien el mundo, señorita Smith. ¿Y cómo puede mi familia no tener nada que ver con eso? ¿Cómo pueden aquellos que están alrededor de una tragedia no haber contribuido a ella en cierto modo, aunque sólo fuera en lo que dejaron de hacer?

Habían llegado al gran vestíbulo, donde crepitaba el tronco de Yule en un verdadero hogar. Brillaban las velas, y en el enorme espacio se oían las notas distantes de un arpa, insinuando vida en otra parte. La única otra persona que había allí era un lacayo silencioso e inmóvil. Rothgar lo llamó y el hombre cogió su regalo y se fue a dejarlo en su habitación.

—Usted quiere curar las heridas Trayce —le dijo Rothgar—, y yo también. Pero, ay de mí, las personas no son máquinas.

—Él lleva encima una gran carga de odio.

—Lleva la carga de la marquesa viuda y su odio. ¿Le ha dicho que ella lo crió?

Ella lo miró recelosa, pensando si sería correcto hablar de Ash con él.

—Sí.

—Es justificado e incluso noble que él sienta lealtad hacia ella, y sospecho que la quiere como a una madre. Pero no todas las madres son benignas. Ella lo crió para que fuera un arma. O más exactamente, para que disparara las armas hechas por ella.

—Creo que él se ve más como Loki que como el hermano ciego de Balder.

—Todos preferimos ser el que empuña el arma, no el instrumento.

Algo llegó a sus ojos y Genova se giró para ver el brillo. Ash los estaba observando.

—Ah, Ashart —dijo Rothgar tranquilamente, y echó a andar hacia él, invitándola a ella.

Ella encontró demasiado fuertes el clac clac de sus tacones y el frufrú de su falda. Se imaginaba que Rothgar simplemente la iba a dejar con Ash, pero él dijo:

—Tengo unas cosas que podrían interesarte, Ashart. ¿Podría pedirte que me acompañaras?

Ash pareció receloso, y tal vez lo estaba. ¿Ahora qué? Pero inclinó la cabeza.

—Estoy a tus órdenes.

—¿Quieres que nos acompañe también la señorita Smith?

Ash la miró, frunciendo ligeramente el ceño, pero dijo:

—Su presencia sólo aumentará mi placer.

Rothgar los llevó arriba, a una sala contigua a la biblioteca. Era una especie de biblioteca, pero mucho más pequeña y sencilla, y la parte inferior de los armarios estaba formada sólo por cajones.

—Los archivos —dijo Rothgar.

A Genova se le agudizó el interés. Esa sala albergaba los archivos de la familia. La mayoría versarían sobre asuntos de negocios y administración, pero también podía haber cartas y otros documentos personales.

¿Qué deseaba que Ash viera allí? ¿Qué deseaba que viera «ella»? Rothgar la había incluido a ella de una manera que le puso muy difícil a Ash decir no.

No podía haber una solución fácil ahí. Si la hubiera, los Malloren la habrían presentado hacía una generación.

En el centro de la sala había una mesa larga con sólo dos sillas, aunque había otras dos junto a la pared debajo de la ventana. No había hogar, pero ella calculó que la pared que separaba la sala de la biblioteca era aquella donde estaba la chimenea en la biblioteca, y atemperaba el frío. De todos modos, hacía el frío suficiente para hacerla tiritar dentro de sus sedas, y deseó tener todavía los dos chales, no uno.

Rothgar abrió un cajón bajo y alargado.

—Éstos son los papeles de mi madre. No hay ninguna revelación sorprendente, ni acusaciones ni vindicaciones, pero podría convenirte leerlas.

Dentro del cajón se veían unos fajos de papeles y dos cuadernos o carpetas.

—¿Por qué no se devolvieron a Cheynings? —preguntó Ash, impasible.

—A petición de tu familia, mi padre devolvió todo lo que trajo mi madre con ella, pero conservó los de después del matrimonio. Entonces mi madre ya era una Malloren. Siempre se ha alentado a la viuda a venir aquí a verlos si quiere.

—Pero tú sabías que ella nunca haría eso.

—Yo era un niño de cuatro años cuando murió mi madre.

Genova vio que Ash se encogía ante ese recordatorio. No, pensó, su mente todavía no estaba libre de la larga formación.

—Pero has dicho que ahí no hay nada importante.

—Eso no es exactamente lo que dije. Tienes más de una hora antes de la comida.

Rothgar se marchó, y Genova se quedó pensando cuál sería su papel ahí. Si podía ayudar, estaría encantada de hacerlo.

Ash estuvo un rato sin moverse. De pronto, echó a andar, lentamente, renuente, hacia el cajón.

—Ya habrán quemado hace tiempo cualquier cosa que arrojara una sombra de duda sobre los Malloren.

—No te hará ningún daño mirar.

—¿No fue eso lo que dijo Pandora? —Tocó un fajo de papeles—. ¿Éstas son cartas que recibió, o hacía borradores? ¿O tal vez tenía secretaria? ¿Y esto qué es?

Desató una cinta gris que envolvía una carpeta de cartón jaspeado, revelando que en otro tiempo la cinta fue roja. La abrió y apareció un dibujo de un templo griego, pasable pero no excelente, en lápiz y tinta. Él pasó las hojas.

—¿Su arte? ¿Los dibujos bonitos de adornos falsos muestran el alma?

Cerró la carpeta y cogió otra atada también. No, era un cuaderno. Desató la cinta y lo abrió en la primera página. Aun cuando estaba a un lado, Genova pudo leer lo escrito en letra bien caligrafiada pero demasiado grande: «14 de junio de 1724. Ahora soy la marquesa de Rothgar y estoy muy contenta con mi nuevo estado. [...]».

—A no ser que esto sea una falsificación —observó Genova—, eso indica que era una esposa feliz.

—Aunque bastante tonta.

—Sólo tenía dieciséis años, tengo entendido.

—Terrible, ¿no te parece?

—Muchas jóvenes se casan a los dieciséis.

—Y algunas están preparadas para casarse.

Ella hizo un gesto pesaroso.

—No puedes culpar a los Malloren de eso, Ash. Sus padres podrían haber prohibido las amonestaciones.

—No hubiera sido fácil. Las leyes eran ambiguas antes de 1753. Si una muchacha estaba dispuesta a fugarse con un canalla, no era mucho lo que podían hacer sus padres, fuera de encerrarla. Pero que yo sepa, todos aprobaron este matrimonio. —Cerró el cuaderno y se lo pasó a ella—. Si te interesa, léelo.

Genova continuó con las manos a los costados.

—No. Tú debes leerlo.

—¿Debo?

—Ya acabamos con ese juego.

—Piedad —dijo él y miró el cuaderno—. ¿Por qué siento tanta renuencia a leer esto? ¿Por miedo de desilusionarme o por miedo a romper las cadenas que me apoyan?

—Las cadenas atan, no apoyan.

—Pero de todos modos podemos llegar a depender de ellas. —Hizo un gesto hacia la mesa—. Si quieres que yo lea esto, tú te sientas ahí y lees estas cartas.

37

Con igual recelo que él, Genova cogió los tres fajos de papeles y la carpeta de dibujos y fue a sentarse a la mesa. Ash se sentó al frente, apartando los faldones exquisitamente bordados de su chaqueta para no sentarse encima. Y comenzó a leer.

Ella lo observó un momento, escrutándole la cara por si veía algún cambio de expresión. Al no ver ninguno, comenzó por la parte más sencilla de su cometido. Fue pasando los dibujos, lamentando tener ya los dedos fríos.

Lady Augusta había sido bien enseñada, pero le faltaba talento. Todos los dibujos parecían ser obedientes esbozos de los alrededores de Rothgar Abbey. De pronto sus ojos se detuvieron con más atención en uno.

En un reconocible esbozo de la Sala de los Tapices, Augusta había dibujado a un hombre sentado en un sillón leyendo un libro. A la figura le faltaba movimiento y la cabeza estaba mal dibujada, pero estaba claro que era su marido. ¿Trataría una esposa de dibujar a un marido al que temía?

Encontró otros dos, uno de ellos un desastroso intento de representar a un hombre montado a caballo. Desastroso en la técnica, pero tampoco delataba ningún tipo de rencor o aversión. Parte del desastre provenía de la ancha sonrisa que

quiso poner en su cara; ningún ser humano tiene una dentadura tan abundante.

Después venía una serie de dibujos de un niño, o mejor dicho un bebé que comenzaba a sentarse. Tal vez lady Augusta había tomado más clases, porque los dibujos estaban un poco mejor. O tal vez el maestro o maestra había hecho algo más que instruir. Los dibujos de muchas señoras eran más la obra del profesor o profesora que la de ellas.

Fuera cual fuese la explicación, la sólida redondez de un bebé estaba clara, y las posiciones se veían naturales, con movimiento, y la cabeza proporcionada al cuerpo. Sin duda los muchos dibujos de su primer hijo no eran obra de una mujer que se sintiera atrapada o desgraciada. La señora Harbinger había dicho que adoraba a su primogénito; pero lo descuidaba.

Entonces recordó que ése era lord Rothgar cuando era bebé. ¿Cómo sería crecer conociendo la perturbación de su madre, verla en sus peores momentos? ¿Sería por eso que desarrolló una obsesión por las máquinas, que se pueden controlar, y se pueden reparar?

¿Qué decía eso de ella? Era posible que su interés por las máquinas fuera tan insignificante como el preferir las cerezas a las ciruelas, y también era posible que naciera de una vida desarraigada, muchas veces a merced de los caóticos elementos. O incluso de la horrorosa e inexplicable muerte de su madre.

Se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó Ash, alzando la vista.

Él se levantó y dio la vuelta a la mesa, quitándose la chaqueta bordada. Con cierta dificultad, observó ella; la

chaqueta estaba hecha para ceñirlo sin la más mínima arruga.

Él se la puso alrededor de los hombros. Ella podría haber expresado varias protestas educadas, pero se la arrebujó más.

—Gracias.

Él la miró con una expresión que revelaba preocupación, pero también afecto, y volvió a sentarse ante el cuaderno. Ya había leído la mitad del diario y ella todavía no veía ninguna reacción.

Se tomó un momento para admirarlo con su camisa de fino linón y su chaleco bordado; después se tomó otro para saborear la deliciosa sensación de estar rodeada por él, por su chaqueta. Miró los botones. Había pensado que eran diamantes de verdad, pero al mirarlos de cerca vio que estaban formados por muchas piedras pequeñas.

Si eso la aliviaba quería decir que se había adentrado aún más en lo absurdo.

Volvió la atención a su tarea.

Dejó a un lado los dibujos del marido y del hijo y cerró la carpeta, para comenzar con las cartas. Desató otra cinta desteñida, que también había sido roja. Estaba claro que a lady Augusta le gustaba el color rojo. ¿La predilección de su hijo por ese color la llevaría en la sangre?

Encontró una mezcla de cartas dirigidas a la marquesa de Ashart y borradores o copias de cartas enviadas por ella. Estaban en orden cronológico, lo que indicaba que alguien las había ordenado. Era lógico. Dos marqueses de Rothgar habrían examinado esos documentos en busca de algo que explicara los motivos de Augusta.

Empezó la lectura, sujetándose la chaqueta para que la cubriera bien, y reconociendo un cierto placer culpable por tener un pretexto para inmiscuirse en vidas privadas.

Leyó someramente las cartas de la madre de lady Augusta; eran cariñosas, pero casi siempre incluían el consejo de que dejara de ser tan alocada, recordándole que ahora era una gran dama y debía actuar con dignidad.

Las cartas de Augusta a su madre eran afectadas y sumisas. Las que escribía a sus hermanas y hermanos eran más relajadas, pero no revelaban ningún secreto. Había una que otra respuesta, y en éstas al menos las hermanas dejaban claro que le envidiaban su marido amable e indulgente.

Si Augusta tenía problemas, ¿a quién se los confiaría?

¿A amigas?

Había unas pocas cartas de amigas, pero cuando comenzó el segundo fajo, estaba sorprendida de lo pocas que eran las amigas.

Ella estaba en la misma situacion, pero eso se debía a su vida errabunda. Había hecho y dejado a cientos de amistades. A veces había intentado mantener la amistad a través de cartas, pero el correo era lento y nada fiable, y ella no era una gran entusiasta de escribir cartas.

Volvió a mirar a Ash. Tal vez una de las raras habilidades que había desarrollado era la de juzgar rápido a las personas y de hacer amistades con rapidez. Una persona conocida en un puerto podía marcharse dentro de unas semanas o incluso días.

¿Sería que la amistad, como el amor, necesitaba la prueba del tiempo? ¿Podía fiarse de su rápida y apasionada reac-

ción a él? ¿Era él juicioso al poner la mira en objetivos más estables?

Suspiró al pensar eso y él levantó la vista.

—Es tedioso esto, ¿verdad?

—No, no —contestó, al ver que él empezaba a cerrar el cuaderno—. Fue solamente un pensamiento. Te lo diré después.

«Tal vez», añadió en silencio, cuando él reanudó la lectura.

Volvió el pensamiento a Augusta y sus amigas. Lady Augusta Trayce no había llevado una vida errante, por lo que su círculo de conocidos tenía que haber sido estable. Sin embargo no encontró ninguna señal de correspondencia periódica con ninguna amiga en particular.

Claro que era posible que hubieran destruido esas cartas. Si era así, ¿qué podrían haber contenido?

No, seguir ese camino era unirse a la viuda lady Ashart en su obsesión. Tenía que creer que esa correspondencia estaba todo lo completa que podía estar. Continuó leyendo, con la esperanza de ver un atisbo de luz en medio de las banalidades.

En la distancia comenzó a sonar una campanilla.

—Ésa debe de ser la campana que nos llama a comer —dijo Ash, como arrancado de otra parte—. ¿Y bien? ¿Alguna revelación que se le haya escapado a Rothgar?

Genova dobló la carta que había estado leyendo.

—Creo que no, pero tal vez te interesaría mirar estos dibujos.

Se los acercó por encima de la mesa.

Él los puso delante.

—No era muy buena para el dibujo, ¿verdad?

Genova se abstuvo de dar su opinión. Quería ver cómo los interpretaba él.

—No tenemos ninguno de sus dibujos en Cheynings, que yo sepa. ¿Los habrá destruido la Nani?

A Genova la sorprendió el cariñoso apodo con que llamaba a la mujer que ella había empezado a considerar una encarnación de Loki.

—¿Por qué iba a destruirlos?

—No se puede permitir que nada manche el nimbo del ángel.

—¿Lady Augusta? —preguntó Genova, sin poder evitar el tono de asombro.

—¿No deben adorar las madres? ¿Qué si no?

Genova ansiaba oír su opinión del diario, pero le explicó su impresión de las cartas, incómoda por juzgar a la mujer muerta hacía tanto tiempo, que había sido menor que ella.

—¿Y el diario? —preguntó finalmente.

Él puso los dibujos en el cuaderno para marcar el punto.

—Frívola, egoísta, malcriada. Al principio todo es miel, pero ya empieza a quejarse de la crueldad de su marido.

Genova sintió un escalofrío.

—¿Explica la causa?

—Con mucha claridad. La reprende si derrocha su dinero para gastos menores. Gasta demasiado en asuntos de la propiedad. Espera que le lea a su aburrida suegra.

—Ah.

—Era una niña —dijo él, levantándose—. ¿Por qué demonios se casó con ella?

—Tal vez vio a la niña del dibujo que está en la galería.

—Me gustaría saber cuánto tardó en lamentarlo. Y cómo se portó entonces —añadió.

Genova deseó discutir, pero en realidad podía imaginarse a Augusta llevando a un hombre sensato a la locura; incluso a la violencia. Pero ¿a una crueldad constante que le deteriorara la mente a ella?

Seguía sonando la campanilla, sin duda en un recorrido por toda la casa, para que la oyeran todos.

—Nos llaman a celebrar —dijo Ash—. Me llevaré todo a mi habitación para analizarlo otro poco después.

Genova sintió cierta renuencia a entregar el fajo con algunas cartas sin leer, pero refrenó la necesidad de inmiscuirse. Le devolvió la chaqueta y salieron.

En el camino pasaron por el dormitorio de él, para que pudiera dejar allí los papeles. Ella insistió en esperarlo fuera. Todavía le quedaba un poco de fuerza de voluntad.

Al cabo de un momento, él salió acompañado por su amigo rubio que había llegado la noche anterior. O sea que habría estado a salvo de flaquezas de todos modos, pensó Genova.

Estaba tratando de recordar el nombre cuando Ash se lo proporcionó:

—¿Recuerdas a Fitzroger, Genova?

El amigo le hizo una inclinación, ella hizo su venia, y echaron a andar por el corredor, ella en el medio, con la sensación de que el amigo la observaba. ¿El señor Fitzroger no la aprobaba tal vez? Quizás él también opinaba que Ash debía casarse por dinero, y no sabía que el compromiso era falso.

38

Acababan de llegar al pie de la escalera principal cuando todos los congregados abajo comenzaron a mirar hacia arriba. Genova se giró y vio a lord Rothgar en el rellano.

—¡Amigos míos, regocijaos! Tengo la mejor noticia posible de la Navidad. Mi hermana ha dado a luz un hijo, sin ningún problema, y todo está bien.

Entre vivas y aplausos, todos se dirigieron al iluminadísimo comedor. Genova se detuvo un instante, especialmente conmovida por la expresión de verdadera felicidad que viera en la cara de lord Rothgar. Mientras hablaba de máquinas, mientras trabajaba por la paz, había sido plenamente consciente de que no es posible hacer funcionar a la perfección ciertos acontecimientos humanos, por mucho que se intente.

Elevó una oración de gracias y otra por la salud del bebé, y siguió al resto hacia el comedor. Se había alargado la mesa para dar cabida a todos los invitados, y estaba preparada para un espléndido festín, distribuido en fuentes de porcelana, de plata e incluso de oro.

Lord Rothgar y lady Arradale se sentaron juntos esta vez, en el centro de un lado, entre las dos tías abuelas. A Ash y a ella les tocó sentarse al frente. Por desgracia, al otro lado

de Ash se sentó la señorita Myddleton, sin duda preparada para intentar monopolizar su atención, pero eso ella lo consideró un peligro de poca monta.

Aunque sí le envidió a la heredera el collar de esmeraldas, seguramente elegido para hacer juego con el anillo de Ash. Las perlas estaban muy bien, pero eran desgraciadamente muy recatadas.

Comenzó la música, y entonces cayó en la cuenta de que los músicos, entre los que ahora había cantores, estaban situados en el vestíbulo, para que la música fuera como un telón de fondo para la comida. Nuevamente los músicos eligieron composiciones algo antiguas, más etéreas que las modernas, como si estuvieran compuestas para seguir toda la ruta hacia la realidad.

Era de día todavía, pero estaba algo nublado, por lo que la sala estaba iluminada por cientos de candelas, que hacían brillar el cristal, el oro y las rutilantes joyas. De los aguamaniles, uno por comensal, emanaban perfumes al usarlos.

Genova trató de equilibrar su atención entre Ash y lord Henry Malloren, que estaba al otro lado de ella. Era un hombre nervudo y ceñudo de poca conversación, aunque en un momento comentó con un gruñido que había esperado estar libre ya de la tutela de Damaris.

—Toda una monada dorada —dijo, enterrando el tenedor en un bocado de oca—. Su padre era capitán de marina mercante. Un poco corsario, si me lo pregunta. Murió en un enfrentamiento con unos piratas en los mares del sur de China y me dejó de guardián de su hija. Una imposición, pero he cumplido mi deber con ella.

—Seguro que sí —dijo Genova, sintiendo un poco de compasión por la señorita Myddleton.

No le pasó inadvertido que la heredera también era hija de un capitán de marina. En realidad era una pena que se hubiera interpuesto un hombre entre ellas.

—Pensé que aquí podría decidirse el asunto —añadió él, mirándola ceñudo.

—¿Sí? —dijo ella, moviendo la mano de modo que se viera su enorme anillo.

Él emitió un sonido parecido a un gruñido y se concentró en su comida.

Pobre Damaris, que debió perder a sus dos padres, no sólo a uno, y se encontró en poder de ese hombre desagradable y resentido. ¿Cómo habría ocurrido eso? Cuando se sorprendió tratando de idear maneras para reorganizarle la vida a la señorita Myddleton reprimió una carcajada y volvió su atención a la comida y a la alegre conversación del entorno.

Un exquisito plato siguió a otro exquisito plato hasta que se sintió incapaz de tomar otro bocado. Se contentó con sorber vino, aunque también de eso había bebido demasiado.

Cuando la comida se acercaba alegremente a su fin, cayó la oscuridad, y entonces se dio cuenta de que la única iluminación del comedor la proporcionaban los candelabros que estaban sobre la mesa y la lámpara de arriba. Esa iluminación hacía parecer la mesa una brillante isla en medio de un mar oscuro.

Algunos de los comensales estaban borrachos, pero aún no se había caído ninguno debajo de la mesa. En las salas contiguas se habían dispuesto retretes y lavabos para damas

y caballeros. Ella tuvo que ir al de las damas un momento, y se sorprendió al sentir flaquear las piernas al levantarse. No más vino decidió, o sólo el cielo sabía lo que podría hacer.

Cuando volvió, Ash entrelazó los dedos con los de ella por debajo de la mesa. El gesto le pareció totalmente natural, aunque sí le miró la otra mano, no fuera que tuviera cogida la de la señorita Myddleton al mismo tiempo. No, la otra mano la tenía posada cerca de su copa.

Ash le levantó la mano y se la besó.

—Igual podríamos meternos debajo de la mesa y hacer el amor ahí, que nadie se daría cuenta.

Ella se imaginó la escena con tanta nitidez que sintió hormigueos.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Sí.

Ella se echó a reír y no pudo parar. Él le ahogó la risa con un beso, un beso que continuó y continuó demasiado rato. Se enteró de eso cuando se separaron ante las risas y bromas verdes.

Ash comenzó a cantar:

Ah, le di pasteles, le di cerveza,
le di anís y le di jerez.
La besé una vez, la besé dos veces,
y estábamos bieeen achispados.

Conociendo la canción, Genova se cubrió la boca con una mano, pero los demás se unieron y la acabaron en un alegre coro que la hizo sonrojarse.

Todos estaban muy eufóricos y una canción siguió a otra, muchas de ellas para ruborizarse. Pero las había oído todas, y podría haber aportado unas cuantas mucho más verdes, si hubiera estado más borracha y perdido toda la vergüenza.

Terminó por fin la comida y se anunció el baile. Todos salieron y subieron la escalera hasta el salón de baile. O, mejor dicho, la mayoría.

Cuando miró atrás, Genova vio a algunos comensales roncando, entre ellos lady Calliope, cuya peluca rojiza coronada por una diadema de diamantes estaba torcida. Los criados comenzaban a ocuparse de ellos. Reprimiendo la risa, se le ocurrió que el trabajo sería mucho más fácil si utilizaran sillones transportables para llevar a los durmientes.

El salón de baile estaba magnífico con toda su magia, y la música comenzó inmediatamente. Lady Arradale inició la primera danza con su marido por pareja, y Ash condujo hacia allí a Genova.

La velada fue evolucionando como por arte de magia; hubo incluso una danza de los besos, en que las parejas pasaban bajo un arco de muérdago. Puesto que durante la danza se cambiaba de pareja, Genova acabó besando a lord Rothgar, a su capellán, al doctor Egan y a Ash.

Después de ese beso travieso, Ash la llevó a un cenador cubierto por nieve, diseñado para ocultar de la vista a los amantes.

—Qué bonito es esto —comentó ella.

—Rothgar tiene un don para organizar fiestas.

Ella notó el tirón de las cadenas.

—Paz, Ash.

Él le acarició la frente con un dedo.

—Me siento como una de esas desventuradas víctimas atrapadas en un círculo mágico. ¿Cómo puedo saber qué es real y qué es falso? Si sucumbo, ¿estoy perdido para siempre?

—Muy probablemente sí. Pero piensa en lo que habrás perdido.

—No me das cuartel, ¿eh? —rió él.

—No.

Él jugueteó con su mano un momento y luego la llevó a sus labios.

—¿Vendrás arriba conmigo, entonces, para terminar de leer esos papeles?

El tiempo pareció detenerse, dándole a ella una infinitud para comprender la posible consecuencia. Pero se levantó con él.

—Claro que sí.

Salieron del salón de baile y subieron la escalera, Genova con el corazón acelerado de deseo y alarma. Si no hubiera bebido tanto no estaría haciendo eso, pero en el estado de locura en que se encontraba, eso significaba que estaba contenta de haber bebido.

Una víctima de un círculo mágico, pensó. Como esa víctima, sólo podía rendirse. Se detuvo en un corredor y lo atrajo para un beso, un beso imprudente que amenazó con impedirles llegar al dormitorio, pero él lo acabó, moviendo la cabeza, sus ojos profundos y oscuros.

Entonces él miró al frente y su expresión cambió.

Genova se giró para observar. No había nadie en el corredor.

—¿Qué pasa?

—Quédate aquí —dijo él.

Se alejó por el corredor, en el que al parecer no había nadie, hasta llegar a una esquina de donde salía otro. Ella lo observaba, preparada para actuar si era necesario. Había dejado el chal en alguna parte, y sentía cada vez más frío, y no era así como había esperado que fuera esa aventura.

Él miró alrededor y movió la cabeza.

—No hay nadie aquí, y este corredor es sin salida. Podría jurar que vi a alguien.

Ella echó a caminar hacia él, consciente de sus pisadas en la alfombra y el frufrú de sus faldas.

—¿Alguien como nosotros?

—No, un hombre mal vestido.

—¿Un criado?

—Todos los criados que atienden las habitaciones llevan librea.

Ella miró el corredor desierto.

—¿Un ladrón?

—Uno inteligente, para entrar esta noche, cuando la mayor parte de los moradores están bebidos.

Entonces ella se fijó dónde estaban.

—Este corredor lleva a los aposentos de los niños.

—¿Secuestro?

Una figura masculina salió de pronto de detrás de una mesa y corrió hacia ellos.

Ash lo atrapó, pero cayó con el hombre al suelo. Estaban debatiéndose en el suelo cuando Genova le agarró al hombre la grasienta coleta y le echó la cabeza hacia atrás. Él chilló pero dejó de luchar. Ash lo puso de pie, firmemente cogido.

—¿Quién eres y qué pretendes?

El mugriento joven que aparentaba como mucho veinte años, y estaba desnutrido, agitó la cabeza, mudo de terror.

El brillante atuendo de Ash ya era suficiente para dejar mudo al muchacho.

Genova alcanzó a recordar que ella también vestía ropa elegante y resistió la necesidad de limpiarse la mano en la falda. Era dificilísimo quitar las manchas de grasa de la seda.

—No llegarás a ninguna parte con el silencio —le dijo, en el tono más tranquilizador que pudo—. Si tienes algún motivo para estar aquí, dínoslo.

El joven los miró a los dos otra vez y empezó a hablar con un marcado dejo irlandés:

—¡Tienen a mi Sheena aquí! Lo sé perfectamente. No pueden tenerla aquí, no.

Ash debió haber relajado un poco la mano, porque el hombre casi se liberó, y él tuvo que apretar con más fuerza. El irlandés lanzó un grito.

—¡No le hagas daño!

—No se lo haré, con la condición de que dejes de debatirte —ladró Ash—. Ríndete, hombre. Si sabes algo de Sheena O'Leary, deseamos oírlo.

—¿Dónde está, pues? ¿Qué le han hecho?

En eso sonó la puerta que llevaba a los aposentos de los niños, y Genova vio asomar la cabeza de Sheena.

—¡Lawrence! —exclamó la muchacha, pero al instante cerró la puerta.

Se oyeron sus pasos fuertes subiendo la escalera. Genova corrió a abrir la puerta.

—¡Sheena, vuelve aquí!

O bien por el tono o por las palabras, la muchacha se volvió y bajó la escalera, mascullando algo en gaélico. Lawrence le contestó e iniciaron una rápida conversación.

—¡Silencio! —ordenó Genova. A Ash le dijo—: No podemos permitir que se expliquen la historia sin haberla oído nosotros primero. Tráelo contigo.

—Sí, sí, capitán, pero ¿adónde?

Ella sonrió ante su reacción.

—Tu habitación es la que está más cerca.

Hacia donde iban.

Ese incidente había roto el hechizo que le permitiera rendirse. Con el tiempo se alegraría de eso, y tal vez por fin encontrarían una solución a los problemas de Ash.

Recordó algo y se dirigió al joven.

—Pregúntele a Sheena si hay alguna persona a cargo de los aposentos de los niños.

La pregunta de él fue rápida y en la respuesta de Sheena se oyó claramente el apellido Harbinger.

—Tú los llevas a tu habitación —dijo Genova a Ash—. Yo vendré tan pronto como le dé alguna explicación a la gobernanta. ¡No empieces mientras yo no haya llegado!

Él la miró divertido.

—Decididamente, una tirana mandona.

Genova se sonrojó, pero sí, tenía una disposición mandona, y él bien que lo sabía.

39

Subió a toda prisa la estrecha escalera, y tuvo que apretar un poco los aros del miriñaque. Encontró a la señora Harbinger buscando a «esa muchacha», dejando claro que Sheena no era una criada perfecta. Ella se limitó a decirle que había llegado un pariente de Sheena y les habían permitido tener un encuentro.

—Muy bien, señorita Smith, pero no permitiré que ande suelta por la casa esta noche. Ciertamente no es de naturaleza «cuidadosa».

Genova tuvo que darle la razón. Volvió corriendo a la habitación de Ash, y se detuvo en la puerta, pensando en lo que podría haber sido. No habría sido «cuidadoso» en absoluto, pero hasta el momento no había parecido importarle. No tenía ningún derecho a despreciar a Sheena por su caída.

Entró. Sheena estaba sentada en un sillón, con expresión asustada, y el joven irlandés estaba de pie a su lado, en guardia. Era bajo y delgado, pero nervudo y bien hecho.

Ash estaba junto al hogar con los ojos fijos en la pareja. Le indicó a Genova que se sentara en el otro sillón. Ella se sentó, sonriéndole alentadora a la muchacha, que se retorcía las manos.

—Ahora dinos quién eres, hombre —dijo Ash—, y cuéntanos toda esta historia.

El joven miró a Sheena y después los miró a ellos.

—Me llamo Lawrence Carr, milord. Conozco a Sheena de antes, en Annaghdown. —Alzó el mentón—. Soy el padre de su hijo, milord, y tengo el derecho a protegerla.

El hijo que murió, pensó Genova. Pobre pareja.

—Sheena está bien —lo tranquilizó—. Sólo está aquí porque al parecer su empleadora la abandonó.

—Lady Booth Carew —dijo Lawrence, como escupiendo el nombre—. Las seguí por Irlanda y casi hasta Londres, y ahí me di cuenta de que Sheena ya no estaba con ella. Desde entonces he andado buscándola desesperado, pero luego me enteré de que un señor de aquí buscaba a alguien que hablara irlandés, y que tenía que ver con un bebé.

—Habría sido más sensato presentarte francamente como el intérprete, ¿no te parece? —observó Ash.

—¡No me fío de las grandes casas! Cuando descubrí que podía entrar entré. No soy ningún allanador de moradas, milord, no lo soy.

Su actitud era osada, pero estaba temblando. No era de extrañar. Podía acabar deportado por eso.

—No se preocupe por eso —lo tranquilizó Genova—. Pero necesitamos preguntarle a Sheena por lady Booth. Necesitamos saber por qué los dejó abandonados con nosotros, a ella y a Charlie.

Lawrence Carr le cogió la mano a Sheena y le hizo las preguntas.

Sheena miró alrededor, casi furtivamente, o tal vez como un animalillo atrapado, y luego soltó un largo rollo en gaé-

lico. Él le hizo más preguntas y la conversación no tardó en convertirse en una acalorada discusión. Sheena se echó a llorar.

Genova ya estaba lista para hacer hablar en inglés al hombre.

—¿Qué ha dicho?

Lawrence los miró a los dos, con expresión furiosa y tal vez perpleja.

—Milord, señora, yo mismo no lo entiendo. Me dijo que nuestro hijo murió, pero cuando volví a Annaghdown mi madre me dijo que Sheena había tenido un bebé y que era un niño muy sano. Me echó un rapapolvo, sí, porque no la había escrito para saberlo.

—¿Usted no lo sabía? —preguntó Genova. Pero entonces comprendió—. ¿Charlie es el bebé de Sheena?

Claro, claro. Muchas cosas cobraban sentido con eso. Pero otras, muchas, todavía no.

—¿Y el plan de lady Booth? —preguntó Ash, sin mostrar ninguna reacción.

—Sheena no lo sabe, milord. Pero lady Booth le prometió dinero si se venía a Inglaterra con el bebé, también que el niño se criaría para ser un gran señor. Y la boba la creyó. Pero estaba en una situación difícil, con un hijo fuera del matrimonio, y yo me encontraba lejos. Trabajaba para reunir dinero y poder casarnos, milord. No sé escribir, y no quería gastar dinero en alguien que escribiera por mí, cuando no tenía nada que decir.

Nada que decir a la muchacha a la que le había hecho el amor, pensó Genova. Qué típico de un hombre. Sin embargo, Lawrence Carr había estado haciendo lo correcto, ganar dinero para poder casarse con su amada.

—O sea que el bebé murió —dijo Ash, a nadie en particular—, y Molly buscó un sustituto.

—O nunca hubo ningún bebé —sugirió Genova.

—¡¿Qué?! —exclamó Ash, pasmado.

Tal vez hacía falta ser mujer para seguir una cuerda en un enredo hasta encontrar el nudo, pensó Genova.

—Señor Carr, ¿tengo razón si digo que su pueblo está cerca de la casa de lady Booth Carew?

—Lo está, señora. Ella heredó la casa de su marido allí, aunque no la cuida nada.

—Entonces, por favor, pregúntele a Sheena si lady Booth estuvo embarazada y dio a luz a un hijo allí.

Después de hablar un momento con Sheena, él volvió a mirarlos, pero Genova ya estaba sonriendo. Había entendido el tono y algunos de los gestos de Sheena.

—Dice que no, señora. Al parecer, lady Booth andaba por ahí con el vientre abultado y quejándose del abuso, lo cual extrañaba a todo el mundo, porque lo lógico era que deseara ocultarse avergonzada. Pero su criada lavaba su ropa todos los meses y la tendía fuera a secarse.

Genova no pudo evitar una carcajada.

—Nunca se te ocurra pensar que se puede ocultar algo.

Ash estaba moviendo la cabeza.

Ella se levantó para ir a ponerse a su lado y poder hablar en privado.

—Maldice, si quieres —le dijo.

Él se echó a reír, como hiciera la otra vez que ella le dijo eso.

—Debería habérseme ocurrido —dijo—. Estuvo ocho años casada con Carew, sin que jamás hubiera un signo de embarazo. Pero arriesgó su reputación.

—O la usó para intentar obligarte. Supongo que si te hubieras casado con ella, habría tenido un conveniente aborto espontáneo y hubiera esperado pronto quedar embarazada de verdad.

—Optimista, dado su historial, e indica que daba por supuesto que podría seducirme para que yo... copulara con ella. —Sonrió ante su elección de palabra.

—No necesariamente —observó Genova.

—Zeus —exclamó él—. Igual no le habría importado nada. Ya habría tenido lo que deseaba, una corona de marquesa.

—Para usarla en una jaula con un lobo.

Él arqueó una ceja, pero al parecer no había captado el sentido.

—Sí, en esa situación podría haber caído en la tentación de morder.

—Pero ¿y el acto final? ¿Creyó que la prueba de un bebé te iba a hacer cambiar de opinión pasado tanto tiempo? El niño nació fuera del matrimonio, por lo tanto no podría haber sido tu heredero.

Ash agitó la cabeza.

—Imposible comprender una mente como la de ella. Tal vez esperaba que esa prueba me aplastara con sentimientos de culpabilidad. O que podría inducir al rey a insistir en que me casara sólo con ella. Supongo que el ultimátum del rey le inspiró ese último ataque. Nos sorprenderían juntos y los Brokesby se encargarían de propagar la historia por toda Inglaterra.

—Entonces, ¿por qué huir en el último minuto? ¡Detesto las piezas que no encajan!

—Como armar máquinas —dijo él, con una mirada significativa—. Me gustaría pensar que comprendió que yo la estrangularía, pero es probable que nunca lo sepamos.

—Jamás la habrías tocado, Ash —dijo ella sonriendo.

—¿No? Creo que estás engañada respecto a mi carácter.

—¿Sí? No olvides que dejó el bebé al «señor Dash».

—¿Y qué?

—Eso no habría tenido ningún sentido a no ser que supiera que tú no serías capaz de abandonarlo.

Él sacó su cajita de rapé, una de madreperla y diamantes, y la abrió. Ella ya empezaba a comprender que ése era un gesto defensivo.

—Si lo recuerdas, hice todo lo posible por escapar.

—Porque yo estaba ahí, y pensaste que yo era la ayudante de Molly.

—Traté de entregarlo a la parroquia.

—Y pensabas dejar dinero para su manutención. A pesar de lo que dijiste, sé que te las habrías arreglado para informarte acerca de su bienestar.

Él inhaló una pizca de rapé.

—¿Con frecuencia eres dada a ilusiones engañosas? No tengo fama de buen samaritano.

—Pongamos a prueba eso. ¿Qué haremos con esos dos?

Hizo un gesto hacia Sheena y Lawrence, que estaban cogidos de las manos, esperando conocer su destino.

—Ponerlos en la parroquia —dijo él cerrando la cajita. Ante una mirada de ella, curvó los labios y añadió—. Podríamos fugarnos y dejarlos en manos de Rothgar. —Entonces sonrió, reconociendo que no haría ninguna de las dos cosas—. Eres implacable. Supongo que deberíamos informar a

mi primo de esta novedad ocurrida bajo su techo, aunque yo quede como un tonto.

—Haría falta tener una mente muy retorcida para entender esto.

—¿Quieres decir que yo no soy retorcido?

Parecía ofendido de verdad, y ella no pudo evitar echarse a reír. Entonces él ensanchó la sonrisa y ella comprendió que él ya veía claro que al fin eso lo liberaba.

Sería necesario un diestro manejo para arreglar las cosas con el rey, pero Ash tenía claro lo que deseaba. Por fin asumiría del todo el puesto de marqués de Ashart, y lo haría bien.

Él tiró del cordón para llamar.

—Tengo que hacer instalar este artilugio en Cheynings. Así podremos prescindir de tener cerca a los criados todo el tiempo, escuchando las conversaciones.

—Pero también tarda más el servicio —señaló ella.

—¿Te gusta la manera antigua?

—Creo que un hombre escaso de dinero no debería contemplar la posibilidad de hacer renovaciones caras.

—Genova, cariño, no me regañes.

Llegó un lacayo y obedientemente salió a buscar al marqués. Esperaron en silencio. La pareja irlandesa conversaba en susurros, más relajada. Sheena ya sonreía, y se limpiaba los ojos con su delantal. Genova supuso que estaban haciendo planes para su futuro, y ansió estar proyectando lo mismo.

Tal vez si hicieran el amor, Ash cambiaría su decisión. Pero ella nunca tomaría ese camino para llegar al matrimonio.

Cuando llegó Rothgar, paseó la mirada por la habitación.

—¿Qué tenemos aquí?

Procurando aparentar tranquilidad, Ash hizo un gesto hacia la pareja:

—El señor Lawrence Carr y la señorita Sheena O'Leary, amantes, padres, y ahora felizmente reunidos. Me pareció mejor informarte.

—¿Padres?

—Padres del bebé que trajimos con nosotros, Charlie Carr, supongo que debemos llamarlo.

Y contó la historia.

—O sea que Molly Carew nunca estuvo embarazada. Te felicito, primo.

Ash inclinó la cabeza.

—Me parece mejor dejar que el muchacho se quede. ¿En el establo, tal vez, con los mozos de cuadra?

—Podríamos construir un cenador en el vestíbulo y tener un pesebre viviente —bromeó Rothgar—. Claro que puede quedarse. ¿Tal vez al señor Carr le gustaría ver a su hijo antes de salir de la casa?

Lawrence inclinó la cabeza, tocándose la sien.

—Sí que me gustaría, milord.

Rothgar miró a Genova.

—¿Tal vez usted podría traer aquí al bebé, señorita Smith? A la señora Harbinger no le gusta que entren personas desconocidas en sus dominios, y la señorita O'Leary parece estar muy temblorosa todavía.

En realidad, Sheena no parecía sentirse delirante de felicidad. Tenía cogida fuertemente la mano de su novio, pero

daba la impresión de temer que ocurriera el desastre. ¿Habría algo más que no habían dicho?

Genova subió a toda prisa a los aposentos de arriba, pensando si la señora Harbinger aceptaría allí a Charlie cuando supiera que era hijo de Sheena.

Pero cuando le contó lo esencial de la historia, la gobernanta asintió:

—Ya empezaba a sospechar eso, señorita Smith, y estaba hecha un lío pensando qué debía hacer. Eran comportamientos muy raros.

Llevó a Genova a la sala cuna, donde quedaba una sola cuna, y cogió al bebé dormido. Lo envolvió en otra manta más y se lo pasó. Genova salió con el bultito, pensando que sabía cuál era la preocupación de Sheena. Lo más probable era que la vida en su pueblo fuera muy sencilla y pobre, y habiendo saboreado una vida distinta, podría desear algo mejor para su hijo.

Bajó la escalera con sumo cuidado, puesto que un bebé en brazos y los aros del miriñaque le ofrecían un reto. Oyó música en la distancia, que le hizo recordar que continuaban los regocijos navideños. Charlie despertó y movió la boca.

—No llores para pedir alimento, todavía —le dijo—. Porque es posible que lord Rothgar aún esté ahí.

Él bebé se tranquilizó y ella empezó a canturrear la canción del pesebre para mantenerlo feliz. Cuando entró en la habitación vio que sólo estaban Ash, Sheena y Lawrence, en nervioso silencio.

El silencio se rompió tan pronto como le pasó el bebé a Sheena. La franca alegría de Lawrence, la impaciencia con que cogió a Charlie en los brazos hizo que Genova se sintie-

se un poco más aliviada de su preocupación. Pero la historia no acabaría mientras no estuvieran instalados cómodamente en alguna parte.

Rothgar volvió con un criado que llevaría a Lawrence a los cuartos de los mozos encima del establo. Tan pronto como él hizo el ademán de marcharse, Sheena se aferró a él llorando.

Entre Genova y Lawrence le explicaron las cosas. Al final, Sheena lo soltó de mala gana y salió para volver a la sala cuna, pero con una cara como si estuviera viviendo una tragedia.

—Me siento como un Capuleto o un Montesco —dijo Ash—. Espero que tengas guardado bajo llave el veneno, Rothgar.

—Por lo menos en esta abadía no queda ningún monje entrometido. ¿Qué vas a hacer?

Ash dio una vuelta por la habitación y se detuvo en la mesa con los decantadores.

—¿Te apetece una copa de tu coñac?

Rothgar sonrió, pero declinó.

—Sería útil encontrar a Molly y arrostrarle sus pecados, pero tal vez sería cruel obligarla a confesarlos en público.

—Eres más compasivo que yo —dijo Rothgar—. ¿Puedo serte útil presentando estas pruebas al rey? Creo que, si se lo relato bien, él encontraría interesante esta historia de los amantes irlandeses, incluso conmovedora. Podría persuadírsele de que ha sido menos que justo. Aunque sería prudente que te casaras. Los reyes detestan hacer obvio que han cambiado de opinión.

Genova se miró el anillo sin sentido, diciéndose que no desearía que Ash se casara con ella sólo porque le convenía casarse pronto. Damaris Myddleton, en cambio, cogería la oportunidad al vuelo.

—Es hora de que me case —dijo Ash—, aunque dudo que haya algo que convenza al rey de que soy un santo.

—Es lo bastante pragmático para comprender que si se rodea de muchos santos vagará por salones vacíos, y carecería de excelentes consejeros. Pero Su Majestad sigue convencido de que el matrimonio puede salvar a un pecador. ¿Has leído los papeles de mi madre?

Genova levantó la vista y vio a los dos primos evaluándose mutuamente.

—No he leído todo el diario, pero no pinta un cuadro de crueldad.

—No, y yo puedo jurar mi convicción de que mi padre era incapaz de crueldad. Tal vez llegó a encontrarla molesta, eso sí, es posible que no haya sido un marido perfecto.

—Yo la encontré molesta, y eso que sólo he leído sus agravios diarios.

Genova se mantuvo inmóvil, casi sin respirar, temerosa de interrumpir ese diálogo esencial.

Ash contempló el fuego un momento y levantó la vista.

—¿Estaba loca?

—Al final, sí, por supuesto. Lo que fuera que la llevó a creer que Edith debía morir no puede haber sido cuerdo. ¿Antes? —se encogió de hombros—. Todos caminamos por un filo entre la cordura y la locura y una fuerza lo bastante intensa nos puede hacer caer.

Otro filo, pensó Genova.

—Algunas personas requieren poca presión —continuó Rothgar—. Creo que habrás visto que era inestable.

Ash se volvió del todo a mirarlo.

—Decía el rumor que no te casarías debido a la locura que corre por tu sangre.

—Todos caminamos por ese filo —repitió Rothgar—. Llegué a comprender que soy tan hijo de mi padre como de mi madre, que había mantenido el equilibrio en momentos muy difíciles, y que los factores que forman una generación no se pueden predecir. Y me enamoré.

—Amor. ¿Podemos permitirnos ese grado de locura los hombres como tú y como yo?

Genova creyó notar que Ash la miraba un instante. Se le secó la boca y se le aceleró el corazón.

—Si no, éste es un mundo injusto. ¿Podemos gritar paz, primo?

Ash miró hacia la distancia, y se quedó así tanto rato que Genova deseó hablar sólo para romper el silencio. Entonces él dijo:

—La paz sea contigo, primo, y haya paz en tu casa.

Ella trató de no respirar mientras los primos se estrechaban las manos y se daban el beso de paz.

Cuando se apartaron, Ash dijo:

—Me gustaría llevarme el diario y algunos dibujos para enseñárselos a nuestra abuela.

Rothgar se quedó inmóvil.

—Preferiría que no se destruyeran.

—Te doy mi palabra de que volverán aquí intactos.

—Entonces tal vez podríamos acordar un intercambio de documentos.

—¿Por algunos que sí desearías destruidos? —preguntó Ash.

Genova comprendió que eso era de suma importancia.

—Exactamente. Ya no necesitamos más armas, creo.

—Ni más defensas, espero. Muy bien. Me encargaré de que lleguen a tus manos. O tal vez puedes fiarte de que yo los destruya junto con las pruebas que los respaldan. Seré concienzudo.

Entonces fue Rothgar el que vaciló, pero al cabo de un momento asintió:

—Gracias. Ahora, disculpa, pero debería volver con mis invitados.

Acto seguido, salió de la habitación y Genova respiró.

—¿De qué iba eso? —preguntó.

Ash nuevamente estaba contemplando las llamas.

—¿Lo de los documentos? Tengo en mi poder algo hecho por él que en las manos correctas podrían destruirlo.

O sea que ella había compartido con él un filo más peligroso de lo que había imaginado.

—¿Lo habrías usado?

Él la miró.

—No lo sé. ¿Apruebas esta paz?

—No me corresponde...

—No fastidies. ¿La apruebas? ¿Hice lo correcto?

—¡Sí, por supuesto!

Él se volvió nuevamente a contemplar el fuego.

—Qué agradable estar tan seguro de todo.

Genova se mordió el labio.

—Ahora te dejo —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Él le cogió la mano cuando ella pasó por su lado.

—¿Por qué? La noche aún es joven.

—Y tú estás de un humor en que te va mejor la soledad.

—Es decir, horrible.

—Sí.

Él le soltó la mano, pero se acercó más.

—Podría mejorármelo un bocadito de panecillo dulce de Genova.

Bajó la cabeza y le mordisqueó suavemente el labio inferior.

40

Tal vez el vino y los licores todavían corrían por la sangre de Genova. Tal vez la solución a tantos problemas le estropeaba el juicio. Al primer contacto de los labios de él, se evaporó la razón e hizo explosión la ardiente necesidad.

Mientras se besaban le quitó la chaqueta, le soltó los botones del chaleco; un botón se resistió y de un tirón lo arrancó, para poder meter las manos y rodear su fuerte torso, sentir su calor a través del fino linón de la camisa.

Vagamente pensó «¡Acabo de tirar diamantes!».

Pero su mente estaba toda en él y en el fuego que le encendían su boca, sus manos, su cuerpo. Deseaba eso desde hacía días, de toda la vida quizás, y ya no podía continuar resistiéndose.

Cuando se separaron sus bocas le exploró la mandíbula, la oreja, el cuello, disfrutando de sus maravillosos sabor y aroma que la hacían ronronear en el fondo de la garganta.

La corbata. Estorbaba.

Le quitó el alfiler enjoyado y lo dejó a un lado, le soltó el nudo y tiró lejos la banda de seda con precioso encaje, para desabotonarlo, para besar y mordisquear su cálida piel, para aspirarlo. A él. Al único hombre que le producía ese éxtasis.

Él reía, susurraba, besaba, mordisqueaba.

Le sacó la camisa de las calzas y él se apartó un poco para quitársela por la cabeza y tirarla.

Lo mantuvo apartado con las palmas sobre sus planas tetillas, dando un festín a sus ojos.

—Incluso para una mujer que ha visto muchos pechos desnudos, el tuyo es extraordinario.

—¿Sí? —dijo él, deslizando las manos hasta la delantera de su vestido—. Y tú no me decepcionas, pandolcetta.

Con la habilidad de un pícaro él ya le había soltado la ropa mientras se besaban. El vestido le bajó por los brazos al contacto de las manos de él y las faldas sueltas cayeron al suelo. Quedó con el corsé sobre la enagua de seda, y él deslizó las manos por sus costados.

—Eres magnífica, Genni.

—Deseo serlo. Para ti.

Deseaba devorarlo entero, como si estuviera muerta de hambre, pero eso estaba bien también. Ese momento de vibrante restricción.

Se mantuvo inmóvil mientras él le exploraba el pelo quitándole las horquillas, y entonces sintió caer la mata de pelo. Él le pasó los dedos por entre los cabellos, extendiéndoselos alrededor de los hombros y después hundió la cara en ellos sobre la curva del cuello, inspirando como un hombre que ha logrado salir a la playa después de estar a punto de ahogarse.

Entrelazados avanzaron hacia la cama, ella lamiéndole el fuerte cuello, él apretándole un hormigueante pecho. Él echó atrás las mantas, la cogió en brazos y la depositó sobre la suave sábana. Apartó los brazos y la quedó contemplando con tormentosa intensidad.

Ella se imaginó a sí misma, un reflejo de lo que veía en él: risa, desorden, semidesnudez y deseo loco. Lentamente, adorando cada expresión de esos ojos de párpados caídos, se fue desabrochando el corsé de abajo arriba hasta que sus pechos llenos saltaron libres, sólo cubiertos por la delicada seda de la enagua.

Él tenía los ojos fijos en ellos, y Genova los tomó en sus manos y se los ofreció. Él se dejó caer sobre ella, apoyándose en los brazos, y bajó la cabeza para introducirse en la boca primero un pezón y luego el otro.

La excitación le subió disparada por los muslos hasta estallar en un exquisito dolor en lo profundo de su interior, impulsándola a arquearse contra él, buscando.

Revoloteó por su mente la prudencia pero su paso fue fugaz. Llegaba demasiado tarde el aviso, porque ya no podía renunciar a eso, ni ante la amenaza de la cuerda del verdugo.

Él se incorporó quedando de rodillas sobre ella, y empezó a subirle la enagua para revelar su desnudez. Ningún hombre le había visto jamás esa parte de su cuerpo, pero lo encontró correcto bajo la apasionada admiración de su mirada. Lo ayudó a sacar la enagua por la cabeza y volvió a recostarse, suya, como él debía desear.

Por favor.

Él se arrodilló ante ella, magnífico a la luz de las velas y el fuego del hogar, y se desabotonó las calzas de terciopelo, ya abultadas. Lentamente las abrió, observándola, sonriendo, mientras ella inspiraba, espiraba y se mojaba los labios resecos.

Él bajó de la cama y acabó de desvestirse.

—Dejas en vergüenza a las estatuas de Rothgar.

Él se rió.

—Puede que esté duro como la piedra, pero te prometo que estoy cualquier cosa menos frío.

Cuando él volvió a ella, Genova se dio cuenta de que no estaba desnuda. Todavía llevaba las medias. Alargó la mano para soltarse una liga negra.

—Déjatelas —dijo él, con la voz espesa.

Subió a la cama y se colocó encima de ella y, atrapándole las manos sobre la almohada, bajó la cabeza para succionarle primero un pezón y luego el otro.

Su excitación era aún mas intensa porque había estado reprimiéndose. Sin dejar de succionar, volviéndola loca, él le metió una rodilla entre las piernas, instándola a abrirlas. Ella las abrió de buena gana, pensando, en medio de la fiebre, si su virginidad estropearía eso.

Nada debía estropearlo.

Podría disimular el dolor, supuso.

¿Podría notarlo un hombre?

Oyó su propia exclamación, ronca de deseo, y sintió la presión de su miembro ahí, donde le ardía la avidez.

—Sí, sí... ¡sí! —gritó al fin, y lo sintió entrar, fuerte y profundo.

¿Una punzada, escozor? Sí, pero muy poca cosa, y se sentía estirada, llena. Ya estaban unidos, como había ansiado estarlo.

Entonces él se retiró y volvió a penetrarla, más adentro aún, y otra vez y otra vez más. Sorprendida por la intensa fuerza, Genova flaqueó un momento, pero en seguida empezó a moverse al ritmo de él, disfrutando jubilosa de los rápidos y fluidos embites que no le dejaban ni un

solo instante para otra cosa que no fuera pura y cegadora sensación.

Cuando creía que ya había llegado definitivamente al límite, él la llevó adelante y explosionó el fuego en su cerebro, quemando toda realidad a excepción del cuerpo de él agitándose con el de ella, y entonces sintió su fulgurante liberación.

Seguía con la cabeza llena de fuegos artificiales y le tenía enterrados los dientes en el hombro. Lo liberó mientras se desplomaban lentamente, su cuerpo pesado sobre ella, el de ella derretido, líquido, saciado.

Lo acarició, inspirando y espirando, como si respirar fuera una novedad. Eso había sido una locura. Había sido maravilloso. Habiéndose arrojado en las ruinosas llamas, deseó hacerlo otra vez. Sabía que los hombres necesitaban un tiempo para recuperarse. ¿Cuánto?

No tenían toda la noche. Thalia notaría su ausencia, y Fitzroger entraría allí en cualquier momento.

Se tensó. ¿Habían puesto llave a la puerta?

Como si hubiera captado su pensamiento, Ash rodó hacia un lado, la recorrió con besos y se bajó de la cama. Tan señorial desnudo como envuelto en terciopelo y joyas, fue hasta la puerta y giró la llave. Después la miró como si fuera el objeto más bello del universo, prometiéndole sin palabras que sí habría más.

Después fue hasta una mesilla y sirvió coñac en una copa. ¿Una copa? La llevó a la cama, mirándola de una manera que la hizo pensar que iba a derretirse, atravesar la cama y pasar a la habitación de abajo.

—¿Qué? —preguntó ella, y el instinto le hizo coger la sábana y cubrirse un poco.

Sonriendo, él se sentó en la cama, de cara a ella, tan cómodo con su desnuda virilidad que ella deseó comérselo. Toda su vida parecía haberse reducido al presente, a eso.

Él mojó un dedo en la copa y se lo pasó por los labios. La magia del coñac le cosquilleó en la nariz, y cuando lo lamió, le cosquilleó en la lengua. Él bebió y la besó, traspasándole el calor del licor.

Después bajó la sábana y le vertió coñac justo por encima de la liga de la pierna derecha, y lo lamió.

—Ojalá mis medias fueran finas como la gasa —suspiró ella—, con franjas de flores bordadas y sujetas con ligas de encaje.

—Lo serán —susurró él, con la boca ahí—. Te quitarás medias de seda para mí. Te bañarás desnuda conmigo en un baño griego caliente.

Le vertió un poquito de coñac en el ombligo y lo limpió con la lengua.

—Nos lameremos nata y miel el uno al otro, como haremos ahora con el coñac.

Se tendió de espaldas junto a ella y dio vuelta a la copa para vaciarla en su pecho. Riendo por esa locura, ella empezó a quitárselo con la lengua.

—Pasaremos largas noches de amor en una cama —dijo él, tamborileando suavemente por entre sus cabellos y bajando los dedos por su espalda. Tocándola, como toca un músico su instrumento—. Y nos retiraremos sigilosamente de las fiestas para disfrutar de la pasión rápida y silenciosa en un rincón, oyendo el bullicio.

La excitación se propagó por todo el cuerpo de ella, al imaginárselo.

—¿Todo en una noche? —preguntó, titubeante.

—Probablemente no.

Ella se quedó inmóvil, casi sin atreverse a respirar. Su mente aturdida no lograba comprender del todo lo que él decía, pero seguro que él acababa de esbozar una vida. Una vida juntos.

—Pasaremos momentos tranquilos conversando —continuó él deslizándole la mano por entre los muslos, que se abrieron como si él hubiera tocado un resorte; el resorte de su deseo—. En la cama y fuera de ella. —Llegó al lugar que la hacía arquearse, su caricia atormentadora, seductora—. Contigo hablo como nunca lo he hecho con ninguna mujer, Genova Smith, y eso es más precioso que todos los rubíes del mundo.

¿No había un dicho acerca de que una buena esposa vale más que los rubíes?

—Sé mi cordura, Genni, por favor.

Loca de felicidad, Genova le cogió la cabeza y la atrajo para unir sus bocas con sabor a coñac.

—Sí, desde luego, Ash, seré tuya para siempre.

Él rodó con ella hasta dejarla debajo, todo de ella, milagrosamente suyo, y le deslizó la mano por la entrepierna; el cuerpo le respondió al instante. Mientras él le excitaba el deseo, ella palpaba, saboreaba, acariciaba, asombrada de que él fuera de ella para siempre.

El amor y la pasión se anudaron en ella y deseó tenerlo dentro otra vez.

—¡Ahora! —exclamó.

—Sí, ahora —ordenó él, frotando más fuerte, succionando más fuerte.

Se rompió la tensión, transformándose en placer, que continuó y continuó.

—Y otra vez —dijo él, entrando con un embite en su cuerpo todavía estremecido.

Y sí, volvió a ocurrir.

Tal vez se desmayó. De pronto le pareció que regresaba a la realidad desde una gran distancia, de un lugar oscuro, quemante, sin aire, un lugar maravilloso.

Pero eso también era maravilloso.

Le acarició la piel caliente, sudorosa, a todo lo largo de su potente cuerpo, desde los hombros hasta los muslos. No era de extrañar que hubieran caído imperios por eso.

Y eso, y él, era de ella, hasta que la muerte los separara.

Fitz iba caminando por un corredor en dirección al dormitorio cuando oyó su nombre:

—¡Fitz! ¡Fitz!

Volvió la cabeza y vio a la tía abuela chiflada de Ash, Thalia, trotando detrás de él, bastante jadeante.

—¿Qué pasa, lady Thalia? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Ocurrido algo? No, niño querido. Pero te necesito de contrincante en una partida de whist.

Acto seguido pasó el brazo por el de él, sin darle otra opción que la de volver con ella a las festividades.

—Debe de hacer un siglo que no hemos jugado al whist, querido niño. Ven conmigo. ¡La noche es joven!

Ante esa anciana animación, él no podía alegar cansancio, sobre todo porque aún no eran las diez. La verdad, había abandonado la fiesta para evitar a Damaris Myddleton. Para

complacer a Ash, la había distraído, pero eso lo había dejado molesto.

Era molesto ser tan visiblemente el suplente de Ash, pero Damaris sabía ser ingeniosa y simpática. Él sabía que su padre había sido un pícaro en cierto sentido, pero uno con éxito, y a ratos veía algo de eso en ella. Y puesto que él tenía algo de pícaro, eso lo atraía.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo ella trataba de ser la dama perfecta, la marquesa perfecta, en realidad, y a él le entraban las ganas de arrearle unas buenas sacudidas. Sabía que era probable que Ash le ofreciera matrimonio, aunque estaba claro que amaba a Genova Smith. Ash lo consideraría su deber, y estaba resuelto a cumplirlo, reprimiendo todos los deseos naturales que fueran necesarios.

Ese matrimonio sería la tumba de Ash, y podría yacer ahí, pero a él le disgustaba imaginarse a la señorita Myddleton atrapada ahí con Ash, inocente, a no ser por una ambición que sin duda le habían inculcado.

Había coqueteado con ella y hecho todo lo condenadamente posible para distraerla todo el tiempo, pero aunque ella jugaba bien a eso, él sabía que su atención, como la de un predador, jamás se desviaba del todo.

Finalmente decidió abandonarla a las atenciones del enamorado Ormsby y se fue a la sala de billar; pero era mejor que los demás jugadores y muy pronto se le hizo aburrido. Estuvo sentado un rato, charlando y bebiendo, hasta que se decidió a dar por terminada la velada.

Y ahora lo llevaban de vuelta.

—La querida Genova sabe predecir el futuro, ¿sabes? —le dijo lady Thalia—. Es muy buena para eso.

Ese comentario no le gustó nada. Todavía no estaba convencido de que la señorita Smith no fuera una especie de aventurera.

—Esas personas hacen trampas para hacer realidad sus predicciones.

—Pues, no, querido —dijo Thalia alegremente—. ¡Soy yo la que hace eso!

Ay, Dios lo protegiera de todas. Pero llevó a lady Thalia al salón, donde ella le pidió al doctor Egan que dejara libre el sillón que estaba al frente de ella. Gracias al cielo, el hombre sólo pareció divertido. Tal vez el bibliotecario desearía un poco de paz acostándose temprano, pensó tristemente.

Se instaló en el sillón y agudizó los sentidos. Por muy chiflada que fuera lady Thalia, era un demonio con las cartas, y le fastidiaba mucho el juego descuidado.

Ash cambió ligeramente de posición y subió suavemente la mano hacia su pecho.

—Una perla impagable. Mi dulcísima Genni...

—Así me llama mi padre.

Él levantó la cabeza.

—¿Te importa que yo...?

—Noo, por supuesto que no.

Entonces le contó de su vida con su padre y con Hester, lo dulce y lo amargo.

—No es culpa de ella —acabó—. Soy yo.

—No, cariño, simplemente no os entendéis. Pero será bueno que te vayas de ahí a vivir en casa propia.

—Será un cielo. —Lo acercó para besarlo—. Especialmente porque estaré contigo. Podemos ser felices aunque las cosas no sean perfectas. Te lo demostraré.

Él la acarició con la boca.

—No hay nada que demostrar. Será todo lo perfecto que yo pueda hacerlo. Tendrás todo lo que desees. Joyas, sedas, incluso máquinas autómatas, si eso despierta tu interés.

Ella se rió. La economía iba a tardar un poco.

—No deseo nada aparte de ti.

—¿Y comida de tanto en tanto?

—Y comida —concedió ella sonriendo.

—¿Y tal vez un poco de leña en invierno?

—Sí, supongo que necesitaré eso.

—¿Y algún trapo para ponerte?

Riendo, ella lo empujó y cayeron a hacerse cosquillas, enredándose en las sábanas manchadas de coñac.

Cuando volvieron a reposar, él continuó:

—Deseo darte cosas preciosas, Genni. Deseo darte la luna y las estrellas.

—Y yo deseo que gastes tu dinero en tu tierra y tu gente, pero trataré de no regañarte.

—No se me ocurre nada mejor que recibir regañinas tuyas.

Ella se incorporó a acariciarle el pecho.

—¿Ni siquiera esto?

—Sí, tal vez eso —sonrió él.

Ella lo besó.

—¿O tal vez esto? ¿Y esto?

Bajó la mano y lo encontró, palpando encantada su blandura y sonriendo al sentirlo cambiar de tamaño en la mano.

—Eso de todas maneras —dijo él, con los párpados bajos—. Tú ganas. No volverás a necesitar machacarme a regañinas. Y hablando de machacar...

Cambió de posición y la instó a ponerse a horcajadas encima de él.

Genova entendió. Disfrutando de observarlo, se alzó y lentamente guió su miembro hacia lo más profundo de ella, alerta por si veía un signo que indicara que hacía algo mal. No podía imaginarse qué, cuando ella lo sentía tan bellamente perfecto.

Por dentro se sentía tremendamente irritada, sensible, pero de todas maneras, lo sentía perfecto. Subió y volvió a bajar lentamente, llenándose.

—Con mucho prefiero esto a regañar —dijo, con la voz ronca.

—Lo tendré presente.

Él tenía los párpados casi cerrados y ella comprendió que tenía la atención puesta en un solo lugar.

Se inclinó sobre él, notando la sensación en lo más profundo del interior, la cambiante plenitud, la presión sobre lugares sensibles. El pelo le cayó hacia delante y él ahuecó las manos en sus pechos sobre el velo formado por los cabellos, frotándole los pezones con los pulgares. Ella ahogó una exclamación y apretó esos músculos alrededor de él, volando cerca del éxtasis.

Él le deslizó las manos hasta las caderas y la movió arriba y abajo. Ella continuó el movimiento sola, lentamente, observándolo. Él tenía los ojos cerrados.

—Tal vez es necesaria una regañina para hacer contraste —dijo, moviendo la cabeza para que el pelo se deslizara por su pecho.

—Mi amor, en este momento podrías regañarme con la lengua bien afilada y a mí no me importaría.

Ella cerró los ojos y se le reunió en ese ardiente torbellino, encantada de hacerlo, controlándolo, haciéndolo suceder para él.

Después, pegajosa de sudor, dijo:

—Estoy segura de que puedo perfeccionar mis habilidades. En machacar, quiero decir.

Él simplemente se rió, y ella comprendió cómo se sentía. Demasiado agotado para pensar. No deseaba moverse jamás, no deseaba separar su piel de la de él jamás. Si esa noche pudiera durar eternamente...

Pero habría otras noches.

Una infinidad de noches mágicas. Todavía no se lo podía creer, pero era cierto.

Tal vez se quedaron dormidos. El reloj dio campanadas y ella las contó distraídamente.

—¡Las once! —exclamó, sentándose—. Se habrán dado cuenta de que no estamos.

41

Él la volvió a acostar.

—Todos están demasiado borrachos y alegres para notarlo. —Al verle el ceño a ella, suspiró—. De acuerdo, podemos volver, si quieres, cariño.

Dado que él le estaba trazando círculos en el vientre, sus palabras tuvieron poco efecto.

—Hay una cosa que me inspira curiosidad —dijo él.

Ella se tensó, temiendo que fuera algo que rompiera la magia.

—¿Qué?

—Los piratas bereberes.

Ah. Lo empujó hasta dejarlo de espaldas y le trazó dibujos en el vientre para distraerlo.

—No fue tan osado como parece.

Él le cogió la mano.

—Cuéntamelo, Genova.

—¿Es una orden?

—Te pagaré con un beso. —Pero luego añadió—: Puesto que titubeaste, quiero saberlo. Cuéntamelo, mi amor.

Ella hizo una mueca, pero no podía negarle nada.

—Mi madre y yo íbamos en un barco mercante a reunirnos con mi padre. Estaba bien armado, y probablemente

los corsarios no habrían atacado si la tripulación no hubiera estado debilitada después de una tormenta. Tal como fueron las cosas, bastó una pequeña y resuelta resistencia para alejarlos.

—¿Y tu resuelta resistencia fue...?

A ella no le gustaba hablar de eso, porque algunas personas la trataban como a una heroína y otras la consideraban poco femenina. Thalia no se habría enterado si su padre no le hubiera contado la historia. Él era uno de los que la encontraban heroica.

—¿Y bien?

—Le disparé a uno de los piratas que saltó al abordaje. —Pasado un momento añadió—. Lo maté. Y sabía lo que hacía. Mi padre me había enseñado a usar una pistola y a apuntar. Estaba asustada. El pirata me miró y me deseó. Él era el capitán, y me habría violado. —Las palabras le salieron a borbotones—. Así que lo maté.

Él le acarició los cabellos.

—Eso no es para avergonzarse, mi amor. Todo lo contrario. Problemente su muerte desanimó a su tripulación.

—Eso fue lo que dijo mi padre.

Estaba dando rodeos, decidiendo si decirle o no la parte final. Por la mirada fija de él, sabía que él suponía que había algo más. Desvió la mirada.

—Lo deseé —susurró—. Un algo en él, osado y confiado, que irradiaba ese poder que tienen esos hombres, me quitó el aliento. —Volvió a mirarlo y le dijo lo único que jamás le había dicho nadie—: Pensé que tal vez él no tendría que violarme, y lo encontré insoportable. Me estaba mirando, sonriéndome, cuando levanté la pistola. Él sabía lo que

yo sentía, y también eso fue hiriente... insoportable. Y eso me permitió matarlo. Ni se movió. Sólo puedo suponer que creyó que una mujer que... que lo deseaba, no dispararía.

Él la estrechó en sus brazos.

—Fue valiente y correcto. Era un pirata canalla que sin duda había matado a muchos y esclavizado a más. Te habría violado, ya fuera que tu cuerpo respondiera a él o no, y después te habría vendido a un harén. Alégrate, Genni, de ser capaz de actuar cuando lo necesitas.

La carga se redujo y luego desapareció.

—Te amo, Ash.

—Yo también te amo. Creo.

Ella lo miró desaprobadora.

—¿Sólo lo crees?

—Es una emoción nueva —bromeó él, pero añadió en serio—: Quiero sinceridad entre nosotros, Genni. Total sinceridad.

—Sí, sinceridad. —Sin poder creer que las cosas pudieran mejorar más aún, se sentó a mirarlo—. En cuanto al amor, nunca he amado antes, tampoco. Ah, alguna vez he sentido algo y una o dos veces he estado encaprichada. Pero nunca ha sido como esto. Te has convertido en el latido constante de mi corazón, Ash.

—Y tú del mío. —Le pasó tiernamente la mano por el muslo—. Procuraré mitigar el dolor.

—¿Dolor?

—No será fácil.

Ella sabía que la sinceridad no siempre es fácil, pero eso hacía más valioso aún lo que él hacía. Admitía los problemas que enfrentarían.

Lady Calliope se oponía al matrimonio entre ellos, y seguro que no sería la única. La marquesa viuda presentaría batalla, con toda seguridad, quería que él se casara con el dinero de la señorita Myddleton. La mayor parte de su mundo lo consideraría un tonto por casarse por amor. Incluso el rey podría desaprobarlo. Pero juntos podían vencer todo eso.

—¿Te volverán a aceptar en la corte? —le preguntó.

—Supongo que Rothgar hará funcionar su magia.

—¿Te duele eso? Claro que sí. Una generación de conflictos no se puede hacer desaparecer en una noche.

—Habría sido más agradable obligarlo a ayudarme, por supuesto. —Le hizo un gesto humorístico—. Estoy reformado, cariño, te lo prometo.

—Me gusta cómo estás formado —dijo ella, aprobando su cuerpo con las manos—. ¿Qué hace peligrosos a los papeles que tienes? Algo que tiene que ver con la verdad, creo, ¿y tal vez tiene algo que ver con ese extraño D'Eon?

—Eres demasiado inteligente, Genni. Olvídalo.

Ella le acarició la mejilla, la mandíbula. Despeinado, con la barba de un día, era sólo un hombre. Eran simplemente un hombre y una mujer, desnudos en la cama. Los nervios de la historia, los huesos de la vida.

—Espero que me cuentes las cosas, Ash. Todas. Puedes confiar en mí, pero en todo caso, la cama de matrimonio es sacrosanta. Las esposas no pueden testificar contra sus maridos.

—¿Esposas? Genni...

Lo entendió. Sin palabras, lo vio en la cara espantada de él, y un nudo de dolor en la garganta casi la ahogó.

—¡Ah, qué boba soy! Me he dejado arrastrar por este tonto asunto del compromiso. Es muy tarde y...

Ya casi estaba fuera de la cama cuando él le cogió el brazo y la tiró hacia atrás.

—¡Genni, mi amor! Lo haría si pudiera. Tengo que casarme por dinero.

Explosionó la amargura.

—¿Para qué? ¿Para otro conjunto de botones de diamante? ¿Para tus rameras y bastardos? Caí en la tontería de creer que hablabas en serio cuando dijiste que estaríamos juntos. Ahora sé que no. —Tironeó para zafarse—. ¡Suéltame!

Se debatió, pero él ganó, dejándola aprisionada debajo de él.

—Escúchame. Las joyas y el oro son necesarios para la corte, y la corte es necesaria para la supervivencia. Estamos al borde de la ruina, sobre todo por causa de Molly.

—¡Bien por Molly! —ladró ella—. Probablemente también le prometiste el mundo.

—¡Demonios, no! Jamás he prometido a ninguna mujer más de lo que haré. Ni a ti, Genni, mi amor —dijo con voz más suave—. Esperaba que fueras mi querida, mi querida permanente, con casa, coche, con todo lo que pudieras desear.

A ella se le revolvió el estómago.

—Lo que deseo, milord, es un «marido». Un verdadero marido, un hogar amoroso, un mundo seguro al que pueda traer hijos «legítimos».

—Pensé que eras un espíritu afín.

—Pues te equivocaste. Suéltame.

Él se retiró de encima y ella bajó de la cama, cogiendo la ropa.

Oyó sonar los aros de las cortinas y se giró a la defensiva, mientras se ponía la enagua.

Él se había puesto las calzas.

—Piratas bereberes —declaró él—. Respuestas apasionadas a los besos. Conocimiento de pechos de hombres. Osadía con las palabras. ¡No digas que eres una santa violada!

Dios santo, la consideraba otra Molly Carew.

Consiguió abrocharse el corsé, lo que no era fácil con los lazos todavía apretados.

—Te aseguro que has llegado a conclusiones erróneas. Todo ha sido culpa mía. Simplemente ayúdame a vestirme para poder salir de aquí. No tienes nada que temer —le espetó—. No soy una Molly Carew. Moriría antes que intentar retener a un hombre que no me desea.

Él le pasó la falda interior con el miriñaque; ella se la puso por los pies y se la ató a la cintura. Se estaba tragando las lágrimas, pero una se le escapó y le corrió por la mejilla. Se la limpió de un manotazo.

Él le tenía el vestido preparado; se lo puso y se abrochó la hebilla de la cintura. Las medias las tenía puestas. Después de todo eso, ¡estaba con las medias puestas! Caminó hasta los zapatos y se los puso.

Se giró hacia el espejo, donde vio a una mujer lasciva desaliñada, con el pelo hecho un enredo. Cogió el peine de él y empezó a desenredarse nudos. Tenía que restablecer el orden. Nadie debía enterarse jamás.

Él le quitó el peine y le puso las manos en los hombros.

—De verdad lo siento si te llevé a pensar otra cosa. Créeme, te quiero profundamente, más de lo que debería. Co-

metí un grave error, pero haré todo lo que esté en mi poder para salvarte del desastre. Siéntate.

Genova obedeció, principalmente porque se le estaban doblando las rodillas. Él empezó a estirarle suavemente los mechones enredados. Esa suavidad fue tal vez el peor golpe. Él la quería, pero en su insensible código eso pesaba muy poco en la balanza.

Había ido allí sabiendo eso, pero se había puesto la venda en los ojos y arrojado a la ruina.

Con los ojos fijos en las manos, hizo girar el maldito anillo. Deseó quitárselo, pero aún en su aturdimiento, comprendió que eso era exactamente lo que no debía hacer. La ruptura tenía que ser en público, no ahí.

Él ya le estaba pasando el peine a todo lo largo de los cabellos. Como siempre, eso fue tranquilizador. Se tragó las lágrimas, aceptando su responsabilidad.

Sabía que su forma de ser franca y enérgica daba la impresión de osadía indebida; ¿y por qué demonios dijo eso de los pechos desnudos? ¿Qué podía pensar un hombre? No se le iba a ocurrir que así era la vida en un barco.

Desde el comienzo había correspondido sus besos como una mujer escandalosa, sin un ápice de modestia virginal. Él no la había obligado a ir a su cama, ni seducido con promesas. Ella había salido del baile dispuesta a hacer el amor con él, y él sabía eso.

Él le recogió el pelo encima de la cabeza y le puso las horquillas con la destreza de la mejor doncella. Incluso encontró el ramito de rosas de seda en el suelo y se lo puso.

Se miró en el espejo. El peinado no estaba a la altura de los de Regeanne, pero serviría.

Se levantó, poniendo toda su voluntad en mantener la calma. No saldría huyendo de ahí como una virgen destrozada, ni aunque lo fuera. Gracias al cielo, gracias al cielo, por ese himen frágil.

Encontró el abanico y se pasó la cinta por la muñeca; después miró alrededor para cerciorarse de que no dejaba ninguna prueba de su estancia ahí. ¡Prueba! La cama desordenada y el dulce y misterioso olor diría a los criados que él había estado con una amante.

Pero no quién había sido esa amante.

Aunque la sola idea la atragantaba, tendría que volver de nuevo a la fiesta y esperar que nadie hubiera notado su ausencia.

—Genova.

En la puerta se giró a mirarlo.

—Lo siento mucho.

Ella entendió lo que quería decir, pero intencionadamente hizo como que no había entendido eso.

—Por favor, no lo sientas. No permitiré que esto te atrape.

Una vez fuera, echó a andar a toda prisa, pero ni toda su fuerza de voluntad consiguió parar las lágrimas. Dio media vuelta y se dirigió a su habitación y entró casi corriendo.

Y allí lloró hasta quedar fláccida, hasta que echó fuera todo, incluso la pena. Por el momento. Agradeciendo a los generosos anfitriones, se sirvió una copa de la ratafía dulce que gustaba a Thalia.

Gracias al cielo no era coñac. Igual no podría volver a beber coñac nunca jamás.

Mientras bebía, fue tomando conciencia de su cuerpo, de ciertas irritaciones y sensibilidades. Entonces se le ocurrió: ¿y si estaba embarazada?

Apuró la copa, reconociendo que la posibilidad había estado ahí en todo momento. Si había concebido, era tanto culpa de él como de ella, pero no lo convertiría en una cadena para atarlo.

Él jamás lo sabría, porque si lo sabía probablemente insistiría en casarse con ella. Y ella era la antítesis de Molly Carew; no soportaba la idea de un matrimonio por obligación.

Por el momento debía hacer lo posible por no dar ningún motivo de sospecha. Nuevamente revisó su apariencia en el espejo, y se pasó un paño con agua fría por los ojos. Iría al salón de baile, donde a la tenue luz tal vez nadie notaría los estragos causados por esa noche, y aliviaría las penas bailando.

42

A medio vestir en su habitación, Ash se sentía extrañamente sin saber qué hacer. Su anterior euforia por verse libre de las intrigas de Molly y la creciente esperanza del fin del conflicto con los Malloren le parecían ahora mucho menos importantes.

Genova.

La había perdido.

No, él la había desechado.

Después de sólo unos días, no lograba imaginarse la vida sin ella, pero ésa era su maldición, al parecer.

Ella había tenido un papel esencial en aclararle la mente y limpiarle el nombre. Sin ella tal vez no se habría liberado del odio. Sin ella no habría descubierto la verdad acerca de Molly.

Pese a las ilusiones que se hacía ella respecto a él, habría entregado al niño a la caridad parroquial de Hockham. Habría dejado dinero, sí, pero no creía que hubiera vuelto a pensar en el niño después. Ciertamente no habría llegado a descubrir la verdad, que Molly nunca había estado embarazada.

Debería estar celebrando. Su vida volvía a estar en orden. Pronto podría empezar a poner por obra sus planes para

restablecer su propiedad y su poder. Nani detestaría la paz con los Malloren, y tal vez se opondría a sus otros planes, pero se las arreglaría.

Debería estar celebrando pero se sentía tremendamente desanimado.

O tal vez simplemente se sentía desgraciado.

¡Maldición! ¡No podía casarse con Genova Smith!

Estrelló la mano contra uno de los postes de roble de la cama. La cama sólo se estremeció, pero la mano le dolió como el infierno. Aprobó eso. Se lo merecía.

Ella no aportaba nada.

Aparte de sí misma, su ingenio, su valor.

¿Cuántas mujeres habrían sido capaces de salir con tanta dignidad de su habitación? Ninguna que conociera.

Y había matado a un hombre de un disparo. Debería agradecer que no había ninguna pistola a mano ahí. Pero no. Corrigió ese frívolo pensamiento. Ella valoraba la justicia, su Genova.

Su Genova.

¡Maldición y condenación!

Olía su perfume y a ella, pero el aroma estaba difuminado en el olor a deseo, lujuria y, maldita sea, Fitz subiría pronto a acostarse. No se podía esperar que él arreglara eso.

Tiró del cordón para llamar. No oyó el sonido de la campanilla. Menudo invento. Frustrado, volvió a tirar con más fuerza, y se quedó con el cordón en la mano, retrocediendo tambaleante.

—¡Infierno y condenación!

Lo arrojó en un rincón.

Entonces irrumpió Henri, su ayuda de cámara, con la chaqueta en desorden y la peluca empolvada torcida.

—Milord, le creía en el baile. —Miró alrededor y Ash vio su expresión; decía «Ay, Dios, otra vez»—. Las sábanas, milord, hay que cambiarlas. Yo me encargaré de eso, milord. Y su ropa... —Fue a tirar del cordón y se quedó mirando fijamente el agujero—. Con su perdón, milord —dijo haciendo una venia y salió a buscar criadas a la manera antigua.

Ash no quería estar ahí cuando llegaran. Terminó de vestirse y descubrió que le faltaba un botón al chaleco. Se desabotonó el resto para que no se notara. Habría muchos otros fiesteros con la ropa desordenada. Se peinó y se recogió el pelo, con la mente enredada en el pelo de Genova cuando la peinó.

Después de una rápida evaluación ante el espejo, salió. Todavía no se sentía con ánimo ni capaz de estar con gente, así que se fue a la galería de retratos; estaba fría y silenciosa, tal como estaba la última vez.

«¿Es una doncella la que veo ante mis ojos?»

Ni siquiera podía echarle la culpa a unas brujas entrometidas del maldito desastre que había hecho de todo.

La luna estaba semicubierta por las nubes, y su luz hacía los cuadros aún más fantasmagóricos.

«¡Malditas vuestras aburridas caras. Si fuerais mis antepasados no querríais que me casara con una doña nadie sin un penique. Quiero hacer lo correcto. ¡Cumplir con mi deber!»

El retrato de un joven y receloso Rothgar parecía acusarlo. ¿De qué? Rothgar se reiría al ver a la familia Trayce clavada en esa estupidez.

Entonces recordó la paz. Maldita paz.

Entendía que Rothgar lo desaprobara. Tenía un próspero marquesado y una numerosa y amante familia. En el pergamino que cayó de la mesa había una fecha escrita por la blanca mano de su primo. Se acercó a leerla: «1744». El año en que murieron el marqués de Rothgar y su mujer de una virulenta fiebre. El año en que su primo heredó el título.

Conocía el árbol genealógico de los Malloren tan bien como el suyo. Rothgar heredó el título a los diecinueve años, joven, pero no tan joven como él, que lo heredó a los ocho años.

Pero por primera vez, se le ocurrió pensar cómo debió haber sido aquello. Rothgar no tenía abuelos que se ocuparan de todo. La familia de su madre estaba distanciada, enemistada, en realidad, y con una enemistad activa. Sus abuelos paternos ya habían muerto. La familia de su madrastra era francesa. Sus hermanastros y hermanastras eran niños, no podían servirle de apoyo. Sabía que él y Elf Malloren tenían la misma edad, por lo tanto ella y su hermano mellizo tenían siete años en ese tiempo.

Ash recordó el día en que llegó a Cheynings la noticia de la muerte de la pesadilla de su abuela, su yerno Malloren. Tal fue su felicidad que ordenó celebrarla con un gran festín y lo sentó a él a la mesa a disfrutarlo. Por fin, graznó, había caído la justicia sobre la cabeza de ese monstruo. Había golpeado la mano de Dios, enviándolos al infierno a él y a su mujer, dejando la casa Malloren en manos de un joven insensato.

Lo obligó a beber para brindar, y pese a que sólo tenían vino aguado, Ash se mareó. Se sintió feliz simplemente por-

que ella estaba feliz. Los Malloren eran malos, una plaga sobre la tierra. Cualquier cosa que los destruyera era obra de Dios.

Los niños creen lo que se les dice.

Cuando Nani se enteró de que el nuevo marqués insistía en tener a su cuidado a sus hermanastros y hermanastras, bailó por la sala de estudios con él, cantando: «Hemos ganado, hemos ganado. Están sentenciados a la perdición».

Pero pronto la muerte de su padre arrojó una sombra más grande que la de los asuntos de los Malloren, que para él sólo eran nombres. No echó en falta a su padre, pero sí le fastidió que lo trasladaran de su cuarto de niño a los aposentos del marqués. Menos mal que le permitieron que lo acompañara ahí la gobernanta de los aposentos de los niños.

A los ocho años tuvo que ir a la corte a que lo presentaran al viejo Jorge II, que le pellizcó las mejillas y le hizo bromas sobre mujeres. En esa ocasión, Nani le señaló a Rothgar, con un susurro de odio. Él vio a un hombre muy parecido a ese retrato que estaba mirando, y a su edad lo encontró aterradoramente alto y adulto. «Es un demonio», le susurró su abuela, alejándolo. En ese tiempo él no sabía que el éxito de Rothgar en mantener unida a su familia y continuar su prosperidad ya le quemaba como ácido a su abuela.

Ya tenía dieciséis años cuando se enteró de que su abuela trataba por todos los medios a su alcance de hacer fracasar el trabajo de Rothgar en sus asuntos. Una vez acabó un sermón acerca del juego dándole la feliz noticia de que Bryght Malloren había resultado ser un jugador y se podía confiar en que arruinaría a la familia. No explicó mucho, pero él sospechó que ella había tenido parte en eso. Y lo en-

contró un plan excelente puesto que los Malloren eran tan despreciables. Y al fin y al cabo, si un hombre jugaba hasta arruinarse, la culpa era de él.

Cuando volvió de su gran viaje se encontró con que los Malloren no estaban arruinados y Nani era una mujer amargada que invertía guineas y más guineas en una batalla perdida. Bryght jugaba, pero con inversiones, no con dados, y ganaba. Brand Malloren dirigía y supervisaba mejoras en las propiedades. El hermano menor, lord Cynric, había entrado en el ejército, al parecer en contra de los deseos de Rothgar, pero tenía mucho éxito.

Hubo un breve periodo de esperanza. Al rey Jorge II le caían bien los libertinos y puesto que Ash se había convertido en el tipo de libertino que le gustaba al rey, cosechó prebendas y promociones a manos llenas.

Pero entonces ocurrió que una mañana Jorge II cayó muerto cuando estaba sentado en su dompedro, y subió al trono su nieto Jorge. El nuevo rey era joven, tímido, rígido, y lo dominaban su madre y el meloso conde de Bute. También era un admirador del marqués de Rothgar, que había sabido cultivar su amistad durante años.

Rothgar no era ningún santo, pero sí discreto, lo cual él nunca se molestó en ser. No había la menor esperanza de cambiar su reputación en un día, de modo que la familia Trayce quedó en la sombra y los Malloren disfrutaban cerca del sol.

Y ahora por fin tenía una nueva oportunidad, no para destruir sino para competir con los Malloren, en poder, en riqueza y en prosperidad. Para coger los restos de su familia y contruir sobre eso. Para mejorar sus tierras, para asumir su puesto en la legislación y modelación de los organismos del país.

Pero eso exigía matrimonio y dinero. Exigía a alguien como Damaris Myddleton, a la que no amaba, no podía amar y no podría amar jamás, sospechaba.

«Lo que deseo, milord, es un marido. Un verdadero marido, un hogar amoroso, un mundo seguro al que pueda traer hijos legítimos.»

Haciendo una inspiración que le hizo doler la garganta, desechó esa visión. Debía anteponer el deber al deseo.

No, no podría estar con gente. Volvió a su habitación y la encontró prístina, eliminado todo rastro de amor y pasión.

43

Día de los aguinaldos.

Genova abrió los ojos y supo que tenía que ser tarde. Había bailado hasta que se acabó la fiesta, bailado con todos los hombres de la casa, creía. Todos, a excepción de Ash.

No lo había vuelto a ver.

Había dado besos hasta que las ramas de muérdago quedaron despojadas de su poder, y bebido para mantener el aturdimiento que le permitía bailar y besar. Cuando por fin cayó desplomada en la cama, se durmió en el instante en que su cabeza tocó la almohada.

Y ahí estaba, despierta para empezar un día desgraciado.

Se sentía sofocada por haber dormido tanto y por los efectos de la bebida, pero los recuerdos, ay, seguían vivos. Qué don más maravilloso sería poder quitarse los recuerdos dolorosos del mismo modo que fregando se quitan las manchas de la pared.

Thalia estaba profundamente dormida y roncando.

Se pasó las manos por el cuerpo, recordando. A pesar de las locuras y peligros, esos actos de amor podrían haber sido maravillosos si no hubiera sido tan estúpida. Y ahora tenía que volver a verlo.

No antes de lo necesario.

Bajó de la cama y fue a llamar a Regeanne, pero entonces se acordó que le habían dicho que en Rothgar Abbey, el día de los aguinaldos los criados lo tenían libre. En todo lo posible, había que prescindir de ellos.

Alguien había encendido el fuego y dejado agua para lavarse cerca de aquél para que se mantuviera caliente. Se lavó, se vistió, eligiendo un sencillo vestido verde oscuro. Tenía que haber desayuno en el comedor, pero no se sentía con ánimo para salir a enfrentar el mundo. Enfrentar a Ash.

En todo caso, no tenía hambre. Sus ojos se posaron en el hogar autómata. Fuego a petición. Fuego controlado. ¿Qué mensaje habría en ese regalo?

Se fue a sentar junto a la ventana, a contemplar la propiedad. Supuso que la propiedad de Ash en Cheynings debía de ser similar. Entonces recordó el comentario de lady Calliope, que la propiedad estaba descuidada porque «esa mujer» no gastaba nada en ella.

Sin duda el dinero de Damaris Myddleton crearía un parque para ciervos, jardines cercados por arbustos recortados en forma de animales. Eso era lo que se veía bajo esa ventana, más allá de una pequeña extensión de césped bordeado por seto de boj.

Un perro entró corriendo en ese prado, como persiguiendo una presa; detrás entró otro. Al cabo de un momento cayó en la cuenta de que lo que perseguían era una pelota. Uno la cogió y volvió corriendo, seguido por el otro. Se encontraron con un hombre. Dos hombres. Y dos niños.

Lord Rothgar y su hermano lord Brygh se rieron de algo, mientras los dos elegantes perros brincaban alrededor,

suplicándoles con la mirada que volvieran a lanzar la pelota. Eran cazadores de gacelas persas, le había dicho alguien. Lord Bryght arrojó la pelota al otro lado del seto y los perros partieron a buscarla.

El pequeño señor Malloren, envuelto en tantas capas de ropa que se veía casi redondo, empezó a anadear detrás de los perros, gorjeando. Un niño mayor, uno de los invitados del que ella no sabía el nombre, fue detrás del pequeño, al parecer para vigilarlo.

Los perros volvieron una vez más y uno de ellos le entregó la pelota a Rothgar. Éste la secó tranquilamente en sus calzas y llamó al niño. El niño se giró y, sonriendo, cogió la pelota. Los perros saltaron sobre él, moviendo las colas. El niño lanzó la pelota, que no llegó más lejos del seto. Un perro corrió detrás de todos modos. El otro estaba inmovilizado por los brazos del pequeño, que le rodeaban el cuello.

Genova se levantó, aunque estaba demasiado lejos para hacer algo, pero vio que el perro se había echado, y, como si estuviera entrenado para eso, se debatía suavemente para soltarse, como un juego para complacer al pequeño, hasta que lord Bryght acudió en su rescate y cogió al niño y se puso a jugar con él lanzándolo al aire. Lord Rothgar sacó otra pelota del bolsillo y fue a unirse al juego del niño mayor con los incansables perros.

Genova se apoyó en el alféizar, contemplando ese juego familiar, conmovida de que sobreviviera, incluso entre aristócratas.

Alguien golpeó la puerta. Fue a abrirla y se encontró ante una criada, que se inclinó en una venia.

—Lady Arradale y lady Bryght están desayunando en la habitación de lady Walgrave, y las invitan a usted y a lady Thalia, señorita Smith.

Lógicamente un parto significaba que no se podía prescindir de algunos criados, pensó Genova, recelosa respecto a la invitación. ¿Podrían haberse enterado las damas de lo que habían hecho ella y Ash? ¿Cuál sería la consecuencia en ese caso? ¿Un intento de forzar el matrimonio? Si fuera así, lo mejor era arreglar eso rápido, pero no había ninguna necesidad de despertar a Thalia.

Cogió el chal y siguió a la criada.

La hicieron entrar en una habitación que estaba bastante atiborrada, porque además de las tres damas había una niñera sentada junto a la cuna y una mujer mayor sentada junto a la ventana, la partera probablemente. La recibieron con visible alegría y la invitaron a sentarse en el sofá donde estaban Portia y lady Arradale. Delante de ellas había una mesa con bandejas con comida y jarros de té, café y chocolate.

Lady Elf, lozana y contenta, estaba reclinada en un diván.

Genova iba preparada para que le hicieran preguntas sobre Ash, pero la conversación era general. Portia le estuvo haciendo bromas por lo mucho que disfrutó esa noche, pero al parecer no tenía ninguna sospecha de que hubiera hecho otra cosa aparte de bailar.

Aprovechó una pausa en la conversación para decir:

—Vi a lord Rothgar y a lord Bryght en el jardín con los perros y el señor Francis.

—Todos necesitaban desahogar el nerviosismo de Navidad —dijo Portia—. ¡Francis sobre todo!

—Es un niño encantador.

—¿Eh que sí? Espero que el próximo sea igual de perfecto.

Un algo en la sonrisa de Portia sugería que el próximo podría estar en camino. Lady Elf comentó que los hijos siempre eran diferentes, poniendo a su familia como ejemplo, y relatando algunas aventuras terroríficas.

Una era la de los mellizos bajando desde una ventana por una hiedra de la pared norte. Por algún motivo esa aventura hizo ruborizarse a Portia. Esa historia dio paso a la preocupación por el mellizo de lady Elf, que estaba en Nova Scotia, donde las cosas se estaban poniendo desagradables debido a ciertos problemas de impuestos y los militares.

La conversación fue variando entre política, sociedad y familia, y Genova se enteró de que lord Rothgar había estado en la habitación muchas veces. Había cogido al bebé en brazos, incluso cuando estaba inquieto o lloriqueando.

Una callada emoción la alertó de la importancia de eso. Lady Arradale tenía los ojos brillantes, y las otras damas parecían igual de emocionadas. ¿Se había demostrado estonces lord Rothgar que era capaz de soportar el llanto de un bebé?

¿Habría sido ese problema parte del motivo de tener el parto ahí? Si era así, era un gesto extraordinario de su hermana y su cuñado.

El bebé comenzó a protestar, y todas volvieron la atención a él, mientras la niñera lo llevaba a su madre para que lo amamantara. Las invitadas se levantaron para marcharse.

Cuando vio a lady Arradale y a Portia coger una bandeja cada una, Genova recordó la falta de criados. Era extraordinario y podía acabar siendo divertido. ¿Eran capaces de

arreglárselas solos esos grandes personajes? Entonces pensó si también sería asueto para el personal de los aposentos de los niños. Tenía que ir a ver cómo estaba Sheena.

Cuando salieron, Genova quedó sola con Portia un momento.

—¿Sigues decidida a divorciarte de Ashart? —le preguntó Portia.

Genova rogó que no se le notara nada en la cara.

—Ése es el trato.

En realidad, debería hacerlo ese día. Ya no se peleaban, pero seguro que a ella se le ocurriría algún pretexto.

—Pero os lleváis extraordinariamente bien. Todo el mundo lo ha notado.

—Simplemente representamos bien nuestros papeles, Portia.

Dicho eso se apresuró a escapar. En los cuartos de los niños no encontró a nadie fuera de Sheena, Lawrence y el bebé.

—Tengo permiso para estar aquí, señora —dijo Lawrence, nervioso.

Alguien le había proporcionado ropa más sólida, y o bien se había bañado o dado un buen lavado. Ésa era una casa amable, pero ellos se sentirían más cómodos en otra parte. ¿Qué iba a hacer con ellos? ¿Y por qué estaban ahí? ¿Estarían escondidos para no ir a la fiesta de los criados porque se sentían fuera de lugar?

—¿Seríais bien recibidos abajo en la fiesta del personal, Lawrence?

—Nos invitaron, señora, pero Sheena es tímida. Y además, está el bebé. No hay nadie más para cuidar de él.

Charlie estaba despierto, pero feliz.

—¿Ya ha mamado?

—Sí, señora. No hace mucho rato.

—Entonces dejádmelo a mí e id a disfrutar vosotros.

—No sé, señora...

Lawrence se interrumpió para hablar con Sheena. A la muchacha se le iluminaron los ojos de esperanza, pero indecisa.

Genova le sonrió y cogió al bebé.

—Venga, bajad. Si hay algún problema, prometo que iré a buscaros.

Lawrence tradujo eso a Sheena, y, a juzgar por el tono, la instó a bajar. Sheena se quitó la cofia y el delantal, y los dos partieron cogidos de la mano.

—Y que lo pasen bien —dijo Genova al bebé, bajando la escalera—. Ahora vas a ser bueno ¿verdad Charlie? Es cierto que tal vez lord Rothgar no va a sufrir si lloras, pero nunca es agradable el llanto, así que sé bueno.

Para entretenerlo fue rozando las campanillas de la baranda, pensando adónde ir. Quería evitar a Ash, pero eso no tenía ningún sentido. No podría evitarlo totalmente a no ser que huyera de la casa.

Los sonidos de unas risas infantiles la llevaron a la Sala de los Tapices. Allí descubrió que la sala se había convertido en el cuarto de estar de los niños provisional. Un grupo de niños estaba jugando, vigilado por diversas mujeres. Algunas se veían más a gusto que otras con la situación. Observó que los invitados mayores se habían ido a otra parte, y no le extrañó. Allí había peligro de bullicio y alboroto.

El ambiente no era propicio para un bebé pequeñito. Salió de la sala y casi chocó con Ash.

Los dos retrocedieron como empujados por un resorte, y se hizo un incómodo silencio. Si no tuviera un bebé en brazos, pensó ella, armaría ahí mismo la espectacular pelea de ruptura.

—Estoy cuidando a Charlie —dijo, consiguiendo sonreír—, para que Sheena y Lawrence puedan disfrutar en la fiesta del personal.

—Comprendo —dijo él, y miró al bebé—. Es curioso, pero aunque nunca creí que fuera mío, siento un interés. Se me ha ocurrido que podría preguntarle al joven si necesita empleo. Parece leal y emprendedor.

A ella ya no le resultó difícil sonreírle.

—Ése es un pensamiento muy amable. Aunque es posible que deseen volver a Irlanda.

—Cierto. Supongo que yo debería poder encontrarles algo ahí. Tengo que compensar de alguna manera mis muchos pecados.

Él parecía estar buscando palabras. Ella no podría soportar más disculpas. Dio un paso a un lado.

—Te estoy bloqueando el camino, pero hay un alboroto ahí...

—Eso colijo. Genni...

Lo interrumpió un repentino golpe en la puerta. Se giró a mirar.

—Buen Dios. ¿Una invasión?

Genova vio que estaban solos en el gran vestíbulo.

—No hay criados, recuerda. —Le pasó el bebé—. Ten. Iré a abrir.

Iba a medio camino cuando se le adelantó lord Rothgar.

—Permítame.

Rothgar abrió la puerta y se encontró ante un hombre cubierto por una gruesa capa con capuchón, que al instante se hizo a un lado para dar paso a una mujer baja con una capa azul forrada en piel.

—Abuela —dijo Rothgar, como si estuviera absolutamente desconcertado—. Qué maravillosa sorpresa.

—¡Fuera de mi camino! —ladró ella, avanzando.

El marqués obedeció y la marquesa viuda entró pisando fuerte.

—¿Dónde está mi nieto? —De pronto paró en seco—. ¡Por Géminis, Ashart!, ¿en qué locura te has metido ahora?

Genova corrió a coger el bebé.

—¡No es de él, es mío!

Comprendió que eso no sonaba correcto, pero no quería ser causa de más problemas. Tenía la clara impresión de que si la marquesa viuda tuviera un cañón, lo estaría disparando.

Pero la anciana no se parecía a Loki. Era baja y redonda, y unos suaves rizos blancos le asomaban por debajo de la cofia con volantes de encaje coronada por un masculino pero elegante sombrero tricornio. La cofia la llevaba atada con cintas de vivo color azul bajo la doble papada.

Sin embargo sus ojos se veían formidables con la furia con que miraba a Ash.

—¿Qué haces aquí tú? ¡Me vas a llevar a la tumba!

De las distintas salas iban saliendo personas a ver qué ocurría. Genova sintió deseos de amordazar a la insufrible anciana.

Ash se le acercó, aparentemente tranquilo.

—Estoy celebrando, Nani. —Se inclinó a besarle la mejilla—. Feliz Navidad.

Ella lo apartó de un empujón.

—Burradas. Ven, nos vamos.

—¿Es el «nos» real ése?

La viuda lo miró fijamente y a Genova la sorprendió que no despidiera vapor.

—¿Por qué no te quedas? —la invitó él—. Hay cosas que deberíamos hablar.

¿Es que iba a intentar hacerla cambiar ahí, delante de todos los Malloren que llenaban la casa?, pensó Genova. Tuvo que reprimir el deseo de protestar.

Lady Ashart no se reprimió.

—¡No me alojaría en esta casa ni que fuera la última que quedara en Inglaterra!

—Vamos, déjate de tonterías —dijo una voz bronca.

Lady Calliope iba descendiendo la escalera transportada por sus criados, coronada por su monstruosa peluca rojiza. Una entrada magnífica.

—Estás aquí, Sophia, y tus criados están a tiempo para bajar a disfrutar de una animadísima fiesta, la que sin duda se merecen si los has arrastrado por tres condados en Navidad.

—Eso es cierto —dijo Thalia, apareciendo con un abanico de cartas en la mano—. ¡Qué vergüenza si te marcharas! Un oprobio para todos, porque como dice Genova, si alguien fue culpable de algo alguna vez, ya están todos muertos.

—Tú siempre has sido una boba. ¿Y quién diablos es esa Genova?

—Mi prometida —dijo Ash, cogiéndole la mano a Genova de modo que se viera el anillo de diamante.

Si Genova no hubiera estado cargada con un bebé, podría haberlo arrojado al suelo de una bofetada. Pero estaba bien que no pudiera; ya había demasiado tiroteo.

—¡¿Qué?! —exclamó la viuda, en un tono que hacía comprender que hombres valientes se arredraran ante ella—. Supe que la muchacha Myddleton estaba aquí. —Paseó la vista por la sala—. ¿Dónde está?

—Aquí —dijo Damaris Myddleton adelantándose a hacerle una venia—. Me alegra que haya venido, lady Ashart. No sabía qué hacer. —Se volvió a mirar a Ash y a Genova, con una serena expresión de victoria en los ojos—. Como sabe, milady, Ashart ya está comprometido conmigo.

44

Se hizo un silencio que habría sido absoluto de no ser por los apagados sonidos de risas y gritos de niños provenientes de la Sala de los Tapices.

Por un instante Genova creyó que esa afirmación era cierta, pero enseguida comprendió que no podía ser.

—Debe de estar equivocada, señorita Myddleton.

Damaris se echó a reír, con las mejillas encendidas.

—¿Cómo podría estar equivocada en eso? —Bruscamente se volvió a mirar a la viuda—. Es cierto, ¿no?

Dio la impresión de que todos los ávidos oyentes hubieran retenido el aliento.

—Sí —contestó la viuda.

Ash se quedó callado, inmóvil. Genova comprendió que no quería acusar a su abuela de descarada embustera.

Sólo había una manera de salir de ese desastroso momento, pensó. Vio a lady Arradale, que estaba cerca de ella, y, decidida, le pasó el bebé. Después se volvió a mirar a Ash y le gritó:

—¡Pescado putrefacto!

Él la miró pestañeando sorprendido.

—¡Escoria de la cloaca de la vida!

Ya había visto que la puerta del comedor estaba abierta, de modo que corrió hacia allá. En la mesa había clara evi-

dencia de que se había servido el desayuno con restos del día anterior además de frutas en conserva y cosas de ésas. Había un poco de todo.

—Genni, por el amor de Dios —musitó Ash, corriendo tras ella.

Ella lo vio acercarse. Cogió una fuente de compota de ciruelas y le arrojó el contenido a la cara.

—¡Canalla sinvergüenza!

—Genova, por favor —suplicó él, quitándose el emplaste de ciruelas de la cara.

Ella cogió un trozo de mantequilla blanda y se lo arrojó.

—¡Gangrena! —Un tiesto de nata—. ¡Gallo estercolero! —Una jarra de cerveza—. ¡Capón!

—¡Capón! —rugió él, abalanzándose sobre ella, con tanto impulso que los dos cayeron ruidosamente al suelo cerca de la puerta.

Ella se liberó gracias a un afortunado codazo en la nariz. Mientras se levantaba se quitó el anillo y se lo tiró.

—¡Pisaverde dorado! Ahí tienes tu sucio y asqueroso diamante.

Decididamente contaban con un magnífico público, y a pesar de su corazón roto, Genova lo estaba pasando en grande. Salió corriendo al gran vestíbulo y sobre una mesilla vio una fuente en la que aún quedaban algunos confites espolvoreados con azúcar. Le arrojó el contenido, dejándolo todo blanco. Encontró una cesta con nueces y se las fue arrojando, una a una, mientras él seguía acercándosele, impertérrito.

Cuando se le acabaron las nueces miró alrededor en busca de más misiles, y entonces cayó en la cuenta de que había

cometido un error táctico. Había quedado acorralada entre el hogar y el pesebre. Cuando él se abalanzó a cogerla, no pudo escapar.

Trató de liberarse volviéndose hacia la comida, pero él le ciñó fuertemente la cintura por atrás.

—¡Condenación, mujer! ¡Te amo! ¡Sólo a ti!

—¡Al infierno con eso!

—Al infierno juntos, entonces. —Al oído le siseó—. Rompe delante de Damaris, caramba, y tendré que casarme con ella.

Eso la enfureció de verdad. Se agachó y luego se echó hacia atrás con fuerza, golpeándole la mandíbula con la cabeza. Él soltó una maldición y aflojó la presión. Ella aprovechó para soltarse y corrió a buscar más alimentos. Se volvió hacia él blandiendo un hueso de jamón.

Ashart hincó una rodilla en el suelo, todo manchado, hecho un desastre, magnífico, y le tendió la mano con el anillo en la palma.

—Dulce Genni, misericordiosa Genni, formidable Genni, cásate conmigo, ¿quieres? No pienses mal de mí por mis estúpidas palabras. De verdad, yo no tengo la culpa si tú me conviertes en un idiota delirante.

Genova se sintió como si hubiera quedado encallada en rocas ocultas por el agua. En la distancia oyó exclamar «¡Ashart!» a la marquesa viuda y gritar algo a la señorita Mydd-leton. Pero su atención estaba toda centrada en él.

—¿Qué?

—Te amo, Genni, te adoro, y quiero casarme contigo. Necesito casarme contigo. Tú eres mi cordura, mi áncora, mi equilibro en el filo. Hace un momento, cuando llegó mi abue-

la, yo estaba tratando de encontrar las palabras para poder decírtelo.

Genova miró hacia los pasmados, aunque deleitados, invitados.

Damaris Myddleton la miraba furiosa, aprisionada por los brazos del señor Fitzroger, el que sin duda quiso impedirle que se lanzara a la refriega. La viuda lady Ashart estaba rígida como un palo, mirándola como si quisiera ser la Medusa para poder convertirla en piedra. Su mirada también parecía decirle atrévete a decir sí.

Sin poder evitar que su inmensa dicha estallara en gozosa risa, volvió la vista hacia Ash.

—Sí, Ash querido, me casaré contigo. ¡Pero ese anillo no, por favor!

—¡No! —gritó Damaris Myddleton—. ¡Ashart es mío!

Genova no apartó los ojos de la cara de Ash, que resplandecía de felicidad. Él se levantó, metiéndose el anillo en bolsillo.

—Eres mi sabiduría también, ¿sabes? Pero —añadió cogiéndola en sus brazos—, no soy un capón.

Ella ahogó la risa en su azucarado hombro.

—Eso lo sé.

Le echó los brazos al cuello y se besaron larga y tiernamente, en una dulce promesa de toda una vida de embriagadores placeres.

—Ashart —dijo entonces una voz, en tono pacífico pero firme.

Con expresión irónica, Ash se volvió hacia su abuela. Tal vez llevados por el tacto, los congregados allí se habían dispersado, charlando. Damaris Myddleton no se veía por nin-

guna parte. Genova sintió un poco de pena por su rival, porque ésta no sólo había perdido sino que también se había humillado delante de todos.

De toda la gente, sólo quedaba Rothgar.

Sin soltarle la mano a Genova, Ash avanzó hacia la anciana, que daba la impresión de estar tranquila. No así sus glaciales ojos, que amenazaban tormenta.

—Quiero hablar contigo, Ashart. Rothgar, encuéntranos una sala.

—Sígueme, abuela.

La viuda tensó la cara, como si quisiera negar el parentesco, pero echó a andar tras Rothgar. Ashart y Genova los siguieron.

Eso no sería agradable, pensó Genova. Lady Ashart pretendía pelear. Ella devolvería golpe por golpe. No permitiría que la vieja tirana causara más sufrimientos a Ash.

Rothgar abrió la puerta de un cuarto que Genova no había visto antes. Era de tamaño modesto y algo lúgubre por la falta de ventanas, aunque de una pared colgaban gruesas cortinas.

—Ésta es la Sala del Jardín —explicó Rothgar—. Las cortinas ocultan puertas que llevan al invernadero. Es agradable en verano y fría en invierno, incluso con el fuego.

Acercó una cerilla al fuego del hogar y encendió las velas. La iluminación disminuyó la lobreguez aunque no hizo nada para alegrar la atmósfera.

Rothgar salió y la viuda se sentó como una reina en su trono, todavía ataviada con su preciosa capa azul y su tricornio.

—Sólo tú, Ashart, podrías tener a tres mujeres peleándose por ti.

—¿Tres?

—Lady Booth Carew. Niegas haberla deshonrado a ella también.

—Yo no la dejé embarazada, Nani. La prueba de eso está en esta casa, si dudas de mi palabra.

La viuda entrecerró los ojos pero no expresó dudas.

—No obtendrás una admisión de culpa de ella. Se marchó al extranjero.

—¿Qué?

—Se casó con un irlandés apellidado Leymone, que tiene negocios en las Indias Occidentales, y se fue allí con él. Supe la historia por lady Dreyport en Londres, cuando estuve allí de paso hacia aquí.

Ash y Genova se miraron. Por fin la pieza que faltaba. En algún momento ya avanzada su intriga, Molly Carew conoció a un hombre rico que estaba dispuesto a casarse con ella y llevársela lejos del escándalo que ella misma se había echado encima. Pero necesitaba librarse del bebé, y dio ese último rencoroso golpe sin ninguna consideración por Sheena y su hijo.

Genova deseó que Molly Carew recibiera su merecido en la vida.

—Lo cual te deja libre para casarte con la señorita Myddleton —continuó la marquesa, como si Genova no estuviera presente—. Veo que quieres a otra, pero eso no se puede consentir. Colijo que no aporta nada.

—A sí misma.

—Refutable tontería. Además, la señorita Myddleton tiene derecho preferente.

—Si hiciste promesas en mi nombre, no tenías autoridad para hacerlo. Me voy a casar con Genova.

Lo dijo con voz tranquila, pero Genova sintió su tensión. La viuda se puso rígida.

—¿Contra mis deseos?

—Si es necesario, sí.

Fue como si todo se hubiera detenido, aun cuando el reloj tuvo la osadía de seguir haciendo tictac.

—Entonces me iré de tu casa y no volveré a dirigirte la palabra.

Ash apretó la mano de Genova pero al hablar su voz no reveló nada:

—Ése no es ni mi deseo ni el de Genova, pero no podemos impedírtelo.

La vieja boca formó una rígida línea. Después brillaron lágrimas en sus ojos.

Genova fue a arrodillarse a su lado.

—Oh, milady, no. Ash no necesita casarse por dinero. Es capaz de poner comida en la mesa y carbón en el hogar. Podemos construir. Juntos podemos construir fortuna y familia.

—¿Con qué? —ladró la viuda—. Tú no le vas a ganar honor en la corte.

Ash se acercó a levantarla, tal vez para ponerla fuera de alcance.

—Nani, Genova tiene razón. Pienso hacer prosperar las propiedades de muchas maneras. Se puede hacer fortuna en el comercio.

—¡Comercio! —bufó la marquesa viuda, ofendida.

—Incluso el duque de Bridgewater está reparando su fortuna con canales para transportar su carbón. Rothgar me ha dado consejos y Brygh Malloren...

—¡¿Qué?! —exclamó la anciana levantándose—. ¡Jamás! ¿Quieres enviarme a mi tumba?

Genova pensó que ésa era una peligrosa posibilidad, y agradeció el golpe en la puerta. ¿Cuándo había pedido Ash esos consejos a Rothgar? Tenía que haber sido esa mañana, y, pasando su felicidad de botón a flor perfecta, comprendió que eso había contribuido a su decisión de casarse con ella, mucho antes de que estallaran las cosas.

Entró el señor Fitzroger, con el rostro esmeradamente inexpresivo, aunque sorprendió a Genova haciéndole un guiño. Traía en la mano el diario de lady Augusta. Se lo entregó a Ash y salió.

Afablemente, Ash logró persuadir a su abuela de volver a sentarse, y le puso el diario en la falda.

—Éste es un diario de tía Augusta, el que escribió durante su vida de matrimonio. Lo he leído. No deja ninguna duda en mi mente de que lo que fuera que la llevó a asesinar, no fueron los Malloren.

—¡Falsificado! —ladró ella, pero cogió el cuaderno escrito por su hija menor.

—El cuaderno, la letra y el estilo son iguales a los de los diarios anteriores que tenemos en Cheynings.

—¿Y pinta un cuadro de un matrimonio idílico? —preguntó la viuda, curvando los labios en un rictus que decía que sabía que no.

—Pinta un cuadro de una niña demasiado cría para estar casada, demasiado niña para ser madre. Tal vez con el tiempo habría estado preparada, pero no lo estaba cuando escribió eso.

—Hablas de una persona que no conociste. Era dulce, inocente, nada mimada.

Ash no la contradijo.

—¡Era el matrimonio perfecto! —protestó la viuda—. Él era apuesto, afable, iba a ser marqués. Ella deseaba eso.

Nuevamente Ash guardó silencio y Genova tuvo que cerrar los puños para obligarse a no hablar. Comprendió que la dama no escucharía a nadie pero bien podría llegar a expresar la verdad ella misma.

—¿Quieres decir que hice mal en arreglar el matrimonio? —preguntó la anciana, formando surcos más profundos en la cara—. ¿Cómo podía haber sabido cómo sería? Yo me casé a los diecisiete....

—Tal vez no podías haberlo sabido —dijo Ash amablemente—, pero ella te escribía pidiéndote ayuda.

O sea que había leído las cartas.

—Arranques de pesimismo y mal humor. En la siguiente carta estaba hecha unas pascuas.

—Tal vez tu leías en sus palabras lo que deseabas leer.

La abuela apretó las mandíbulas y lo miró indignada.

—¿Todo es culpa mía, entonces? ¿Todos los demás eran unos santos?

Él hincó la rodilla y le cogió la mano apretada en un puño.

—Nadie era un santo, pero nadie era un demonio tampoco. Grita paz, querida mía, y, como dice Genova, construyamos.

Querida mía, pensó Genova. Sólo en las peores familias no hay recuerdos felices, y ésa no era la peor familia. Tenían que haber tenido muchos momentos felices.

—¿Esperas que me mude el vestido para plantar patatas? —gruñó la anciana.

—Cuadro inverosímil —dijo Ash, casi riendo—, aunque te veo capaz. Como he dicho, tengo el ofrecimiento de ayuda y consejo de los Malloren, y voy a aceptarlos. Quiero recuperar mis derechos de parentesco.

Genova se encogió ante esas implacables palabras.

A la viuda le aletearon las ventanillas de la nariz; cogió el brazo del sofá, la mano como una garra. Tal vez se ablandó, o tal vez reconoció en él una voluntad más fuerte que la de ella, porque ladró:

—¡Estoy vieja! He traqueteado toda la noche en nuestro segundo coche. ¡Necesito una taza de té caliente y una cama confortable!

Ash levantó la vista.

—¿Genova?

Encantada de poder escapar, Genova salió de la sala, pensando cómo podrían encontrar una habitación apropiada en esa casa llena, y qué ocurriría a continuación. No creía que la viuda fuera a renunciar a la lucha con tanta facilidad, y había agravios en el otro lado. La mujer había hecho todo lo posible para hacer daño a los Malloren.

Encontró a Rothgar y a lady Arradale en el gran vestíbulo.

Revoloteando cerca, como quien dice.

—Todo va a ir bien, creo —les dijo, casi resollante.

Las impresiones y la dicha se estaban cobrando su precio. Cayó en la cuenta de que ella también estaba mojada, pringosa, y olía a ciruelas especiadas. Empezó a limpiarse el corpiño, pero renunció.

—Desea té y una cama. La marquesa viuda, quiero decir. Creo que tiene la intención de quedarse.

En lugar de horrorizarse, los dos sonrieron. La anciana era la abuela de lord Rothgar, pero en todo caso, él y lady Arradale demostraban la nobleza del perdón.

—Puedo cederle mi habitación —dijo lady Arradale—. Me sacrificaré por la causa y dormiré con mi marido.

La mirada que intercambió con lord Rothgar antes de alejarse a toda prisa indicaba que una cama o la otra estaba casi siempre desocupada.

Genova exhaló un suspiro y miró alrededor.

—Lo siento. Dejamos esto hecho un desastre, y es el día de asueto de los criados.

—Si fuéramos santos, lo limpiaríamos. Puesto que no lo somos, pienso dejarlo así hasta mañana.

Genova calculó que las ciruelas podían estropear irreparablemente la madera si quedaban ahí todo ese tiempo, de modo que resolvió encargarse de ello. Pero no tenía para qué importunarlo a él con eso; el desastre no era responsabilidad de él.

—¿Qué le ocurrió a la señorita Myddleton? —preguntó.

—¿Después de que Fitzroger le impidiera ir a arrancarla a usted de los brazos de Ashart? Le dio una pataleta, y ahora está acostada con un paño con vinagre en la cabeza, recuperándose de una demencia momentánea producida por la clorosis.

—Eso no colará, ¿verdad? Son muchos los que la oyeron.

—Todos Malloren. Serán discretos.

—Me da un poco de pena. Creo que lady Ashart le dijo que ella iba a ser su esposa.

—De eso estoy seguro.

—Me sorprende que la señorita Myddleton no desee marcharse.

—Lo deseaba. Yo la persuadí para que se quedara.

—¿Es amable eso? —preguntó ella, ceñuda.

—Es completamente necesario. Cuando aparezca serena y acepte vuestro compromiso, la gente ajustará su memoria. De todos modos, el tío Henry y la tía Jane no pueden ser guardianes agradables. No es de extrañar que la señorita Myddleton esté desesperada por casarse. Hay que arreglar ese asunto.

Genova lo miró con una expresión significativa.

—¿Cerciorándose de que el mundo gire sobre ruedas, milord?

Él sonrió.

—Es una obsesión fatal, señorita Smith. Queda advertida. Ah, por cierto, esto me recuerda que debo ir a mezclarme con mis invitados para asegurarme de que el cotilleo ya vaya tomando la dirección correcta.

Genova se quedó un momento ahí observándolo subir la escalera, al parecer en dirección al salón, y volvió la mente a la limpieza. No había nadie en la sala cuna ni en los aposentos de los niños, y seguro que allí encontraría lo necesario. Subió, y volvió victoriosa con un balde y trapos, el balde ya con agua, pues pasó a buscar el agua usada para lavarse de su habitación.

El ingenio resolvía muchos problemas.

Pero antes de bajar el último tramo de escalera tuvo que esconderse un momento porque iba subiendo Ash acompañando a su abuela.

La viuda se veía enfadada y triste, pero de todos modos su cariño por Ash era evidente. Sintió aún más amor por Ash por su amabilidad con la vieja dragona.

Una vez que pasaron, bajó y se puso a la tarea de limpiar el desastre que habían dejado, sonriendo al recordar los detalles de la pelea. Aun sin el resultado feliz, ésta sería siempre un recuerdo entrañable. Nunca se habría imaginado que sería tan divertida. ¿Cómo encontrar un pretexto para repetirla?

Cuando terminó, cogió el balde y se giró para llevárselo, y se encontró con Ash contemplándola sorprendido.

—¿Qué estás haciendo?

—Limpiando el desastre que dejamos.

—Hay criados... No, claro, no, en esta casa de locos. Pero ¿tú, Genni?

Ella dejó el balde en el suelo, escrutándolo.

—¿No soy adecuada para ser una marquesa, entonces?

—No me vas a hacer caer en ese lazo —dijo él, acercándose.

Ella retrocedió bailando.

—Esperaba otra pelea.

—¿Te gusta limpiar?

—No me importa hacerlo. Al fin y al cabo no soy una refinada dama.

—Para mí lo eres.

—Tú estás loco.

—Es esta casa. Vuelve locos a los Trayce.

—No en este caso; les ha devuelto la cordura. —Se dejó coger—. Te adoro, Ash.

Cuando se tocaron sus labios, oyeron exclamar:

—¡Ah, Ashart! ¡Genova, querida!

Con expresión pesarosa, los dos se giraron a mirar. Lady Thalia les estaba haciendo señas desde el balcón. Cogidos de la mano, subieron a encontrarse con ella.

—Solamente quería estar segura de que la herida que te hiciste no fue demasiado grave, querido —dijo Thalia a Ashart.

—¿Cuando me caí? No me pasó nada, y tampoco a Genova.

—Ah, no, no me refería a eso, aunque fue de lo más entretenido. Quería decir anoche.

Él intercambió una extrañada mirada con Genova y volvió a mirar a su tía abuela.

—Debes de estar confundida, Thalia. Nadie se ha herido. No te preocupes.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Pero Regeanne me dijo que había sangre en las sábanas que enviaste a la lavandería. ¿Fue el pobre señor Fitzroger? Tengo que ir a verlo. ¡Qué joven más encantador!

Acto seguido se alejó trotando, con las largas cintas de su cofia de encaje revoloteando atrás.

Genova guardó silencio, inmóvil. No sabía qué ocurriría. ¿Por qué no se le había ocurrido que aun con tan poco dolor podría haber salido sangre?

—¿Genni?

Se volvió a mirarlo, porque debía. Eso no debería estropear nada, pero temía que sí. Él estaba ceñudo.

—¿Cómo es posible que no me diera cuenta de que eras virgen?

—Supongo que algunas mujeres...

—No, no me refiero a eso. Quiero decir, darme cuenta de tu naturaleza, de tu honor. Soy un grandísimo estúpido. ¡Y traté de persuadirte de que fueras mi querida!

Ella le cogió las manos y se las apretó.

—No te compres una camisa de fuerza todavía. Piratas bereberes, mis modales atrevidos, mi lenguaje, mis besos. Fui a tu cama sin esperar matrimonio, Ash. Me dolería si dieras a entender que habría valido menos como mujer si no hubiera sido virgen.

—Vuelves a dejarme confundido. Y Thalia soltó ese detallito con toda intención. ¡Mujeres!

Genova se echó a reír y se llevó sus manos a los labios para besárselas.

—Somos un reto terrible, ¿verdad? Creo que Thalia es tan partidaria de la sinceridad como nosotros. Tenía razón. ¿No te parece que es mejor aclarar esto?

—Sí. No altera en nada mi amor por ti, pero lo habría hecho de otra manera. ¿No te dolió?

—Sólo una punzada que apenas noté. —Miró alrededor, sintiendo encendidas las mejillas—. No podemos hablar de estas cosas aquí.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Eres vergonzosa.

—Vergonzosa no. Discreta.

Él le giró la mano y le besó la palma.

—Muy bien, yo también seré discreto. Por el momento. Vuelve abajo conmigo. Tengo que enseñarte algo.

Ella se dejó conducir escalera abajo, haciendo tintinear las campanillas, y luego hasta el pesebre. Una vez allí, él sacó

algo del bolsillo. Su pañuelo. No, era algo envuelto en su pañuelo. Se lo pasó a ella.

—¿Un anillo? ¿Andas trayendo una colección de anillos para señora?

—No, para eso tendrás que esperar a que yo mande a hacer el perfecto para ti.

Perpleja, ella abrió el pañuelo y encontró, no un anillo, sino una paloma diminuta tallada en madera clara. Una paloma de la paz, con las alas extendidas.

—No recibiste una nueva figura para el pesebre para tu cumpleaños, así que me levanté temprano y le rogué al carpintero de la casa que me tallara ésta. La pintará blanca y...

—Eres el hombre más maravilloso del mundo —musitó ella, mirándolo con los ojos empañados por las lágrimas.

Afirmó la paloma en la parte más alta del techo del establo y se giró a arrojarse en sus brazos.

—No —dijo él—, pero contigo a mi lado puedo intentarlo.

Desde el rellano de la escalera los observaba lady Thalia.

—¿Lo ves? —le dijo a su medallón abierto—. ¿No te dije que sería así? El amor siempre se sale con la suya, queridísimo. Sólo necesita una pequeña ayuda.

Nota de la autora

Espero que hayas disfrutado con este regreso al mundo de los Malloren. Si no lo conocías, espero que ahora estés impaciente por leer los cinco primeros libros para ponerte al tanto de las aventuras de Elf, Portia y, lógicamente, Rothgar.

Los títulos de las novelas Malloren anteriores son:

Lady Escándalo (Cyn y Chastity)
Tentar a la suerte (Bryght y Portia)
Atrevida (Elf y Fort)
Secrets of the Night (Brand y Rosa)
Diabólica (Bey y Diana)

La dama del antifaz está agotado, pero lo reimprimirán en marzo del 2004. Todos los demás están en existencia. Como en el caso de todos los libros en existencia, si en tu librería no tienen ejemplares, puede encargártela sin costo extra. También los puedes comprar por Internet.

El tema de la familia es parte importantísima de las novelas sobre los Malloren, por lo que no es sorprendente que sea importante también en Winter Fire. En realidad no había pensado mucho en la familia de la madre de Rothgar, ya que él tuvo poco que ver con ella, pero cuando revisé la in-

formación sobre ellos que daba en los otros libros vi que los Trayce tenían sus buenos problemas. Así tomó forma Ash, heredero de todo esto, que se esforzaba por crear una vida para él y su familia a la sombra de Rothgar.

La importancia que se da a la corte podría resultar un poquitín desagradable a los lectores modernos, pero todavía tenemos sus equivalentes en el mundo actual, especialmente en los altos niveles, donde «vestirse para el éxito» y no ofender a los que están en el poder puede ser esencial. En la década de 1760, la Corte de Saint James, la corte real, era el centro de poder e influencia. Esto cambiaría en los siguientes cuarenta años, en parte debido a la enfermedad de Jorge III, la locura del rey Jorge, pero también porque el mundo estaba a punto de cambiar. Estamos en las vísperas de dos grandes revoluciones, la norteamericana y la francesa. ¿Recuerdas ese pequeño problema de los militares y los impuestos que preocupa a Elf porque Cyn está en Canadá?

El poder pasará al Parlamento y a coaliciones de grandes familias. No me cabe duda de que la familia Trayce-Malloren-Ware desempeñarán su parte.

Los lectores me preguntan si escribiré novelas acerca de la siguiente generación. La respuesta es: probablemente no. No me gusta viajar con mis personajes hasta la vejez y la muerte. (¡Claro que todos viven vidas productivas hasta la vejez antes de morir!)

En cambio, sí pienso ampliar el mundo de los Malloren y escribir otras novelas en que participen ellos. La siguiente será acerca de Damaris Myddleton y Octavius Fitzroger, quien tiene su motivo especial para hacer amistad con Ash.

Puedes esperar ese libro en algún momento de la segunda mitad de 2004.

En los últimos años han ido saliendo nuevos libros míos y se han reimpreso otros, pero normalmente escribo una novela más o menos cada nueve meses, así que ésa es la frecuencia con que puedes esperarlas. Pareciera que es mucho tiempo para esperar, a mí me ocurre lo mismo con mis autores favoritos, pero, parafraseando lo que dicen en los restaurantes, un libro bueno lleva su tiempo. Para saber cuándo puedes esperar que estén mis libros en las librerías, pide, por favor, que te anoten en una de mis listas de correspondencia publicitaria. Esa información está al final.

Mis otros libros recientes están ambientados en el periodo de la Regencia, 1811-1820, y se centran en un grupo de hombres que se conocieron en el colegio Harrow. Se autodenominan la Compañía de los Pícaros. Ya hay novelas acerca de los Pícaros, y también otras acerca de sus amigos y otros conocidos. Esa serie es la siguiente:

An Arranged Marriage, An Unwilling Bride, Christmas Angel, Forbidden, Dangerous Joy, The Dragon's Bride, The Devil Heiress, Hazard, St. Raven.

Fans de los Pícaros desean saber si tendrán historias al final, y la respuesta es sí. Recibo muchas cartas preguntándome si habrá una novela sobre lord Darius Debenham. No lo sé con seguridad, pero habrá una; él necesita un tiempo para recuperarse de sus aventuras. No diré nada más para no «estropearlo». Creo (no prometo) que la próxima novela llevará a Stephen al altar.

Me encanta saber de mis lectores. Puedes contactar conmigo por e-mail a la dirección jo@jobev.com, o por carta a

través de mi agente. Escríbeme a c/o Margaret Ruley, 318 East Fifty-first Street, Nueva York, NY 100200. Por favor incluye un sobre con tus señas y sello si deseas respuesta. También puedes pedir que te incluyan en mi lista e-mail para recibir mi hoja informativa mensual.

Mi página web, www.jobev.com, presenta una lista de mis libros e información añadida acerca de mis novelas. Visítala y explora, por favor.

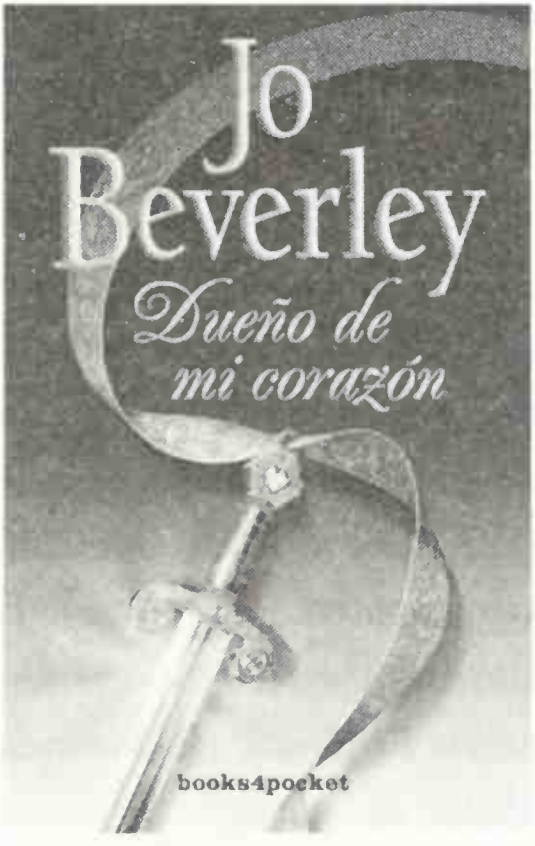
Con mis mejores deseos,

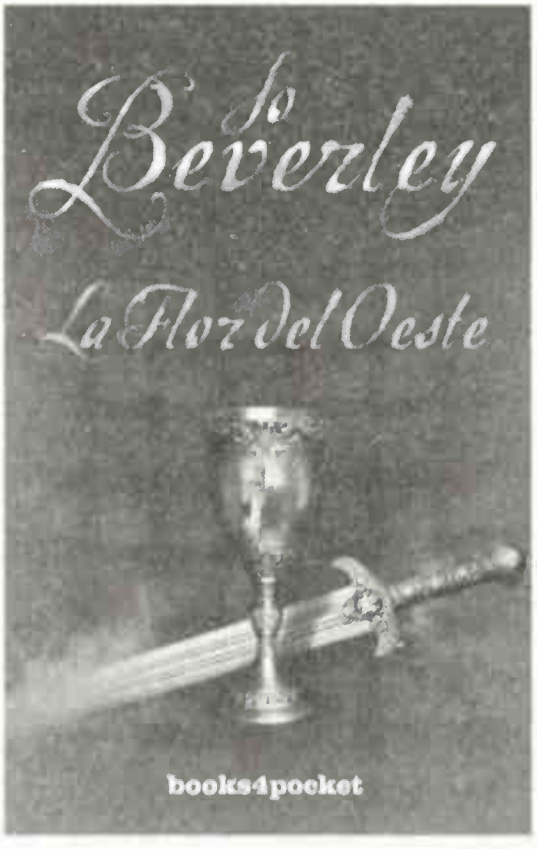
Jo

Acerca de la autora

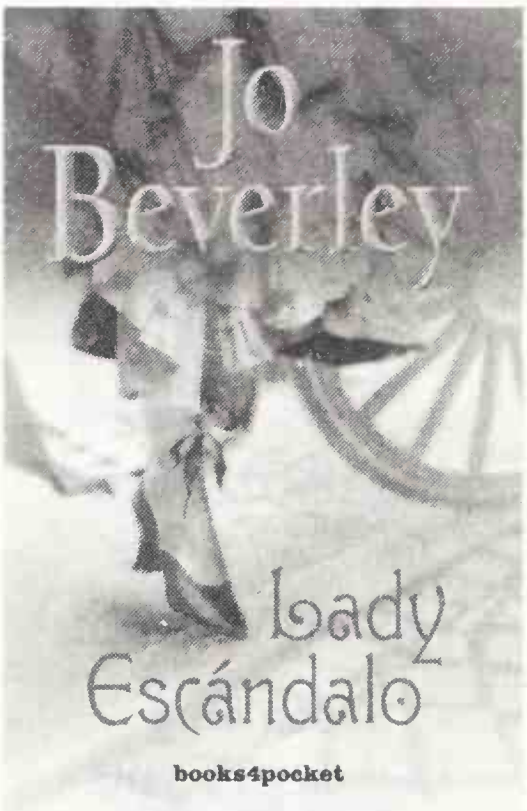
Hoy en día Jo Beverley está universalmente considerada una de las novelistas románticas de más talento. Ha sido galardonada cinco veces con el ambicionado premio RITA, de Romance Writers of America y es una de sólo un puñado de miembros del RWA Hall of Fame. También ha recibido el premio Career Achievement del Romantic Times. Nacida en Inglaterra, actualmente vive con su marido y sus dos hijos en Victoria, Columbia Británica, a la distancia de sólo un trayecto en trasbordador de Seattle.

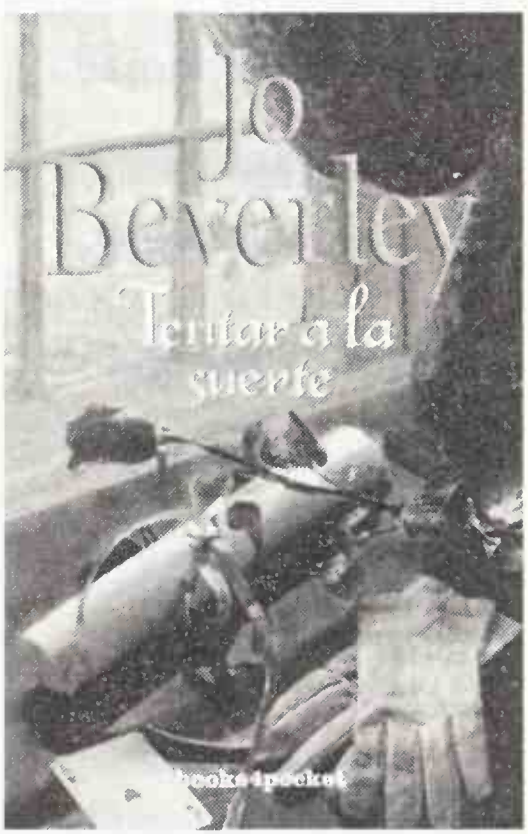
Otros títulos de
Jo Beverley





Otros títulos de Jo Beverley





Otros títulos publicados en **books4pocket romántica**

Julia Quinn
El vizconde que me amó

Jaclyn Reding
Bruma blanca
Magia blanca

Marsha Cahnam
Corazón audaz
Rosa de hierro

Susan King
La doncella cisne
La doncella de la espada
Le heredera domada

Teresa Medeiros
Duelo de pasiones
Escándalo en la noche
Un beso inolvidable

Patricia Ryan
La espía de la corona
Tormenta secreta
Viento salvaje

Emma Holly
Más allá de la inocencia

Susan Carroll
El merodeador nocturno
Novia de medianoche

Karyn Monk
La rosa y el guerrero
La rica heredera

Linda Howard
El hombre perfecto
Obsesión y venganza
Premonición mortal

Eileen Ramsay
Amor sin fin

Andrea Kane
Esencia de peligro

Carol Higgins Clark
Suerte esquiva

Mary Jo Putney
Una rosa perfecta

Christine Feehan
El príncipe oscuro
El deseo oscuro
El oro oscuro
El desafío oscuro

Jo Beverley está universalmente considerada una de las novelistas románticas de más talento. Ha sido galardonada cinco veces con el ambicionado premio RITA, de *Romance Writers of America* y es una de sólo un puñado de miembros del *RWA Hall of Fame*. También ha recibido el premio *Career Achievement del Romantic Times*.

Romántica

Genova Smith es una mujer ocurrente e ingeniosa, pero el marqués de Ashart es un reto para ella, sobre todo cuando debe acompañarlo a la casa de Rothgar, primo y mortal enemigo de Ashart. El problema se agrava cuando a ella y al enfurecedor libertino los sorprenden besándose apasionadamente, y esto la obliga a aceptar la peligrosa situación de fingir estar enamorada del único hombre capaz de robarle el corazón.

Atrapado en un compromiso matrimonial no deseado, lord Ashart juega a ser el protector de la virtud de una dama mientras en realidad intenta conseguir objetivos propios. Para sobrevivir ha de enfrentar a su primo y su pasado, pero la pasión que se enciende entre él y Genova pone todo en peligro. Comprende que en ella ha encontrado finalmente a su alma gemela, y que si no tiene cuidado, su compromiso fingido podría convertirse en algo deliciosamente real.

books4pocket

www.books4pocket.com

ISBN: 978-84-92801-07-7

9 788492 801077

PVP 9 €